

LAS PUERTAS DEL INFINITO

VÍCTOR CONDE - JOSÉ ANTONIO COTRINA



Lectulandia

Rebeca y Riddly dominan el arte de abrir puertas hacia otros mundos. Pero ¿están preparados para lo que puede salir por ellas?

La aperimancia, la capacidad de abrir portales dimensionales, está al alcance de muy pocos. El poder de estos elegidos, complejo y peligroso, permite conectar universos antes apenas soñados, pero también puede tener consecuencias catastróficas e imprevisibles.

Riddly, aprendiz de aperimante, intenta descifrar los misterios de la Mansión Infinita y salvar un Londres devastado por los guerreros ikari, que amenazan con destruirlo todo a lomos de sus dragones. Mientras, en Colapso, un mundo enloquecido en el que confluyen mil realidades distintas, Rebeca ha pasado de esclava a discípula de un misterioso amo que la envía a misiones cada vez más suicidas con el fin de construir una llave secreta.

Rebeca y Riddly aún no se conocen, pero sus destinos y el de nuestro mundo dependerán de su capacidad para aliarse. Porque, al fin y al cabo, toda puerta que se abre, en algún momento debe volver a cerrarse.

Lectulandia

Víctor Conde y José Antonio Cotrina

Las puertas del infinito

ePub r1.0

Titivillus 21.02.2017

Título original: *Las puertas del infinito*
Víctor Conde y José Antonio Cotrina, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mi hija Thais,
porque estás llena de magia*

VÍCTOR CONDE

*Este es para Seve, por su amistad
y apoyo a lo largo de tantos años*

JOSÉ ANTONIO COTRINA

*So you come my world to escape it all,
And you're running from the dragons and the fools.
Through the dark, empty caverns deep in your soul,
Chasing the tiger, the jewels.*

MIKE OLDFIELD, Man on the Rocks

Prólogo

Una sirvienta apareció desplazándose bajo una meseta de cabello petrificado.

Tomó el abrigo del caballero y lo colgó de un perchero. Había refrescado, como si la pasada noche, azul como ceniza de ensueños, hubiese contagiado con su frialdad al nuevo día. El recibidor era un espacio libre bajo voladizos de algún material desconocido. Fieles al estilo gótico, las salas de la casa amasaban los muebles como generales aprestándose para la batalla, con escuadrones de lámparas, batallones de sofás, regimientos de curiosidades y compañías de tallas, cojines y tapices, todo apiñado en defensa mutua.

El caballero se quitó el sombrero de copa, pero no lo entregó. Lo conservó en un lugar a salvo en su regazo.

—No hace falta que me acompañe. Conozco el camino.

La mujer se quedó desconcertada.

—¿De verdad, señor? Yo... eh... el amo dijo...

—Sé lo que le habrá dicho, pero no hace falta que siga sus instrucciones al pie de la letra. Conozco el camino. —Se colocó bien los gruesos lentes sobre el puente de la nariz. Eran unas gafas extrañas, con anillos llenos de minúsculos numeritos alrededor de cada cristal—. He estado aquí antes.

La sirvienta se fue llevándose consigo su mirada espantada. Sí, claro, muchos habían estado en las salas oscuras, pero eran pocos los que regresaban. «Solo los locos lo hacen», le había asegurado Gertrude, la rotunda ama de llaves. «Cuídate de ellos, esa gente no pertenece a este mundo.»

Una vez se quedó a solas, el caballero cayó durante unos instantes hacia el interior de sí mismo. Respiraba de forma tranquila pero intensa, como si fuera un acto decisivo.

Cuando encontró algo que no podía sino calificarse como «cierto equilibrio interior», encaró la puerta. Era de doble hoja, probablemente de bronce. Pero no un bronce normal, sino forjado al estilo de la Antigüedad, igual que se hacía en Tracia y en la Cólquida para parir espadas. Solo que en aquel metal no había filos, sino secretos.

El caballero lo examinó. Sí que había estado antes frente a esa puerta, con los pies juntos en la misma baldosa del suelo. Observando. En eso no le había mentido a la sirvienta, ni tampoco a su amo, que esperaba con impaciencia en el despacho del piso de arriba. Sí que le habría mentido, aunque por omisión de la verdad, si ella le hubiese preguntado por el resultado de su anterior excursión.

«Ninguna cerradura se abre dos veces de la misma manera», le habría dicho a sabiendas de que para la gente de su nivel todo constituía un misterio. «Ni siquiera usando la misma llave que en la ocasión anterior. Cuando la abres, tus movimientos son diferentes, tu actitud ha variado, tu alma ya no es la misma. Por lo tanto, jamás repites la manera de abrir una misma cerradura.»

El hombre miró la puerta como había que hacerlo: como si fuera la primera vez. Sin retener ningún recuerdo, ninguna emoción. Ningún fragmento de experiencia, pues ninguna puerta se atraviesa tampoco dos veces de igual forma.

El bronce tenía siluetas, grabados, tallas. Un dibujo que lo decoraba de la jamba al dintel, una legión de peces que nadaban en formación. Pero había más. Si uno fijaba la vista en los espacios que había entre los peces, se advertía que esos huecos también tenían forma y formaban un patrón... Entonces los peces se volvían invisibles y ya solo veías los pájaros.

Era una ilusión asimétrica. La observabas desde un lado y era verdad. La mirabas desde el otro y era la mentira más retorcida del universo.

La última vez que estuvo allí (no, no pienses en eso, no hubo última vez), perdón, la vez que no estuvo allí, ni intentó abrirla, la puerta carecía de cerradura. ¿Y cuál era la llave apropiada para abrir una cerradura inexistente? El caballero había cavilado durante meses sobre ese misterio.

Otro secreto de su profesión: las llaves no siempre tienen la forma que uno espera.

Había caminado por las sendas neblinosas y oído las voces en los callejones oscuros. Había presenciado el instante en que las niñas se transforman en mujeres y había logrado destilar una solución líquida que resumía esa sensación. Había observado los cuadros de múltiples niveles hasta dar con el retrato que esconden en la sombra, allá donde no llegó el pincel del pintor. Y en cada una de esas ocasiones vio llaves. Llaves y cerraduras que servían para todo: para ir a otros lugares, para descifrar secretos innombrables... para ser, simplemente. Para estar allí de manera que demostrasen de forma implícita alguna verdad.

Esa era su vida. La vida de un aperimante.

Sí, meditó durante meses sobre el acertijo del bronce de los pájaros y los peces. Otros compañeros habían intentado resolverlo, y no se había vuelto a saber nada de ninguno de ellos. Era de dominio público que, en ocasiones, las puertas se abrían aunque no lo hubieras hecho de manera correcta. Te dejaban pasar, de acuerdo, pero el lugar que te aguardaba al otro lado no tenía nada que ver con aquel al que querías ir. Y, una vez equivocada la senda de ida, nadie encontraba el camino de vuelta.

El caballero sabía que aquella puerta, cruel y traicionera, tenía truco. Su amigo Janus Blonk, el aristócrata, lo descubrió demasiado tarde. Lo mismo le sucedió a su hija, la bellísima Vicky, que quiso ir a rescatarlo sin haber completado el entrenamiento. Nombres en un muro de lamentaciones.

El dueño de la Mansión era consciente del peligro que entrañaban sus puertas. Solo usaba una minúscula porción de la casa, aquella que había podido abrir sin peligro. Pero por cada habitación descubierta yacían mil más en la penumbra. Por eso permitía a aperimantes de todo el mundo probar suerte bajo su propia responsabilidad. La recompensa era simple: «Podéis quedaros con todo lo que encontréis en la habitación que descubráis, siempre y cuando yo me quede con la

habitación». Era un trato muy tentador, porque las salas, la primera vez que se accedía a ellas, solían estar llenas de objetos: artilugios extraños con propiedades fascinantes, muchas veces peligrosos, pocas veces fiables y casi siempre letales.

Muchas personas eran capaces de morir (y matar) por poseerlos. El dueño de la Mansión lo sabía, por eso el juego había durado tantas décadas. Por ese motivo se habían abierto tantas puertas... y por eso tantos amigos habían rubricado en aquel triste muro.

Cuando uno se enfrentaba al enigma, tenía que hacerse una serie de preguntas en un orden concreto. La primera y más obvia era si la puerta podía abrirse. Muchos magos de la Antigüedad construyeron entradas falsas que no podían cruzarse de ninguna manera, y tenían a los pobres incautos atrapados en una espiral eterna de preguntas y silogismos.

Una vez constatado más allá de toda duda que sí, que la puerta podía abrirse, enlazando así dos lugares distintos, venía la siguiente pregunta: ¿cómo? ¿Había que manipular algún mecanismo o desarmar alguna trampa? ¿Existía una llave para ello? Y si era así, ¿qué forma tenía? ¿Era un pedazo de hierro dentado, un poema, una canción, un puzle, el pacto con un antiguo demonio, una confesión inconfesable, un acento sin diéresis, una inocencia perdida dos veces? ¿Quizá una serie de condiciones que había que cumplir en un minuto exacto de alguna fecha para que todo encajara?

Y lo más importante, la pregunta por la que un aperimante se jugaba la vida: ¿adónde llevaba aquella puerta? ¿A algún sitio donde no te arrepentirías de haber entrado?

Ese era el problema final: la distancia mínima entre la vida y la muerte. La que había entre una pregunta y su respuesta.

Fijó toda su atención en el bronce.

Si la puerta no tenía cerradura, si solo mostraba un juego sin fin de ilusiones ópticas... entonces, tal vez, la llave misma podría estar incluida dentro de la propia puerta. Oculta en el espejismo.

Esa idea lo seducía. Una llave escondida en un extremo de la ilusión, con la cerradura oculta en el otro. Por eso nadie había podido abrirla jamás.

El caballero se inclinó unos grados hacia la derecha, hasta alcanzar un ángulo idóneo donde los peces eran más visibles. La puerta se convirtió en un banco de truchas en perfecta formación. Luego se movió hacia la izquierda, unos pocos grados también, y clavó la mirada en los espacios entre las truchas para que su cerebro hiciera el cambio. *Voilà!* Los peces habían desaparecido de su visión y las golondrinas echaban a volar.

«Ah, cabronazos», pensó.

Los pájaros tenían la llave. Y los peces, la cerradura.

Solo había que descubrir cómo juntarlas. Por desgracia, una condición *sine qua non* de las ilusiones ópticas era que no podías ver las dos a la vez. Tu cerebro solo aceptaba una simetría simple, no dos superpuestas. Por eso la llave no podría

encontrarse jamás con la cerradura, aunque descansaran a muy poca distancia la una de la otra. Estaban, por así decirlo, en dos niveles de realidad irreconciliables.

Al caballero le pareció oír a lo lejos la risa del dueño de la Mansión. Sus cejas formaron una V sobre los anteojos.

Dejó el sombrero de copa en una silla. Se situó en el centro de ambas puertas, justo a la distancia focal de sus anteojos, y los graduó. Cada lente estaba montada sobre un anillo calibrado, de modo que, al atornillarlo o desatornillarlo, se podía variar el ángulo de cada cristal de forma independiente.

Sacó una libreta, la abrió y consultó unos números. Aquello se parecía mucho al trabajo de un arqueólogo. Rozó los anillos de las lentes con los pulgares, calibrándolos, mientras miraba primero una puerta y después la otra. Buscaba diferencias sutiles, interrupciones en la geometría del mosaico que pudieran darle una pista sobre dónde enfocar la vista.

Era normal dar por sentado que para tener una visión holística había que dirigir la mirada al centro, pero no tenía por qué ser así. Una cosa era la puerta física y otra la ilusión que cabalgaba sobre ella. No tenían por qué compartir epicentro.

Empezó a dolerle la cabeza cuando las lentes enfocaron dos imágenes distintas, una más inclinada hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Pero el efecto fue sorprendente: a pesar de la desorientación, pudo distinguir pájaros y peces a la vez, como dos nubes de siluetas translúcidas que se peleaban por el mismo espacio.

Entonces las vio.

Había dos figuras distintas al resto. Un pez que tenía las puntas de las aletas ligeramente curvadas hacia fuera, y una golondrina con las alas más cerradas que sus hermanas de bandada. Las dos eran figuras diferentes y, por lo tanto, dignas de atención. Y, además, tenían otra cualidad: estaban situadas juntas, siendo el pájaro cóncavo el hueco que complementaba al pez convexo.

—Ya te tengo... —dijo emocionado mientras anotaba rápidamente unos números.

Extendió las manos, ignorando el dolor de cabeza, e hizo girar el pájaro para que se acostase sobre el pez que veía con el otro ojo. Los hizo encajar como un enzima en las imperfecciones dactilares de un sustrato.

Hueco encajando con hueco. Sombra con sombra. Enigma con solución.

Clic.

La puerta soltó un gemido apagado, como si lamentase que alguien hubiera violado su secreto. Y se abrió. Una leve corriente que olía a misterios enterrados palpitó como un velo invisible.

—¡Jamás pensé que lo lograría! —exclamó una voz a su espalda.

Al volverse, descubrió al dueño de la casa apoyado en su bastón de caoba. Lo miraba con una mezcla de odio y satisfacción, como si le diese las gracias por haber ampliado unos metros más la zona habitable de la Mansión, pero al mismo tiempo le guardase rencor por haber matado otro pedazo de su misterio.

El caballero se ajustó el sombrero.

—Si le soy sincero, yo tampoco estaba convencido del todo.

—¿De veras quiere entrar? —preguntó el dueño, lord Astrud, señalando la oscuridad con forma de pasadizo—. ¿No teme lo que pueda pasar?

El hombre se lo pensó, serio, durante un minuto y luego sonrió.

—Claro que lo temo: me da un miedo atroz. El principio de Circularidad de la magia me obligará a pagar un precio por todo lo que encuentre, a reparar los daños y a argumentar yo mismo los poderes que use. Pero eso es lo que lo hace interesante, ¿no cree?

Y desapareció internándose en zonas de la Mansión que nadie había visto en siglos.

LIBRO PRIMERO

DEUS EX MAGIA

*It's only forever
Not long at all*

DAVID BOWIE, *Underground*

Riddly nace

El nacimiento de Riddly constituyó un enigma en sí mismo.

Su madre se llamaba Lisa Strongfield (apellido de soltera, Novartis), una dama de alta cuna cuya familia estaba relacionada con las obras del metro de Londres. Sí, era cierto que nadie quería que se horudara la ciudad en cien direcciones diferentes, con los obreros tundeando como gusanos desquiciados, con las molestias que ello comportaría en los buenos barrios, pero el apellido Strongfield pesaba con la contundencia de una guerra contra los bóers. Y si lord Astrud Strongfield decía que había que cavar, porque era por el bien de la ciudad, pues se cavaba y punto.

Corría el año de gracia de 1895 bajo el reinado de los Estuardo, y el cercano cambio de siglo, más que una manera de pasar página, se percibía como una *tabula rasa*. Un salto de renglón hacia algo que... bueno, que no se sabía muy bien cómo sería, pero que estaba claro que sería distinto. Y lo sería en cada una de sus tres sílabas.

Lord Astrud confiaba tanto en las posibilidades de ese cambio que hasta había mandado construir un paso para su famoso tren subterráneo por debajo del Támesis, una obra maestra de ingeniería a la que él llamaba cordialmente Augusta, en honor a su santa abuela. El resto de la ciudad lo denominaba «locura demente».

Lo que Lisa no llegó a sospechar jamás era el modo tan cruel en que esa profecía iba a afectar a su familia en concreto, más que a ninguna otra de Londres. Lo que saldría de ahí...

En fin, lo que salió de ahí la noche del 20 de junio fue un bebé.

Hacía nueve meses, cuando el periodo empezó a retrasarse y los pechos de la joven a crecer de manera expansiva, las habladurías corrieron como la llama sobre hierba seca por la Mansión. De todos era conocido el problema de aquel matrimonio, en virtud del cual uno de los dos, no se sabía si Lisa o su marido (un héroe afrikáner condecorado con siete orejas de suazi), tenía algún estancamiento en el divino sistema del amor. Y ese atasco impedía que o bien los efluvios masculinos subieran o bien los femeninos bajarán. Hubo quien lo achacó a los poderes sobrenaturales de ciertos médiums que la señora Strongfield solía visitar, y que le habían regalado aquella figurilla de poder maravilloso, un pequeño cíclope con una considerable erección entre las piernas, que ella se había pasado meses sosteniendo mientras hacía el amor con su marido. Uno de los dos era estéril, o quizá ambos, y eso había privado a la casa de los Strongfield de un heredero legítimo.

Hasta aquella espantosa noche.

Sucedió en medio de un teatro de rayos, truenos y relámpagos; de lluvia que parecía el exordio del Segundo Diluvio. ¡De gritos y un rumor constante de gente que

corría por las escaleras! Lord Astrud, hecho un manojito de nervios, se había quedado retorciendo su sudoroso pañuelo más allá de los límites de lo posible, mientras aguardaba sentado en un taburete.

Frente a él, una puerta.

Y tras la puerta, en medio de un pandemonio de aullidos de la madre, de instrucciones del médico a sus asistentes y del articular de engranajes de la máquina que la matrona había llevado consigo, un milagro.

El corazón de lord Astrud estuvo a punto de decir «aquí me planto» cuando sobrevino aquel instante de silencio. Un momento aterrador en el que la lluvia dejó de azotar las ventanas, el reloj se olvidó de amartillar el siguiente segundo, el viento se atoró en un nudo dentro del tiro de la chimenea... y la casa quedó sumida en una lóbrega quietud. Era el silencio del interior de la tumba, del corazón del mausoleo, de la garganta del mudo cuando intenta chillar de miedo.

La madre, que apretaba la figurita del cíclope contra el corazón como si fuera su último aliento, había dejado de chillar. El médico, de dar órdenes. Los criados, de sollozar asustados. El corazón de Astrud, de dar bandazos contra el esternón. Inglaterra entera contenía el aliento, desde la capital hasta las lejanas colonias en la India, España y Australia.

El primogénito de los Strongfield estaba naciendo, y nadie tenía poder para desacralizar aquel momento. Ni siquiera la reina.

La manecilla del reloj se atrevió a cruzar la barrera de la medianoche. Y en las salas del piso de arriba resonó el llanto de un bebé. Un bebé sano, que maullaba como un gato pero se retorció como un león. Un bebé que colgaba por una pierna de la mano del médico como un jamón sonrosado, goteando sangre y líquido amniótico sobre la exhausta madre.

Y el corazón de lord Astrud decidió que por aquello, solo por aquello, merecía la pena seguir latiendo.

El periodo de felicidad que abrazó las vidas de la familia no tuvo parangón en toda su historia. No es que fuera a durar mucho, pero sí que hubo algunos años buenos, en los que nada estaba torcido y el puzle del mundo parecía haber encajado.

Lisa no pudo tener más hijos, porque, en palabras del doctor, se lo había dejado todo sobre la cama aquella noche: su hijo, su fertilidad e incluso parte de sus tripas. La sábana quedó hecha un charco cuando los criados obtuvieron permiso para llevarla a la bañera y asearla, pero ella sobrevivió. Eso era lo único que importaba. Al menos, en lo relativo al pequeño Riddly.

Era un pequeño sano y listo, un revoltijo de cabello que se pegaba a la teta como un bóer a sus tierras de cultivo. Un revoltijo que miró al mundo casi desde el primer segundo, porque dijeron que nació con los ojos abiertos y que primero observó al médico con parsimonia, y luego a los criados como si los estuviera juzgando... hasta

que al fin localizó los ojos de su madre.

Dicen que los bebés no ven más allá de unos cuantos centímetros, el espacio que necesitan para definir su pequeño mundo: el pezón como fuente de vida, el latido de la madre como fuente de amor, y ya está. Pero Riddly veía, veía mucho más de lo que nadie en aquella habitación pudo imaginar nunca. Y cuando detectó el cuerpo encorvado de dolor de su mamá, alzó una manita hacia ella y le enseñó, despectivo, el pompis al palurdo del médico.

Cuando Lisa lo cogió entre sus brazos, el dolor se evaporó. Y no es que fuera una metáfora: desapareció de verdad, como por arte de magia.

Y eso era, literalmente.

Arte de magia.

Rebeca y el escarabajo

«Lo más importante es la llave.»

Esa era una de las frases predilectas del Cerrajero. Fue, de hecho, una de las primeras lecciones que le impartió al poco de comprarla en el mercado de esclavos. «No lo olvides nunca, Rebeca. Pase lo que pase, no la pierdas nunca de vista. Sin ella no podrías regresar a casa jamás.»

Por norma general, Rebeca solía colgarse las llaves del cuello; pero, dado el tamaño de la última (una mariposa enorme esculpida en miel solidificada), había optado por guardarla en el bolsillo interior de la cazadora. Y esta continuaba a la vista, así que se podía decir que estaba cumpliendo con la recomendación del Cerrajero.

La cazadora colgaba de un saliente curvo de la pared, a unos tres metros de distancia, justo donde la había dejado. Era nueva, de cuero manchado, y había temido estropearla dentro de aquella gran campana de cristal con su llovizna continua.

El tanque en cuestión estaba repleto de escarabajos, cada uno adormilado en su correspondiente celdilla, labradas todas ellas en las caras internas de la mampara. Esos insectos precisaban de humedad constante; de ahí la lluvia, y de ahí la cazadora colgada en aquel perchero. Rebeca tenía ahora en su poder, metido en un frasco con la tapa horadada, uno de esos escarabajos, una criatura esmerilada de alas oscuras. Ese había sido su objetivo en aquella incursión, la pieza que debía capturar. Y ya estaba hecho. Ahora solo tenía que salir de allí.

Pero, por supuesto, para ello necesitaba la llave.

El problema estribaba en que entre su cazadora y ella se interponían dos criaturas que parecían surgidas de las pesadillas de un entomóforo. Insectos humanoides de casi dos metros de altura dotados de cuatro brazos, un llamativo par de piernas en sierra y unas alas alargadas, esbeltas como espadas. Sus cabezas eran de un tamaño considerable, y las coronaban un par de ojos multifacéticos. Ambos llevaban una armadura viva fabricada a base de larvas.

Los insectos la mantenían encañonada. Sus armas tenían un curioso diseño en espiral, rematado por un cañón ancho, de boca dentada. De haber leído con detalle el dossier de misión que el Cerrajero le había entregado, Rebeca habría sabido que iban cargadas con proyectiles de ámbar, cada uno con un diminuto insecto en el interior. Cuando la bala acertaba a su objetivo, la cubierta de resina se derretía y el insecto infectaba a la víctima con parásitos de desarrollo rápido que devoraban a su huésped en cuestión de minutos.

De todas formas, y aun sin haber leído esa parte del informe, Rebeca no tenía la menor intención de permitir que las balas la alcanzaran.

Imaginaba que ambas criaturas debían de contemplarla con un pasmo absoluto. No era para menos. Sin duda era la primera vez que tenían ante sí a un ser semejante. ¿Qué pensarían? ¿La tomarían por uno de los suyos? Lo dudaba. Era cierto que tanto su respirador como las gafas le conferían a la cara un aire de insecto, pero no tenía el número correcto de extremidades, y su anatomía difería mucho de la de aquellas avispas. Rebeca era claramente humana, una mamífera de pies a cabeza, con su par de brazos y de piernas, sus amplias caderas y unas glándulas mamarias de un tamaño más que aceptable.

¿Les desagradaría su visión a esos seres? Quizá. A ella, por el contrario, las criaturas insecto le resultaban hermosas, de una delicada fiereza.

El tenso encuentro se producía en mitad de una sala romboidal, de suelo y techo repletos de porosidades pilosas. Detrás de Rebeca había ocho tanques de insectos, todos ellos idénticos en tamaño y forma, aunque no en contenido: tres de ellos encerraban escarabajos; dos, libélulas, y el resto, mariposas, unos animales de formas y colores extravagantes. En la pared de la izquierda, a espaldas de los guardias, se veía una puerta con aspecto de esfínter, mientras que a la derecha se abría un ventanal que cubría casi por entero la pared. Parte de uno de los cristales estaba en el suelo, donde ella lo había dejado tras cortarlo con su láser.

La vista desde la ventana era espectacular: un mundo repleto de edificios colmena de un intenso color rojo sobre el que se derramaba un crepúsculo de tonos violeta y nubes negras. La luna en lo alto estaba casi llena. Era la misma que se veía desde la Tierra, solo que su superficie estaba tallada con un sinfín de celdillas; otra colmena más, tremenda y madura allí en el cielo.

Una gran diversidad de seres volaba entre los edificios. Algunos lo hacían en enjambre; otros, en solitario. También se apreciaba el vuelo lento de unos enormes insectos globulares, semitransparentes, que llevaban a otros en su interior. Rebeca se encontraba en una de las plantas superiores de la estructura más alta, la gigantesca colmena negra que, según el dossier, era la residencia de invierno de la Araña Madre que gobernaba el hemisferio.

Uno de los insectos avanzó un paso, sus garras firmes alrededor del arma.

Rebeca se tensó. Si quería sobrevivir, tenía que jugar con su desconcierto. Ese era otro de los consejos habituales del Cerrajero: jugar la baza de la extrañeza que sin duda sentirían los nativos al verla, sobre todo en los mundos excéntricos, los que divergían en extremo de su hogar.

—¡Hola! —exclamó. El sonido de su voz surtió efecto: los seres retrocedieron como si en vez de hablarles los hubiera golpeado—. Estoy segura de que ahora mismo os estaréis preguntando qué diablos soy y qué hago aquí. —Habla deprisa, atenta a las zarpas de aquellas cosas, y dispuesta a rodar por el suelo a la menor señal de que fueran a disparar—. Me llamo Rebeca Su, y vengo de una realidad alternativa en la que los monos descendimos de los árboles y nos hicimos con el poder. Lo sé, ¡es delirante! Soy una saltadora y voy de mundo en mundo consiguiendo los objetos

que me piden. Y hoy me han ordenado que robe uno de vuestros bichos. No tengo ni idea de qué es ni de para qué sirve, pero me han pedido que lo haga y soy una chica obediente. Aunque ¿acaso importa lo que os diga? Vosotros no me entendéis del mismo modo en que yo no os entiendo a vosotros.

Como si quisiera corroborar su teoría, la criatura de la izquierda le dedicó un rápido zumbido. Los quelíceros de su faz se agitaron, envueltos en la cota de larvas que le protegía cuerpo y rostro. Una de las larvas se desprendió de sus fauces y cayó al suelo terroso, que la absorbió en el acto.

Rebeca alzó las manos en un, esperaba, universal gesto de rendición.

La avispa de la derecha le dedicó un nuevo zumbido, más apremiante. La paciencia de aquellos seres daba la impresión de estar agotándose. Rebeca decidió no tentar más a la suerte. Contó hasta tres, cerró los ojos y accionó el pequeño pulsador situado en la parte interior de su palma.

Un fogonazo de luz blanca saturó la estancia.

No se detuvo a comprobar si las criaturas quedaban cegadas o no. Incluso estando ciegas serían capaces de disparar a un blanco inmóvil. Así pues, optó por lo más sensato: huir a la desesperada. Se tiró al suelo y rodó por el piso. Una de las criaturas se tambaleaba, aturdida por el estallido. La segunda abrió fuego. Las balas atravesaron el cristal del tanque a su espalda, y una maraña de grietas comenzó a extenderse por su superficie. Las mariposas alzaron el vuelo, aterradas.

Rebeca se levantó de un salto, cogió la cazadora y corrió a toda la velocidad que le permitieron las piernas. Los insectos le cortaban toda posibilidad de fuga por la puerta, pero esta no le interesaba. Se dio impulso y, de un potente salto, atravesó la ventana. Se cubrió con un brazo mientras se valía del otro para acolchar el bote del escarabajo, que embestía contra el cristal en un vano intento de imitar su plan de fuga.

La noche era tan fría que a Rebeca le dio la impresión de zambullirse en aguas heladas. La gravedad la reclamó, y ella, sin más alternativa, cayó a lo que parecía una muerte segura, rodeada por una lluvia de esquirlas de cristal.

Sonrió mientras caía. Se sentía viva, ingrávida.

No tuvo necesidad de llamar a Ágata. El animal había estado alerta y se lanzaba ya en su búsqueda. Una sombra líquida se desplazó envuelta en el crepúsculo; una reverberación en la atmósfera, invisible a los ojos. Aquella era su montura, una criatura camaleónica perfecta que, gracias al capricho de la evolución, además de ser indetectable a simple vista podía volar.

Rebeca lanzó un gemido al caer sobre el lomo de Ágata. El golpe fue contundente, lo bastante como para sumar nuevos moratones a la colección de aquella noche. La joven se echó hacia delante, guardó el frasco en un bolsillo de la cazadora y se la puso a trompicones. Tomó las riendas de Ágata mientras introducía a ciegas los pies en los estribos. El campo metamórfico que protegía a la criatura se hizo extensible a ella.

—Buena chica, buena chica... —susurró. Lo primero que había hecho cuando el Cerrajero le regaló a Ágata fue eliminar las espuelas. Decidió que su relación sería de iguales. En el fondo, ambas eran esclavas.

El animal soltó un maullido, extendió las alas verdes y comenzó a descender en lentas espirales. Rebeca alzó la vista. Los guardias ya no estaban deslumbrados y acababan de salir volando por el ventanal hecho pedazos. Lino de ellos giró sobre sí mismo mientras el segundo se lanzaba en picado, en un intento de encontrar a la mamífera suicida.

Le llegó, no sabía de dónde, una vibración curiosa, en el umbral de audición. ¿Era una alarma? ¿Un sistema de aviso? ¿La alerta correspondiente a «invasión en ciernes desde una dimensión paralela»?

No importaba. Antes de que pudieran rastrearla, ella habría abandonado aquella tierra de insectos prodigiosos. Espoleó al dragón de niebla en busca de la puerta que daba a su mundo. Con suerte estaría de regreso para la hora de la cena.

El retorno del viajero

El dueño de la Mansión logró mantener viva durante bastante tiempo la alegría que le producía la apertura de la Puerta de los pájaros y los peces. Pero esa alegría se fue mitigando a medida que los días pasaban y el aperimante no regresaba.

El proceso siempre era el mismo: un aventurero con talento cruzaba un umbral, exploraba lo que hubiera al otro lado y volvía al poco tiempo, con las alforjas cargadas con los objetos que hubiera podido rapiñar en la nueva habitación, por si acaso alguno tenía propiedades mágicas. El regreso del aventurero le indicaba al dueño de la casa que se podía volver a atravesar la Puerta sin riesgo alguno.

Pero en esa ocasión, y a pesar del prestigio de que gozaba, el aperimante (o lo que era lo mismo, sir Logan de Noxville, su verdadero nombre) no había vuelto del otro lado. Aquello solía significar que algo se lo había comido, o que se había extraviado en el laberinto de dimensiones. Lord Astrud recordaba a la perfección el día en que el aperimante abrió la Puerta: usó sus extrañas gafas, le soltó una retahíla de sandeces sobre la circularidad de la magia, y desapareció en la oscuridad.

Desde entonces habían pasado ya doce años.

En ese tiempo, Riddly, el primogénito (y único hijo hasta la fecha) de lord Astrud, había crecido y se había convertido en todo un hombrecito. Era un chico de tez saludable, un poco bajo para la media pero con una mirada que denotaba... quizá no una gran inteligencia, pero sí una inusual atención hacia los detalles. Riddly no era un superdotado, en el sentido de que le costaba lo mismo que a los demás resolver problemas de lógica, aprender cosas nuevas en el colegio o desarrollar algún talento artístico. El niño era una personita completamente normal en todos estos aspectos.

Pero ¿qué decir de sus ojos? Ojos que barrían la realidad con un interés sobrenatural. Ojos que no veían, sino que tragaban información, y absorbían los detalles de lo que capturaban con una minuciosidad insólita. Ese era el talento que hacía especial al muchacho: su capacidad de ver.

La familia se divertía en las fiestas sociales exhibiendo la capacidad de observación del niño. Los aristócratas de Londres boqueaban asombrados cuando, tras un vistazo que no solía durar más de tres segundos, el niño cerraba los ojos y describía con absoluto detalle el contenido de una habitación, o las características de un cuadro, o las elegantes peculiaridades del vestido de una dama.

Al final todos aplaudían. Y Riddly pedía un caramelo.

Su madre, Lisa, rezumaba orgullo hacia su hijo. Y un exacerbado sentido protector. Sabía que Riddly era especial, aunque no parecía que su talento sirviera de gran cosa. Tal vez pudiera trabajar cuando fuera mayor en los departamentos de la policía, donde semejante capacidad de observación le sería de enorme utilidad. Pero

no, ella no quería que su tesoro se pasara la vida desgranando escenas truculentas. Su padre lo veía más como un arquitecto, una persona capaz de detectar hasta la más pequeña imperfección en la estructura de un edificio con solo echarle un vistazo. Pero eso implicaría subir una y otra vez a lugares altos, lo cual tampoco le hacía demasiada ilusión. ¿Cirujano, tal vez? Tampoco: los médicos jugaban demasiado con cuchillos.

Los años que habían transcurrido desde que los padres descubrieron el talento de Riddly y este celebró su duodécima onomástica fueron alegres, vivaces y llenos de esperanza. De vez en cuando un nuevo aperimante tocaba la campanilla, se le invitaba a pasar y a un té con pastas, y se le preguntaba cuál de las Puertas de la Mansión Infinita quería desafiar. El hombre (o la mujer, porque había aperimantes de ambos sexos) elegía una Puerta y explicaba cómo había resuelto el enigma de la cerradura. Luego todos se encomendaban a Dios y a su cohorte de santos, y el aventurero ponía en práctica su teoría. La mayoría de las veces no se volvía a saber nada de él.

Por eso les asustó tanto el suceso de la noche del 30 de abril de 1907.

Lo que ocurrió aquel día marcó un punto y aparte en la historia no solo de los Strongfield sino también de la Mansión. Señaló la fecha en que los buenos tiempos acabaron y comenzó la trágica odisea de la familia, y en particular del pequeño Riddly.

Una sirvienta, la misma que había tomado la chaqueta del aperimante Logan de Noxville, estaba en la sala haciendo limpieza cuando oyó un ruido a su espalda. Era como si algo se hubiese caído de un estante. Se dio la vuelta, rezando por que no fuera una de las carísimas figuras de porcelana que la señora se traía de sus viajes a las colonias, y fue entonces cuando vio al hombre.

La sirvienta profirió un grito de terror y dio con su orondo trasero en un aparador, con tal mala suerte que una docena de esas figurillas cayeron al suelo y se hicieron añicos. Ella ni siquiera se enteró. Estaba paralizada por el asombro.

Porque a menos de tres metros de ella había aparecido una persona, un varón de unos cuarenta años. Estaba encorvado, y al borde del colapso tras un viaje de muchas leguas. Llevaba unas ropas hechas jirones que en tiempos pudieron ser las de un caballero de buena cuna, pero de eso hacía mil vicisitudes. Y el olor que desprendía... era lo más horrible que la sirvienta, una mujer acostumbrada al ambiente de cocinas y mataderos, hubiera oído jamás. Como si aquel hombre fuera un pordiosero y solo hubiera conocido un tipo de agua: las gotas del bautismo.

Pero lo que más impresionó a la mujer no fue el hombre, sino que la puerta que había a su espalda, el umbral prohibido de los pájaros y los peces, estaba abierta de par en par.

La conmoción que el regreso del viajero provocó en la casa careció de parangón en

toda su historia. Lord Astrud saltó de la cama al oír el grito de la sirvienta, pues pensaba que se había colado un ladrón, y agarró el mosquete de matar indígenas. Cebó la cazoleta con la polvera y bajó corriendo hasta el primer piso.

Su mujer, muerta de miedo, se encerró en el dormitorio junto con el pequeño Riddly, quien lo miraba todo con ojos de sueño mientras se preguntaba qué diantre sucedía.

Cuando Astrud llegó a la habitación de la Puerta, que solía usarse para exponer la porcelana, y vio a la aterrorizada sirvienta mirando al extraño, pensó que había acertado en su previsión: un ladrón maloliente se había colado en sus dominios. Y se había entretenido en hacer añicos su colección de porcelana Ming.

Por mucho menos que eso, la ley amparaba al dueño si le soltaba un trabucazo. Así que elevó el mosquete, apuntó al hombre...

... y entonces lo reconoció.

Lord Astrud soltó un grito agudo, similar al que había proferido la mujer. Y bajó el cañón del arma. Logan había regresado después de doce años de viaje por las dimensiones ocultas. Era la primera vez que sucedía algo semejante.

Menos de dos horas después, el Cónclave de aperimantes estaba reunido en el salón de té de la Mansión. Astrud había tenido suerte de dar con todos menos con uno, que estaba de viaje en Bélgica. Los otros tres se encontraban en Londres aquel día y acudieron a toda prisa en respuesta a su llamada. No era para menos. Estaban igual de sorprendidos que él. ¿Logan de Noxville había logrado volver, en serio? ¿No podía tratarse de un truco? No, el prestigio de Logan dentro del gremio era demasiado alto. No era el típico viajero joven con aires de grandeza, capaz de fraguar un plan para engañar a sus maestros. Se habían dado casos de jovencitos que decían estar a punto de abrir una Puerta, luego se tomaban unas largas vacaciones y reaparecían en escena diciendo que habían estado presos en tal o cual dimensión desconocida. Pero los aperimantes viejos, los que de verdad tenían experiencia, los calaban enseguida.

Logan, por el contrario, era un aperimante mítico, el hombre que más Puertas había abierto en su vida. Ya tenía el récord, y eso que solo contaba cuarenta y pocos años. Estaba en la flor de la vida. Y aunque nadie se esperaba su regreso, fue motivo de alborozo para todos.

—Es increíble. Si me lo llegan a jurar sobre la Biblia no me lo creo —comentó lady Marisa Condlell, la más anciana del grupo. En aquel momento le tocaba ser la presidenta del Cónclave, un puesto rotatorio. Y miraba al bueno de Logan con la misma incredulidad con la que miraría a un ángel aparecido sobre un cementerio, con trompetas y todo.

Los otros dos ancianos estaban de acuerdo. Uno había nacido en la lejana Mongolia, y el otro, aunque inglés, tenía más pinta de bárbaro de las montañas escocesas que de haberse pasado la infancia en un barrio de alta alcurnia. Lord Astrud, su esposa y Riddly completaban el cuadro. Todos miraban fijamente a Logan, quien tiritaba bajo unas mantas. Ya se había aseado, si bien aún desprendía un olor

inclasificable que no era ni sudor humano ni suciedad ni... ni nada reconocible.

—Si no recuerdo mal, aunque eso para mí ocurrió hace una eternidad —dijo Logan, en voz baja y estropeada—, lo último que le dije antes de cruzar el umbral, lord Astrud, fue que a pesar del miedo la experiencia merecería la pena. Me reafirmo en ello.

—Pero ¿qué le ha pasado, hombre de Dios? —explotó Marisa, sin poder contener su curiosidad—. Lo dábamos por muerto después de tanto tiempo.

—Y ciertamente lo estuve... —La mirada del viajero se marchó a otros lugares, a otros tiempos que no parecían demasiado agradables. Sus temblores debajo de la manta arreciaron—. Estuve vagando como muerto por sendas oscuras durante días, soy incapaz de decir cuántos. Al cruzar la Puerta pensé que al otro lado habría una habitación, un oasis de luz en el que podría refugiarme... pero esta vez fue distinto.

Los tres ancianos se inclinaron hacia delante, temblando de la curiosidad.

—¿Qué fue lo que viste, Logan? —murmuró el que parecía un montañés.

—El pasillo era muy, muy largo —relató Logan con voz neutra—. Y complejo en su trazado. No parecía tener fin. Al principio me preocupé; temí no haber resuelto de la manera correcta el enigma de la cerradura y que me hubiesen metido en un laberinto recurrente, un pasillo cuyo final enlazara con su comienzo por toda la eternidad... Pero al cabo de muchas horas, gracias a Dios, vi una luz. Alcancé un lugar distinto, pero no era una habitación. Se parecía más bien a un cruce de caminos, un nexo.

—¿Un nexo? —se sorprendió Marisa—. Increíble. Habíamos teorizado sobre su existencia, pero nunca se había descubierto ninguno. Esto significa que es cierta la teoría de que las realidades de la Mansión se cortan entre sí al menos en un punto.

—A esa misma conclusión llegué yo —asintió Logan—. Estuve meses dentro de aquel lugar, sin comer ni beber, aunque la propia Mansión parecía mantenerme con vida. Parecía como si quisiera que hubiese un testigo dentro de sus entrañas, para que relatara lo que había visto en una suerte de desquiciado evangelio. Intenté elaborar una teoría de Portales completamente nueva para aquel lugar, algo que explicara lo que estaba viendo, pero no logré sino arañar la superficie.

»Al cabo de muchos días decidí empezar a moverme. Mi cerebro había llegado a un punto en que no iba a avanzar más con los pocos datos de que disponía, así que me arriesgué a elegir uno de los caminos. Así fue como pisé realidades que... —Se encogió como un niño pequeño, hecho un ovillo de la pura congoja. Sus compañeros tuvieron que estrechar el abrazo y calmarlo para que siguiera hablando—. Realidades indescriptibles que se esconden más allá de todo cuanto conocemos. Ya sabíamos que la Mansión era un nexo de comunicación con los planos paralelos de la Magia. Pero nunca imaginé que sus pasillos pudieran conducir directamente a esos planos...

»Vi lugares compuestos solo por luces y reflejos, en los que habitaban criaturas etéreas que parecían sombras de estrellas muertas. Recorrí planicies mancilladas por guerras entre seres del tamaño de titanes, y estuve a punto de ser convertido en

provisiones para el invierno en la despensa de unos insectos. Fueron días, semanas, meses... horribles. Siempre corriendo, siempre escondiéndome, con miedo constante de que un ser horrendo saliera de la nada y me apresara. Traté de regresar al nexo, al último lugar seguro que conocía, pero había perdido la senda. Créanme si les digo que creí morir. Y que tal vez estuve muerto.

Lisa escuchaba aterrada el relato de aquel hombre. Mantenía abrazado a su hijo como si fuera un talismán, aunque aún llevaba su pequeño y queridísimo cíclope de la fertilidad colgando del cuello. Pero el pequeño Riddly lo oía todo con tal fascinación que parecía lo más interesante que le hubiera sucedido jamás. Seguía mirando a Logan con esa intensidad capaz de poner nerviosas a las paredes, registrando cada gesto, cada inflexión de la voz, cada temblor en la mirada del aperimante. Y hubo un momento en concreto en que sonrió, él solo, como si de su atenta observación se pudiese extrapolar un chiste que los demás no habían cogido.

—¿Encontraste criaturas vivas en esos otros planos? —El asombro de los ancianos no tenía límites, como atestiguaba la cara de Marisa—. ¿Y ellas... ellas saben cómo entrar en el laberinto de la Mansión?

Logan asintió con gesto grave.

—Sí, sí que lo saben. La Mansión tiene fachadas que dan a esos mundos. Y esas fachadas también tienen Puertas. Conseguí escapar por fin y volver al nexo gracias a una de esas entradas, pero sé que me siguieron. Sé que no entré solo. Traté de huir de ellos, despistándolos en las curvas del laberinto, pero no sé si lo conseguí. —Logan se frotó las sienes, cansado—. Tengan en cuenta que el tiempo ha transcurrido de manera diferente para mí que para ustedes. Dicen que han pasado doce años desde que me fui, pero para mí ha sido un año, uno solo, aunque horrible. El peor de mi vida, lleno de horrores sin nombre. Y aun así me siento afortunado.

—¿Por qué? —preguntó lord Astrud, quien seguía sin creerse del todo la historia de aquel hombre. Sí, parecía sincero, y su congoja al relatar la odisea estaba punteada de temblores reales. Pero había algo en él... no sabía qué, que le hacía desconfiar.

—Porque logré penetrar lo suficiente en la estructura de la Mansión como para llegar a verlo. —Cruzó una mirada con los demás ancianos del Cónclave—. Lo vi.

—¿El qué?

—El corazón de los planos, el núcleo mismo de la Mansión. ¡El Equinoccio! Existe, es un lugar concreto, pero no me pude acercar demasiado a él porque enseguida me descubrieron.

—¿Quiénes?

—Alguien que me ha seguido la pista hasta aquí. —Miró primero a lord Astrud y después a Marisa—. Compañeros, si yo he logrado volver, si he podido atravesar las Puertas a la inversa, es posible que esas cosas también lo hagan. Tenemos que poner vigilancia en los Portales más importantes, y prohibir las exploraciones por el momento.

Todos se quedaron petrificados, pensando en las consecuencias de lo que Logan

acababa de decirles. Pero entonces, cuando el silencio empezaba a hacerse insoportable, el anciano oriental se descolgó con una pregunta en apariencia intrascendente:

—¿Cómo es que no se ha traído ningún objeto? ¿No vio ni cogió nada que le resultara de utilidad en su viaje?

Logan asintió.

—Hubo una cosa, una especie de pequeño ídolo de la fertilidad que usaban en *uno* de los mundos que visité. Se lo robé a un nativo que intentó copular conmigo por la fuerza (y por favor, no me pidan detalles) para castigarlo por su insolencia. Más tarde me fue de una gran utilidad, como si se tratara de un talismán. Algo que me ayudó a conservar la cordura cuando todo lo demás se venía abajo.

—¿Y qué forma tenía ese ídolo de la fertilidad? —preguntó lord Astrud con un sobresalto.

—Pues... era un pequeño cíclope de madera, similar a los de la mitología griega, ¿por qué?

La opinión del dueño de la casa sobre su huésped experimentó un cambio radical. Y no para mejor.

Rebeca en Colapso

Salir de una Tierra Alterna le producía una curiosa mezcla de melancolía y pesadumbre. Allí fuera, en esos mundos ajenos y al mismo tiempo hermanados con el suyo, se sentía extraordinaria, una heroína que vivía las aventuras más disparatadas y que siempre salía con bien de ellas. En esas tierras podía engañarse y pensar que controlaba la situación de verdad. Allí era capaz de solventar, con un desparpajo envidiable, todas las encomiendas del Cerrajero:

«Rebeca, mi preciosa Rebeca, necesito que robes la corona de algas de una sirena ciega. La guarda en una caracola en el fondo de un lago, custodiada por tritones y torbellinos de mar».

«Escúchame bien, niña insensata. Tienes que entrar en la biblioteca infinita del palacete del dios Armiño. En la sexta planta de la quinta torre del tercer castillo hay un bestiario en un atril. Dentro hay tres marcapáginas. Me interesa el del medio, el que está fabricado en piel de reptil y huele a madrugada.»

«Tengo otra misión para ti, Rebeca Su. Necesito el ojo de cristal de Abdul Sulimán, decimoquinto rey converso de Granada. Murió de peste en un mundo que lleva quince mil años en la Edad Media. Tendrás que entrar en su mausoleo y abrir el sepulcro. Pero cuidado, se rumorea que lo guardan nueve espectros.»

Rebeca se veía a veces a sí misma como un personaje de cuento infantil, de esos que deben encontrar los objetos más extravagantes para alcanzar su objetivo: «Busca la aguja encantada, teje la capa invisible, pónstela y entra en la cueva del monstruo para robar el hueso del último héroe que devoró. Talla con él la flecha mágica para matar al dragón. Busca. Encuentra. Roba. Haz esto, haz aquello y conseguirás el triunfo». Las instrucciones del Cerrajero podían ser complicadas, pero siempre eran precisas. Rebeca era capaz de enfrentarse a ellas, manejarlas con soltura y salir airosa de la situación.

Pero todo era distinto cuando regresaba a su propio mundo. No había instrucciones más allá del «sobrevive como puedas». Su hogar era una tierra herida, estragada, un planeta que agonizaba presa de una catástrofe ajena a toda lógica. Era, además, un mundo invadido y violado por seres de pesadilla.

El Cerrajero la denominaba la Tierra Alfa para distinguirla del resto de las Tierras a las que tenían acceso. Pero no era así como se la conocía en las ruinas y los arrabales, no era así como la habían bautizado los habitantes de Amalgama, la ciudad enloquecida, ni en los poblados suicidas que se esparcían por las faldas del volcán. Ellos la llamaban Colapso.

Colapso, la tierra del Apocalipsis, la tierra del fin de las realidades. Y no había cuento de hadas, espada mágica o hechizo que fuese capaz de salvar aquel mundo de

la destrucción. Ni flecha que pudiera matar al dragón que moraba en él.

La muchacha tomó aliento mientras se preparaba para regresar a ese mal sueño que llamaba hogar. La Puerta que conducía a Colapso estaba esculpida en un banco de nubes que flotaba a ras de mar. En esta ocasión, la llave era un pájaro de madera, una tosca talla que contemplada desde determinado ángulo parecía un pez que boqueara asfixiado. En esta ocasión sí la llevaba colgada al cuello; la notaba caliente contra la piel, como siempre que había un Portal cerca.

La puerta dibujaba un círculo perfecto entre nubes, una O limpia envuelta en algodón liviano. La Tierra Alterna que se disponía a abandonar era un verdadero paraíso. Los continentes se habían fragmentado en un sinfín de islas diminutas que salpicaban de verdor un océano interminable de un azul perfecto.

La atmósfera le había parecido tan pura que, al poco de llegar, hizo caso omiso de las recomendaciones del Cerrajero y se quitó el respirador, deseosa de entregarse a ese aire sin intermediarios.

Al margen de lo que pudiera parecer, Rebeca no era del todo imprudente. Antes de quitarse la máscara comprobó que los habitantes de aquel planeta eran humanos. Había aprendido que el aire de los mundos alternos que albergaban vida humana era casi siempre respirable. No se equivocó: respiró todo lo profundo que dieron de sí sus pulmones. Se colmó de los aromas de aquella Tierra ajena. Olía a mar vivo, a monstruos de las profundidades, a madera húmeda, a estelas de barco y mareas lentas...

Olía a vida. A vida y a sal.

Por enésima vez, Rebeca jugó con la idea de no regresar a Colapso. La posibilidad era demasiado tentadora, sobre todo cuando se topaba con mundos como aquel. El Cerrajero pensaría que había muerto. ¿La lloraría? Era probable. Pero Rebeca no se llevaba a engaño, esas hipotéticas lágrimas no entrañarían sentimentalismo alguno. El anciano lloraría porque sabía muy bien lo mucho que iba a costarle dar con otra saltadora de sus características.

Respiró hondo de nuevo. Por muy seductora que resultara la idea de no regresar, sabía que nunca daría ese paso. Aquella Tierra de océanos inmensos y continentes fragmentados estaba tan condenada como la suya, solo que sus habitantes lo ignoraban todavía. Vivir en un planeta como aquel sería todavía más doloroso que hacerlo en Colapso, pues estar allí significaría ser consciente a cada instante de lo que se perdería cuando los torbellinos y los ikari, los monstruos de carne y diamante, llegaran.

Rebeca resopló. No tenía sentido demorarlo más. Se dio ánimos y espoleó a Ágata hacia el cerco de nubes. El cambio de dimensión, como siempre, fue instantáneo. La joven sintió un leve tirón en las entrañas, una sacudida interna a la que ya estaba más que acostumbrada. La escena que se presentaba ante sus ojos varió por completo.

Adiós a la luz del sol, adiós a la inmaculada claridad del cielo y al olor a mar. La

oscuridad se abatió sobre ella tan pronto traspasó el umbral como un espectro de tamaño planetario. Iba acompañada de un constante revoloteo de cenizas y de un fuerte hedor a azufre, grasa e incandescencia. Los cielos eran grisáceos, casi graníticos; la luna, en lo alto, una sombra desvaída.

Como siempre que regresaba a Colapso, echó de menos el respirador que tan a gusto se quitaba en las Tierras Alternas. Pero el respirador, así como los demás artilugios, estaba a buen recaudo en la mochila, en el mismo lugar donde guardaba el huevo de gaviota fosilizado que el Cerrajero le había mandado buscar. En un bolsillo lateral había un pequeño botón, asegurado tras una carcasa de plástico que se abría con tres golpes, uno lento y dos rápidos. Si pulsaba ese botón, una carga explosiva destruiría la mochila junto con su contenido.

Esa era otra regla importante, casi tanto como la de no perder nunca de vista la llave: no podía permitir que los ikari la atraparan con eso encima. Si averiguaban a qué se dedicaban estarían perdidos, tanto ella como el resto del burdel.

La joven miró a su alrededor mientras permitía que Ágata la guiara de vuelta a casa. Para su gusto habían regresado demasiado cerca de Dentricarauna, el volcán gigantesco que copaba con su altura toda la región. Su enorme cono rebosaba telarañas de humo negro, al borde siempre de la erupción. Rebeca se sentía demasiado expuesta, demasiado a la vista; prefería mil veces cuando la Puerta de salida la conducía a algún punto de la propia Amalgama.

Náusea, el dragón ciudad de los ikari, se hallaba recostado en las faldas del volcán, con su cola enroscada de tal forma que la punta se le anudaba al cuello. Medía once kilómetros de largo, y su armadura de diamante oscuro estaba salpicada de edificaciones, torres de defensa y cañonería, todo ello construido en el mismo material de la armadura. Las obras de los ikari siempre eran hermosas, a pesar de lo mezquino de sus almas, a pesar de dedicarse a consumir mundos. Tenían un talento inusitado para la belleza. Y la armadura que protegía a aquel monstruo y cobijaba a uno de sus ejércitos era buen ejemplo de ello. Su diseño era excepcional, de aspecto liviano a pesar de su tamaño. Estaba labrada por entero en diamante y cristal endurecido bajo fuegos mágicos; su interior era hueco y allí se encontraban los edificios y las residencias más importantes de Náusea. Entre ellas el palacio de Bleorrea, el síndico ikari de Amalgama.

Lo que se asomaba a la superficie de la armadura eran los bastiones de defensa y ataque, las murallas almenadas y los cañones y el armamento pesado. Aquel monstruo era tan peligroso como aparentaba. Náusea no escupía fuego por sus fauces: escupía aire negro, mefítico, cargado de virus nocivos. Si exhalara su aliento ponzoñoso sobre la ciudad de Amalgama, habría millones de muertos en el acto. No, a aquel engendro no se le podía derrotar con una flecha encantada.

Según las estimaciones del Cerrajero, el destacamento que vivía en Náusea debía de rondar los cien mil efectivos, una fuerza más que suficiente para mantener sometida a la región de la que era capital Amalgama. Pero había muchos más ikari,

muchísimos más. Acuartelamientos de pterodáctilos acorazados, ingenios voladores que no quedaba claro si eran construcciones mecánicas o seres vivos, trenes todoterreno que se movían por la tierra destrozada con el garbo de escolopendras...

Los ikari siempre estaban alerta. Siempre atentos. Siempre preparados para repeler cualquier tipo de agresión, ya fuera real o imaginaria. Eran los dueños de la ciudad, los amos absolutos del mundo.

Amalgama se ubicaba a escasos kilómetros del nuevo asentamiento que había elegido Náusea. Ágata planeaba hacia allí. El dragón de niebla, desprovisto ya de todo camuflaje, se mostraba en su reluciente majestuosidad. El animal tenía aspecto de una gran salamanquesa a la que le hubieran crecido unas alas largas y membranosas. Era de un intenso color verde, blanco en el vientre; su cara era redonda, y redondos también sus ojos, de un amarillo dulce, siempre cubiertos por un velo de lágrimas que le daba un aire continuo de tristeza. Si volaba ahora al descubierto era porque los ikari podían malinterpretar que llevara el camuflaje activo, y lo último que quería Rebeca era tener problemas con ellos.

Amalgama era tan sorprendente como el gigantesco volcán y la criatura dragón que se recostaba en sus faldas. Nadie tenía claras las dimensiones de aquella megalópolis. De acuerdo a las últimas mediciones, rondaba los diez mil kilómetros cuadrados, pero esos datos tenían más de veinte años y la geografía urbana había variado de manera notable desde entonces. Un lago salado de gran extensión, por ejemplo, había inundado la zona de las catedrales que en aquel tiempo marcaba el límite nordeste de la ciudad, y en los márgenes orientales habían aparecido nuevas áreas de edificios.

Amalgama se extendía hasta donde alcanzaba la vista, un océano de las más diversas construcciones, un caos de ciudades, de civilizaciones que se derrumbaban unas sobre otras. Amalgama no era una sola ciudad, igual que Colapso no era un solo mundo. La realidad se había hecho pedazos hacía doscientos años, y varias dimensiones habían convergido en aquel punto. El resultado era un desastre difícil de catalogar. La prueba más clara del alcance de aquella hecatombe era el barrio hacia el que Ágata y Rebeca se aproximaban.

Los rascacielos se inclinaban unos sobre otros como dientes a punto de caer de las encías de un enfermo. Las pirámides y las cúpulas agrietadas salpicaban el norte. Al sur se veía un ondear de tiendas de campaña y pagodas de trapo; más allá, un caos de bóvedas, allí minaretes, allí torres colosales rodeadas por vendajes de aluminio. En la ciudad se alternaban montoneras de ruinas, zonas de edificios tan próximos unos a otros que casi parecían empotrados entre sí, terrenos despejados donde crecían selvas, desiertos, mares internos o meandros de ríos que no desembocaban en ninguna parte...

Y salpicando aquí y allá aquel caos, se veía el sucio tremolar de los arcoíris negros que anunciaban la llegada de más restos del fin del mundo. Nuevas porciones de otras realidades a punto de ganar solidez y echar abajo la zona en la que se

encontraban.

Amalgama era una catástrofe continua, un derrumbe constante. La visión de aquella ciudad producía una extraordinaria sensación de abarrotamiento. Rebeca había visto un sinfín de planetas desde que acabó en manos del Cerrajero, pero muy pocos podían competir en locura con el que ella llamaba hogar.

No fue necesario guiar a Ágata en su vuelo de regreso, pues el dragón conocía muy bien el camino. Soltó un largo maullido y aceleró la marcha. Pasó entre las torretas góticas, espantando a las gaviotas, y sobrevoló el bosque oscuro que rodeaba uno de los templos de barro de los hombres de arena. Bajo las copas de los árboles se alcanzaba a distinguir la herrumbre del vertedero.

Había ikari custodiando toda la zona. Aquel basurero había aparecido apenas dos meses atrás, y su cometido era dejarlo limpio de hierro. Solía decirse que a los ikari les gustaba tanto el hierro que se lo querían quedar todo para ellos. No era cierto, claro. Los ikari odiaban aquel metal. De hecho, su posesión estaba penada con la muerte.

Tras sobrevolar el bosque llegó a los restos de una barriada de piedra blanca, que ya era una ruina antes de materializarse en Colapso. No tardó en aparecer la familiar silueta del burdel que regentaba el Cerrajero, en una esquina de la plaza del Vicario.

Ágata trazó una espiral antes de aterrizar en el patio trasero del burdel. Era un edificio de cuatro plantas y fachada de sillares grises. Unas banderolas adornaban cada una de las ventanas de las chicas para anunciar su nombre y precio.

Antes de haber descabalgado siquiera, la puerta del patio se abrió y aparecieron dos de las muchachas: Marga y Yocasta, las favoritas del Cerrajero. Yocasta, rubia y voluptuosa, empujaba la silla de ruedas del dueño del burdel.

El anciano era un hombre esquelético. Le surcaban el rostro tantas arrugas como al traje que vestía. Los ojos semejabán dos peces inapetentes que se hubieran posado sobre bolsas de carne flácida. Era completamente calvo, y un sinfín de manchas le salpicaba el cráneo. Le faltaban ambas piernas, cortadas a medio muslo. «Un poco más arriba y lo de regentar un burdel habría sido una pesadilla. ¡Qué sinvivir, no poder catar la mercancía de uno como se merece!», acostumbraba a decir entre grandes risotadas. Cuando se mostraba en público siempre era soez y desagradable, el prototipo del rufián.

Pero aquello, como el burdel, también era una fachada.

Verlos aparecer tan rápido significaba que alguien debía de haber estado de vigilancia en la pequeña buhardilla, a la espera de su regreso, y esa ya era una mala señal de por sí.

—Marga, llévate a Ágata a los corrales —ordenó el Cerrajero—. Desensíllala y que beba mucha agua. —El salto entre dimensiones deshidratava siempre al animal—. ¿Ha ido todo bien, cariño? —preguntó mirando a Rebeca.

—Entrar y salir —contestó mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla—. Si todas mis misiones fueran así de fáciles, me moriría de aburrimiento.

—Prefiero que te aburras. Nadie ha muerto de eso, créeme. Me he aburrido mucho a lo largo de mi vida, y aquí sigo. Al menos, la mayor parte de mí.

—¿Dónde has estado esta vez? —le preguntó Yocasta.

—Era un mundo muy bonito. Mucho mar y cielo azul. Hasta creo que me he bronceado.

—Me alegra que hayas disfrutado, pequeña —gruñó el Cerrajero—. Pero a partir de ahora toca extremar las precauciones, tanto en las Tierras Alternas como en Amalgama. —Rebeca comprendió que la habían estado esperando por ese motivo—: El Buitre ha encontrado el camino de vuelta a casa. Está de regreso en la ciudad. Y ya sabes lo que significa eso.

Rebeca soltó un exabrupto portuario que hizo enrojecer a Yocasta.

Sí, lo sabía muy bien. Significaba que se avecinaban problemas. El Buitre quería matarla.

De hecho, en su último encuentro lo había conseguido.

Un pequeño acertijo musical

La carta que lord Astrud le dirigió a su huésped, Logan de Noxville, estaba firmada por una A tan seca y dura como el mensaje:

Acabe su trabajo ya, y márchese de esta casa.

A.

Habían pasado unos pocos días desde que el aperimante volviera de entre los muertos, y la Mansión Infinita ya era un caos de visitantes y actividad humana. Los ancianos del Cónclave habían llamado a sus consejeros, asesores, sabios y *connoisseurs* más exóticos para que examinaran las Puertas, a tenor de lo relatado por Logan y de su taxativa advertencia: «Me han venido siguiendo, han rastreado mis pasos hasta aquí. Las Puertas se pueden abrir desde ambos lados. Están cerca».

La revelación de que no solo había salones y pasillos tras las puertas de la Mansión, sino también otros mundos y seres inteligentes, había caído como una bomba en la comunidad de estudiosos de las artes mágicas. Sí, por supuesto que era algo que todos habían teorizado en un momento u otro, pero nunca había pasado de ser una conjetura romántica. El caso de Logan era un acontecimiento, y mientras una legión de aperimantes llegados de todo el mundo se dedicaba a escudriñar las Puertas (para intentar averiguar, a la postre, cuál de ellas podría abrirse para dejar pasar a esos «visitantes»), otros investigaban al propio Logan. Nunca se pusieron en duda ni su palabra ni su relato sobre lo que había visto, pero su cordura... Eso era harina de otro costal. Nadie que pasara meses vagando por realidades ignotas podía regresar siendo el mismo. Y no había sabio que se atreviera a discutir eso, ni siquiera el propio Logan.

Pero el tremendo malestar que lord Astrud sentía por él no se debía a esa sospecha.

Logan no estaba al corriente de las circunstancias que habían rodeado el nacimiento del joven Riddly. Un criado se lo contó una noche mientras le preparaba el baño. Aunque lord Astrud no deseaba otra cosa que perderlo de vista, Marisa le había suplicado que dejara quedarse a Logan unos días más, mientras los expertos terminaban de interrogarlo. Astrud consintió de mala gana, pero le pidió a su mayordomo que instalara al indeseado huésped en el ala más remota de la Mansión. No quería cruzarse con él por los pasillos para no acabar chillándole a la cara.

Logan vislumbró el motivo de todo aquel malestar cuando el criado le contó la historia del niño. Lisa, la bella esposa de Astrud, era estéril, o eso daban todos por

sentado, hasta que aquel talismán con forma de cíclope entró en su vida. Lisa se quedó embarazada de la noche a la mañana. Ella pensaba que los milagrosos poderes de fertilidad del amuleto provenían del médium londinense que se lo había vendido, pero después de escuchar el relato de Logan...

Este entendía las reticencias y sospechas de lord Astrud. Hasta él mismo admitía que era demasiada casualidad que en uno de aquellos mundos extraños hubiese robado una figurita de poder maravilloso, que fuera un icono de fertilidad, y que además tuviera forma de cíclope. Demasiadas casualidades, sin duda. Aun así, de eso se trataba: azar.

Pero para el lord la sospecha insistía con su propio imperativo: era demasiada casualidad. Lord Astrud ya estaba alcanzando esa edad en que queda atrás el momento de tener más hijos, y su única esperanza de que el linaje no muriese con él se resumía en un solo vástago. Era de los que soñaban con un montón de chiquillos locos correteando unos detrás de otros, por aquí y por allá... pero los años se le echaron encima, y un buen día Astrud se miró al espejo y descubrió todas aquellas canas, y supo que debía replantearse ese punto de vista.

Así pues, el ínclito lord decidió hacer con el resquemor lo que mejor sabía: correr un tupido velo y no volver a pensar en él, ni dejar que su mujer lo notara. Por lo que a ellos respectaba, su hijo Riddly era un producto del amor dentro de la pareja y de su fe en Dios. Y punto. Por eso, lo mejor para todos sería que Logan de Noxville se marchara cuanto antes de la casa.

Por supuesto, después de que los demás aperimantes acabaran de estudiarlo como a una cobaya.

Mientras todo el mundo (salvo los estudiosos del Cónclave) trataba de evitarlo, Logan se resignó a permanecer en sus aposentos. Solo salía para enfrentarse al enigma de la puerta musical, un simple entretenimiento para que las horas no se arrastraran tan despacio.

La Puerta musical estaba en la habitación contigua, y era uno de esos misterios que guardaba la casa y que llevaban décadas esperando resolución. La primera que lo intentó fue una aperimante de Boston llamada Susan Box, que también era músico. Era la persona ideal para estudiar aquel umbral, ya que la música parecía ser una parte ingénita a la llave. La puerta estaba hecha de bronce, y semejaba un complejo carillón vertical, lleno de campanitas que respondían a estímulos externos, sobre todo sonidos. Si alguien tocaba un violín cerca, las campanas contrapunteaban la melodía con sus propios tintineos. Si el virtuoso se plantaba delante del umbral con una flauta, las campanitas arrojaban su sonido con repiques nerviosos.

Ahí residía la clave para abrir la Puerta: en la música. O eso creyeron todos los que lo intentaron. La primera fue la propia Susan, quien descubrió la nota discordante, la única frecuencia en la que la Puerta parecía estar desafinada, y gritó:

«¡Eureka, aquí está la clave!».

Atravesó el umbral el 6 de diciembre de 1890. Aquel día llovió mucho. Se había preparado a conciencia para la expedición. Los hados estaban a favor, y las estrellas alineadas en el cielo.

Jamás se volvió a saber nada de ella.

Logan había consultado las notas de Susan relativas a sus estudios. Eran su legado a otros aperimantes. En ellas depuraba más (si cabía) algunas de sus teorías. Y sumido en esa depuración se lo encontró el pequeño Riddly cuando fue a buscarlo.

Sonó un «bong, bong» en la puerta.

—¡Adelante!

El niño se encontró al viajero haciendo algo que, para unos ojos inexpertos, guardaba una enorme semejanza con un truco de magia. Logan estaba inclinado sobre un extraño artilugio que parecía una radio sostenida por cuatro patas. Pero esa radio carecía de la carcasa bonita de los demás aparatos que su padre tenía en la casa. En vez de ello, las entrañas mecánicas estaban al aire: células voltaicas, válvulas rellenas de limaduras de cinc, cohesores y amplificadores mezclados en un revoltijo. Pero lo más extraordinario eran los gestos del propio aperimante: parecía un director de orquesta.

Logan tenía dos varas de metal, una en cada mano, y las usaba para arrancar sonidos de la máquina. Pero para ello ni siquiera la tocaba, sino que movía los palos con el arte de un prestidigitador en el aire, encima de la máquina, dentro de un marco formado por dos varas perpendiculares.

—¿Quién es? —preguntó sin volverse.

—Yo... —respondió el niño con timidez.

Logan dejó de producir aquellas extrañas eufonías, que parecían llantos submarinos. Era como si el músico estuviera frotando un arco de violín contra la misma física de la realidad, y aquellos fueran sus lamentos.

Al ver a Riddly, compuso una cara de disgusto.

—No deberías estar aquí, hijo —le advirtió—. Bastantes problemas tengo ya con tu padre.

—Es que quería verle. Mi madre me ha dado permiso.

Logan arqueó las cejas.

—¿Tu madre te ha dejado que vinieras a verme? ¿Para qué?

—Para que usted me mire. Y lo compruebe.

Logan tardó unos segundos en salir de su asombro. Y comprendió la astucia de lady Lisa.

«Ahhh, claro», dijo para sus adentros. «Si me demuestra que el niño no tiene nada que ver conmigo, ni por consanguinidad ni de ninguna otra manera, también se lo estará probando a sí misma.»

Miró al chiquillo. No, desde luego que no se le parecía en nada. El hijo de Astrud era una colección de rasgos heredados de su padre, algo así como la sinopsis

esbozada de aquel que lo precedió.

El parecido entre ambos era sorprendente. Pero si era tan obvio, ¿por qué la madre necesitaba hacerlo pasar por esto? «Porque la magia no es lógica, no es como la ciencia», dedujo. «A una acción no se le opone obligatoriamente una reacción. Y si algo sobra en esta casa son las acciones.»

—Vale, ya te he visto —refunfuñó—. Puedes volver y decirle a tu madre que esté tranquila, que no hay ninguna conexión entre nosotros. Absolutamente ninguna.

Con eso debería bastar, pero el niño siguió allí, mirando embobado la máquina.

—¿Qué... qué es eso?

—¿Esto? Oh, un eterófono. Es un instrumento musical.

El niño se acercó, fascinado. Logan dio un respingo al sentir su aura corporal tan próxima, el magnetismo de su piel chisporroteando tan cerca del suyo.

—¿En serio? ¿Cómo funciona?

—Es complicado. —Logan se secó las manos con un paño. Las tenía bañadas en sudor. A un lado había dejado un trocito de metal, una especie de púa afilada que no servía para tañer cuerdas, sino para hacer oscilar los campos magnéticos del aparato—. Es uno de los juguetes favoritos del actual caudillo de Rusia, un tal Lenin. Puede producir sonidos gracias a algo muy misterioso llamado campo magnético. ¿Sabes lo que es?

—No.

—Da igual. La cosa es que he averiguado que la nota-llave, la que Susan Box descubrió con su violín, se puede emular de manera mucho más exacta con este chisme que con un instrumento de cuerda. Al fin y al cabo, el timbre del eterófono es una mezcla metálica entre una voz humana y un violonchelo. ¿Quieres oírlo?

Riddly, maravillado, afirmó con la cabeza. Entonces el hombre volvió a hacer su magia. Encendió el aparato, que tenía un cable que llegaba hasta una especie de rueda llena de hámsteres, que al huir hacia ninguna parte producían electricidad. La extraña púa se paseó por el aire, en manos de Logan, como si tensara hebras invisibles de sonido y magnetismo.

Esos gestos obraron el milagro, pues en verdad eran como arcos que rasgaran el éter, lo que estaba más allá de la comprensión humana. Al hacerlo producían los sonidos más extraños que concebirse pudieran, algo muy parecido, como bien había dicho el músico, a un extravagante cruce entre gargantas humanas y cuerdas de chelo. Y todo ello muy vibratorio y muy submarino.

Fue al elevar las manos hasta un punto en concreto, situado a una distancia fija entre las varas perpendiculares, cuando Logan exclamó:

—¡Aquí! —Sus manos vibraron para esculpir el tono exacto—. ¡Esta es la nota discordante que encontró Susan!

—¿Para qué sirve?

—No tengo ni idea. Pero es la única que no está afinada en el carillón de la Puerta musical. Eso la convierte en algo especial, y cuando se habla de las Puertas de esta

Mansión... lo especial siempre encierra la clave del misterio.

—¿Ha probado a tocarla delante de la Puerta? —preguntó el chiquillo con ingenuidad.

—Sí, cientos de veces. Con este y con otros instrumentos. Pero la muy terca no se abre, es como si estuviera sorda. —Logan se frotó los ojos, cansado. No sabía por qué le estaba dando tantas explicaciones a aquel dichoso niño, sobre todo sabiendo lo que había detrás. Lord Astrud podía echar a trabucazos a Logan de la Mansión si entraba de repente en la habitación y los veía juntos... y, lo que era peor, a solas—. Mira, hijo, será mejor que te vayas con tu madre. No es bueno que te vean aquí.

—¿Es usted un hombre malo?

Esa idea sorprendió a Logan, que se echó a reír. Por lo visto era imposible mantener alejado cualquier pensamiento de su boca.

—No, no lo creo. Al menos, por lo que a ti te concierne. Pero el mundo de los adultos es... muy complejo. Para nosotros las cosas no son blancas o negras. A veces nos ahogamos en matices de gris.

—No lo entiendo.

—Ni falta que hace. —Lo acompañó hasta la puerta. Y le puso la púa metálica en la mano—. Toma, chaval, un regalo, para que recuerdes este día. Anda, ve y dile a tu madre que se tranquilice, que por aquí no hay nada ni remotamente parecido a lo que ella sospecha. Vete y... Espera, ¿qué rayos estás mirando?

El niño se había quedado paralizado, sus ojos clavados en el eterófono. Y tenía aquella mirada, que lo convertía en un chico tan especial. La que demostraba que su cerebro estaba absorbiendo información a raudales, y puede que también viendo cosas que ningún adulto era capaz de ver.

Logan se acuclilló para mirar el aparato desde el mismo ángulo.

—¿Qué has visto, muchacho?

El niño señaló el eterófono con un gesto que abarcaba algo más. Incluía el plano que había colgado detrás de él, en la pared. Era un simple dibujo de la Mansión, que representaba un mapa de planta de las zonas conocidas. Alguien lo había puesto allí como un mero adorno, quién sabía cuántos años antes. Logan ni siquiera le había prestado atención.

Pero ahora, gracias a Riddly, vio algo.

Muy lentamente, como para no espantar las ideas, se aproximó al aparato. Cogió el eterófono y lo acercó a la pared, pegándolo a ella lo máximo posible. Luego descolgó el mapa de la Mansión, lo situó justo entre las dos varas perpendiculares de la radio y lo mantuvo fijo.

—Claro... —murmuró, atónito.

Cogió un clavo y un martillo sin pedirle permiso al dueño de la casa. Se puso a dar golpes. Fijó a la pared el mapa a la altura correcta, allí donde quedaba encuadrado, a tamaño real, entre las varas musicales. Una de ellas, la horizontal, era la coordenada X, mientras que la que marcaba el timbre era la coordenada Y.

Entonces Logan volvió a dar corriente (los hámsteres huyeron hacia ninguna parte, más y más aprisa), y buscó el punto exacto en el aire en que sonaba la nota de Susan Box.

Esa nota, con el mapa colocado tras el instrumento, señalaba un punto exacto, un lugar situado en el jardín que rodeaba la Mansión.

—No es una clave sonora, sino topográfica. —Las pupilas de Logan se dilataron—. Joder... —se le escapó con voz aflautada.

Logan cruzó una mirada de felicidad con el pequeño Riddly. Era como si entre ellos hubiese nacido algo, un lazo, una conexión que a partir de aquel día ya no necesitó palabras. Los dos, como si fueran maestro y aprendiz, salieron corriendo al jardín. Ya no les importaba que los viesan juntos.

El jardín estaba muy descuidado. El camino era una maraña de rebrotes, un laberinto que llevaba hasta una pared que había degenerado en pedregales cubiertos con colchones de musgo. Y allí, tras una piedra suelta, Logan encontró lo que buscaba: una campanilla oxidada que alguien había escondido dentro del muro.

La llave de la Puerta.

Miró al niño con asombro infinito. Sus padres se equivocaban con él. Todo el mundo lo había juzgado mal. El chico sí que tenía un talento prodigioso, pero no para las matemáticas, ni para la pintura, ni para ninguna de esas cosas vulgares que había tanteado su familia.

Tenía talento para abrir Puertas. El don más precoz y extraordinario que Logan hubiera visto jamás.

Si lo instruían desde pequeño, aquel muchacho cuyos enormes ojos le ocupaban toda la cara podría convertirse en el mejor aperimante de la historia.

Rebeca en el mercado

El Cerrajero había comprado a Rebeca poco después de que cumpliera catorce años.

A esa edad las Hermanas de la Carestía vendían a sus pupilas en el mercado de Secuamort. A Rebeca la habían abandonado nada más nacer bajo los frisos de la Catedral de la Desesperanza, que regentaban las monjas grises. Iba envuelta en la típica toalla dentro de la todavía más típica cesta. Había muchos nacimientos no deseados en Amalgama, y por eso era tan frecuente abandonar a los recién nacidos.

Podía considerarse afortunada, dadas las circunstancias. Existían alternativas mucho peores: podrían haberla matado nada más nacer, como acostumbraban a hacer los pobladores del volcán, o también podría haber acabado en el mercado negro. Allí se pagaban buenos precios por los niños; cuanto más pequeños eran, mejor. Los taumaturgos y nigromantes los compraban para elaborar sus bebedizos, y su carne era muy apreciada entre los antropófagos sibaritas.

Las monjas grises velaron por Rebeca y por sus compañeras durante catorce años. Le enseñaron los números, las letras y a cuidar de sí misma. Nunca le faltó alimento, ni la medicina adecuada cuando estuvo enferma. Las Hermanas de la Carestía la instruyeron en un sinfín de artes y disciplinas, tal como su religión les obligaba.

Se impartía un amplio abanico de enseñanzas: desde clases de costura hasta defensa personal, pasando por etiqueta y artes diplomáticas (campo en el que Rebeca no destacaba demasiado). «Forma niñas. Ellas son la semilla del mundo, el futuro y la vida. Ellas lo son todo. Cuida de las niñas y cuidarás de mí», aseguraba la divinidad a la que adoraban, el Pater Misericordia, el hijo de dos madres.

Cada cierto tiempo, las hermanas acudían al mercado con su carromato cargado de muchachas que ya habían cumplido catorce años.

La Catedral de la Desesperanza necesitaba dinero para continuar con su labor sagrada, y la venta de niñas que habían dejado de serlo era su principal fuente de ingresos. Quizá por ese motivo las monjas no estrechaban lazos emocionales con sus pupilas. Eso sí, las trataban con toda corrección. Nunca, que Rebeca supiera, se había dado ningún tipo de maltrato en la Catedral. Las hermanas cumplían su cometido de manera tan eficiente como fría. Y no les ocultaban a las muchachas cuál iba a ser su destino.

—Con un poco de suerte acabaréis sirviendo en una buena casa o calentando la cama de un alto señor —les dijo sor Tentación a Rebeca y a sus compañeras una mañana, al comenzar las clases de canto—. Y, sin ella, terminaréis destripadas sobre un altar o, peor todavía, empaladas por algún monstruo en los circos sexuales del barrio bohemio. Aquí intentamos convertirnos en valores de lujo para evitar que ocurran cosas semejantes; pero, mal que nos pese, no se puede controlar el destino.

Los hados de lo nefando son caprichosos.

A pesar de lo incierto que se presentaba su futuro, las animaban a cumplir con las doctrinas del Pater Misericordia y a estudiar con devoción y alegría. Las exhortaban también a seguir la senda de la mortificación, el cilicio y la vara, aunque, por supuesto, no las obligaban a ello. Hacerlo sería ir en contra de los preceptos de su buen dios. Era una opción que tenían que escoger libremente.

Muchas lo hacían, sabedoras de que era el único modo de evitar Secuamort: en ocasiones, contadas ocasiones, Mater Mayúscula escogía para ingresar en la orden a una de las niñas que se mortificaban.

Las que elegían el camino del dolor se daban de latigazos durante horas, se arañaban los rostros, se clavaban agujas en la carne y se hacían mil y una tropelías más, en un intento de alcanzar la pureza a través del castigo.

A Rebeca nunca se le pasó por la cabeza incurrir en semejante barbaridad. No le asustaba el dolor, sino la estupidez. No valía la pena sufrir tanto a cambio de una ridícula posibilidad de evitar Secuamort. Ciertamente, allí podían terminar en manos de algún loco o de un proxeneta: las monjas grises no juzgaban la moral de los compradores ni la utilidad que les iban a dar a sus nuevos bienes..., pero por simple estadística había más probabilidades de encontrar un buen destino. Lo normal sería que acabaran de sirvientas, de escribas, de amantes de un alto señor o de guerreras en cualquiera de las siete milicias cívicas.

No todos los destinos eran terribles. Y aunque, llegado el momento, la suerte no le sonriera, Rebeca sabría defenderse. Las hermanas también le habían enseñado eso. El que alguien comprara tu vida no implicaba que pudiera hacer con ella lo que se le antojara.

Los años que pasó en la Catedral de la Desesperanza fueron felices. Estaba a salvo del mundo, rodeada por los muros de una gigantesca construcción de piedra cenicienta. Hizo amigas, casi hermanas. La tranquilidad fue la norma. La locura de Amalgama campaba a sus anchas allá fuera, pero tras las paredes todo era paz, un oasis ajeno al fin del mundo.

Rebeca creció, maduró, aprendió cinco idiomas, la instruyeron en el arte de ser una dama, y le enseñaron contabilidad y anatomía. Le explicaron, con frialdad e inapetencia, cómo dar placer tanto a un hombre como a una mujer.

También la instruyeron en el uso de las armas. Destacaba con las de fuego y, aunque no era nada ducha en el cuerpo a cuerpo, se valía de su agilidad para esquivar los golpes de sus adversarios.

Poco después de cumplir los catorce llegó el día temido: la venta en Secuamort. Seis pupilas la acompañaron en su viaje al mercado. Todas ellas iban en silencio en la parte trasera del carro del que tiraba un uro. Dos habían hecho todo lo posible por quedarse en la Catedral, y no había habido más remedio que manietarlas para transportarlas. Las hermanas les habían advertido de que esa no era la forma adecuada de acudir al mercado.

—¿Qué pensarán de vosotras los compradores? Con esa actitud no os hacéis ningún favor. Ninguno. Solo empeoráis vuestras posibilidades.

Otras tres habían sido acérrimas seguidoras de los cilicios. Una semana antes, un hechicero de la carne había acudido a la Catedral para curarles las heridas y borrar sus cicatrices. Las hermanas les aconsejaron que lo más prudente era no volver a herirse, pues no era buena idea ir a Secuamort con marcas.

Dos de ellas habían obedecido su consejo, pero una tercera había seguido con el castigo, pensando que quizá aquello no fuera más que una última prueba para comprobar su fe. Pero allí estaba, en el carro junto a las demás, con la cara destrozada a arañazos y los muslos vendados.

Rebeca asumió su suerte con tranquilidad.

El mercado de Secuamort tenía lugar cada fin de semana. Se celebraba en lo alto del tocón de la gran secuoya que había aparecido en Amalgama cien años antes, un coloso de madera y hojarasca que superaba el kilómetro y medio de altura y los ciento cincuenta metros de diámetro.

Era un árbol hermoso, perfecto. Una maravilla de la naturaleza que, según contaban los escritos de la época, «bastaba mirarlo para que se sosegara el alma más inquieta». Los ikari tardaron dos semanas en talarlo. El único vestigio que quedaba era el tocón muerto, cuya superficie era tan grande como la mayor de las plazas. Sobre él se instalaban los corrales y tenderetes en los días de mercado. También se celebraban allí combates a muerte, exhibiciones de magia y, una vez cada luna, la orgía de los moribundos.

Las chicas no tardaron en ser conscientes de la curiosidad que despertaba su llegada. Las hicieron bajar del carro al pie de las escalinatas y las condujeron, escoltadas por un supervisor ikari, al corral dispuesto sobre uno de los escenarios de venta.

En Secuamort se vendía de todo, desde alimentos y materias primas hasta armas y hechicería. Pero en ocasiones, la única mercancía que se exhibía era mercancía viva: se subastaban por igual humanos, monstruos y animales. Eran los días de la carne, en los que el mundo se convertía en un caos de gruñidos y chillidos, de gritos que proclamaban las virtudes de aquel ganso de combate o el talento amatorio de una sacerdotisa de Cliteria.

Cuando alcanzaron la tarima, ya se había congregado una pequeña multitud frente al escenario. Las muchachas de la Catedral de la Desesperanza siempre suscitaban interés. Las desnudaron a las siete y las alinearon ante la gente. La mayoría se tapó las vergüenzas con manos y brazos. Rebeca se limitó a pasear la mirada sobre la concurrencia, curiosa por ver sus reacciones. Había tantas miradas de lascivia e interés como de pena.

Las monjas dejaron que las contemplaran durante un buen rato mientras dos

hombres tocaban timbales y flautas. Luego las hicieron retroceder hasta el fondo del escenario. A todas menos a Carla, una joven diminuta y pelirroja, a la que sor Anclaje, su profesora de corte y munición, hizo dar una vuelta completa sobre sí misma. A continuación, la monja gris pasó a detallar las características de Carla (metro cincuenta, muy elástica), los campos en los que destacaba (tareas del hogar, matemáticas y canto) y a fijar precio de salida (cien oros).

La subasta fue bastante rápida. En apenas dos minutos la adquirió un hombre de torso voluminoso y piernas pequeñas por quinientas veinte monedas, una cifra más que digna. Sor Anclaje tomó a Carla por los hombros y la acompañó junto al resto mientras le decía:

—Es el señor de Manantial. Siempre está buscando doncellas para la casa. Tienes suerte de haberle caído en gracia. Te dará la libertad cuando tu hermosura se agoste. Y solo visitará tu lecho cuando la luna de sangre te manche el sexo.

Rebeca fue la quinta en salir a la venta.

—¡Rebeca Su! —exclamó sor Anclaje cuando avanzó hasta el borde de la tarima—. Atlético e inteligente. Es limpia y aplicada, habla cinco idiomas con fluidez, tiene una hermosa caligrafía y es capaz de acertar con una flecha en el ojo de un pavo real a cien pasos de distancia. —Aquello era cierto, aunque ella no había tenido la intención de disparar al pobre pájaro, sino al blanco de madera sobre el que se entrenaba—. ¡Su precio son cien oros! ¡Una ganga! ¡Una bella ganga políglota!

Rebeca casi se sintió abrumada por el número de brazos que se levantaron. Las ofertas se sucedieron a gritos, a voces.

La mirada de la muchacha iba de un lado a otro. No veía otra cosa que expresiones torvas, rostros sombríos que no podían tramar nada bueno.

La cifra se acercó a los setecientos oros por los que se había vendido a su última compañera, el precio más elevado hasta el momento. El corazón le daba brincos en el pecho, saltaba de costilla en costilla, se le atoraba en la garganta y luego descendía a la boca del estómago.

Una oronda mujerona a quien sor Anclaje identificó como cocinera de la Almudena, la posada más importante del barrio Katana, ofreció ochocientos oros por ella en lo que parecía ser la puja definitiva. Pero ¿la querría como servidumbre, pinche de cocina o plato del día? Rebeca tenía entendido que el índice de antropófagos en aquel barrio era alto. Los cocineros a veces ofrecían porciones de sus propios cuerpos como partes del menú. A aquella mujer, por ejemplo, le faltaba la pierna derecha y, a juzgar por la forma en la que se le curvaba la camisa, uno de sus pechos no era natural.

El silencio que siguió a aquella oferta la hizo temer que había llegado el fin de su subasta.

Y justo entonces un brazo escuálido, envuelto en una manga negra, se alzó entre la multitud.

—Ofrecemos mil quinientos oros. —Su voz sonó quebrada, insegura. Era un

chaval no mucho mayor que ella, pero no estaba solo. El verdadero pujador era el estrafalario personaje que se encontraba a su espalda, con una mano huesuda aferrándole el hombro.

Los murmullos comenzaron. Y se hicieron más exagerados cuando una voz femenina se elevó para rebasar con creces aquella oferta:

—Dos mil.

Se trataba de una mujer de belleza arquitectónica, cincelada a base de retocar capas de maquillaje. Quizá en otro tiempo había sido hermosa, pero en aquel momento todo en ella era artificiosidad y vacío.

Sor Anclaje le susurró:

—Lo lamento, niña. —Aunque, a juzgar por su tono de voz, no parecía lamentarlo en absoluto—. Es Agria, la encargada del prostíbulo de la plaza del Vicario. Cuando le echa el ojo a alguien es difícil que lo suelte. Es como un perro de presa. Aunque no sé qué habrá visto en ti para ofrecer semejante barbaridad.

El corazón de la muchacha se aceleró todavía más.

¿Iban a convertirla en puta? ¿Para eso la habían estado preparando durante catorce años?

Buscó con la mirada al pujador y a su portavoz. El hombre, un espantajo envuelto en un gabán polvoriento, de huesos afilados y mirada dura, no dio señal de ser consciente de su silenciosa súplica. Se limitó a apretar con fuerza el hombro de su subalterno para que este alzara la mano y pujara otra vez.

A partir de ahí todo fue un mano a mano entre la proxeneta y el representante del hombre de la mirada siniestra.

Cuando la cifra se volvió astronómica, Rebeca se dio cuenta de que el grupito que rodeaba el corral se había convertido en una multitud. Todos querían saber cómo terminaría aquello. Ella también.

El hombre se enfurecía más y más cada vez que alzaba el brazo. Estaba fuera de sí. A Rebeca no le habría extrañado verlo babear de rabia. Fulminó con la mirada a su contrincante.

—¡Basta! —aulló la madame de la plaza del Vicario—. Cincuenta mil. ¡Esa es mi última oferta! ¡Cincuenta mil! Deja de gastar saliva, gañán. ¿Puedes superarme?

El hombre, por toda respuesta, se dio la vuelta y se marchó, dando trancos con una pronunciada cojera. Pero antes de irse le dedicó tal mirada de odio a Rebeca que esta se alegró de que no se hubiera hecho con ella.

El muchacho andrajoso se frotó el hombro con evidente alivio y lo siguió deprisa. No parecía muy avisado.

—Ya tienes dueño, Rebeca —dijo sor Anclaje—. Al menos, en ese burdel cuidan bien a sus chicas. No te faltará de nada.

Rebeca frunció el ceño. No iba a permitir que la prostituyeran. Lo tenía más que claro. Se escaparía en cuanto se le presentase la menor oportunidad, aunque eso significara pasarse toda la vida huyendo.

La vistieron y, poco después, se la entregaron a su compradora. La mujer le dedicó un lento asentimiento mientras firmaba unos documentos con dejadez. Una limusina tirada por perros les aguardaba en las cercanías del mercado. Ambas se dirigieron hacia allí, escoltadas por Muro y Peloponeso, los guardaespaldas de la mujer. Peloponeso parecía salido de un libro sobre sicarios prototípicos: era un hombre fornido de cara obtusa, inteligencia corta y músculos tremebundos. Muro, en cambio, tenía una mirada despierta, peligrosa, y contemplaba a la joven con una expresión que Rebeca no sabía cómo interpretar. Muro poseía un singular atractivo, con su melena desgredada y sus profundos ojos oscuros.

Agria no le dirigió la palabra en todo el trayecto. Caminó ante ella con un paso tan artificial como el maquillaje que le cubría el rostro.

Rebeca miró a su alrededor buscando alguna vía de escape, aunque sabía que era absurdo intentarlo. Las calles estaban atestadas, y la gente la contemplaba con curiosidad, consciente del precio que Agria había pagado por ella. Durante los siguientes meses la conocerían como el Coño de Cincuenta Mil Doblones.

Muro abrió la portezuela de la limusina y les hizo un gesto a las mujeres para que entraran. Había una tercera persona aguardando dentro, un hombre sin piernas a quien no tardarían en presentarle como el dueño del burdel que la había adquirido.

—He tenido que gastarme todo el dinero —le dijo Agria nada más entrar y sentarse en un revuelo de faldas—. Tenías razón, el Buitre estaba ahí y quería a la chica. Me he hartado de pujar y he subido la oferta hasta el tope. Menos mal que no la ha superado.

—No podía hacerlo. Mis espías están muy al corriente de sus finanzas. —Se volvió hacia Rebeca, quien en aquel momento subía ceñuda al coche—. Hola, hola, hola, ¿qué tenemos aquí? ¡Qué belleza, aunque qué gesto tan adusto! ¿Sabes sonreír, preciosa?

Ella quiso dejar claras las cosas desde el primer momento.

—Si alguien intenta meterme la polla se la arrancaré de un mordisco.

Le sorprendió la reacción del proxeneta sin piernas, pues se echó a reír.

—Hay ciertos clientes que pagarían una buena suma por ese servicio, pequeña Rebeca. —Se le encendieron todas las alarmas. ¿Cómo podía aquel sujeto saber cómo se llamaba?—. Pero no te preocupes: tu virtud y tus orificios estarán a salvo en mi casa. Mis putas son todas libres. Están aquí porque quieren. Y porque pago bien.

—Entonces, ¿para qué me has comprado? —preguntó ella. Se imaginó un futuro de lavandera, de doncella de burdel. Toda una vida haciendo camas, vaciando bacinillas y preparando comidas. No, nadie pagaría cincuenta mil oros por una sirvienta. Y, ahora que caía, tampoco por una puta.

—No tardarás en saberlo. —Se echó a reír con más fuerza. Luego, entrecerró los ojos y le hizo una pregunta absurda—: Dime, niña, ¿te gusta viajar?

—¿Viajar? Me he pasado la vida en la Catedral. ¿Cómo voy a saber si me gusta? Supongo, no lo sé. ¿Por qué me lo pregunta?

El que apenas tardaría unos minutos en presentarse ante ella como el Cerrajero le dedicó una sonrisa enigmática.

—Pronto lo averiguarás.

Mudanzas

La paciencia de lord Astrud se agotó al poco de que Riddly y Logan descubriesen la manera de abrir la Puerta musical. El aperimante no supo decir (ni, a decir verdad, ningún morador de la Mansión) cuál fue la gota que colmó el vaso: si verlos a los dos juntos, hombre y niño, charlando emocionados, o la cara de felicidad de Riddly al descubrir que su capacidad de análisis por fin tenía una aplicación práctica, y que podía ejercerla allí mismo, en la casa donde vivía.

Fuera lo que fuese, puso a su padre de tan mal humor que las paredes retumbaron como nunca, sus gritos y maldiciones se hicieron oír hasta en los barrios de más allá del Támesis, y esa misma tarde echó a Logan a la calle.

De nada valieron los esfuerzos de los ancianos por mediar en esa decisión. Lady Marisa Condllell intentó apaciguar los ánimos, por uno y otro lado, pero por más que Logan intentara explicar su punto de vista (no, no estoy intentando corromper a este pobre chiquillo, solo haciéndole ver que podría ser un gran aperimante. Y por Dios y la Virgen, ¡por supuesto que no he tenido nada que ver en su concepción!), lord Astrud se había vuelto un muro infranqueable, una pared sorda que ni escuchaba ni atendía a razones.

Logan, muy a su pesar, hizo las maletas un 9 de junio y abandonó la Mansión Infinita. Pero no se marchó lejos.

La casa se ubicaba en uno de los barrios de Londres que habían sido ganados al río. Se suponía que el Támesis, o uno de sus tributarios, circulaba por algún lado allá abajo, entre los cimientos de las casas victorianas... pero nadie estaba seguro de su trazado. Logan, que no quería alejarse demasiado del hogar de los Astrud (no solo por lo que significaba la casa en sí, que lo era todo para alguien de su profesión, sino porque estaba empezando a depositar muchas esperanzas en el joven Riddly), se pasó mucho tiempo buscando un alquiler por los alrededores, ya fuera mansión, buhardilla, estudio o lo que primero encontrase.

Al final, después de haberse pasado dos meses de aquí para allá, llegó a un acuerdo con una anciana para que le dejara quedarse en la buhardilla de su hostel. A Logan no le importaban las incomodidades, y además gozaba de una estupenda vista del río.

No dejaba de vigilar la Mansión, que ahora estaba al otro lado de la calle. Se lo tomó como una especie de afición. Se asomaba a la ventana o se sentaba en el café de la esquina, un irlandés con apellido de clan de las montañas, y anotaba con paciencia en su libreta quién entraba, quién salía y qué hechos curiosos ocurrían en los alrededores. Aunque lord Astrud no quisiera verlo por allí ni en pintura, eso no significaba que Logan hubiese perdido al resto de sus amistades.

De vez en cuando se citaba en aquel café con lady Condlell y tomaban algo juntos. Él le preguntaba cómo iban las investigaciones sobre lo que habían dado en llamar las Terras Duplas. Ella lo ponía al tanto y, de paso, revitalizaba un poco su viejo cuerpo teniendo sexo con Logan.

Así fue como se enteró de que las Puertas habían empezado a mutar.

Ninguno de los aperimantes que aún tenían acceso a la Mansión era capaz de explicarlo. Ni siquiera el consejo de ancianos recordaba haber visto nada parecido, ni en esa casa ni en ninguno de los otros nexos que se repartían por el mundo. Pero era cierto: el propio edificio estaba respondiendo de manera sutil a algún tipo de metamorfosis interna. A un replanteamiento de sus leyes físicas. Marisa tenía su propia teoría, fundamentada en que las fuerzas que había al otro lado podían estar moviendo hilos (o conjuros, artefactos, pactos con dioses o Dios sabía qué) con la finalidad de preparar la Mansión para su llegada.

Ese concepto, «la llegada», era lo que más los asustaba. Si la afirmación de Logan era cierta, y alguien lo había seguido cuando regresaba de su último viaje, entonces debían estar preparados para todo. Incluso para que la casa cambiara, y se transfigurase en una enorme Puerta.

—Temo haber hecho algo horrible —decía Logan tras la pantalla de muselina de una tisana. El vaho cosía arabescos en el aire—. Ningún aperimante se había internado tanto como yo en los otros mundos. Al hacerlo he violado una ley que nos costará cara.

—Tarde o temprano alguien habría descubierto esos pasillos —lo tranquilizó Marisa, una tarde en que llegó vestida como una auténtica dama de ese mundillo recién nacido, el cine: parecía una diva, con ese vestido con más caídas que las cataratas del Niágara, y aquella tormenta de tafetán azul—. La suerte hizo que fueras tú. El Cónclave no te culpa.

—¿Buena o mala, esa suerte?

—Lo sabremos cuando los del otro lado llamen. Si es que llaman. A lo mejor irrumpen sin más. Por lo pronto, tengo a todo el gremio analizando hasta los más mínimos cambios en la Mansión, y elaborando una lista de las Puertas que se pueden asegurar desde este lado y de las que no.

—¿Y cómo está...?

—¿Lord Astrud? Un par de «ados»: *indign* y *aterr*. —La risa de la mujer rieló vaporosa como el vaho del té—. No quiere abandonar su hogar bajo ningún concepto, porque sabe que este podría... ya sabes, elegir a un nuevo dueño al que serle fiel. Pero le cuesta conciliar el sueño. Le preocupa su familia.

—En realidad me refería a Riddly.

—Oh. Ya.

—¿Qué tipo de «ya»? ¿Ya de «ajá» o de «uuuh»?

—Ya de «buf». Con una pizca de los otros dos.

Sobrevino un silencio.

—Mira, Logan, sé que le has cogido cariño a ese chaval.

—No es cariño, es...

—Sí, ya me lo has dicho. El potencial que ves en él como nuevo aperimante. Y no te niego que lo tenga, pero olvídate de esa idea por el momento. El padre ha dejado claro que no quiere que su hijo estudie los misterios. —Barrió el aire con la mano—. Y créeme cuando te digo que fue una de sus famosas afirmaciones lapidarias, esas que no vas a cambiar por mucho que discutas.

Logan se revolvió en la silla de hierro blanco. Dejó caer su taza sobre el plato con tanta fuerza que casi lo agrietó.

—¡Es una insensatez! ¿Acaso no ve lo mucho que podríamos ganar si desarrolláramos un talento así desde la niñez? Entiendo que él no sea capaz de verlo, pero que vosotros se lo permitáis...

—Astrud es el padre, y punto —zanjó Marisa—. Él decidirá la suerte de su hijo hasta que sea mayor de edad. Pero no deberías preocuparte tanto: algunos aperimantes empezasteis muy mayores. Mírate a ti. ¿Con cuántos años abriste tu primera Puerta?

—Con veintidós. ¡Pero eso no tiene nada que ver! El mío fue un caso muy raro. Si tan solo me permitieran ver al niño una o dos veces por semana...

Marisa cambió de pose. Su tafetán adquirió la forma de un frente tormentoso.

—¡Logan! ¿Acaso estás pensando en adiestrar al chico a escondidas? —se escandalizó—. Quítatelo de la cabeza. El consejo de ancianos tiene muchas deudas pendientes con lord Astrud, y no vas a faltar a nuestro honor perpetrando esa barbaridad.

—Tranquila, no pensaba hacerlo sin vuestro permiso —suspiró Logan. El té se enfrió—. Pero nadie me impedirá vivir aquí y vigilarlo desde lejos.

—Haz lo que quieras. Sabes que puedes considerarme tu amiga, y que no me importa tenerte al tanto de las novedades. Pero debes prometerme que no volverás a acercarte a ella, y mucho menos a Riddly.

Logan lo hizo, aunque de mala gana.

—Eso me lleva al otro asunto que me preocupa desde hace días —prosiguió Marisa, más tranquila—. Si te quedas en este barrio, ¿de qué piensas vivir? ¿Te vas a buscar un trabajo mundano? Sabes que los aperimantes tenéis que viajar mucho si aspiráis a vivir solo de vuestra profesión.

—Ya lo he pensado. Voy a ayudar a otros colegas a resolver problemas con sus objetos especiales.

Eso preocupó a la anciana. La profesión por la que Logan quería optar era rentable pero muy peligrosa. Quienes la practicaban se llamaban a sí mismos mecanomantes, y eran expertos que habían abandonado la exploración y la búsqueda de objetos maravillosos. En lugar de eso, examinaban los que otros aperimantes les llevaban para averiguar cómo funcionaban.

Era un trabajo peligroso, porque un objeto conseguido más allá de las Puertas

bien podía matar a quien lo usara. Era una cuestión muy sencilla: o el utensilio tenía una función obvia y actuaba bien desde el principio, o estaba protegido por un enigma. En el primer caso no hacía falta llevarlo a un mecanomante. En el segundo era probable que este muriese al intentar descifrarlo.

—Esta tarde llega mi primer cliente —dijo Logan—. ¿Conoces a un tal barón Kempelen?

—No me suena.

—Es un aperimante eslovaco, un aficionado. No viaja mucho, pero hace años consiguió traerse del otro lado una especie de autómata, un turco de madera que juega al ajedrez. Por supuesto, él cree que hará mucho más que eso.

—Y quiere que lo investigues. —Los labios de Marisa se fundieron en una línea—. ¿Hace falta que te lo diga, Logan?

—No, querida. Sé lo que hay que hacer. Tendré cuidado.

—Por curiosidad, ¿qué pasaría si el turco te ganara una de esas partidas al ajedrez?

Una sonrisa peligrosa cruzó el rostro de Logan.

El barón, como se hacía llamar el descubridor del Turco, llamó a su puerta al día siguiente. Más que un aristócrata parecía un timador que se hubiera escapado de alguna feria, con ropas árabes de fantasía y un turbante que sepultaba lo que quedaba de su pelo ralo. Tras él iban tres jóvenes de auténtica raza árabe, cargando con una caja de madera pintarrajeada.

—Bienvenido a mi humilde morada, señor Kempelen —lo recibió Logan—. ¿Es el artefacto?

—Este es —asintió el hombre, con un marcado acento de la Europa del Este—. ¿Cree que podrá... descifrarlo?

—Lo intentaré, al menos. No le cobraré nada si no lo consigo.

—Cuando le cuente lo que les pasó a los últimos mecanomantes que lo intentaron, puede que cambie de opinión. —Se volvió hacia sus ayudantes—. *Dikkatli, oradaki terk!*

Los mozos depositaron la caja en el suelo con la mayor delicadeza, y después se marcharon. Al cabo de un rato, Logan y su invitado estaban sentados frente al aparato, mirándolo fijamente. Kempelen jugueteaba con un cuaderno de rica factura, sus páginas selladas con un candadito dorado.

Los ojos de Logan se paseaban por aquel engendro, que se suponía que el barón había hallado tras una Puerta del Faro de los Mil Umbrales. Pero eso bien podía ser mentira, pues había un mercado negro de objetos maravillosos que funcionaba en todos los lugares de poder del mundo. Era una cabina tallada en madera de fresno, en cuyo interior había un maniquí con aspecto de mercachifle atornillado por la cintura. Sus pupilas eran trozos de cristal que devolvían un brillo inquietante. Las manos,

rígidas en apariencia, tenían los dedos congelados en una pose en la que les resultaba fácil coger piezas del tablero de ajedrez que había frente a él. De los escaques salían pinchos en los que el humano que quisiera jugar contra el aparato debía encajar sus piezas.

—Veo que no están todas las piezas —señaló Logan.

—Ese es el problema. Alguien comenzó una partida que no llegó a terminar, y el aparato se quedó paralizado. ¡Es imposible empezar de cero! El Turco solo funciona si las piezas parten de la misma posición en que se quedaron en la partida interrumpida.

Logan se frotó el mentón.

—Hum... ¿Contra quién fue la partida?

—¡Nada menos que contra un emperador! —exclamó Kempelen—. Este cachivache derrotó a Napoleón Bonaparte en Schönbrunn, durante la campaña de Wagram. ¡Fue glorioso! Por desgracia, el emperador exigió la revancha, aduciendo que ninguna máquina podía vencer a alguien de su rango. Y fue entonces cuando el aparato se estropeó.

—¿Nada más empezar?

—No, a media partida. Napoleón jugaba con blancas.

Logan abrió las compuertas inferiores del aparato y echó un vistazo a sus tripas, el mecanismo de relojería interno. Era una intrincada maravilla, un laberinto de cuerdas, poleas, engranajes y palancas que escondía la magia del razonamiento complejo. ¿De verdad podía aquella cosa pensar como un humano, hasta el punto de practicar un juego tan difícil como el ajedrez y ganar? ¿Era posible la existencia de tal artefacto, o había truco?

El no lo creía. Cosas más raras (y peligrosas) se habían rescatado del otro lado, y no se podía explicar ninguna mediante razonamientos.

—¿Qué sucede cuando alguien juega contra el Turco?

Kempelen se retrepó en la silla. El rostro barnizado del Turco parecía observarlo con indiferencia, el fantasma de una sonrisa que embrujara su cara como el cartel de un hotel barato.

—Solo sé de una persona que haya sido capaz de ganarle una partida. Fue hace muchos años, en Prusia, un genio matemático llamado Luger. Lo que ocurrió... Bueno, digamos que nunca más se lo volvió a ver. Pero yo sé que no murió, ni le ocurrió nada malo. Simplemente su suerte cambió. El Turco hizo que cambiara.

—¿Me está diciendo que esta máquina puede alterar la historia futura de un hombre?

—Eso creo, pero solo si eres capaz de vencer sin hacer trampas. Si no... Napoleón sabe muy bien cuál es el precio. Y yo también. —El barón se quitó el turbante, revelando lo que había debajo.

Logan apenas pudo reprimir un escalofrío. El hombre tenía todo el cuero cabelludo quemado, como si ahí arriba aún le ardiese un incendio lento.

—El castigo por que se te coman ciertas piezas es muy alto —se lamentó Kempelen—. Yo he empezado una sola partida contra este engendro, pero tuve que abandonarla cuando perdí el segundo alfil. Aún siento dolores terribles a medianoche, y de eso hace ya diez años.

—Pero antes ha dicho que el Turco no empieza las partidas desde el principio.

—Correcto. Lo que hice fue continuar la de Napoleón, jugando también con blancas. Y aun así...

—Coloque las fichas, por favor, tal y como estaban cuando se interrumpió la partida original.

Kempelen sacó de su turbante una llavecita de oro minúscula y abrió el candado de su cuaderno. Tenía garabateadas unas claves en notación algebraica de ajedrez. Las siguió, y situó cinco blancas y siete negras en sus respectivos escaques. Los primeros ya habían perdido a su reina, los segundos tenían caballos y torres en una posición de extremo peligro.

—Esta es la notación de los movimientos de la primera partida de Napoleón, la que sí concluyó. Los movimientos de la segunda partida fueron exactamente los mismos hasta que llegó el cuarto turno de negras.

Logan cogió el cuaderno y estudió los movimientos:

1. e4 e5
2. Qf3 Nc6
3. Bc4 Nf6
4. Ne2 Bc5
5. a3 d6
6. O-O Bg4
7. Qd3 Nh5
8. h3 Bxe2
9. Qx3 Nf4
10. Qe1 Nd4
11. Bb3 Nxe3+
12. Kh2 Qh4
13. g3 Nf3+
14. Kg2 Nxe1
15. Rxe1 Qg4
16. d3 Bxf2
17. Rh1 Qxg3+
18. Kf1 Bd4
19. Ke2 Qg2+
20. Kd1 Qxh1+
21. Kd2 Qg2+

22. Ke1 Ng1
23. Nc3 Bxc3+
24. bxc3 Qe2# 0-1

Miró con suspicacia al Turco. Aquello le sonaba de algo, aquel patrón de movimientos y fintas matemáticas..., pero no lograba recordar de qué.

Entonces notó el olor. Era un hedor nauseabundo que emanaba del constructo, como si hubiese algo podrido en sus entrañas.

—¿No lo huele?

—¿El qué? —preguntó el barón—. No, no huelo nada aparte del aroma de la tisana.

—Qué raro, a mí sí que me llega un hedor desagradable. Juraría que viene del interior de este trasto. Dígame, Kempelen, ¿este es el único Turco que hay? Es decir, ¿nadie más tiene por ahí una copia del constructo?

La mera pregunta le sonó disparatada al barón.

—Pero ¿qué dice? ¡Por supuesto que no! Nadie sabe cómo funciona, así que tampoco podrían replicarlo.

—Le voy a pedir un favor. Necesito unas semanas para estudiar a fondo este aparato. Durante ese tiempo quiero que indague, que busque en todos los lugares donde pudo haber estado el Turco y en el historial de sus antiguos dueños. Averigüe si alguno intentó hacer trampas.

—¿Trampas?

—Sí. Modificando los engranajes para hacerles perder fuerza lógica, construyendo un duplicado con ciencia terrestre con el que practicar las jugadas... Lo que sea. No descarte la existencia de una copia, por favor. De existir, podría estar interfiriendo en la naturaleza mística del original, y eso explicaría el problema.

El barón se atusó el gracioso bigote, que parecía un símbolo de interrogación.

—Como guste. ¿Quiere que le deje el cuaderno con la notación?

—Se lo agradecería. Y no se preocupe: si dentro de un mes aún no he averiguado nada, le recomendaré a otros mecanomantes amigos para que estudien su caso. Lo curioso es que... —Se quedó mirando pasmado al muñeco.

—¿Qué?

—No sé, es que tengo la extraña sensación de que ya he visto antes ese patrón matemático, en alguna parte. —El olor hediondo procedente de la máquina aumentó. Era más patente a medida que Logan examinaba el tablero. Pero estaba claro que solo lo percibía él—. Me recuerda a la clave cifrada en la que está escrito cierto libro.

—¿Qué libro?

—Existe un libro secreto que veneran ciertos hechiceros, escrito en clave matemática. Habla de la única Puerta que no puede ser cruzada. El enigma definitivo. Usted, como aperimante aficionado, habrá oído hablar de él.

—La verdad es que no. Me temo que mis conocimientos sobre la Orden son muy

escasos. ¿De qué enigma se trata?

—Lo llamamos el misterio de Hysmon, por el aperimante que escribió el libro. Muchos se han pasado la vida entera buscando esa Puerta y la solución al acertijo que la abre, pero... es más un mito que otra cosa. Un cuento de hadas para la gente de la profesión.

—¿Usted ha visto alguna vez esa Puerta, la del tal Hysmon? ¿O también cree que es un engaño?

Logan no respondió.

Rebeca y el coleccionista

El mastín se abalanzó sobre el cardumen de hadas que revoloteaba alrededor de la estatua del dios esqueleto.

Las bocas del animal de dos cabezas se cerraron como cepos sobre las criaturas. El crujido de los huesos mientras los trituraban fue mínimo, pero lo bastante audible como para que la escena fuera todavía más espantosa. A Rebeca se le revolvió el estómago. La fiera gruñía y lanzaba dentelladas aquí y allá mientras de sus fauces goteaban hadas muertas.

El dueño del perro estaba en el margen del camino. Celebraba su hazaña con grandes carcajadas mientras lo animaba a continuar con la carnicería. Pese a la desventaja que les suponía su tamaño, las hadas se resistían a abandonar las inmediaciones de la estatua. Habían construido su colmena de desove en la caja torácica del esqueleto, y preferían morir antes que abandonarla a su suerte. Las hadas atacaban al perro con una rabia tan ciega como inútil. Apenas medían dos centímetros de altura y sus aguijones no eran lo bastante fuertes como para atravesar la piel de su adversario que, entre gruñidos y ladridos, proseguía con la masacre.

Incapaz de soportarlo más, Rebeca espoléó a Ágata con un golpe seco en el flanco y la lanzó hacia el desaprensivo que continuaba jaleando las hazañas de la fiera.

La expresión del hombre cambió cuando la muchacha y su montura se le echaron encima; pasó de la euforia insana al desconcierto y el miedo. Rebeca tiraba de las riendas del dragón lo justo y necesario para que sus dentelladas se cerraran a unos centímetros de su objetivo. No obstante, no lo hacía del todo convencida, y hubo momentos en que el hombre, un canalla estrafalario que vestía una túnica azul sucia y un turbante rojo, estuvo a un tris de perder media cara.

—¡Quita ‘sa maldita cosa de mí encima! —gritó mientras palmoteaba—. ¡Vieho, Vieho, *conmeço!* ¡Me matan! ¡*Conmeço!* ¡Auxilio, Vieho! ¡Me matan!

El animal se desentendió de las hadas y acudió de inmediato a la llamada de su amo. Sin dudarle un instante, se lanzó hacia Rebeca y Ágata. Sus patas levantaban nubecillas del camino árido.

La joven tiró de las riendas para que el dragón encarara al enemigo que llegaba. Los ladridos de las dos cabezas del mastín se superponían, cacofónicos. Las babas blancuzcas que fluían de las quijadas estaban salpicadas de sangre de hada.

Cuando el hombre del turbante se vio libre de las atenciones de Ágata, intentó coger del brazo a Rebeca. Con ello quería descabalarla, pero lo único que consiguió fue propinarle un fuerte manotazo en la muñeca. El mastín saltó en pos del dragón, pero, antes de alcanzarlo, una de sus cabezas, la izquierda, se desintegró en una espectacular explosión de sangre, esquirlas de calavera y sesos.

El perro cayó de costado. Sus cuartos traseros se convulsionaron como si pretendiera cocear a un enemigo invisible. La cabeza superviviente soltó un aullido lastimero y se quedó mirando con nostalgia a la hermana que ya no estaba allí. Luego murió.

El hombre del turbante había cejado en su empeño de desmontar a Rebeca y contemplaba atónito a su mascota. Su gesto de desolación resultaba hasta cómico.

Muro avanzó hacia ellos, envuelto en el revuelo de su capa y en el destellar de la coraza de vidrio. Echó hacia atrás el cañón de la escopeta y un gran casquillo saltó, humeante, al suelo. Lo siguiente que hizo fue apuntar a la cara al hombre del turbante.

—Largo de aquí, imbécil.

No tuvo que repetirlo. El hombrecillo se subió las faldas de la túnica, dejando al descubierto unas piernas esqueléticas y sucias, y echó a correr. Muro lo mantuvo encañonado hasta que lo perdió de vista.

La poca gente con la que compartían el camino retomó la marcha al ver que el espectáculo tocaba a su fin. A alguno se le notaba la desilusión, tal vez por la incompleta masacre de hadas o porque el del turbante hubiera salido de aquel asunto con vida.

—Lo tenía todo controlado —le espetó Rebeca a Muro. Jadeaba sobre Ágata, que aún no se había repuesto del disparo de adrenalina. El dragón de niebla venteaba el aire, agitado por el aroma de la sangre recién derramada.

—Lina mierda lo tenías. —Muro devolvió el escopetón a la funda cruzada de su espalda—. ¿A qué ha venido esto? ¿Te has vuelto tonta de pronto?

Rebeca no se dignó contestar. Frunció el ceño, golpeó con los talones los flancos de su dragón y se puso en marcha. Muro caminaba tras ella, a solo unos pasos.

Era excepcional que fuera él quien le guardara las espaldas. Aquel hombretón maleducado estaba casi siempre al cargo de la seguridad del burdel y del propio Cerrajero, y solo en contadas ocasiones se encargaba de protegerla. Rebeca supuso que el regreso del Buitre les había hecho extremar las precauciones.

Un movimiento subrepticio a su izquierda le hizo volver la vista. Por un instante creyó que el mastín se había incorporado y reanudaba la carga, pero la manera de removerse del perro no tenía nada de milagroso. Tres pilluelos famélicos vestidos con harapos habían cogido de mala manera el cadáver del animal y lo arrastraban al otro lado de la carretera, hacia las chabolas que se arremolinaban junto a un rascacielos futurista. Al menos sacarían una cena caliente de todo aquello.

Rebeca guió a Ágata por el camino polvoriento. Seguía alterada por el incidente. Muro tenía razón: no debió inmiscuirse de aquella manera. Había sido una niñería. Se había expuesto de una forma absurda, y la cosa podría haber acabado muy mal. Aquel hombre podría haber sido un asesino errante o un mago capaz de arrancarle los ovarios con un solo gesto. Pero no había podido evitarlo. Aquel ataque sin sentido la había soliviantado. La destrucción por el mero placer de la destrucción le recordaba

demasiado a la filosofía de los ikari.

Sospechaba que el Cerrajero le dedicaría aquella misma tarde uno de sus sermones. El anciano estaba haciendo todo lo posible por cortar por lo sano esos arranques que él daba en denominar «impulsividad suicida». En Colapso sus hombres podían mantenerla más o menos a salvo, pero no tenía modo de protegerla en las Tierras Alternas.

Se concentró en el camino. No había demasiado ajeteo en aquella zona, cosa que no le extrañaba a la muchacha. No era una ruta agradable por la que transitar. Los ikari habían levantado sus postes de tortura a intervalos regulares en los márgenes del camino, y habían clavado a un hombre en lo alto de cada uno. No contentos con eso, los habían destripado y tendido sus entrañas de poste a poste, entrelazándolas como si de guirnaldas se tratara.

Aquellos desdichados eran todo lo que quedaba de uno de los grupos de resistencia activa de Amalgama. Esperanza Postrera, se habían dado en llamar. Habían pasado meses hostigando a los ikari desde las sombras, sabotando sus instalaciones o llenando los muros de pintadas contra el monstruo invasor.

Como de costumbre, los aludidos apenas habían prestado atención a sus tropelías. Hasta el día en que descabezaron a uno de sus dragones de patrulla con una carga explosiva. Pocas horas después del atentado, Bleorrea, el síndico de Amalgama, hizo detener a todos y cada uno de los miembros de la organización. Los ikari decapitaron a sus seres queridos y a ellos los crucificaron en aquel camino.

Las sombras de los postes caían sobre el polvo como travesaños de una vía fantasmal. Y como si de eso mismo se tratara, pronto les salieron al paso los restos de una antigua estación de ferrocarril. De ella solo quedaba parte de la vía, la estructura desvencijada del edificio principal y, detenida frente a esta, una vieja locomotora. La habían adornado con plumas y cascabeles y transformado en lugar de recreo para niños. Había unos cuantos jugando en ese momento, ajenos a los hombres muertos que se alzaban sobre sus cabezas y al olor a descomposición.

Rebeca se mordió el labio. Si convives el tiempo suficiente con el horror acabas acostumbrándote a él. Era inevitable. Ella había vivido (relativamente) a salvo en la Catedral de la Desesperanza durante catorce años, protegida del mundo por las Hermanas de la Carestía. Los ikari solían dejar en paz los centros de culto, aunque no era una concesión gratuita, por supuesto. Los invasores exigían un precio elevado por no inmiscuirse.

Fue el propio Cerrajero quien le explicó la naturaleza del acuerdo al que habían llegado con las monjas: «Uno de cada diez bebés que se les entregan a las hermanas acaba en garras de los ikari. Por lo visto, a sus dragones les encanta la carne tierna».

La joven miró hacia atrás. Dos de los niños de la locomotora habían echado a correr tras Ágata, pero la imponente presencia de Muro los había disuadido de continuar con la persecución. El guardaespaldas la seguía a prudente distancia, con la boca y la nariz envueltas en un pañuelo. Tenía la mirada fija en ella.

El camino se convirtió en una senda de baldosas hexagonales. Se elevaba cada cierto tiempo, y formaba una suerte de escalones de casi tres metros de altura en cuyas paredes habían practicado grandes oquedades para permitir que los transeúntes treparan sin problemas. Rebeca se limitó a hacer volar a Ágata hasta el último peldaño de aquella escalera desproporcionada, unos doscientos metros más arriba. Allí aguardó a que Muro le diera alcance. No quería tener más encontronazos con él: con uno al día era más que suficiente. Muro era un buen tipo, aunque tenía un nefasto sentido del humor y tendencia a que se le agriase el carácter.

Mientras lo esperaba miró a su alrededor. A la izquierda se levantaba una pared de roca cuarteada, una cresta que avanzaba en paralelo al camino durante varios kilómetros. Por toda su superficie se agitaban banderolas y colgaban cuerdas tan largas que en ocasiones caían desde la cima hasta el suelo. Entre las grietas de aquel acantilado habitaban los hombres cabra, seres humanoides de patas quebradas y descomunal cornamenta.

A la derecha se adivinaban las ruinas de una ciudad ciclópea, obra de la misma civilización que había construido la escalera que acababan de salvar. Se decía que aquellos edificios, con aire de ánforas mil veces perforadas, podían divisarse desde cualquier punto de Amalgama. Sus habitantes eran espectros pálidos, jirones de niebla sintiente que no se mezclaban con el resto de la ciudad. Los ikari tenían la fea costumbre de meterlos en vasijas de barro y fumárselos en sus orgías. Por lo visto, fumar seres vivos e inteligentes provocaba unas alucinaciones extraordinarias.

El destino de Rebeca estaba dos kilómetros más allá. Desde el lugar donde se encontraba podía divisar ya la planicie de sal, un lugar inhóspito cuya blancura destacaba de modo doloroso contra el farallón de los hombres cabra.

La muchacha reemprendió la marcha en cuanto Muro terminó el ascenso. Al cabo de apenas unos minutos las baldosas hexagonales dieron paso a dunas de sal. La planicie despedía una luminiscencia enfermiza, una claridad lechosa y espectral. Rebeca buscó en su mochila las lentes polarizadas en un intento de suavizarla.

El paraje estaba repleto de esqueletos de mastodontes. Había casi medio centenar de ellos, desperdigados por toda la planicie. Los cadáveres yacían en idéntica postura, postrados sobre sus patas como si se hubieran arrodillado a la hora de morir. Hasta el último de ellos cargaba todavía con las tiendas de campaña que habían transportado en vida.

Los animales habían muerto de manera fulminante nada más aparecer en Amalgama. Por lo visto, el salto dimensional había sido demasiado para sus enormes corazones. La vida de los ábaro, sus antiguos dueños, había estado siempre ligada a sus grandes monturas. Por eso no las habían abandonado ni siquiera al morir. Habían hecho de sus osarios los cimientos de sus viviendas, aunque eso les hubiera condenado a la inmovilidad.

Rebeca se adentró en aquel campamento que tenía aire de cementerio.

Casi nadie prestó atención a su llegada. A aquel pueblo apenas le impresionaba

que alguien llegara cabalgando dragones. No en vano se habían pasado la vida a lomos de montañas de carne.

Los niños jugaban entre los cadáveres descarnados, barritaban y se embestían sin contemplaciones, sin importarles hacerse daño en sus acometidas. Tenían la piel pintada de gris, y de entre sus labios sobresalían los colmillos ceremoniales, réplicas en miniatura de los que llevarían cuando alcanzaran la edad adulta. En la Tierra Alterna de la que procedían, esos colmillos habrían sido de marfil, pero las costumbres habían cambiado. Ahora se limitaban a tallarlos en hueso. Tan solo el jefe ábaro y sus dos esposas tenían permiso para lucir marfil.

Guió a Ágata hasta el mastodonte que le había indicado el Cerrajero. Habían pintado de negro hasta el último de sus huesos y dibujado una gran mariposa en su cráneo. Hacía tiempo que los colmillos habían desaparecido, así como los de sus congéneres. El esqueleto debía de medir sus buenos siete metros de altura, y eso a pesar de encontrarse arrodillado.

Rebeca se sirvió de la escalera de mano que colgaba del costillar para coronarlo. A medio camino miró hacia atrás. No alcanzó a distinguir a Muro, pero a buen seguro que estaba cerca, vigilándola.

Subió sin problemas a lo alto del elefante muerto.

La tienda era una llamativa montonera de telas, reforzada con varillas y pieles y con una banderola que coronaba el asta que hacía las veces de viga principal. Una campanilla de hueso colgaba de un lateral de la cortina que facilitaba la entrada en la tienda. La hizo sonar.

El eco del cascabeleo todavía perduraba en el aire cuando una voz la invitó a pasar.

Rebeca se agachó y entró en la tienda. El lugar olía a incienso, pero ese aroma no podía ocultar un soterrado hedor a pieles húmedas y suciedad. Había un anciano decrepito sentado con las piernas cruzadas en el centro de la estancia. Sus ropajes eran una perfecta imitación del habitáculo: un caos que lo envolvía sin el menor rigor estético.

Estaba recostado sobre un nido de cojines, frente a una mesita sobre la que descansaba una tetera con forma de elefante encabritado. Aquel anciano era Valan, uno de los líderes espirituales de los ábaro y, según el Cerrajero, el verdadero jefe de aquellos nómadas estancados. «Los ábaro aparecieron hace cincuenta años en Amalgama», le dijo. «Y Valan fue el único capaz de lidiar con lo que estaba sucediendo. Vendió la mayoría de los colmillos de sus elefantes y firmó acuerdos de sometimiento con los ikari para proteger a los suyos. Sin él, los ábaro estarían ahora tan muertos como sus monturas.»

Había otros hombres con Valan, dos moles desnudas con el cuerpo pintado de cemento, cada uno con una cimitarra. De las comisuras de sus labios bajaban dos retorcidos colmillos azules. Ambos estaban de pie, flanqueando una segunda cortina que conducía a otra estancia. Rebeca vio un arpa y una pajarera donde dormitaba un

curioso animal, un cruce entre lagarto y pájaro, con su cabeza espigada enterrada bajo un ala.

Tras los cojines del anciano había un pedestal de hueso. Se disponían sobre él dos colmillos de elefante, enfrentados el uno al otro formando un óvalo. En su centro se veía una curiosa pieza de metal, una compleja figura de medio metro de altura compuesta por ocho triángulos inscritos en espiral unos dentro de otros. De un vértice del triángulo exterior emergía una varilla truncada. Aquella cosa parecía algún tipo de símbolo religioso, aunque a Rebeca le llamó la atención que no tuviera nada que ver con mastodontes.

—Es el símbolo de la sagrada encrucijada —le explicó el anciano. Su voz era carismática, pero denotaba también cierto desequilibrio. El Cerrajero ya le había advertido de que Valan no era de fiar—. La pirámide dentro de la pirámide, la confluencia de los mundos. Oramos al equinoccio y a la entelequia, a la espiral recta y al núcleo de lo imposible. Que los demonios te bendigan, chiquilla. Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

—¿Y cuándo fue eso? —se extrañó ella. No guardaba ningún recuerdo de un encuentro anterior con aquel hombre.

—Hace cinco años, si no recuerdo mal. —Valan sonrió al mencionarlo. Era por todos conocido que la memoria de los ábaro era eidética. Nunca olvidaban nada. Ni una cara, ni una frase, ni una afrenta—. Tu maestre acababa de comprarte a esas monjas de coños fétidos y no hacía otra cosa que alardear de tus logros. Nos hizo acudir a su lupanar para enseñarnos las reliquias que habías recolectado para él. Estaba orgulloso de su niña, el viejo putero. Y no era para menos. Le hiciste volver al negocio. Ah, maldito loco sin piernas... ¿Todavía tiene polla o ya se la han comido los bichos?

—No tengo ni idea. Procuro mantenerme alejada de ella.

El viejo rió su ocurrencia. Rebeca sí que recordaba aquella reunión en el burdel. Habían acudido siete extraños tipejos, cada cual más excéntrico. Coleccionistas, los llamó el Cerrajero. «Esta gente adora los cachivaches de otros mundos. Los reverencian. Venderían a sus hijos por ampliar sus colecciones. Algunos lo han hecho.»

Por lo que ella sabía, buena parte de la riqueza del Cerrajero procedía de gente así. Les vendía por verdaderas fortunas las piezas más curiosas que Rebeca obtenía para él.

Al principio le había extrañado que alguien quisiera comprar objetos de otros mundos viviendo en Amalgama, donde las realidades se entremezclaban y era algo cotidiano toparse con enseres de otras Tierras Alternas. Pero no tardó en darse cuenta de que no todas aquellas piezas eran iguales; había algunas, muy pocas, que resonaban de una forma especial. Esa reverberación hablaba de distancias inconmensurables, de eones de tiempo lento, de la historia y el tamaño de los pilares de la creación.

«Cada objeto que me traes está cargado de energía», le explicó en su día el Cerrajero. «Una energía que, a falta de un nombre mejor, yo llamo dimensional. Solo unos objetos determinados en cada mundo están embebidos de esa fuerza. ¿Por qué? Lo ignoro. Simplemente lo están. Y eso los hace especiales. Unos las llaman reliquias, y otros, milagros. Poco importa el nombre. Lo esencial es que cuando pones las manos en ellos, tocas la eternidad.»

El anciano no dejaba de sorberse y lamerse las encías. Solo tenía dos dientes (uno en la mandíbula inferior y otro en la superior), pero el azar había hecho que ambos coincidieran. Examinó a la muchacha con la misma lujuria con que los clientes del Cerrajero estudiaban a sus chicas.

—Te llamabas Rebeca, ¿verdad?

Ella asintió, confirmando lo que no le hacía falta que le confirmaran.

—Un nombre muy bonito —suspiró—. Y una cara preciosa. Pero no te lleves a engaño: habría preferido que fuera tu alto señor quien me visitara.

Su voz tenía un acento exótico que a Rebeca le hizo pensar en mundos poblados de dunas, tiendas multicolores, alfanjes y especias.

—Mi alto señor carece de la capacidad motriz necesaria para venir hasta aquí. Y desoíste su invitación de acudir a nuestro bonito lupanar. Por lo tanto, tendrás que conformarte conmigo.

—Que no es poca cosa. Pero tu Cerrajero siempre ha evitado mezclarse con nosotros. El muy canalla no nos tiene ningún aprecio, pero bien que le gustaba nuestro dinero cuando lo necesitaba. ¿Y qué agradecimiento hemos obtenido a cambio? Absolutamente ninguno. En los últimos tiempos, lo único que intenta vendernos es morralla. Baratijas sin chicha, sin fuerza. Bagatelas. Bah. Bah... —Se atrapó la lengua entre los dos dientes y sorbió con fuerza. Sus mejillas se hundieron y le dieron un aspecto de esponja húmeda—. Perdona a este anciano resentido. A veces me dejo llevar. ¿Quieres un refrigerio? —preguntó, solícito—. El trayecto desde el burdel no es sencillo, aunque montes dragones de niebla. A buen seguro que tienes la garganta seca.

—No quiero nada, muchísimas gracias. Y no es mi intención ser maleducada, pero me gustaría acabar con este asunto cuanto antes —anunció—. Por desgracia, no soy dueña de mi tiempo. Servir al Cerrajero es laborioso y exigente.

Valan guardó silencio un instante. Parecía estar debatiendo consigo mismo si debía indignarse por las prisas de su invitada.

—Está bien, niñita. Sin preámbulos ni tontunas. —Levantó una mano para llamar la atención de sus guardas—. Balasar, tráele la reliquia a nuestra amiga. Ya la has oído: otros asuntos la reclaman. Seguramente más atractivos que yo y mejor dotados que vosotros.

Uno de los hombres desnudos entró en la estancia vecina. Había una luz encendida y, bajo su influjo, entre los pliegues de la cortina, Rebeca alcanzó a ver hileras de estantes flotantes. En todos ellos había dispuestos paquetes de seda, de los

más diversos tamaños y colores. Allí estaba la colección de Valan.

El llamado Balasar tomó uno de los paquetes y regresó a la estancia. El anciano sonrió con sus dos dientes y alzó las manos hacia él. El hombre desnudo le tendió un colorido pañuelo.

Valan desenrolló el fardo con pulso tembloroso y extrajo de él una pequeña figura tallada en madera clara. Era la estatuilla de un cíclope, con una notable erección. Resultaba evidente que la mano que la había tallado no estaba bendecida por el genio: la pieza era tosca, primitiva, pero desprendía una fuerza sorprendente, quizá producto de su propia tosquedad.

—Entró a través de una falla hace una semana —le explicó a Rebeca mostrándole la figura pero sin hacer ademán de acercársela—. Un brillo nacarado, un estallido, y el hombrecito del pito enhiesto apareció de pronto. Qué frágil es esta realidad, ¿no estás de acuerdo? Perforada, lacerada, perdida, deshumanizada. Sé de buena tinta que tu amo paga espléndidamente por piezas como esta.

Rebeca no solía tratar con coleccionistas. Era algo de lo que siempre se encargaba el propio Cerrajero. Pero este caso era diferente. Y no podía confiar en Muro ni en ningún otro de sus hombres para averiguar si aquella pieza procedía de otra Tierra Alterna o si era una estafa.

—¿Puedo examinarla?

—Para eso has venido, pequeña. Para eso has venido.

Le tendió la estatuilla, pero su gesto denotaba duda. Era evidente que le costaba desprenderse de ella.

Rebeca tomó el cíclope entre las manos y al momento los guardaespaldas del anciano se pusieron tensos, como si temieran alguna jugarreta por su parte.

La muchacha cerró los ojos. Se concentró en el tacto, en la textura de la madera, en la forma en que el objeto se le hundía en la carne. Respiró hondo y procedió a contar en voz baja hasta diez, muy despacio.

Cuando llegó al número cinco, una explosión de luz iluminó su cerebro. Fue como si una estrella se hubiera introducido de pronto en su cabeza, un fulgor salvaje que rebosó de las paredes del cráneo para extenderse a todo su cuerpo. Se inundó de claridad. Era la Nuncanidad, el Infinito, era un juego de espejos colocados unos frente a otros, un reflejo que reverberaba de un punto a otro de la creación. Se echó hacia atrás y tomó una bocanada de aire.

«Lo sientes, ¿verdad?», le había preguntado el Cerrajero cuando le hizo tomar por primera vez una reliquia entre sus manos. «Sientes su poder. Su energía. Estás rozando la gloria, querida niña. Tienes en tus manos el universo entero.»

Pero en esta ocasión el contacto con aquella reliquia no terminó ahí. El resplandor que la inundaba se quebró, se hizo añicos. Y a través de esas brechas contempló la estancia en la que se encontraba, aunque tuviera los ojos todavía cerrados. El anciano la miraba sonriente relamiéndose los labios como un gato satisfecho. Los hombres desnudos seguían a su espalda. Habían llevado las manos a la empuñadura de sus

espadas y se mantenían alerta, recelosos todavía.

La imagen parpadeó, la luz varió, se hizo roja (del rojo de la sangre del perro muerto, del rojo de las hadas despedazadas). Y de pronto el anciano dejó de estar sentado ante ella: estaba tirado contra los cojines, con el vientre abierto y las entrañas asomándole como culebras.

La realidad parpadeó, y volvió a tenerlo frente a ella, indemne y sonriente. Otro parpadeo y de nuevo fue cadáver. Rebeca alzó la mirada y vio a los guardaespaldas. Uno estaba partido en dos ante la puerta de la tienda. El otro, doblado sobre sí mismo, hecho un ovillo como un bebé en el vientre de su madre. Ambos cuerpos humeaban todavía. La luz destelló de nuevo y los tres hombres resucitaron.

Rebeca abrió los ojos a la penumbra de la tienda de campaña. El anciano la contemplaba con la misma sonrisa que acababa de ver en la visión delirante. Intentó rehacerse, pero le resultó difícil. No dejaba de ver a los tres hombres muertos. Hasta era capaz de oler la peste a carnicería.

¿Qué había ocurrido? ¿Ahora tenía visiones? Se sobrepuso como pudo.

—Es auténtica —dijo con un hilo de voz. Probablemente el anciano achacaría su confusión al disparo de Nuncanidad que acababa de recibir.

—Lo es, lo es —asintió vigoroso. Su nuez era inmensa, y subía y bajaba por su garganta como un topo—. Desde que puse las manos sobre él no dejo de preguntarme qué estaría dispuesto a ofrecer nuestro querido putero por este lindo cíclope.

—No estoy capacitada para negociar —le dijo. Hablaba con cadencia acelerada—. Solo he venido para comprobar que el cíclope es una pieza interesante. Hablarás con Muro para acordar el precio.

Le devolvió la talla. Las manos le temblaban tanto que a punto estuvo de dejarla caer sobre la mesa, pero el anciano demostró poseer unos reflejos encomiables para su edad y la atrapó al vuelo.

Rebeca estaba mareada. Necesitaba aire, aunque fuera el aire vitriólico de Colapso. Enloquecería si permanecía un minuto más entre aquellas murallas de piel.

Murmuró una despedida y huyó de la tienda a toda la velocidad que le permitieron sus piernas, indiferente a la hostilidad con que el anciano asimiló su abrupta marcha.

Se encontró con Muro fuera; aguardaba ante la puerta. Rebeca lo miró, asustada. ¿Y si aquello había sido una premonición? ¿Y si el contacto con la reliquia había sido tan fuerte que las barreras del tiempo se habían colapsado y había tenido un atisbo del porvenir?

Era una locura, lo admitía. Pero le bastaba con ver el mundo en que vivían para comprender que las locuras eran la norma allí.

—¿Veredicto? —le preguntó Muro. Rebeca contestó con un rápido asentimiento. El guardia la miró preocupado—. Estás pálida como un fantasma. ¿Ha ocurrido algo allí dentro?

Un impulso le hizo cogerle del antebrazo.

—No les hagas daño —dijo en voz baja—. ¿Me oyes? No les hagas daño.

La mirada de Muro se volvió suspicaz. ¿Detectaba culpa en ella, o acaso era simple sorpresa por su extraña petición?

Se libró de ella sin contemplaciones y entró en la tienda.

La joven retrocedió, con una mano en el estómago y otra en la frente. Quería marcharse, pero se obligó a permanecer allí, acuclillada sobre la alfombra de piel que cubría las vértebras del esqueleto. Esperaba oír en cualquier momento las detonaciones de la escopeta de Muro. Pero los minutos transcurrieron sin disparos.

Rebeca ganó la batalla a su nerviosismo, y comenzó a respirar con calma. Tenía algo de fiebre. Tragó saliva y la garganta le dolió.

Muro salió al fin. Lo oyó despedirse de Valan con educación antes de recoger la cortina.

—Pedía demasiado —le dijo a Rebeca—. Que se pudra el cabrón con su maldita estatuilla. Monta en tu bicho y vuela de regreso al burdel. Y no te preocupes, muchacha, no pienso regresar para liarme a tiros. No es así como el Cerrajero atiende sus negocios. ¿Qué crees que somos, niña? ¿Jodidos ikari?

El problema del caballo

Las semanas posteriores a la visita del barón Kempelen (aperimante aficionado, suertudo y engañabobos de profesión) fueron muy intensas para Logan. Su nueva ocupación de mecanomante no tardó en correr de boca en boca por todo el gremio, y era raro el día en que no recibía alguna visita. Entendidos de toda Europa acudían a él para que indagase en los objetos más inusuales, y eso le venía bien, porque su tarifa aumentaba.

Sin embargo, le había prometido al barón que solucionaría el problema de su máquina antes de que volviese, y aún no tenía nada. Estaba casi como al principio. Había estudiado mil veces el patrón de jugadas de la partida contra Napoleón, y solo podía llegar a una conclusión: en efecto, el Turco se había quedado paralizado tras el cuarto movimiento de negras. Ahora, en teoría, debía tocarle mover al emperador. Pero la máquina le hacía daño, no dejaba efectuar ningún movimiento sin castigar con saña a su oponente. Logan trató de engañarla, usando un gato callejero que a veces aparecía por su ventana para que moviera la siguiente pieza. La máquina mató al gato haciéndolo envejecer ochenta años en un segundo.

Logan no volvió a probar nada parecido.

A medida que los días pasaban y su frustración crecía, no dejaba de vigilar la Mansión Infinita. Se había comprado un telescopio de esos con los que se miran las estrellas, y lo tenía emplazado sobre un trípode, en la buhardilla, apuntando siempre hacia la casa. Le dolía ver cómo llamaban a su puerta multitud de aperimantes, invitados por el consejo de ancianos, a quienes pronto empezó a profesar una insana envidia. De vez en cuando pillaba entrando o saliendo a lady Lisa acompañada por su retoño, Riddly. Esos eran los mejores momentos. Logan se imaginaba que volvía a los antiguos días, en los que aún no era persona non grata en la Mansión y podía examinar las Puertas a su antojo.

Le seguía pareciendo una locura toda aquella historia del colgante de lady Lisa y su icono de la fertilidad. Sí, maldita sea, era una absurda casualidad que ese icono se pareciera tanto al que encontró intermundos, pero eso no justificaba el ataque de celos de Astrud. Logan no había tenido nada que ver con el nacimiento de Riddly, ni con el hecho de que su madre estéril se hubiese quedado encinta.

¿O sí?

La posibilidad lo despertó una noche, y lo envolvió en un sudor frío.

Hasta ese momento se había reído de los celos paranoicos de lord Astrud, pero... ¿y si hubiera por ahí, en algún lado, una chispa de verdad? ¿Y si realmente hubiese tenido algo que ver, con sus rezos y sus sortilegios mientras andaba perdido por otras realidades, con el milagro de Riddly?

¿Y si Riddly, de alguna mágica y estrambótica manera que solo la Mansión podía entender, fuera su hijo?

Lisa, sería de tontos negarlo, le parecía una mujer tremendamente atractiva. Además, tenía esa cualidad que él siempre había buscado en el sexo bello, una placidez de temperamento mezclada con una hermosura sumisa y siempre alegre. Era la clásica mujer guapa que siempre estaba de buen humor y obedecía sin rechistar las reglas que imponía su clase social, y la voluntad de su marido. Logan era un enamorado de la feminidad pasiva, de la belleza sumisa y complaciente. Ese era el tipo de mujer que más le gustaba, y lady Lisa encajaba perfectamente en el patrón, al contrario que ese volcán de carácter que era Marisa, la anciana con la que había disfrutado de unos intercambios sexuales de lo más gratificantes.

Pero aunque fuera cierto, aunque Lisa fuese su mujer ideal, en modo alguno pretendía quitársela a lord Astrud. Ni siquiera se le había llegado a pasar por la cabeza. Logan respetaba el sacramento del matrimonio hasta sus últimas consecuencias, y si Lisa ya le había dado el «sí, quiero» a otro hombre, aunque fuese un imbécil celoso como Astrud, él jamás osaría interponerse.

Se dio un buen baño de madrugada. Se llenó de esencias de coral de Madripur. Se frotó con una esponja del mar Muerto. De ninguna de esas maneras logró despegarse el sudor frío del cuerpo. Empero, aquel baño relajante sirvió para una cosa: le dio una pista sobre el enigma del Turco. Dicen que a veces la mejor manera de resolver un problema es dejar que la mente piense en segundo plano, mientras uno se ocupa de otros menesteres. Y así debió de ocurrir, porque Logan solo tenía pensamientos para el problema de la (poco) inmaculada concepción de Riddly, y sobre el futuro que le esperaba al niño de continuar en esa familia, cuando su mente gritó «¡Eureka!».

La casualidad quiso que justo al día siguiente apareciera Kempelen en su puerta. El barón estaba agotado, había viajado mucho e interrogado a gente muy misteriosa, pero al fin había resuelto su parte del misterio. Le contó a Logan que estaba en lo cierto, que un embaucador llamado Joseph Racknitz (que había visto actuar al Turco en la corte de Amadeo de Saboya) había construido una réplica, una copia barata de la máquina. Y la usaba para estafar a los crédulos de alta cuna en desquiciadas giras ajedrecísticas por el continente.

¿De dónde había sacado los planos, o cómo se las había arreglado para emular por medios científicos la magia del aparato? Como era evidente, no había podido. Kempelen y sus árabes malhumorados lo arrinconaron en París y le sacaron la verdad usando técnicas de persuasión que ya eran viejas en los tiempos de Saladino. Racknitz confesó que dentro de su máquina había un doble fondo, un compartimento donde se escondía un jugador de ajedrez enano, que tenía delante un segundo tablero en miniatura. Un ingenioso juego de poleas e imanes le permitía mimetizar los movimientos del tablero principal y hacer que el androide calcase sus jugadas.

Aquella confesión acabó con el segundo Turco ardiendo en una hoguera, y con el cuerpo de Racknitz flotando en el Sena. En un principio, Logan había estado

convencido de que la existencia de esa copia había contribuido al mal funcionamiento del original, pero ahora, tras su epifanía en la bañera, sabía que no había sido así. Al menos, la destrucción del falso Turco había servido para apartarlo de la opinión pública. El secretismo debía seguir siendo la piedra angular del mundo de los aperimantes.

Cuando el agotado Kempelen volvió a su casa, Logan ya tenía lista su teoría sobre el problema del Turco. Y se la contó a Kempelen, a quien le enseñó la máquina que él mismo había inventado. Se trataba, a grandes rasgos, de un racimo de hilos de cobre que colgaban del techo, justo sobre el Turco. Había un hilo por cada escaque blanco y negro, y los hilos rozaban con sus puntas las agujas de inserción de piezas del tablero.

—¿Qué está haciendo con mi autómeta? —preguntó el barón, alarmado.

—En realidad no le estoy haciendo nada. Es él quien nos lo hace a nosotros, aunque ni siquiera estemos jugando la partida.

—No le entiendo... —murmuró Kempelen.

—Se lo explicaré. Sospeché que algo iba mal cuando el autómeta empezó a castigar a sus oponentes por seguir a rajatabla las reglas del juego. Esto implica que o bien estaba haciendo trampas, cosa poco probable porque se habría notado en las partidas anteriores a la de Napoleón, o bien a nosotros se nos estaba pasando por alto un detalle.

»El problema no estaba en los mecanismos ni en la lógica del autómeta, sino en nosotros, los oponentes. De alguna manera no sabíamos interpretar lo que estaba pasando en el tablero.

—Explíquese, por favor.

—Eso intento. Se me ocurrió la idea anoche mismo. ¿Qué pasaría si el Turco nos estuviese castigando porque nosotros no estamos jugando bien? ¿Qué pasaría si estuviésemos mirando mal el tablero y partiendo de unas premisas que no son las verdaderas... o las que el Turco entiende por verdaderas? —Señaló los cables que rozaban los escaques—. La electricidad me dio la solución. La electricidad y el olor.

—¿El olor?

—Sí. ¿Se acuerda de aquel hedor nauseabundo que percibí cuando me trajo por primera vez la máquina, pero que usted no captó?

Kempelen se frotó pensativo el bigote en forma de símbolo de interrogación.

—Pues... Sí, ahora me acuerdo.

—Bien. Haga el favor de mirar este escaque. —Apuntó con un dedo a un cuadrado blanco vacío, sin ninguna pieza—. Mírelo bien, pero sin tocarlo. Estúdielo con toda la intensidad que pueda. Y dígame a qué huele.

El barón obedeció. Aquello le parecía una soberana tontería, pero si Logan no estaba loco, allí tenía que haber gato encerrado.

Se inclinó sobre el tablero, con la mirada fija en el escaque blanco... y no lo vio, pero sí lo olió.

Allí estaba: era el mismo olor desagradable que Logan había percibido en su

primera visita.

—Lo nota, ¿verdad? —le preguntó Logan.

—Sí... ¿Usted no?

—No, porque no estoy mirando.

—No lo entiendo.

—Los cables confirmaron mis sospechas. De alguna manera, el Turco nos está ocultando parte de la verdad sobre el tablero de ajedrez, al desviar la imagen de las fichas hacia la región de nuestro cerebro que procesa el olfato. De ese modo consigue que, cuando miramos hacia esos escaques en teoría vacíos, no veamos las fichas que hay en ellos, sino que las olamos. Pero no puede engañar al amperaje que detectan estos cables, y que es amortiguado por la presencia de la madera. En este caso, de la madera de un caballo. —Hizo un gesto con el mentón hacia el escaque vacío—. En esa posición hay ahora mismo un caballo blanco, solo que ni lo vemos ni lo tocamos, porque vista y tacto se nos convierten en olfato de manera automática.

Kempelen se dejó caer en un sillón.

—¿En serio está haciendo eso? ¿Y por qué?

—Creo que es porque Napoleón llevó al autómata a caer en un bucle matemático del que todavía está intentando salir. El emperador jugó contra el Turco según el listado de notación algebraica que usted me pasó, basándose sobre todo en los caballos. Napoleón apoyó toda su estrategia de ataque en la caballería, igual que hacía en la vida real. Para vencerlo, el Turco intentó resolver un viejo desafío lógico del ajedrez: el problema del caballo.

—¿Qué es eso?

—Me he estado documentando. —Logan le guiñó un ojo—. Se supone que hay una forma lógica de hacer que un caballo, siguiendo su forma de moverse en el ajedrez, pase por todas las casillas de su color del juego. Es un viejo acertijo al que ya se enfrentaron en su día los sabios de la India. El Turco cayó en un bucle lógico, moviendo caballos sin cesar, y protegió sus fichas con esta magia para que ningún oponente pudiera robárselas hasta que completara el cálculo. Por eso nadie ha podido continuar la partida, Kempelen, porque estábamos haciendo caso omiso de fichas que en realidad seguían en el tablero.

El barón vació los pulmones en un suspiro.

—Increíble. Desde luego, señor Logan, lo que dicen de usted no es exagerado. Es el mejor mecanomante que hay en Londres, y posiblemente en toda Europa.

—Gracias por el cumplido, pero la fama no me interesa. Solo quiero el...

Enmudeció como si un pensamiento, una idea que era a la vez nueva y a la vez consecuencia de todo aquel complejo episodio del Turco, hubiese saltado a su cerebro.

Kempelen estiró los bigotes, y los convirtió en signos de exclamación.

—¿Ocurre algo, señor?

Logan extendió una mano temblorosa hacia el autómata, la dobló y se la llevó a la

barbilla, en un gesto de profunda concentración. Tras cavilar durante un rato, susurró:

—El problema del caballo... ¡Claro! ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

—¿A qué se refiere?

—¡El caballo! ¡Su forma de moverse, eso es! Cuando estuve perdido intermundos vagué por dimensiones ilógicas, llenas de falsos pasadizos y callejones sin salida. Por eso tardé tantísimo tiempo en volver a esta realidad. ¡El problema era que no me estaba moviendo como debía, según las reglas de la Mansión!

Kempelen lo miraba como si se hubiera vuelto loco, pero Logan no le hizo caso y siguió pensando en voz alta:

—Mi error consistió en dar por sentado que dentro de las Terras Duplas un hombre tenía que moverse de manera lineal, como hacemos aquí, en nuestro mundo. Pero... ¿y si es falso? ¿Y si cualquier criatura que desee llegar hasta el centro del laberinto, hasta el escaque central del tablero, debe moverse por las realidades siguiendo un patrón geométrico determinado, igual que el caballo del ajedrez? —Se frotó las manos, ansioso por ponerse a trabajar en la nueva teoría—. Sí, podría funcionar... El caballo puede pisar todos los escaques si hace el suficiente número de movimientos, incluso el del centro del tablero. —Sus ojos se le salieron de las órbitas—. Dios, creo que ya sé cómo llegar hasta el corazón de la Mansión Infinita.

Rebeca y la ciudad muerta

El mundo que le había tocado visitar en esta ocasión era un erial, una ruina ennegrecida que en otros tiempos debió de acoger una gran civilización, como atestiguaba el tamaño de la ciudad que había encontrado al otro lado.

Era imposible hacerse una idea de la extensión de esta. Aquella urbe abarcaba de un horizonte a otro, sin claros, sin pausas, sin espacio para el respiro, un escenario que se repetía hasta el infinito. No costaba esfuerzo imaginar que ocupaba por completo la superficie de esa Tierra Alterna, una megalópolis de tamaño planetario.

La ciudad era un caos de torres medio derruidas; las había a millares, arracimadas unas contra otras como si buscaran la proximidad para resistir las embestidas del tiempo. Se disparaban erizadas hacia las alturas, estructuras negras y demenciales, de distintas medidas, pero que siempre superaban los doscientos metros de altura. Estaban talladas en roca negra, y sus ventanas, múltiples, eran óvalos irregulares repartidos sin orden ni concierto por toda su superficie.

El objeto que el Cerrajero le había ordenado buscar era un pequeño ídolo de cristal azabache. Según el dossier estaba en la torre más alta de aquella parte de la ciudad. A Rebeca no le costó trabajo encontrarla (era inevitable verla), pues cuadruplicaba en altura y grosor a la mayor de sus congéneres, y era tan enorme que sus pináculos erizados asomaban, recubiertos de hielo, de la atmósfera del planeta.

Hacia allí voló Rebeca, a lomos de Ágata, ambas invisibles gracias al campo camaleónico que generaba el dragón. El animal no había dejado de maullar de forma lastimera desde que habían atravesado la Puerta que unía Colapso con aquella Tierra Alterna. La joven entendía muy bien su aprensión, y de hecho la compartía: aquel mundo era un lugar ominoso y fantasmal.

El viento recorría la ciudad aullando como un alma en pena. La propia estructura de los edificios amplificaba su lúgubre ulular que parecía llegar de todas partes a un tiempo. El informe de misión era bastante corto, no había mucho que decir sobre aquel sitio. Por lo visto, el único peligro real eran unas monstruosas criaturas similares a arañas que se pasaban la mayor parte del tiempo aletargadas, nada que no se pudiera evitar sin demasiadas complicaciones. El Cerrajero le había asegurado que todo iría bien si se mantenía alejada de ellas. Aun así, aquel vacío y aquella soledad la aterraban. La ausencia de vida en un lugar que parecía diseñado para albergarla a espaldas pesaba en su ánimo de forma desoladora. Por una vez no le importaría regresar a Colapso.

Los ventanales de la torre eran tan enormes que entró en el edificio con Ágata. Atravesaron una sucesión interminable de galerías y estancias tan enormes que podían albergar sin problemas el burdel del Cerrajero. Aquel lugar parecía un cruce

entre una catedral gótica y una caverna inmensa. No había rastro de muebles o decoración, ni pista alguna sobre cómo habían sido sus moradores o la suerte que habían corrido. Todo era vacío y polvo. Y el ulular del viento.

Llegó sin problemas a la estancia señalada. Estaba en el último tramo del edificio, y no tenía nada que ver con el resto de las salas que Rebeca había visto. Aquella habitación era pequeña, de proporciones humanas, y estaba atestada con los más diversos objetos: parecía un almacén de antigüedades fuera de lugar. Había cofres rebosantes de tuercas, joyería y juguetes de ingenio con aspecto de rompecabezas; un paragüero repleto de espadas, lanzas y varas de distintas medidas; un mostrador en el que se alineaban varias brújulas con solo tres puntos cardinales; autómatas metálicos, vestidos con suntuosos ropajes y sentados en la parte superior de cabinas de madera y cristal, con los más diversos tableros de juego extendidos ante ellos; estatuas de gran tamaño que representaban a reyes y reinas, a monjes encapuchados y caballos encabritados, todas ellas alineadas en paralelo a uno de los muros.

No era la primera vez que Rebeca se topaba con lugares semejantes, aunque no era lo habitual. Aquella estancia contaba con dos accesos. Uno era el del propio edificio; en aquel caso, una arcada que parecía derretida a llamaradas en la pared. El segundo era una puerta ajena al resto del lugar, una puerta de madera marrón cubierta por un sinfín de vetas que daban la impresión de dibujar el mapa imposible de un mundo improbable.

Rebeca descabalgó y se acercó a la puerta. La dragona remoloneó en la entrada; levantó los cuartos traseros y soltó un potente chorro de orina, señal inequívoca de su agitación.

La joven apoyó la mano en la madera. La superficie estaba tibia al tacto y latía con una reverberación sostenida, casi eléctrica. Como en el resto de las ocasiones en que se había topado con salas semejantes, se preguntó qué podía haber al otro lado.

El Cerrajero no le había dado ninguna instrucción con respecto a esas habitaciones. Se había limitado a llamarlas «salas del tesoro» y a recordarle otra de las reglas básicas de los saltadores: «Llévate solo lo que has ido a buscar. Nada más. Cualquier cosa que puedas traerte contigo puede causar tu ruina».

Rebeca cogió la manilla y la giró, pero, como siempre que intentaba abrir puertas similares, se la encontró cerrada.

Dio con la estatuilla en el cofre que el Cerrajero le había indicado, enterrada entre esferas de cristal y arduas disecadas. La tomó entre sus manos y respiró hondo. Aguardó unos instantes, concentrada en el tacto de la reliquia. El centelleo no tardó en inundar su mente (el subidón de Nuncanidad, como daba en llamarlo), pero esta vez, para su alivio, no hubo visión.

Una vez puesta la estatuilla a buen recaudo en su mochila explosiva, montó en la cada vez más inquieta Ágata y salieron del edificio por el primer ventanal que encontraron. Las torres sombrías fueron los únicos testigos de su incursión. Una noche pesada y plomiza se suspendía en las alturas, una negrura insondable que hacía

el ambiente todavía más opresivo. Aquel mundo parecía amortajado.

Ágata se desplazaba entre las torres, casi planeando. Su vuelo era rápido, más que de costumbre. Era evidente que también estaba ansiosa por abandonar aquel lugar.

A Rebeca le costaba orientarse. Por suerte para ella, no tenía que hacerlo: contaba con la llave, y eso era todo lo que necesitaba para encontrar la salida. En esta ocasión tenía forma de torre erizada, un intento obvio de plasmar uno de los edificios de la ciudad. El Cerrajero la había tallado de una de las mesas de la primera planta del burdel. Ese era su proceder habitual: buscaba cualquier objeto de su entorno y le daba una forma relacionada con el mundo que Rebeca fuera a visitar. La llave ganaba peso y consistencia, y al hacerlo se convertía en un puente entre ambos mundos. Y también en la brújula que le indicaba el camino tanto de entrada como de salida.

Las Puertas tiraban de la llave. «Frío y caliente, como en el antiguo juego de niños», le explicó en su día el Cerrajero cuando puso la primera de las llaves en sus manos. «Cuanto más cerca estés de un Portal, más calor desprenderá. No, cría mojigata, no llegarás a quemarte.» Ahora estaba tibia, y la madera mostraba un tono rosáceo. A medida que se aproximara la temperatura iría en ascenso y el color de la llave viraría hasta un rojo vivo.

Se concentró en el viaje de regreso, intentando abstraerse de las siniestras torres y la oscuridad. Pero Ágata, por lo visto, no tenía intención de permitirselo. El dragón, de pronto, se estremeció y de sus fauces surgió un rápido cacareo de temor.

Rebeca, inquieta, miró a su alrededor en busca de lo que quiera que la había alterado. Sobrevolaban una torre despedazada que en otros tiempos debió de ser casi tan alta como la que acababan de abandonar. Había cascotes renegridos por doquier, un verdadero aluvión de ellos.

Y había movimiento allí abajo, casi imperceptible. Rebeca se llevó una mano a las gafas y graduó la lente para ganar en visión lejana.

Contuvo la respiración.

Unas criaturas asquerosas se apilaban en torno a los cascotes. Eran una suerte de arácnidos peludos, dotados de un número descomunal de patas. Por todo su cuerpo se abrían decenas de ojos y diminutas bocas. Eran grandes como mamuts de carga, y dormían amontonados unos sobre otros.

Había decenas de arañas, tal vez cientos: era difícil precisarlo. La muchacha resopló asqueada cuando se dio cuenta de que una de aquellas criaturas estaba devorando (de manera lenta y metódica) a una de sus congéneres sin que al resto pareciera importarle.

La simple visión de aquellas cosas la afectó de un modo físico. Sintió un vahído, una suerte de mareo. Se aferró a Ágata con más fuerza si cabía. Era como si su cuerpo reaccionara ante la visión de esos seres, como si su mera contemplación le hiciera daño.

El viento era tan fuerte que temió que se le volaran las gafas. Apretó los dientes bajo la máscara que filtraba la atmósfera nociva de aquel planeta. De pronto, una sutil

vibración procedente de la llave la alarmó, más por lo que significaba que por la vibración en sí misma: el tiempo comenzaba a agotarse. Y no era normal que lo hiciera tan pronto.

La boca se le secó. Había una regla tan importante como la de no perder de vista jamás la llave: permanecer el menor tiempo posible en las Tierras Alternas. La llave solo funcionaba durante un tiempo limitado, que solía ser variable, aunque por norma general oscilaba entre las cinco y las ocho horas, lapso más que suficiente para cumplir las misiones. No era normal que comenzara a dar señales de descarga tan pronto.

Consultó su reloj: solo llevaba dos horas en aquel mundo. Por el nivel de vibración, estimó que aún debía de quedarle una media hora antes de que la llave perdiera todas sus propiedades, se convirtiera en un simple pedazo de madera, y ella quedara varada en aquel arrecife mágico.

«Si algún día no puedes regresar tendrás que apañártelas tu sola», le había advertido en más una ocasión el Cerrajero. «No te voy a engañar. Mal que me pese, dudo que pueda mandar a alguien en tu ayuda. Me costó mucho dar con una saltadora como tú. No abundáis precisamente, ¿sabes?»

No, los saltadores no abundaban. Que ella supiera, solo había tres en activo en todo Colapso: ella, el maldito hijo de puta del Buitre y un granujiento canalla comido por la viruela que se hacía llamar Thoe.

Era raro encontrar a un saltador. Muy raro. «El organismo humano no está preparado para los saltos entre mundos», le explicó un día el Cerrajero. «Es natural. Pertenece a otro espacio, a otra dimensión. Saltar de una a otra puede ser fatal. He visto a muchos morir en el intento en una explosión de tripas, huesos y sesos. Tú eres una saltadora natural, una saltadora pura como no se ha visto en décadas. Lo más que llegarás a notar cuando cambies de universo es un mordisco en la médula espinal. Y no te quejes. A mí, en mis tiempos, a veces me producía unos gases tremendos. Me tiraba pedos durante semanas.»

En resumen, si la llave se desactivaba estaría sola. Por suerte, el pedazo de madera había virado al tono rojo que tan bien conocía. La Puerta de salida no podía estar a más de un kilómetro.

Hizo descender a Ágata al nivel de las calles.

—Queda poco, preciosa —le susurró al oído, más por oír el sonido de su propia voz que por tranquilizar a la montura—. Le diré a Yocasta que te has portado muy bien y que te mereces un puerco para ti sola. ¿Te apetece un puerco?

El siseo de rabia de Ágata la desconcertó durante unos instantes. Pero aquel sonido no era una respuesta a su pregunta. (Le encantaban los puercos, sobre todo si estaban bien carbonizados.) Había algo delante, cerca, algo que alteraba a su montura de una forma diferente de la de las monstruosas arañas. Rebeca creía saber qué era. Remontó el vuelo y maniobró en el aire para marchar contra el viento.

No tardó en confirmar sus temores.

Ikari.

Una escuadra justo entre la Puerta de salida y ella. Maldijo en silencio. Aquel era, sin duda, un día para olvidar.

Tiró de las riendas de Ágata, pegada a su lomo. Intentó no prestar atención a la vibración creciente de la llave y estudió la situación. Los ikari se ubicaban a solo unos pasos del Portal de salida, un derrumbe con aspecto de arcada entre dos torres arruinadas. Había quince soldados allí, con monturas que incluían un transporte cangrejo y dragones de combate.

Habían montado uno de sus ingenios interdimensionales. Medía casi cinco metros de largo y tenía un aspecto a medio camino entre tridente y faro; rodeaban su tronco un sinfín de anillos metálicos que giraban sin cesar, unos en una dirección, otros en la contraria. Sobre aquel artilugio se abría un desgarrón en el aire, una herida en el espacio de una lóbreguez insoportable.

¿De dónde provenían? Dudaba que fueran de Colapso, aun a pesar de la proximidad de la Puerta; los ikari, los fagocitadores de mundos, se habían establecido en tantas Tierras Alternas que era muy aventurado presuponer que procedían de la suya.

Estudió sus emblemas. Estaba segura de que el Cerrajero le preguntaría más tarde por ellos. Si es que existía un «más tarde», claro.

Ahí estaban. El enemigo. Los monstruos, los conquistadores. Criaturas que superaban los dos metros de altura, espigadas, con sus rostros caballunos, su acumulación de cuernos en la frente, sus ojos redondos y oscuros, los colmillos curvos que llenaban en hileras sus bocas de labios bulbosos...

—Mierda —fue el dictamen de Rebeca.

En sus pieles podían verse franjas de escamas diamantinas, costras que dibujaban figuras simétricas en su carne; cuanto más hermosas e intrincadas fueran, más importante era el cargo al que podían aspirar en el escalafón.

A pesar de su depravación, o quizá precisamente por ella, los ikari adoraban la belleza de un modo desconcertante, y habían llegado al punto de permitir que el plano estético guiara muchas facetas de su vida. Podías ser parte de la camada de un alto aristócrata, o hasta de uno de sus monarcas, pero eso carecía de importancia si nacías desnudo. Si no tenías una sola escama, de nada importaba tu origen; te veías degradado, delegado a los ejércitos de base o a la servidumbre palaciega.

Los allí presentes vestían sus armaduras tradicionales de cristal forjado, repletas de aristas y alambreira, y empuñaban con suficiencia sus armas, incongruentes compendios de cañones y arpones.

Se mostraban alerta, pero no en tensión. Dos de las bestias pertenecían al cuerpo de exploradores, iban con sus arneses de cuero y los ojos cubiertos por vendas repletas de runas. El tercer dragón duplicaba en tamaño a sus hermanos, y sus flancos estaban tomados por cañones y distintas armas de precisión, todas, también, diferentes. El vehículo de transporte era un carromato alargado con aire de crustáceo.

Ágata siseó. Rebeca intentó tranquilizarla con una serie de palmadas en el costado, pero el golpeteo pareció ponerla más nerviosa.

La muchacha graduó sus gafas en visión telescópica. La Puerta de acceso a Colapso era demasiado pequeña como para sopesar siquiera la idea de burlar el cerco. Los guerreros no serían capaces de verla, pero no tendría la misma suerte con los dragones. Detectarían a Ágata en cuanto se aproximara unos metros más. Y por desgracia el campo mimético de su montura no era a prueba ni de balas ni de aliento ponzoñoso.

Estaba en un aprieto, en un serio aprieto. Y como si quisiera subrayar más si cabía lo desesperado de su situación, la vibración de la llave ganó en intensidad. Veinte minutos, veinticinco a lo sumo; ese era el tiempo con el que podía contar. Y para colmo, Ágata le había contagiado las ganas de mear.

Trazar un plan de acción le llevó menos de dos minutos. «A situaciones desesperadas, medidas desesperadas», ese era uno de sus lemas, lema que el Cerrajero resumía con un sucinto «eres una puta suicida, niña. Me caes bien, pero eres una puta suicida».

Rebeca depositó un beso en el cuello de Ágata, y después la hizo remontar el vuelo y ejecutar un tonel. A pesar de la presencia de los ikari, el dragón se mostró reacio a adentrarse otra vez en aquel caos de pináculos. No le quedó más remedio que espolearla. A ella misma se le formó un nudo en el estómago cuando reconoció las ruinas que habían sobrevolado minutos antes.

Los engendros arácnidos continuaban dormitando unos sobre otros como un derrumbe de vida. Sus múltiples patas estaban entrelazadas, sus bocas castañeteaban y dejaban caer largas hilachas de saliva púrpura. La araña caníbal continuaba con su festín lento.

Le costó dominar a Ágata lo bastante como para aproximarse a aquella montonera de espantos. Pero todavía fue más difícil convencerla para que retirase la capa mimética.

Nada más hacerlo, Rebeca se puso a dar voces.

—¡Hora de despertarse! —Su voz se impuso al alarido del viento—. ¡Vamos, ha llegado vuestro desayuno! ¡Arriba, engendros! ¡Daos prisa, coño, que me estoy meando!

Los ojos de los monstruos se abrieron. Eran enormes, con pupilas en forma de estrella. Lina de las criaturas emitió un prolongado silbido mientras estiraba su miríada de extremidades. La maraña de espantos se derrumbó sobre sí misma, las patas se desenredaron y se posaron en el suelo polvoriento. Los siseos se multiplicaron.

Rebeca contuvo el aliento. Se había levantado ante ella un muro negro, una inmensa ola de oscuridad repleta de ojos siniestros, garras y colmillos babosos.

En cuando la primera araña fue en su dirección, el resto la siguió.

—¡Vamos, vamos, vamos! —apremió a Ágata.

Hundió los talones en ambos flancos del dragón al tiempo que lo hacía girar. No tuvo que insistir: el animal salió disparado. Le perseguía una avalancha vociferante de horrores. La vibración de la llave aumentó, contagiada por la algarabía de sus perseguidores. Solo en una ocasión había oído la alarma de una llave tan histérica, tan desatada: el día en que el Buitre la mató.

Ágata voló como nunca antes. Rebeca había temido que las criaturas guardasen un as bajo la manga, quizá una velocidad endiablada, un salivazo venenoso o, por qué no, cuerdas telequinésicas. Por suerte para ellas, no era el caso.

Las arañas avanzaban veloces tras su estela. Ágata quería ganar altura, pero Rebeca la obligaba a mantenerse a ras de tierra, no quería arriesgarse a que aquellas bestias abandonaran la caza al creerlas fuera de su alcance. A medida que Ágata atravesaba las calles como un proyectil, a escasos metros del suelo, las puntas de sus alas iban levantando dos estelas paralelas de polvo.

Rebeca arriesgó una mirada a su espalda. Los espantajos las perseguían; eran un caos de extremidades a la carrera, una turba de griterío desarticulado. Dobló una esquina y enfiló el campamento de los ikari al mismo tiempo que le daba orden a Ágata de extender su campo mimético. Solo entonces le permitió ganar altura. Su montura no se hizo de rogar.

El dragón de combate ikari fue el primero en percatarse de lo que se les venía encima. Las otras bestias miraron en su dirección. De sus hocicos brotó humo cuando resoplaron, inquietas.

La riada fuliginosa de arañas no vaciló un instante tras ver desaparecer a Rebeca; ahora, ante ellas había nuevas presas sobre las que abalanzarse.

Los ikari tampoco dudaron: en breves instantes se desplegaron por la zona, dispuestos a vender caro su pellejo.

El dragón armado batió las alas y se elevó con un movimiento prodigioso mientras su jinete entonaba una canción de guerra tan hermosa que Rebeca se estremeció. ¿Cómo era posible que unos seres capaces de tanta belleza fuesen tan crueles?

El dragón no tardó más que unos segundos en abrir fuego sobre la marabunta que se aproximaba. La artillería pesada atronó entre los chillidos de los engendros. Cuatro guerreros saltaron sobre los dragones exploradores, les hicieron levantar el vuelo y tiraron de sus riendas (frenéticos) para que escupieran su aliento mefítico sobre la horda. Un río de garras desembocó entre las torres, profiriendo alaridos en los que casi se podían percibir palabras.

Rebeca se preguntó qué eran aquellas cosas.

Sacudió la cabeza. No era importante. Aquellos bichos eran su maniobra de distracción, su plan de fuga, y con eso bastaba.

Las arañas se pisaban unas a otras en su frenesí, cabalgaban sobre los lomos de sus congéneres para poder alcanzar a los dragones en las alturas. Rebeca se armó de valor y obligó a Ágata a volar entre el caos de espantos. El Portal estaba apenas a

unos metros. Un hervidero de monstruos, de fuego, de proyectiles disparados al azar, de gritos y chillidos, se interponía entre la salida y ella. Cerró los ojos, apretó las piernas contra los flancos de Ágata y puso su destino en las alas del dragón que cabalgaba.

«Por las tierras rotas, por los mundos condenados, ¡cómo me gusta mi vida!», se dijo mientras el viento y la metralla silbaban a su alrededor.

Por suerte para ella, el ruido de la batalla ocultó sus carcajadas.

Primer aviso del Apocalipsis

—Ningún hombre se conoce a sí mismo —murmuró Logan mientras se acercaba con sigilo a la Mansión Infinita. Estaba oculto en un callejón de la avenida que daba a la casa de lord Astrud por la parte de atrás, la Rochester County, antigua sede del gremio de floreros. El barón Kempelen había accedido a acompañarlo, pero solo hasta el otro lado de la acera, para dar testimonio de lo que iba a pasar. El vino que había trasegado la noche anterior no contribuía a mejorar sus modales.

El barón no se acercaría bajo ninguna circunstancia a la Mansión, y menos sabiendo lo que el mecanomante estaba a punto de hacer. Pero alguien tenía que ser testigo, y el tramposo eslovaco era el único a quien Logan tenía a mano.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kempelen, ocultándose en las sombras del callejón. Una sonrisa tonta resbalaba por un lado de su cara como una acuarela.

—Nada —dijo Logan—. Estaba citando el *I Ching*. Siempre cito el *I Ching* cuando siento que se acerca una encrucijada de mi vida. Me relaja.

—Estupendo. Pues espero que también tenga refranes para la locura, porque es lo que está a punto de cometer. Una locura.

Logan le arrebató de las manos el maletín que le había pedido que cargase (llevaba dentro su instrumental de aperimante) y el sombrero de copa que el eslovaco tenía en la cabeza. Se lo encajó en la suya. Ahora tenía el aspecto de uno de esos misteriosos caballeros londinenses que paseaban por las calles de la niebla, quién sabía con qué brumosos quehaceres.

—Bien, barón, aquí es donde nos despedimos. No deje de mirarme hasta que haya saltado la verja de la Mansión, y a partir de ese momento será libre. Haga lo que quiera, pero no vuelva a tocar en la puerta de mi casa nunca jamás. ¿Lo ha entendido?

—No hace falta que me lo pida —gruñó el hombre—. Después de lo que me ha cobrado por resolver el acertijo, lo único que pienso tener con respecto a usted son pesadillas.

—Estupendo. Ah, barón... —Se golpeó cómicamente en el ala del sombrero con un dedo—: *Adieu*.

El aperimante salió a plena luz al tiempo que se arrebujaba en su capa, como si la tenue sugerencia de sol pudiera quemarle la piel. Tenía una pinta realmente siniestra, andando encorvado bajo capa y sombrero como si estuviera lloviendo. Pero ¿quién no tenía un aspecto así en aquellos días? La ciudad tenía tantos secretos anidando en sus estratos, desde los altos salones de mármol hasta las hediondas callejuelas de los prostíbulos, que solo por vivir allí uno se acababa contagiando de misterio.

Kempelen hizo lo que Logan le había pedido: seguirlo con la vista mientras se bajaba de la acera, mientras esquivaba los coches de caballos, mientras llegaba a la

alta verja bronceada de la Mansión y se apoyaba en ella, indolente, como quien no quiere la cosa. Como quien pasa por allí y no tiene nada que ocultar.

Menudo disfraz más malo.

El barón no tenía muy claro por qué Logan necesitaba un testigo. Tenía que ver con la extraña magia de los Portales, pero aunque él mismo era aperiamente aficionado, esta era de un tipo que nunca había visto.

Logan se situó a una altura concreta de la verja y esperó. Pasaron por delante más coches de caballos, esquivando entre saltitos los charcos del empedrado. Kempelen sabía que Logan corría un gran riesgo, porque era persona *non grata* en la Mansión. Si Astrud lo pillaba, mandaría a sus lacayos para que le dieran un buen repaso, como hacía con los negros que no cumplían las normas de la «civilización» en el África de los bóers. Y todo por una estúpida duda sobre la paternidad de un niño, por lo que contaban.

Hubo un momento, cuando el barón ya estaba a punto de irse, en que la puerta de la Mansión se abrió y dejó salir un grupo de hombres. Lord Astrud estaba entre ellos, junto a gorilas que tenían mucho en común con el coche de caballos al que iban a subirse: ambos eran enormes, de ángulos rectilíneos y ataviados de manera elegante pero agresiva.

Al verlos salir, Logan se bajó el sombrero e hizo como que tenía dificultades para encender una pipa. Eso le daba la excusa para esconder el rostro bajo el sombrero y detrás de las manos cuando el coche pasó junto a la acera. Por fortuna soplaba una leve brisa, lo que justificaba tal movimiento.

En cuanto el coche giró la siguiente esquina, Logan lanzó el sombrero por encima de la verja e hizo un gesto muy extraño, como si él mismo fuera un testigo accidental de cómo alguien se colaba en la casa e hiciese aspavientos para dar la alarma. Luego se olvidó de la teatralidad y, sin preocuparse por si alguien lo estaba mirando, saltó limpiamente la verja hasta el jardín.

Kempelen sacudió la cabeza, pensando: «Pobre diablo, qué poco va a durar en el mundo del latrocinio con esa falta de sutileza». Y se retiró contento hacia las profundidades del callejón, donde sus hombres cargaban esforzadamente con el Turco.

Esa noche, tanto él como sus lacayos dormirían en una celda, en el más profundo y mugriento sótano de la prisión de Dos Torres, y todo por un delito que no habían cometido, sino que solo habían presenciado. Pero para cuando Kempelen entendió lo que estaba pasando ya era tarde, y la guardia ciudadana le había confiscado no solo el pasaporte, sino también su preciada máquina jugadora de ajedrez.

Logan lanzó una exclamación de placer en cuanto sus botas tocaron la grava del jardín. ¡Había funcionado! ¡La Mansión le había permitido entrar! La magia del falso testigo era una verdadera puñalada en la espalda para quien colaboraba en el hecho,

pero no sentía el menor reparo por haberla empleado contra Kempelen. Al fin y al cabo, el barón no era ningún santo, y lo único que quería de su máquina era que la reparasen para seguir engañando a aristócratas, duques y reyes de toda ralea. Kempelen se habría enriquecido con esos caros engaños de no haberlo timado a su vez otro embaucador más astuto.

Ahora, la magia del falso testigo invertiría los papeles y le cargaría todo el karma negativo a Kempelen por lo que Logan estaba haciendo, y por lo que estaba a punto de hacer.

Al fin y al cabo, como defendía el *I Ching*, «la maldad no solo está en la mano de quien la comete, sino en el ojo de quien la ve».

Se coló en la casa por una ventana que daba a la habitación donde había abierto la puerta de los pájaros y los peces. Estaba vacía y descuidada. Unas dunas de polvo revoloteaban por las esquinas, y unas salpicaduras de ceniza de puros ametrallaban las paredes. Alguien (posiblemente otro aperimante) había garabateado tonterías con tinta verde sobre las jambas de la Puerta:

RECONOCE QUE
TU APASIONAMIENTO CIENTÍFICO
ES MENOS ENDOCRINO QUE
TU CAPACIDAD DE ASOMBRO

Y sobre los goznes, aún goteante, un exabrupto filosófico:

NUNCANIDAD

Logan sonrió. Algún idiota había tratado de ofender a la Puerta con magia de Versos Atroces para ver si se acababa abriendo de la pura vergüenza. Pero una Puerta como aquella jamás se tragaría el anzuelo. Era un umbral demasiado orgulloso, un pasadizo muy importante como para sentir vergüenza de sí mismo.

Logan se situó exactamente a la misma distancia de la Puerta que la otra vez, sacó sus gafas especiales y superpuso los dos espejismos. Manipuló la cerradura. El pasadizo se abrió, en silencio.

Estaba a punto de entrar cuando notó que lo estaban mirando. Tenía la espalda lo bastante sensible como para notar cómo los ojos de otra gente se posaban en ella.

Al darse la vuelta vio a una mujer que lo observaba con gesto incrédulo. Tenía el color del bronce en sus labios sobresalientes y gomosos, y su frente parecía un decorado teatral oculto tras un cortinaje de cabello revuelto. Pese a todo, estaba igual de guapa que hacía un año.

—Lady Lisa —saludó.

Ella lo miró con reproche, el fantasma de carmín de una sonrisa que embrujara su

cara.

—Logan. —Así, sin títulos ni deferencias. A quemarropa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No es evidente?

—Lo que es evidente es que ofendes a mi marido, a su autoridad y al apellido de nuestra casa colándote como un ladrón y desobedeciendo la orden directa que te dio. Te dijo expresamente que no podías volver a abrir ninguna Puerta de esta Mansión.

—Y no lo estoy haciendo. Esta ya estaba abierta, solo que entrecerrada — argumentó con una sonrisa—. Yo solo la entreabro lo suficiente como para poder pasar.

Lisa avanzó unos pasos, pero se mantuvo equidistante entre Logan y la campana para llamar a los sirvientes, la cual colgaba de la pared junto a uno de los escupitajos de ceniza.

—He pensado bastante en ti de un tiempo a esta parte —dijo lady Lisa, con la voz más átona que pudo conseguir.

—¿Sí? Me alegra oírlo. ¿Para bien o para mal?

—Ambas cosas, supongo. Riddly está creciendo, y cada día que pasa se le nota más que, a pesar de lo que parecía en un primer momento, sus rasgos no van a ser... los de su padre.

Logan se frotó los ojos, cansado.

—Ya habíamos pasado por esto, Lisa.

—Pero no llegamos a ninguna conclusión, que yo recuerde. Las evidencias de que algo raro pasó durante la concepción de este niño siguen ahí. Algo relacionado con el tiempo en que estuviste perdido intermundos.

—Siguen ahí, pero es mejor que tu marido no las vea.

—Mi marido está más que convencido de que Riddly no es hijo suyo; al menos, no del todo. No con toda la plenitud y la certeza que le gustaría. —Lisa rió, aunque el efecto fue bastante inquietante. Era como si su antigua jovialidad se hubiese ido enrareciendo hasta convertirse en una madurez demente—. Dímelo sin ambages, Logan: ¿tuvo tu viaje algo que ver con la concepción de mi hijo?

Al aperimante se le subieron los colores a la cara. Era perfectamente consciente de que en cualquier momento podían aparecer por allí los perros de Astrud con ganas de ofrecerle a la turba un buen linchamiento. Pero Lisa no daba la impresión de estar ganando tiempo. Se le notaba que quería saber. Era lo que más necesitaba en esos momentos: la certeza.

Pero él, por desgracia, no podía dársela.

—Si te dijera que sí, que por algún quiebro impredecible de la Magia mis anhelos de volver influyeron en tu vientre... ¿cambiaría algo? ¿Le contarías la verdad a Riddly?

—De ningún modo. Un niño necesita estabilidad para crecer sano, y no hay nada que produzca más confusión que saber que un principio tan básico como la identidad

de tu padre es mentira. Pero yo sí que necesito saberlo. Para atenerme a las consecuencias. No hay nada más inconsútil que la verdad si se apoya en una base de engaños.

—Si pudiera regalarle algo a Riddly, le transmitiría parte de mi sabiduría — meditó el aperimante—. Creo que mejor presente que ese no se le puede hacer a nadie.

—¿Acaso conoces alguna fórmula infalible para convertirlo en un hombre sabio cuando sea mayor?

—Claro que sí. Toma nota: vierte en una olla tantas medidas como años tengas de ciencia, mitos, religión, superstición heredada, miedo a la gente que habita más allá del mar y espíritu constructivo. Añade un par de onzas de suerte, tres de antiguas leyendas, cinco de cortés paranoia y nueve más de sentido de la maravilla. Y sazónalo todo con una pizca de sal y de gusto por la buena música.

—¿Así será sabio?

—Mejor que eso. —Logan sonrió—: ¡Será inglés!

El hombre le dio la espalda, encarándose con la oscuridad de más allá de la Puerta. Mil enigmas letales parecían estar llamándolo desde el otro lado, atrayéndolo con engañosas promesas como el gusano al pez. Y lo peor era que el aperimante sabía que era incapaz de resistirse a ese canto de sirena.

Se pasó una mano por la cara, notando que los recuerdos (espantosos en su mayoría) se revolvían unos milímetros por detrás de los párpados.

—Lo siento, Lisa, pero no tengo respuestas concretas para ti. Quizá las consiga ahora, en este viaje.

—¿Adónde vas?

—A intentar hallar el Equinoccio de la Mansión. Su verdadero corazón. —Miró a la mujer—. ¿Me denunciarás ante tu marido?

Ella pareció turbada.

—Estás loco... Nadie ha conseguido llegar jamás al centro.

—Lo sé. Por eso es una hazaña tan apetitosa. Adiós, Lisa. Volveré con tus respuestas, si es que vuelvo.

La mujer le lanzó un beso. A pesar de ser imaginario, Logan se sorprendió por su textura cuando le rozó la cara.

—Adiós, aperimante. Nunca le hablaré a Riddly de ti si no vuelves.

—Si no vuelvo, ya no será necesario que nadie me recuerde. —«Ni siquiera mi posible hijo», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

Tras una última inspiración, entró corriendo en las profundidades de los otros planos de existencia. La Puerta se cerró tras él con un estruendo, como si no fuera a abrirse jamás.

«Cada forma tiene su propio pretexto emocional», se dijo Logan, nervioso, mientras

imitaba los movimientos del caballo entre las realidades. «La geometría es esencial, desde los lazos moleculares hasta los puentes intermundos. Pero tal como funciona esta geometría, requiere comprensión no solo de los caminos, sino también de la física de los movimientos. De su cualidad narrativa. Por eso nadie ha podido llegar nunca hasta el corazón de la Mansión.»

Mientras ponía en práctica su nueva teoría, Logan fue penetrando en las diferentes capas de realidad que había tras las puertas, allá donde el mundo físico dejaba de ser una verdad absoluta y lo sustituían los sueños destilados. La primera capa la constituían los pasillos y las habitaciones. Al caminar por ellas aún se podía afirmar (aunque no fuera cierto: la realidad seguía mimetizando aquella geometría) que uno estaba dentro de la Mansión, o al menos de una especie de casa, con pasillos enmoquetados y habitaciones de aire rococó. A nadie parecía importarle que el trazado pareciera la obra de un arquitecto loco, o que lugares perfectamente reconocibles que habían estado allí un minuto antes hubieran mutado la siguiente vez que se visitaban.

El aperimante, sin embargo, sí que conocía algunos senderos que poseían cierto grado de estabilidad. Bajó por las escaleras de Augusto (llamadas así por el explorador que las descubrió, del cual nunca se volvió a saber nada), cruzó tres salas seguidas en las que era muy peligroso caminar en línea recta sin mirar constantemente al techo (el dormitorio de las voces angustiadas, el comedor de la vajilla que se rompía en cámara lenta y el guardarropa de los sueños con dientes), y encontró el montacargas. Gracias a Dios seguía allí, aunque ya no era verde sino amarillo, cosa que al principio suscitó en él cierta sospecha. Pero al final acabó usándolo, y no le ocurrió nada malo.

Menos mal. La alternativa a no usar el montacargas era intentar cruzar a toda prisa la cocina del olor a pescado, cosa que resultaba letal en el setenta por ciento de las ocasiones. A las criaturas que se ocultaban en los ángulos rectos de aquellos muebles, feroces depredadores atraídos por la suavidad de las curvas de los seres humanos, les encantaba variar el menú.

Después de eso llegó el primer cambio de escenario.

La Mansión dejaba de parecerse a sí misma cuando llegaba a los mundos planos, el primero de los cuales era hogar de horribles criaturas ameboides. Logan las odiaba tanto como ellas lo odiaban a él. Tuvo que avanzar con mucho cuidado por las zonas bañadas en sombras, pero no en sombras de luz, sino olfativas, ya que los bichos veían a través de sus narices. Logan podía caminar abiertamente por medio de un campamento de aquellos monstruos, pasando por delante de sus nidos y sus puestos de vigilancia, siempre que se hubiese untado el cuerpo con algún mejunje inodoro de los pantanos.

La mayoría de las veces funcionaba. En otras se ponía a llover.

Tras pasar por este mundo llegó a otro muy distinto, en el que había una ciudad muerta que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Aquella urbe abarcaba de un

horizonte a otro, sin claros, sin pausas, sin espacio para el respiro y el desahogo, un estilo de cota arquitectónico repetido hasta el infinito.

Este lugar era el más profundo dentro de las Terras Duplas que Logan había visitado. Y era un sitio muy peligroso, porque aunque jamás había visto a los responsables, no le costaba imaginar que alguien había provocado tamaña destrucción. Y que ese «alguien» debía de seguir oculto por allí, en alguna parte.

No, eso era falso. Lo de que Logan no había llegado más allá que aquel nivel. Ahora lo recordaba. Una vez sí que lo consiguió, cuando estuvo desaparecido durante un año. Cuando encontró el ídolo de la fertilidad y tuvo que huir de su dueño porque quería copular con él. Menuda historia. Menudos escalofríos.

Desde aquel lugar tuvo una fugaz visión del Equinoccio, el centro armónico de la Mansión. Supo lo que era nada más verlo, llámese intuición o sabiduría de aperimante. Y desde aquel día deseó más que ninguna otra cosa regresar para visitarlo, para entrar en él y destapar sus secretos más íntimos.

El Equinoccio era uno de los grandes misterios de los aperimantes, solo un grado por debajo del mayor de todos ellos: el Hysmon, la puerta definitiva.

Ahora que Logan sabía cómo acercarse, cómo burlar los seísmos de realidad que lo protegían, siguiendo el movimiento del caballo, se convertiría en el primero de su gremio en penetrar en el recinto sagrado. En abrir la caja de Pandora. Lo que encontrase dentro le traía sin cuidado. Lo importante era el hecho de llegar, de haberlo conseguido. De mirar en el único sitio que le habían prohibido los dioses y reírseles en la cara si no le gustaba lo que veía.

Tras seis semanas de viaje, moviéndose de costado (así llamaba a su forma de saltar de escaque en escaque), Logan llegó hasta la misma atalaya donde había estado la vez anterior... y lo vio.

Allí estaba, gigantesco, impoluto. Irracional.

El Equinoccio.

Se elevaba en el centro de una gran llanura que estaba cosida a retales, usando trozos de mil mundos. Era como una pirámide invertida de base hexagonal, cuyo vértice inferior se clavaba en un maelstrom de luz blanca, un torbellino de energía desatada.

Y a través de ese torbellino, apenas visible en la distancia, culebreaba un sendero. Logan sacó de un bolsillo del pantalón el que probablemente fuera su objeto más preciado, su viejo diario de expediciones, y anotó unas líneas con caligrafía nerviosa. Luego retomó la marcha hacia el sendero.

Rebeca y la biblioteca

—¿Qué emblema llevaban sus zamarras y dragones? —le preguntó el Cerrajero. Rebeca hizo memoria.

—Un águila blanca con las alas extendidas dentro de un círculo, con las garras posadas en la curva inferior. Y el pico negro.

El Cerrajero asintió, muy serio, y luego maniobró con su silla para acercarse a una de las estanterías. Las había por doquier; el espacio que las separaba era mínimo, el suficiente para que la silla de ruedas pudiera moverse, aunque con dificultades.

La biblioteca estaba bajo el burdel y era, en palabras del Cerrajero, «el corazón secreto de su reino». «Bienvenida a mi sanctasanctórum, pequeña», le había dicho el día en que se la mostró por primera vez, al poco de comprarla en el mercado y explicarle para qué la había adquirido.

Rebeca no había dado crédito a lo que tenía delante. Ni siquiera la biblioteca de la Catedral de la Desesperanza contaba con tantos volúmenes. Y la sorpresa inicial se convirtió en puro pasmo cuando descubrió que aquella era solo la primera de las cincuenta plantas que se hundían en el subsuelo. Todas ellas repletas de estantes y libros, todas comunicadas entre sí mediante rampas inclinadas y cuerdas y poleas que facilitaban las idas y venidas del Cerrajero.

«No quiero ni imaginar lo que nos harían los ikari si descubrieran lo que tenemos aquí», le confesó en su día el anciano.

Rebeca vagó por aquellas estancias durante horas, aturdida por el conocimiento que se acumulaba en aquel lugar. Estornudaba de cuando en cuando porque, además de conocimiento, también se acumulaban unas ingentes cantidades de polvo. La biblioteca que había bajo el burdel era un lugar absorbente, donde podías perderte días y días.

En sus baldas no había espacio para la ficción. Todos los libros trataban sobre la geografía, la cartografía, la historia y el arte de miles y miles de Tierras Alternas. Muchos estaban escritos en idiomas que le resultaban incomprensibles, pero eso apenas le importaba. Era capaz de pasarse horas contemplando los grabados y los mapas, fantaseando con la posibilidad de viajar a esos mundos.

Algunos ni siquiera eran libros propiamente dichos: había tablillas de arcilla; pergaminos enrollados; espejos con el texto cincelado en granate; cintas de audio y disquetes; proyectores de sombras chinescas; aparatosos trajes repletos de ideogramas que, según el Cerrajero, vestían los hombres historiados de una llamativa Tierra Alterna...

Todas las estanterías estaban identificadas con una placa en la esquina superior derecha. En ellas había grabado un código alfanumérico que Rebeca no entendía. En

la que tenía más cerca se podía leer «QD3 NH5», y «H3 BXEz» en la contigua.

El Cerrajero no tardó en dar con el libro que buscaba. Como era lógico, los volúmenes más consultados se hallaban en la primera planta. Cogió una larga vara situada entre estanterías. Era metálica y la remataba un garfio retorcido. Todos los libros tenían una arandela engarzada a la parte superior del lomo. Con una pericia asombrosa, pescó el grueso volumen y lo bajó.

Lo abrió sobre su regazo, y lo estudió con interés. Las primeras páginas eran un índice repleto de emblemas y escudos de armas, un catálogo de heráldica ikari. Rebeca vio cómo el dedo del anciano los iba recorriendo hasta dar con el que buscaba.

—La orden de Galador —le informó—. No, no pertenecen a Colapso. Esos ikari vienen de muy lejos, de una Tierra Alterna catalogada en los libros como Donrecay. Se hicieron con ella hace quinientos años, de una forma bastante menos dramática que con la nuestra. Fue una invasión tradicional, con sus grandes dosis de derramamiento de sangre y sus inevitables genocidios, pero sin cataclismos ni terremotos dimensionales. Tan solo encontraron una puerta a ese mundo y la mantuvieron abierta mientras sus ejércitos cruzaban. Doscientos años después de la invasión ya no quedaba ni rastro de las civilizaciones que habitaban ese mundo. —Alzó la cabeza del libro para mirar a su pupila con atención—. Me dijiste que el ingenio que habían montado ante la puerta tenía forma de tridente, ¿verdad?

Rebeca asintió.

—¿Qué estaban haciendo allí? —quiso saber.

Era la primera vez que encontraba ikari en sus expediciones. El Cerrajero se cuidaba mucho de no mandarla a mundos conquistados por el enemigo.

—Esos perros quieren seguir extendiendo su dominio. Ansían más territorio —maldijo el Cerrajero—. Y si mis sospechas con respecto a la naturaleza del artefacto que viste son ciertas, muy pronto alguien estará en serios apuros. —Se acarició la barba, pensativo. Cuando sus manos pasaban por la cara sin afeitarse, provocaban el sonido de decenas de cerillas al encenderse—. ¿Recuerdas lo que te conté sobre los mundos nexos?

—¿El numerito que me montaste con las perlas? Sí, claro que lo recuerdo.

Cuando el Cerrajero intentó explicarle el mecanismo de los mundos alternos recurrió al largo collar de perlas de Salomé, una de las putas. Era un collar extremadamente largo. De hecho, Salomé tenía por costumbre recibir a su clientela envuelta en él, sin nada debajo; el collar giraba y giraba alrededor de su cuerpo y ella le hacía adoptar las más diversas formas.

El Cerrajero lo había alzado ante Rebeca. No podía abarcar las perlas con la mano, cubrían casi toda la mesa, y algunas de sus hilachas bajaban en pliegues hasta rozar el suelo. Miró a Rebeca a los ojos y dijo:

—Imagínate un collar interminable. Cada una de sus perlas es una Tierra Alterna, el reflejo de nuestro mundo en otro universo. A veces ese reflejo es fiel en grado

sumo. ¿Puedes creerte que hay dos Tierras Alternas cuya única diferencia es que el color de sus mares es más verde en una que en otra?

»En otras, las diferencias son abismales, como tendrás la oportunidad de comprobar. Las que se desvían más de la media son las que damos en llamar mundos excéntricos. Allí todo es posible, absolutamente todo. —Estiró una ristra de perlas ante sus ojos. Eran muy blancas—. Ahora imagina que el collar que te muestro tiene una forma diferente. —Cogió parte del caos de perlas y lo modeló hasta crear una gran esfera irregular—. Millones de tierras, separadas unas de otras, pero que aun así mantienen puntos de contacto, lugares en los que se rozan.

»Esos puntos de toque son los que usamos los saltadores para ir de una Tierra Alternas a otra. Por norma general, los mundos alternativos solo están en contacto con sus vecinos más inmediatos, con los mundos de su entorno. —Agitó la esfera, que sonó como una serpiente de cascabel—. Hay tierras desde las que solo se puede viajar a un par de mundos. Pero luego hay otras magníficas, que tienen un número de conexiones prodigioso. Se las llama las tierras centrales o mundos nexo. Corresponden a las que ocupan el punto central en una agrupación de mundos. Dadas su situación y naturaleza, estas tierras cuentan con un número desorbitado de Puertas a otras dimensiones.

»El tejido de la realidad allí, su urdimbre, es más fino. Ese tipo de mundos encrucijada es el que siempre están buscando los ikari. Son las joyas de su corona. Nosotros, mi querida niña, habitamos en uno de ellos. Por eso nos invadieron, y por eso nos destruyeron. El cataclismo fue inevitable. Ellos mismos lo provocaron con su ciega ambición. Todas las tierras adyacentes a este entorno se fueron colapsando unas sobre otras, derrumbándose y fusionándose. Y, doscientos años después, siguen haciéndolo.

Rebeca recordaba muy bien aquella conversación. Siempre había estado al tanto de la existencia de otros mundos. ¿Cómo no iba a ser así, viviendo donde vivía? ¿Cómo no iba a estarlo si no pasaba un día entero en Amalgama sin que aparecieran los restos de una Tierra Alternas?

—¿Eso buscan, entonces? ¿Un mundo nexo?

—No. No lo buscan. Ya lo han encontrado. Ahora están intentando dar con la manera de entrar en él. Puede que les lleve tiempo conseguirlo, pero lo lograrán. Eso tenlo por seguro.

»Lo lograrán.

La conversación con el Cerrajero la perturbó profundamente. Salió de la biblioteca manteniendo un silencio hosco. Estaba tan sumida en sus propios pensamientos que ni siquiera saludó a Agria al cruzarse con ella en la escalera.

La idea de que aquellos engendros estuvieran a punto de provocar un nuevo Colapso era demencial. ¿Hasta dónde llegaba su afán de destrucción? ¿Hasta dónde

su codicia? Los ikari eran un enigma en sí mismos, una civilización bárbara que sustentaba su cultura en la conquista.

¿Habría algún modo de enfrentarse a ellos? ¿Alguna forma de detenerlos?

Lo dudaba.

—Son una plaga —le explicó una vez un buhonero de la avenida Incontestable—. Langostas que van arrasando con todos los mundos que encuentran a su paso. No dejan nada atrás. Lo único que saben hacer es destruir y pavonearse.

Pero... ¿cómo se podía luchar contra algo semejante? Su poder era prácticamente ilimitado, así como su número. Era imposible hacerse una idea de cuántas tierras alternativas controlaban ya. ¿Cuántos mundos nexos habían arrasado? ¿Cuántas realidades devastadas habían dejado a sus espaldas? No había respuestas para semejantes preguntas, ni siquiera para las más sencillas. ¿Qué eran aquellas cosas? ¿Cuál su objetivo?

—Son el final —le dijo una vez un borracho en la planta baja del burdel, un desdichado que tenía dinero para alcoholizarse con las chicas, pero no para contratar sus servicios—. Son el mal divino, ¿me oyes, ramerita? Atiéndeme y aprenderás algo: cuando los dioses crearon la realidad rompieron a llorar. Era hermosa, era perfecta... Pero no lloraban por eso. Lloraban porque una vez creada la perfección ya no podían hacer nada por superarse. Y eso los destrozaba. ¿Qué clase de dioses serían si fueran tan limitados? Entonces se preguntaron qué podían hacer para salir del atolladero donde se habían metido ellos mismos. Y tras mucho pensar encontraron la solución: poner la perfección en peligro, hacerla efímera... Crear también la semilla de su destrucción. Y por eso hicieron a los ikari.

—Su único objetivo es la belleza —añadió un filósofo adicto a la coprofagia. Siempre vestía de punta en blanco y se conducía en todo momento con una elegancia sublime—. No hay nada más bello que las canciones de la entropía y el derrumbe. La vida es muerte. Ellos bien lo saben. Para los ikari, destruir es el culmen del arte, es su manera de ensalzar la creación: hacerla pedazos.

Rebeca entró en su cuarto y se sentó al borde de la cama, abatida. Nada quedaba ya de la euforia que le había producido escapar de aquella ciudad perturbadora.

La fatiga y el desánimo se cernieron sobre ella. Necesitaba dormir, necesitaba descansar. Pero conciliar el sueño en aquellas circunstancias se le antojaba una empresa difícil. Por muy agotada que estuviera, su ánimo no era el más adecuado para rendirse al cansancio, pues sería una invitación a las pesadillas.

Fijó la vista en su colección de llaves. El Cerrajero le permitía conservarlas cuando regresaba de sus viajes, pues una vez descargadas perdían toda su utilidad. A lo largo de los años, Rebeca había ido acumulando un buen número de piezas. Las mejores de su colección estaban dispuestas sobre las estanterías que recorrían la pared. Allí estaban las más hermosas, pero también las que habían significado algo especial para ella, ya fuera por el mundo singular que había visitado o por las experiencias vividas allí. Las llaves restantes estaban en el desván, dentro de un

arcón.

Su contemplación la tranquilizaba siempre. Era un ejercicio de calma mental, de dominio de sí misma.

Allí estaba la esfera que la había conducido al mundo donde había perdido la virginidad con un nativo. O la llave de hielo que llevaba a una tierra diamantina, repleta de arcoíris y criaturas espectrales que habían hecho de la danza su lenguaje. Tantos mundos, tantas tierras... Sí, la Creación era hermosa, sin duda, toda ella. Ojalá hubiera un modo de preservarla, de apartarla de las garras de aquellos seres depravados.

Se acercó a la ventana sin prisas. Daba a la parte delantera de la casa, desde donde tenía una panorámica perfecta de la plaza y sus alrededores. Apoyó los antebrazos en el alféizar y dejó caer la barbilla sobre ellos.

El cielo roto de Amalgama se llenó de alas membranosas. Una escuadra de dragones regresaba a la sombra de Náusea, la fortaleza viviente que dormitaba en las laderas del volcán. Según el Cerrajero, había habido noticias de levantamientos continente adentro. Quizá fueran parte de las tropas que los habían sofocado. O tal vez fueran huestes destinadas a invadir aquel mundo nexo recién descubierto. Con los ikari todo era posible. El brillo cristalino de las armaduras de las bestias y sus jinetes pobló la noche.

«Ojalá fuera tan sencillo como en los cuentos que me contaban las monjas», se dijo por enésima vez.

«Busca la capa invisible en el bosque encantado, pónitela para entrar en la cueva de los ladrones, róbales la calavera y, con ella en tu poder, conseguirás matar al nigromante malvado.»

A veces le gustaba fantasear con que las tareas que le encomendaba el Cerrajero apuntaban en esa dirección, que todo aquel ir y venir estaba supeditado a un plan cuyo fin último era desbaratar el de los ikari. Hasta se lo preguntó en una ocasión de manera directa.

Su pintoresco mentor sonrió con tristeza antes de sacudir la cabeza.

—¿De verdad crees que hay victoria posible? —le preguntó a su vez—. Mira a tu alrededor. ¿De verdad piensas que hay un modo de desbaratar lo que esas criaturas han hecho aquí? —Hizo un gesto ambiguo, un abrir de brazos que, quizá, pretendía abarcar a toda la realidad—. Los mundos han entrado en colapso. Eso no se puede arreglar.

—Pero podemos vengarnos —insistió ella—. Podemos hacer que paguen lo que han hecho.

El Cerrajero no añadió más. Se sumió en un silencio extraño que le hizo pensar a Rebeca que él mismo se había planteado esa posibilidad, en un pasado lejano.

El aire tibio de la noche la rozó cargado con un sinfín de aromas y sonidos. Las mercancías de los mercados siempre en marcha, las voces de los borrachos, los cánticos huecos de los templos... La ciudad de Amalgama, a pesar de todo, estaba

viva, viva de un modo absoluto y decadente, viva en mitad de la catástrofe que era su esencia y resumen.

Desde donde se encontraba se veía el destello de una nueva porción de otra realidad entrando en Colapso. Había aparecido el día anterior, una sección de una ciudad nueva, hecha de acero y cemento, que se perfilaba entre nubes de niebla y electricidad estática, inclinada de manera precaria sobre un asentamiento de chabolas. Los ikari ya habían evacuado el lugar y dispuesto vigilancia por todo el perímetro.

Rebeca se percató de pronto de la silueta que permanecía inmóvil ante una de las farolas de gas. Entrecerró los ojos. La reconoció al momento: era el Buitre, la alimaña que había intentado comprarla en el mercado y (en al menos cuatro ocasiones) asesinarla.

No se esperaba volver a verlo. En su último encuentro, Rebeca lo había dejado abandonado en un mundo alterno, herido de gravedad y sin la llave para regresar a Colapso. Pero aquel saltador enloquecido siempre conseguía volver.

Lo estudió desde la ventana. No era a ella a quien espiaba; el hombre mantenía la mirada fija en la fachada del prostíbulo, y su postura denotaba espera e impaciencia. Rebeca no había encendido los candiles al entrar en su cuarto y estaba bajo el amparo de la oscuridad.

Lo estudió desde las sombras. El Buitre era más un espectro que un hombre. Su delgadez, marcada desde un principio, era ahora alarmante; casi daba la impresión de ser poco más que un esqueleto forrado de piel. Había envejecido de forma notable. Le había costado año y medio regresar a Colapso, y al parecer el precio que tuvo que pagar fue mayúsculo. Parecía un cadáver, un cadáver puesto en pie por una fuerza de voluntad que no tenía nada que ver con la vida.

Tras unos minutos de espera, Rebeca oyó como el portón se abría. Unos instantes después vio aparecer al Cerrajero, sentado en su silla de ruedas, los muñones de sus piernas al aire, como si fueran algo de lo que enorgullecerse. En esta ocasión la silla de ruedas no la empujaba ninguna de las chicas, sino Muro. A su lado caminaba Estuardo, otro de los hombres del Cerrajero, que apuntaba a la cara del Buitre con un fusil pesado.

Rebeca contuvo la respiración. No le importaría en absoluto que abriera fuego contra él, pero no hubo disparos.

El Buitre y el Cerrajero comenzaron a hablar. Rebeca no fue capaz de oír ni una sola palabra, ni siquiera cuando la conversación subió de tono hasta convertirse en una discusión. El Buitre se agitaba como un junco a punto de quebrarse, y señalaba a su oponente haciendo aspavientos. El Cerrajero no se acobardaba. Su discurso era igual de vigoroso. Pero ninguno de los dos levantó la voz, discutían entre susurros, en un murmullo que, a pesar de lo mucho que se esforzaba, Rebeca no alcanzó a descifrar. Estuardo no bajó el fusil ni un segundo, sino que permaneció apuntando a la cara del Buitre durante toda la conversación.

El Buitre señaló con rabia al hombre sentado. Se golpeó después en el pecho, una,

dos veces, con fuerza. Luego se dio la vuelta y echó a andar calle arriba, con ese donaire suyo desequilibrado.

Rebeca lo vio alejarse desde la ventana. No tenía ni idea de lo que acababa de suceder allí, pero al cansancio se le unió un profundo desasosiego. Observó cómo Muro empujaba la silla del anciano de regreso al burdel.

Rebeca cerró las contraventanas, sabedora de que no lograría dormir en toda la noche.

¿Qué temas tenía que tratar el Cerrajero con aquel loco?

Shi'mm'Øn

Logan se aproximó con sigilo a la gran pirámide invertida, el Equinoccio de la Mansión. Su corazón brillante. Prestó especial atención a dónde ponía los pies.

El terreno era abrupto y engañoso, y tenía propiedades de pesadilla. Geografía onírica expresada en sus texturas (no todos los detalles estaban definidos aunque te fijases en ellos, como en un sueño) o en el tiempo que uno tardaba en cruzarla (retardo temporal dependiente de la angustia: en una pesadilla, cuanto más trata uno de ir deprisa, más se le pega el suelo a los pies).

Logan descubrió que la mejor manera de avanzar hasta la pirámide era no dar nada por sentado, ni tener ningún tipo de prisa. Hizo un esfuerzo consciente por no fijarse en los detalles, aunque su instinto de supervivencia le pidiera a gritos que sí lo hiciera. De esa manera no obligaba al terreno a... cómo lo expresaría en voz alta... a «objetivarse» en el punto donde fijaba la vista, y llenarse de detalles potencialmente peligrosos. Cualquier colega de profesión convendría en lo fácil que es que los viajeros perezcan en el territorio de un sueño objetivado.

También luchó por ir despacio, por no tener prisa ni angustiarse, ya que eso ralentizaba el tiempo a su alrededor y hacía que la senda se volviera triste y esponjosa. Una especie de jabalí verrugoso, cuya cola describía un interrogante sobre el punto ortográfico de su ano, lo vio llegar y corrió a esconderse en su madriguera.

¿Cómo se enfrentaría a esas cosas si decidían salirle al paso? ¿Gritando? ¿Poniendo los brazos en jarras y enseñando los bicúspides?

Haciendo las cosas al revés, restándole importancia a lo que podía ser una trampa y despreocupándose de si llegaba ese día o al siguiente (psé, ya habrá tiempo para todo), fue como terminó alcanzando la base de la pirámide.

Las botas de Logan se hundieron un centímetro en la tierra esponjosa, con un sonido que evocaba alfombras de corcho. Un abanico de luz apareció cuando un sol improbable rebasó el horizonte. Al cabo de pocos segundos, su espectro de colores llenó de vida a un mundo antes mortecino.

El viento que levantaba una película de polvo a pocos centímetros del suelo adquirió un brillo blanco, un contorno azul de arco voltaico abrazó las nubes... y el mundo pareció exudar un calor que surgía de dentro, del corazón de la tierra.

Logan examinó la sombra que proyectaba el coloso. La pirámide estaba difuminada por una especie de neblina con el color más enfermizo que hubiese visto jamás, una desagradable mixtura de verdes lustrosos y negros adherentes como los de la gangrena. En la base, alrededor de la punta sobre la que descargaba su peso, se arremolinaba aquella especie de torbellino de luz.

Empezó a preocuparse de verdad cuando vio los libros tirados por el suelo.

Estaba claro que aquel paisaje estaba hecho de geonirismo, un material de construcción a medio camino entre la materia sólida y el contexto surrealista de los sueños. Eso significaba que cualquier elemento que apareciese de manera fortuita en él (como unos libros inofensivos en apariencia, caídos de la mochila de alguien aquí y allá) podía tener un doble significado.

Logan se acercó con precaución a la zona minada de libros y se echó al suelo, tendiéndose cuan largo era, cuando una ráfaga de viento pasó como por casualidad las páginas de uno de ellos. Pasar la página y alzarse el desplegable de su interior fue todo uno: era una figura de cartón, de tamaño humano, como esas que adornaban los libros infantiles que Logan había visto en las librerías, solo que de un metro ochenta de estatura.

El desplegable representaba a un ser bicéfalo con cuerpo de anciano y cabezas de serpiente. Era plano, como cualquier dibujo sobre cartón, aunque se movía como si estuviera vivo. Estaba pintado en colores que parecían charcos de licor donde se tambalearan moscas ebrias.

El ser gimió al viento, y su sonido fue lo más horrible que el aperimante hubiese escuchado jamás. Tuvo que taparse los oídos para no sangrar.

«¡Mierda, banshees origami!», pensó.

Si la pirámide le pertenecía a alguien, desde luego se había preocupado de protegerla bien. Aquel no era un prado lleno de libros abandonados. Era un campo de minas mágicas antipersona.

Las maldiciones de Logan acompañaron el susurro de los viejos papeles. Había oído hablar en alguna ocasión de los banshees origami: fueron los que mataron a antiguos compañeros suyos, como la exploradora Nirse Button en 1843, o a su hijo, el intrépido pero estúpido Vengeance Button. Eran las sombras torturadas de desdichados que habían abierto las puertas que no debían, atrapados por quién sabía qué maldición en aquellas cárceles de papel. Cuando algún incauto hojeaba los libros, sus fantasmas salían para cantarle su dolor en forma de gritos sintácticos, llantos morfológicos o desgarradores lamentos gramaticales. Lo normal era que la víctima se volviese léxicamente loca, y que el libro la absorbiese para decorar otra de sus páginas.

Libros que se comían a la gente.

Por lo poco que Logan había oído sobre esos monstruos, sabía que se comportaban como bombas con un código de desactivación. Ese código, como no podía ser menos, era una palabra. Si quería burlar a aquel centinela, no le bastaría con pasar reptando a su lado: tendría que desactivarlo.

Ahora bien, ¿cuál sería la dichosa palabra? ¿En qué idioma estaría? ¿Podría ser pronunciada por gargantas humanas?

El banshee se meció al son de la brisa, descargando sus plañidos en el viento. Era lo más espantoso que nadie hubiera escuchado nunca, una amargura capaz de roer los órganos vitales. Logan puso cara de haber mordido una fruta amarga y fijó los ojos en

el fantasma, leyéndolo.

Había símbolos escritos en su pecho. Sí, aquella araña de trazos negros podría ser un ideograma. ¡Ideogramas! Buena noticia: al ser mezclas de dibujos y significados quizá fueran independientes de un idioma. Se bastaban a sí mismos para transmitir un mensaje. Daba igual si tu lengua natal era el inglés culto del Soho o el paernattchi de las sectas de la India: un cuadrado con un triángulo encima siempre era una casa.

Logan se arriesgó a acercarse a medio metro de la aparición. La cacofonía aumentó de manera exponencial y le taladró el hipotálamo, pero aún era soportable. No le reventó el cerebro.

Se fijó en los caracteres: aquello de allá podría ser el equivalente al viejo ideograma que representaba la «caída en desgracia». Y junto a él, en la barba destrozada a tijera, había otro que podía significar, figuradamente, un «arpa de siete cuerdas».

¿Y qué se obtenía si se mezclaban ambos conceptos, el de un arpa con una caída en desgracia? Pues el logograma «nota musical discordante». Eso fue lo que gritó Logan a pleno pulmón, para el que espíritu lo oyera por encima de su propia canción:

—¡Nota discordante!

Al banshee se le pusieron los ojos como huevos de hormiga. Tuvo el mérito de no protestar cuando la palabra de poder lo plegó de nuevo dentro del libro.

Logan respiró aliviado, pero no se distrajo. Había más minas literarias de aquellas por allí, que sembraban de muerte el terreno. Tendría que avanzar con extremo cuidado hasta llegar a la base del Equinoccio, si no quería que otro banshee jugara con él al «maté al viajero perdido y canté...».

Fue entonces cuando oyó aquel sonido.

Esta vez no provenía de ningún fantasma de papel, aunque parecía tan amargo y triste como el aullido de un banshee. Procedía de una garganta viva, aunque no humana.

Había alguien arrodillado ante la gran pirámide, haciendo abluciones.

El camino más seguro entre los libros pasaba cerca de aquel ser, por lo que Logan no tuvo más remedio que acercarse. Parecía una hembra, aunque la bipolaridad sexual era más una intuición que un hecho probado. A Logan le pareció que tenía género femenino por lo agudo y suave de su voz, por la finura de sus proporciones y lo poco musculado que estaba su cuerpo..., el cuerpo de una especie de morsa verde bípeda. Estaba arrodillada, y le dedicaba cánticos y oraciones a la pirámide, posiblemente su dios.

Pero lo que más preocupó a Logan fue que, cuanto más se acercaba a ella, mejor entendía lo que estaba diciendo.

—¿Qui... quién eres? —se atrevió a preguntar.

El ser dio un salto del susto, se encogió y se alejó de Logan. Miedo, bien. La presencia de miedo siempre era buena señal. Significaba que aquella cosa no daba por hecho que era superior al humano y, por lo tanto, podría comérselo cuando

quisiera.

—¡No me mates! —imploró la morsa—. ¡Piedad!

El aperimante levantó las manos en un gesto que esperaba que interpretase como de tranquilidad.

—No estoy aquí para matar a nadie —explicó—. Solo busco respuestas.

—¿Respuestas? ¿Acaso no vienes a adorar a Shi'mn'Øn?

—¿S... sch'imon? —Logan no estaba seguro de haber situado correctamente las ' y los Ø.

—Shi'mn'Øn. La Madre Máquina. Es el dios que espera cabeza abajo a que el mundo se arregle y se dé la vuelta. —La morsa señaló la pirámide—. Todo está mal, todo está al revés. Por eso los seres vivos sufrimos tanto, por eso nuestras vidas son tan miserables. Cuando el mundo rote hasta su posición correcta, la que tenía cuando fue creado, y Shi'mn'Øn dé fe del cambio, todo volverá a estar bien.

—Ya veo. Oye, ¿cómo es que hablas mi idioma? ¿Cómo te llamas?

El ser entrecerró los ojos hasta dejar el espacio suficiente para enhebrar una aguja.

—Soy Kilse. Y no hablo tu idioma. Ni tú tampoco el mío. Es la niebla la que traduce.

Logan intuyó que estaban sufriendo otro de los efectos colaterales del geonirismo. En un sueño, aunque aparezcan personas de diferentes razas o épocas, todos hablan el mismo idioma. La incomunicación no supone problema alguno.

—Entiendo. No, no soy un devoto. Solo tengo curiosidad. Soy un aperimante.

—¿Aperi... qué? —se extrañó ella.

—Aperimante. Abrimos puertas y exploramos. Dedicamos nuestras vidas a desvelar los últimos misterios. En épocas remotas fuimos llamados Mystes.

—Jamás había oído esa palabra. Pero te advierto una cosa, ser pálido-como-muerto —dijo la morsa verde—: Por tu bien, no te acerques más a Shi'mm'Øn. Si no sabes lo que vas a encontrar allí, será mejor que mantengas la vista fija en la tierra y los oídos en los cánticos de tus antepasados. Puede que no sobrevivas a tu propia curiosidad.

—¿Habéis estado alguna vez, tú o alguno de tu raza, dentro de...? —Señaló al remolino de luz.

La morsa se estremeció, y eso sí que pudo ser interpretado como miedo.

—¡No! ¡Está prohibido!

—Pero hay un sendero. Lo veo.

—Solo los incautos y los tontos, los que desprecian la majestad del dios y su poder, se arriesgan con él. Ninguno ha regresado jamás de allí, salvo...

Enmudeció como si hubiese estado a punto de revelar algo prohibido, lo cual espoleó aún más la curiosidad de Logan.

—¿Salvo quién?

—Salvo Kron el Apóstata. Es el líder de los ikari, pueblo guerrero, mala gente.

Nació en un estanque que había desecado un rayo, y su carácter se forjó así: fiero como el relámpago, corto como su furia, seco y huraño como las aguas evaporadas. Los ikari han esclavizado a mi pueblo, y harán lo mismo con los que encuentren en su eterno deambular por los páramos.

—¿Una raza guerrera nómada? —«Serán los mismos que destruyeron la ciudad que encontré en el tercer nivel», pensó—. ¿Qué es lo que buscan?

—Una respuesta para el enigma que Kron halló dentro del dios Shi'mm'Øn — murmuró Kilse, y se hizo más pequeñita—. Sea lo que sea lo que vio... lo volvió loco, más de lo que ya estaba. Desde entonces vaga por los campos, arrasando países, haciendo preguntas, imponiéndose metas, buscando un imposible. Respuestas que le aclaren el misterio de la pirámide invertida. Kron intenta parecerse a un dios en sabiduría, pero jamás lo conseguirá porque no sabe lo que es la piedad. Y los dioses son lo que son porque se apiadan del mundo, y de las criaturas inferiores que vivimos en él. —Levantó las aletas con devoción. En el embudo de energía que rodeaba la pirámide detonaban conglomerados de color, un hervor de fosfenos de oro—. Igual que Shi'mm'Øn, oooooohhhmmmm, el vértice inferior de la Madre Máquina, que contempla la eternidad cabeza abajo en espera de que vuelva a su sitio.

Logan se volvió hacia la pirámide, y hacia el sendero que se abría en el torbellino luminoso. Su rostro era una máscara plana, carente de emoción.

Recordó el primer principio de la Magia, la Circularidad. ¿Estaría preparándole el destino, en virtud a esa ley insoslayable, una trampa de la que no podría escapar? ¿Qué escondería la pirámide? ¿Misterios perversos, inescrutables, tal vez hasta innombrables?

Por lo más sagrado, aquel era el anzuelo con carnada más apetecible que se le había puesto delante. Y al cuerno con todo. Aquello era tan peligroso como toparse con la Puerta de Hysmon, el misterio definitivo, el umbral que podía matar a cualquier aperimante que se arriesgara a atravesarlo... y sentir en la mano el peso de su llave.

Logan, para desesperación de la devota Kilse, desapareció a la carrera en las entrañas del torbellino, dispuesto a conocer a esa famosa Madre Máquina.

Rebeca y el Buitre

Rebeca se había encontrado con el Buitre en tres ocasiones, y ninguna había sido agradable. La primera fue la mañana en la que el Cerrajero la compró, cuando pujó en vano por ella.

—¿Quién era ese tipo? —le preguntó a su excéntrico dueño a los pocos días de llegar el burdel—. ¿Y por qué estaba tan interesado en mí?

El Cerrajero torció el gesto. Casi pareció tentado de escupir al suelo al escuchar su pregunta. Si no lo hizo, pensó Rebeca, fue porque estaban en la biblioteca, y dentro de las excentricidades de aquel hombre no estaba la de mancillar su propio hogar a salivazos.

—Es un pobre desdichado —dijo—. Nadie a quien debas prestar atención. Por aquí lo conocemos como el Buitre. Es el otro saltador puro de Amalgama, pero no es como nosotros, ni te lo plantees: es un carroñero. Va de un mundo muerto a otro a la caza de reliquias para vendérselas al mejor postor. No tiene escrúpulos ni ética, y hasta comerciaría con los ikari llegado el caso. Su interés por ti es exactamente el mismo que el mío. El Buitre quería convertirte en su aprendiz. Y no debe de hacerle ninguna gracia que le haya ganado por la mano.

—Pero hay algo que no entiendo —reflexionó ella a continuación—. ¿Cómo me encontrasteis? ¿Cómo fuisteis capaces de dar conmigo?

—Fue fácil —contestó el Cerrajero—. A lo largo de los años he tejido una amplia red de informadores en esta bendita ciudad. Entre sus múltiples cometidos hay uno esencial: buscar saltadores. Hay ciertos rasgos, cierta cadencia, ciertos parámetros que sirven para identificarlos. —Hizo una pausa y sonrió, como si quisiera dejar claro que, en el fondo, no había nadie que se pareciera ni remotamente a ella—. Entre mis informadores se halla una monja de la orden que veló por ti durante tantos años. Permíteme que proteja su identidad, pues no ganas nada conociéndola, y mucho podría perder ella de averiguarse que trabaja para mí. La cuestión es que comenzó a pasarme informes al poco de que cumplieras los ocho años. Empezaste a volverte interesante el día en que abriste una puerta que no estaba ahí. ¿Lo recuerdas?

Rebeca asintió. Claro que lo recordaba, aunque habían transcurrido muchos años y aquel incidente había cobrado en su memoria la dimensión y el peso de un sueño.

Ocurrió mientras vagaba con unas amigas por los sótanos de la Catedral. En un momento dado, una de ellas propuso jugar al escondite. Las demás aceptaron. Rebeca corrió a buscar un lugar donde ocultarse mientras su compañera contaba hasta cien.

Guiada por un impulso, bajó las escaleras que conducían a las criptas. Allí se enterraba con gran pompa y solemnidad a las Hermanas de la Carestía, todas alineadas, silenciosas y muy muertas. Las niñas solían jugar a ver quién era capaz de

permanecer más tiempo allá abajo. Daba miedo, mucho miedo. Aun a pesar de que no había nada a la vista que delatara su naturaleza de almacén de cadáveres, ni un triste hueso o una sonriente calavera, la muerte se hacía notar, pesada y fatídica.

Rebeca nunca había conseguido siquiera bajar la escalera que llevaba a la cripta; en todas las ocasiones había sentido que le faltaba la respiración, como si las monjas muertas se la arrebataran.

Pero en esa ocasión pudo más su deseo de ganar que el miedo. Se internó en uno de los pasillos. Y al doblar una esquina se encontró con una puerta que estaba fuera de lugar: era de fina talla, y unos arabescos recorrían el marco. Resaltaba sin miramientos entre los nichos tapiados. Rebeca la abrió y se asomó dentro. La puerta conducía a una estancia de techo alto y paredes cristalinas, con muebles de aspecto frágil. Todo parecía tallado en hielo. Le resultó extraño encontrar una habitación semejante en las criptas de la Catedral, pero era una niña y lo aceptó sin más.

Se escondió bajo una cama, amplia y con dosel, y aguardó hecha un ovillo bajo el cabecero.

Cuando consideró que el juego ya debería estar lo bastante avanzado como para arriesgarse a volver, salió de su escondite. Sorprendida, comprobó que la puerta por donde había entrado ya no estaba. Allí no había más que pared ciega, pintada con el mismo tono celeste que el resto de la estancia. En su lugar habían aparecido dos arcadas, una junto a la otra; la de la izquierda conducía a un mundo azotado por un viento tremebundo. A lo lejos se divisaba una enorme pirámide invertida, bañada en resplandores. La otra llevaba a un sendero de tierra que conducía a un conjunto de enormes piedras dispuestas en semicírculo; sobre el monumento megalítico flotaba, inmensa, repleta, una nube de tormenta que reproducía en perfecta simetría la forma que dibujaban las piedras en tierra.

Rebeca tuvo un ataque de pánico. ¿Adónde había ido a parar? ¿Qué estaba ocurriendo?

Sospechaba que esas arcadas eran una invitación, una mano tendida, una elección que debía hacer cuanto antes. Pero ella era demasiado pequeña y estaba demasiado asustada, y por eso escogió una tercera vía: regresó bajo la cama, cerró los ojos y deseó que todo aquello no fuera más que un sueño. Perdió la noción del tiempo, oculta en la tibia oscuridad.

Cuando (impulsada por el hambre) salió de su escondrijo, comprobó que la puerta había regresado. En cambio, las dos arcadas habían desaparecido.

El revuelo producido durante su ausencia fue tremendo. Al parecer, llevaba horas desaparecida. Cuando guió a las monjas hasta la puerta extraña descubrió que no quedaba ni rastro de esta. En el lugar que había ocupado solo se veían nichos.

Las hermanas no la tomaron en ningún momento por mentirosa. Amalgama era una ciudad donde colisionaban varias realidades, así que el que las puertas aparecieran y desaparecieran entraba dentro de lo posible.

—¿Y cómo me encontró el señor Buitre? —preguntó Rebeca, volviendo a la

realidad—. ¿También había comprado a las monjas?

—No. Posee un talento natural para rastrear saltadores. Puede oler los —explicó el Cerrajero al tiempo que se golpeaba dos veces la nariz—. Por desgracia para él, ninguno de los que ha encontrado hasta ahora le ha servido de mucho. Se le mueren demasiado rápido. ¿Recuerdas al granujiento canalla de la subasta? ¿El que pujaba en su lugar? Por lo que me han contado, reventó en un cambio de mundo hace tres días. Pero que esa carroña no te quite el sueño, querida; que siga con sus tejemanejes mientras nosotros nos dedicamos a nuestros asuntos. No tienes nada que temer.

Pero resultó que sí había motivos para que el Buitre le quitara el sueño.

Lo descubrió un par de meses después mientras paseaba por la avenida Incontestable. Rebeca había tenido un día especialmente movido: el Cerrajero la había enviado a dos Tierras Alternas en un corto espacio de tiempo y había terminado agotada. Su cuerpo le pedía descanso a gritos, pero su mente necesitaba distracciones, necesitaba vida a su alrededor. Y buscando eso mismo se acercó al mercado nocturno de la avenida.

Los buhoneros habían dispuesto sus carros a ambos lados y los curiosos se arracimaban, contemplando la mercancía que los vendedores anunciaban a gritos, un compendio de chatarra y basura procedente de todos los mundos que confluían en Colapso. A pesar de la hora, había un considerable gentío en la calle. De hecho, había zonas tan abarrotadas que era complicado dar un solo paso.

Rebeca sintió el repentino aguijonazo del hambre. Decidió acercarse al puesto del Estigia, un buen amigo que siempre tenía un trato especial para con ella y el resto de las chicas.

Justo cuando dejaba atrás una gran acumulación de gente y enfilaba hacia el puesto de comida, Rebeca vio al Buitre. Y era evidente que él también la había descubierto.

Avanzaba a su encuentro con brío, pero con un marcado renquear en la pierna izquierda que lo hacía marchar escorado. Sus ojos enloquecidos giraban en las órbitas como canicas nerviosas.

La repentina aparición de aquel hombre la aterró; había una violencia apenas contenida en su forma de aproximarse, una determinación furiosa que la tenía como objetivo. Rebeca se filtró entre el gentío, buscando huir de aquel siniestro personaje, pero este la siguió con facilidad, con su paso extraño y su mirada torva.

Rebeca chocaba cada vez con más frecuencia con los viandantes; en cambio, su perseguidor se movía entre ellos con la agilidad del proverbial pez en el agua. En una de sus rápidas ojeadas, la joven vislumbró el brillo de un estilete en la mano del Buitre. Le bastó mirarlo a la cara para tener claro lo que pretendía hacer con esa arma.

Rebeca se revolvió entre la muchedumbre, sin importarle los improperios que le

dedicaba la gente a la que apartaba a empujones. El Buitre la perdió de vista durante un instante. Rebeca lo vio agitar la cabeza de un lado a otro de forma curiosa, como si tuviera problemas para enfocar. De pronto, su mirada se clavó de nuevo en ella, desprotegida en un claro repentino.

La joven echó a correr, pero cuando daba la segunda zancada tropezó con un adoquín y cayó despatarrada, con el tobillo lastimado.

Al momento tuvo al Buitre encima. Un destello plateado en las alturas le dejó claro que aquello iba terriblemente en serio. Y justo en ese instante una sombra se interpuso entre el camino del arma y ella. Rebeca vio cómo el puñal caía al suelo.

El Buitre graznó de forma lastimera cuando el recién llegado le retorció la muñeca con saña, obligándolo a retroceder. Era Muro, el grande y siempre oportuno Muro. Proyectó su cabeza contra el rostro del Buitre: el golpe fue contundente, demoledor, tanto que el hombrecillo habría caído al suelo de no ser por la presa férrea que le retorció la muñeca.

—Si vuelves a acercarte a ella te arrancaré los intestinos y te los haré tragar —le espetó Muro—. ¿Te ha quedado claro? —preguntó mientras lo soltaba sin miramientos.

El Buitre retrocedió, trastabillando, tapándose la nariz rota de la que manaba sangre a borbotones. La multitud se abrió ante la trifulca.

—¿Te ha quedado claro?! —le repitió Muro al hombre que retrocedía resoplando sangre. El Buitre no contestó, se limitó a darse la vuelta y echar a correr. No tardó en esfumarse haciendo un truco de prestidigitademia—. ^[1] Puta rata —murmuró el gigante mientras se acuclillaba ante Rebeca. Le examinó el tobillo con manos firmes—. Tienes una torcedura, niña. Espero que no te importe que te lleve en brazos de vuelta a casa; de lo contrario, te espera una larga hora de cojera.

No le importó en absoluto. Muro cargó con ella todo el camino hasta el prostíbulo. Rebeca se sintió pequeña y un poco estúpida, pero a salvo. En sus viajes se había enfrentado a la muerte más de una vez, pero había algo nuevo en el ataque de aquel tipejo, algo que le había revuelto las tripas y aterrado de verdad. Conocía los riesgos que implicaba viajar a mundos alternativos y los aceptaba. El ataque del Buitre, en cambio, había sido del todo imprevisto, sin que hubiera la menor provocación por su parte.

Madura, la enfermera que se dedicaba a velar por la salud de las chicas, le aplicó un ungüento maloliente en el tobillo y se lo vendó con tal fuerza que no le habría extrañado ver cómo los dedos de sus pies se hinchaban como globos. Tras devorar un cuenco de sopa con veloces cucharadas, cojeó hasta su habitación. No permitió que nadie la ayudara.

Al poco de acostarse, cuando todavía tenía el candil encendido, llamaron a su puerta. Y la abrieron sin aguardar respuesta.

El Cerrajero se coló en el cuarto. Sandra empujaba la silla, una puta tan negra que parecía que la noche había cobrado forma.

A un gesto del anciano, la mujer abandonó la habitación no sin antes dedicarle a Rebeca una sonrisa de ánimo. La saltadora frunció el ceño al quedarse a solas con el Cerrajero.

—Me dijiste que no me preocupara por el Buitre —le recriminó—. Pues el muy miserable ha intentado matarme.

—Una cosa no excluye a la otra, pequeña —respondió el anciano con voz juiciosa. Ella resopló—. Matarte a ti conllevaría sacarme a mí del negocio. Y nada le gustaría más que eso.

—¿Lo sabías, entonces? —le preguntó, asombrada—. ¿Sabías que intentaría matarme?

—Sabía que entraba dentro de lo posible. Pero permite que me repita: que él quiera matarte no significa que estés en peligro. Los míos te vigilan. Allá adonde vayas siempre habrá alguien que garantizará tu seguridad.

Esa última frase la sorprendió casi tanto como el brillo del estilete en la mano del Buitre.

—Espera, ¿me estás diciendo que me tienes vigilada todo el tiempo?

—Así es. —Sonrió al ver la expresión de su cara, una mezcla de perplejidad y horror—. ¿Qué te esperabas, Rebeca? Pagué una considerable suma por ti, y aunque por lo que a mí respecta eres libre, no me queda más alternativa que proteger mi inversión. Por eso siempre tendrás a alguien cerca, velando por tu seguridad. De forma discreta, casi invisible. Ni siquiera te darás cuenta de que están ahí.

—¿También me protegerán en las Tierras Alternas? —le preguntó ella—. ¿También velarán por mi seguridad allí?

—Sabes que no.

—Entonces, ¿cómo te atreves a pedirme que no me preocupe del Buitre?

—Las posibilidades de que ambos coincidiáis en un mundo paralelo son minúsculas. —El Cerrajero la estudió con atención—. Estás enfadada conmigo —constató.

—Sí.

A pesar de su tendencia a olvidarlo, era una esclava. Aquel hombre había pagado una cifra desorbitada por ella. La trataba como a una hija la mayor parte del tiempo, cierto, pero eso no cambiaba la situación. Y el hecho de recordarlo hacía que le hirvieran las entrañas a veces.

—No, no estoy enfadada contigo —corrigió mientras se dejaba caer de espaldas en la cama. Estaba enfadada consigo misma, pero eso no pensaba reconocerlo—. Es ese hombre. Me da miedo. No me conoce, no le he hecho nada, pero quiere matarme... —Volvió a incorporarse—. ¿No puedes encargarte de él?

—¿Qué quieres decir? —Alzó la ceja derecha, suspicaz, lo que le dio cierto aire cómico—. ¿Me estás pidiendo que lo mate?

—¿Te escandaliza? No eres la persona más ética del mundo, ambos lo sabemos. ¿No lo has pensado nunca?

—No es tan sencillo. —El Cerrajero soltó un suspiro tan exagerado que se desinfló—. He venido aquí solo a ver cómo estabas, no a conspirar contra nadie. Descansa, muchacha, te quiero saltando en un par de semanas.

Encaró la puerta con la silla, de una forma tosca pero eficaz. Cuando tomaba la manilla para abrirla, Rebeca lo llamó.

—Has dicho que por lo que a ti respecta soy libre. Si te pidiera que me dejaras marchar, ¿lo harías?

El hombre de la silla soltó otro largo suspiro.

—Lo siento, chiquilla. —En su voz había verdadero pesar—. Por desgracia, no eres tan libre. Por desgracia, ninguno lo somos.

Tardó una semana larga en dejar de cojear. Al atardecer del décimo día de convalecencia, el Cerrajero la mandó llamar al patio y hacia allí fue, apoyada en un bastón que un cliente había olvidado. Llovía ceniza del cielo, y unas nubes negras y carmesíes se esparcían por la cúpula celeste como moratones a medio curar. Sobre sus cabezas sobrevolaban de cuando en cuando patrullas ikari, engendros de hueso y membrana.

El Cerrajero la esperaba en su silla, envuelto en una capa de marta. Junto a él estaba Muro. El Cerrajero le hizo una señal al mercenario, y este procedió a cogerlo en brazos, en una postura muy similar a la que había transportado a Rebeca la noche del ataque.

—Síguenos —le pidió a la joven—. Tengo algo para ti. Algo que presumo que te va a gustar.

Atravesaron el patio hasta llegar a la puerta doble, maciza y maltratada, que llevaba a los corrales. Muro la abrió de un golpe con el hombro. Al instante, una densa vaharada de olor animal los envolvió.

Los corrales eran amplios y estaban divididos en cuatro espacios, dos para los perros y dos para los bisontes de carga. Cuando pasaron junto a uno de ellos, este, a modo de saludo, evacuó un chorro de heces líquidas que hizo la atmósfera todavía más insoportable. Rebeca se encontró echando de menos su respirador.

—Espero que ese no sea mi regalo —murmuró.

—Ja —dijo el anciano—. ¿Le digo a Muro que te lo envuelva?

Muro, con el Cerrajero en brazos, llegó hasta el extremo opuesto de los corrales. El viejo saltador fue el encargado de abrir la puerta que se ocultaba tras los arneses de los bisontes. Atravesaron un pasillo que hedía a pelaje húmedo.

No había más luz que la linterna parpadeante que el Cerrajero sacó de entre los pliegues de su capa. Rebeca los siguió, atenta a los detalles. El pasadizo descendía en una prolongada pendiente que no tardó en conducirlos bajo tierra.

Después de subir un tramo de precarias escaleras fueron a parar a un edificio que Rebeca reconoció: era otra de las construcciones de la plaza del Vicario. Buena parte

del tejado que lo coronó tiempo atrás había desaparecido, y dejaba a la vista un cielo en llamas.

Había un cercado en el centro del edificio, cubierto de paja, con un abrevadero en un extremo. Dentro de la cerca había algo vivo, algo que Rebeca no podía identificar. Veía los eslabones de una cadena que se agitaba entre la paja; un extremo estaba candado a un pilar de hierro, el otro oscilaba en el aire, sus últimos eslabones borrosos, casi irreales.

Había algo encadenado allí, algo que contagiaba su divisibilidad a parte de la cadena que lo mantenía cautivo.

—¿Qué es eso?

—Tu montura y protectora —le informó el Cerrajero con grandilocuencia—. Un dragón de niebla, nada más y nada menos. Tendrás que domarlo y granjearle su amistad, pero estoy convencido de que lo conseguirás.

Rebeca lo miró, asombrada. ¿Iba a regalarle un dragón?

—¿Es invisible?

—Es capaz de generar un campo de camuflaje perfecto. Mientras la montes nadie podrá verte. Llevabas razón, mis hombres no pueden protegerte en las Tierras Alternas, pero ella sí podrá.

—¿Es una ella? —preguntó Rebeca mientras se acercaba con curiosidad al cercado.

—Así es, y me ha costado una fortuna. Pero no me arrepiento, tendría que haberlo hecho antes. Entra a verla —la animó—. No es peligrosa a no ser que esté empollando.

Rebeca lo miró reticente. Algo bufó tras el cercado, se oyó un rumor de pasos sobre la paja y luego la cadena se alzó en el aire. Aquello, fuera lo que fuese, volaba. Por desgracia, la cadena le impedía elevarse más de tres metros.

Se oyó un lastimero maullido y la muchacha comprendió que estaba a punto de conocer a otra esclava.

Abrió la puerta del cercado y entró despacio. La cadena se estiró todavía más cuando la criatura intentó alejarse. Se oyeron un fuerte aleteo y un nuevo bufido.

—No voy a hacerte nada, tranquila —le dijo al vacío—. Solo quiero verte, nada más. ¿Me dejarás verte?

—Dale cerdo —sugirió Muro, señalando un barril—. Le encanta el cerdo. Y cuando come siempre asoma el morro, la muy glotona.

Rebeca abrió el pequeño candado que aseguraba el barril. Dentro había una cantidad considerable de carne. Cogió un pedazo de costillar y volvió a colocar la tapa. Nada más volverse vio cómo la cadena regresaba al suelo.

El dragón de niebla comenzó a olfatear, frenético.

—¿Tiene nombre? —preguntó mientras alargaba el pedazo de carne hacia donde intuía la presencia del animal.

—Los mercaderes les ponen unos nombres horribles —dijo el Cerrajero—. De

esos llenos de equis, zetas y vocales. Yo la llamo Gasto Astronómico, tú puedes llamarla como se te antoje.

Lo primero que apareció fueron los ojos dorados del animal. Después, como si alguien estuviera esculpiéndola en el aire, comenzó a dibujársele la cabeza y el cuello, a continuación el torso y las alas, las patas y la cola. Era un ejemplar precioso, un poco más pequeño que un poni.

Se hizo con el pedazo de cerdo con un movimiento veloz. Rebeca sintió cómo las mandíbulas del dragón se cerraban a centímetros de sus dedos.

—Ágata —dijo mientras observaba, maravillada, cómo la criatura masticaba el costillar. Sus mandíbulas se abrían y se cerraban como pistones—. La llamaré Ágata.

El Nudo Equinoccial (reflejo positivo)

El momento en que Logan entró en la pirámide del dios planar fue el último que percibió en cuanto al tiempo, es decir, en cuanto al tiempo como secuencia. A partir de ese instante fue como saltar de una fotografía a otra, de un cuadro al siguiente, cambiando de escena con la facilidad de un actor de película muda una vez se ha enhebrado el montaje final:

Primera fotografía: El aperimante escalando por una cuesta de grumos de tierra, una gasa imperfecta llena de pliegues, como si un gigante hubiera soplado un plato de sémola. Atmósfera ámbar, un éter que deviene en laboratorio donde se operan las metamorfosis cósmicas, que lo envuelve y abraza, prestándole oxígeno y cristalizándose en pórfidos rojos y mineralizaciones blancas. El aperimante trepa, trepa, trepa, frente perlada de sudor, manos protegidas por guantes de callos. Trepa y al final, jadeando como si hubiera ascendido por el repecho de un mundo...

Segunda fotografía: Logan entrando en una segunda estancia, en otro nivel de complejidad, oyendo a turbas de otro tiempo entonar sus cánticos guerreros. Y mentiría como un bellaco el refrán si siguiera asegurando que no hay mal que cien años dure, pues así se siente el aperimante cuando es golpeado por las mareas, los flujos y los reflujos de la historia, encerrado en el corazón de la Bestia, hasta que los añafiles moriscos de Constantinopla al fin trompetean su triunfo sobre las mesnadas cristianas, y un pérfido Colón trae nuevos mundos en su alforja cuando solo va en busca de vituallas. Delante del aperimante, otra puerta, y un lamento (¿el de la humanidad?) que queda renunciado a su espalda.

Tercera fotografía: Logan en el corazón de la Pirámide, admirando un nicho que parece tumba de faraones y nido de sapos; un fenómeno de condensación impreso en el aire, un retruécano de oxígeno que cual agente modificador transforma los sueños en croar de alimañas. Ménsula y mortero desprendidos del cinabrio que llovió sobre la sopa primigenia, hendiéndose en calcáreas y calizas, vitrificado por mor de una conciencia celeste para permitir la existencia de un periodo algo menos que carbonífero, algo más que jurásico. Y el aperimante, en medio de todo ese teatrillo del absurdo, con cara de pasmo.

Logan se tapó los ojos con las manos, pero ni así pudo dejar de ver, de capturar con estallidos de comprensión lo que se le estaba dando a conocer. Los sueños de aquel dios invertido, dormido cabeza abajo, haciendo equilibrios sobre un único mandamiento.

«Nuncanearás En Cuanto Te Sea Posible.»

Shi'mn'Øn intentaba comunicarse con él, eso estaba claro. Pero no conocía palabras, no tenía canales de transmisión de ideas, más allá de la propia mecánica de

los sueños. Cada una de esas escenas surrealistas era una palabra, un concepto. Un grito, tal vez, que el dios piramidal le estaba mandando.

O quizá no se dirigiera a él. El que hubiera un humano en su seno no tenía por qué implicar una intención.

A lo mejor el dios se limitaba a soñar, y hablaba en sueños, destilando todas aquellas imágenes. Y Logan las estaba escuchando por casualidad. Era un parásito que se había colado en el cerebro de la Bestia, y percibía sus pensamientos como un oyente a quien no hubieran invitado al ensayo general de una ópera.

Logan estaba en una sala con forma de pirámide invertida, fiel reflejo por vaciado del traje de piedra que Shi'mn'Øn lucía en el Equinoccio. Había una especie de estanque vertical, una pared de sombras acuosas que llevaba a otro lugar. ¿Una ventana, o quizá otra Puerta sin cerradura visible? ¿O solo un óleo en movimiento que le mostraba cosas que ocurrían en lugares imposibles de imaginar?

Logan extendió una mano hacia esa ventana y...

... Cu/ar/ta/Fo/to/gra/fía: El aperimante con el brazo extendido, a punto de rozar el secreto que abierto a cuatro vientres se yergue sobre epifanías de jade. Tulipanes y nomeolvides reclaman sus colores robándoselos para no devolverlos nunca, mientras unos soles de siniestra faz se embalsaman en las alturas, librando entre sí descomunal combate, asexuada cópula, pulpas rojizas supurando de sus arquitrabes...

—¡No! —gritó el aperimante, clavándose los dedos en las sienas. Tenía que salir de allí cuanto antes o los sueños de la Bestia le taladrarían el cerebro. Un simple humano no estaba hecho para soportar tamaña presión onírica.

Entonces las vio.

Dos figuras veladas por la opacidad de aquella ventana, de aquel Portal, que llegaron como sombras cojeantes y se dejaron caer justo al otro lado. A menos de un metro y a mil universos de distancia.

Parecían humanos, dos hombres quizá, uno herido y reposando en los brazos del otro, que lo llevaba a rastras.

Logan los vio y por un momento tuvo miedo, miedo de que dieran un simple paso y se plantaran en su lado de la realidad, amenazándolo con armas tan simples como su misterio y su Nuncanidad. Se dio la vuelta para regresar por donde había llegado, huyendo de tanta ignorancia... pero se paralizó cuando una de las sombras tendió la mano hacia él.

Su pose no era relajada, de calmo ofrecimiento, sino tensa como la de un reo condenado a muerte que implorara un último milagro.

Le estaba suplicando ayuda.

Logan levantó la mano, acercándola a la membrana de contacto entre ambas realidades. ¿Debía arriesgarse a responder a esa llamada, a prestarle ayuda a ese desconocido que podía ser tanto un amigo como un horror sin nombre? Dudaba, dudaba más que nunca, pero había algo en esa sombra que lo invitaba a tranquilizarse, como si un fino nexo de unión enlazara sus destinos.

Logan estudió la cabeza velada de aquel ser, la negrura hundida en tinieblas como un agujero en la noche... y sintió un escalofrío.

Su sexto sentido de aperimante, ese que lo había mantenido tanto tiempo con vida, lo exhortaba frenéticamente a que se olvidase de esas figuras y siguiera corriendo, lejos, sin parar, como había hecho siempre. Pero no podía. Algo en su interior le impulsaba a prestar auxilio.

Metió la mano en la ventana y aferró la de la sombra. Tiró de ella hacia sí, pero cuando estaba a una escasa décima de segundo de ver su rostro...

Rebeca y la muerte

El Buitre la mató en su tercer encuentro.

Que Rebeca supiera, lo había intentado en otras dos ocasiones desde el incidente en la avenida Incontestable, aunque en ambas había delegado en terceros. Un francotirador trató de abatirla desde lo alto de una de las torres de la plaza, pero falló por milímetros. De hecho, el proyectil le rozó la punta de la nariz. Antes de que el mercenario lograra escapar, Muro y los suyos cayeron sobre él. Fueron bastante benévoloos dadas las circunstancias: se limitaron a torturarlo hasta averiguar quién lo había contratado. Después le cortaron ambas manos y los genitales y lo dejaron marchar.

El segundo intento tuvo lugar meses después, y llegó desde dentro del propio burdel: una criada recibió una cantidad considerable de oro por envenenarla. El azar quiso que Clarisa, una de las chicas, se bebiera la taza de té destinada a ella. Murió a la hora de haber tomado aquel brebaje, entre gritos, vómitos y convulsiones. Esta vez no hubo compasión con la asesina: una vez desenmascarada, Muro y sus hombres se encargaron de hacerle pagar cara su audacia.

Rebeca nunca preguntó qué había sido de ella. Tenía miedo de averiguarlo.

Estaba convencida de que aquellos dos atentados no habían sido los únicos. ¿Cuántos intentos de asesinato más habían desbaratado los hombres del Cerrajero sin que ella se enterara? No entendía por qué el anciano consentía aquello. Ya había quedado claro que no era solo su vida lo que estaba en juego, sino también la de la gente que la rodeaba.

—¿Por qué no haces lo que hay que hacer? —le espetó aquel mismo día de malas maneras, poco después de que los orantes ciegos se llevaran el cadáver de Clarisa para preparar su último viaje.

—Insistes en que lo mate —dijo el Cerrajero, sin mirarla directamente.

—Clarisa ha muerto por su culpa. Era buena chica.

—Lo era. Y nadie lamenta más que yo lo sucedido. ¿Quieres echarme la culpa? Hazlo. Tienes todo el derecho. Pero no puedo matarlo, Rebeca, simplemente no puedo. Eso está fuera de toda discusión.

—¿Por qué? —preguntó ella desesperada—. Dame una buena razón.

—Porque es un saltador. Porque es un prodigio, un milagro. Como tú, como lo era yo. Y existe la posibilidad de que lo necesitemos algún día. Existe la posibilidad de que algún día recupere el norte y sirva a nuestra causa.

Rebeca suspiró unos puntos suspensivos, que salieron de su nariz.

—¿Y si me mata antes?

—No lo hará.

Pero se equivocó. Al menos, en parte.

Fue en una Tierra Alterna. Era un mundo selvático, poblado por una raza de simios inteligentes que habitaba en comunión con la Naturaleza. Los árboles eran su hogar y su sustento y, por lo que pudo leer en el dossier, solo bajaban a ras de suelo por accidente o cuando les llegaba la hora de morir. Habían desterrado todo contacto con la superficie, como si se creyeran indignos de ella.

El planeta estaba salpicado por las ruinas de una antigua civilización que en apariencia no tenía nada que ver con aquellos simios; sus ciudades estaban desiertas y el verdor se enseñoreaba de sus restos, tapizando de enredaderas las fachadas y las aceras, cubriendo de flores los armazones oxidados de sus vehículos y haciendo crecer árboles de sus calzadas. No estaba lejos el día en que todos aquellos restos serían asimilados por la selva de manera definitiva, convertidos en simple roca.

Ágata voló hasta el claro donde se levantaban las ruinas del templo; se trataba de una construcción de piedra invadida de lagartos. En torno al edificio se veían los restos de otras estructuras, camufladas entre el verdor. A Rebeca no le quedó más remedio que dejar a Ágata afuera, pues la entrada era demasiado estrecha como para que pudiera acompañarla.

No le preocupó demasiado. El dossier no señalaba ningún peligro en particular en aquel planeta, más allá de la posible presencia de animales salvajes. Nada a lo que no pudiera hacer frente.

La naturaleza también se había adueñado de las naves del templo. Sus paredes estaban cubiertas de musgo, y unas diminutas flores blancas se abrían paso entre los resquicios de las baldosas. Aquella intrusión de verdor raleó a medida que Rebeca se adentraba en el edificio, en busca de la cripta en la que debía encontrar la reliquia: un sonajero de madera con el que habían enterrado al hijo de uno de los dirigentes de la ciudad.

Rebeca alumbraba su camino con la linterna ciega, espantando lagartijas y arañas blancas con su haz de luz.

No había escaleras en el templo, todo estaba construido a base de rampas. Sobre las vigas que sustentaban el techo canturreaban pájaros multicolores. Todo parecía señalar que aquella misión iba a resultar una de las sencillas. Y nadie iba a oírlo quejarse. En ocasiones se agradecía una salida tranquila. No todo iban a ser carreras y sobresaltos, huidas a la desesperada y explosiones.

La rampa la condujo a la cripta superior, la destinada a los miembros prominentes de aquella comunidad. Era una estancia de planta semicircular, con docenas de sarcófagos apoyados contra las paredes.

Rebeca consultó la inscripción que el Cerrajero había dibujado en el informe y procedió a contrastarla con las que aparecían policromadas en los ataúdes. El techo de la cripta estaba repleto de grietas a través de las cuales se colaba, difusa, la luz del

exterior. Bastante para que no avanzara en la oscuridad, pero no lo suficiente como para prescindir de la linterna.

No le costó dar con el ataúd. Para abrirlo no le quedó más remedio que usar ambas manos. Dentro había un pequeño esqueleto, envuelto en los restos podridos de lo que una vez debió de ser un elegante trajecito. A los pies del cadáver estaba el sonajero.

Cuando Rebeca se agachó para cogerlo oyó, como un eco con retraso, el sonido de otro sarcófago al abrirse. Un crujido ominoso que la hizo volverse veloz, con el corazón en la garganta.

Una silueta salió de las sombras tibias. Por un momento sintió un profundo alivio al comprobar que no era uno de los muertos, revivido para hacerle pagar su incursión. Luego todo alivio desapareció.

Era el Buitre. El saltador carroñero estaba allí, en contra de lo que dictaba la lógica, sonriente y enloquecido. Empuñaba un arma extraña, una suerte de pistola grotesca que contaba con una bayoneta serrada en el cañón.

—Traza círculos, baila especias, rompe y rasga, niña —decía mientras se le acercaba—. ¡Rompe y rasga!

—No sé qué quieres decir. No te entiendo. ¡No te entiendo!

—¡Rompe! —Hilachas de saliva emergieron de su boca, perdigones de baba. Sus ojos danzaban en las cuencas, pero no tenían el menor brillo. Parecían simples canicas, ojos muertos—. ¡Rasga, zorra! ¡Rasga! ¡Rasga!

La apuntó con la pistola en un furioso ademán. Empuñaba el arma con ambas manos en un intento, supuso Rebeca, de controlar el temblor. Ella, intuyendo lo que venía a continuación, rodó por el suelo. Un segundo después llegó la detonación.

Casi sin solución de continuidad se oyó un segundo disparo, y Rebeca sintió un mordisco en la pantorrilla izquierda. Aquello iba en serio, terriblemente en serio. Intentó desenfundar su propia arma, un revólver de diez disparos, de punta explosiva. Pero tenía las manos mojadas debido al suelo encharcado, y al tratar de empuñarla la pistola resbaló y cayó al suelo.

El Buitre la mandó lejos de un puntapié. Rebeca oyó el rugido de Ágata, pero no había modo de que el dragón entrara en el templo. Estaba sola. Se volvió hasta quedar bocarriba e intentó retroceder con los codos mientras esperaba el tercer disparo.

Pero este no llegó.

El Buitre se cernió sobre ella, encorvado como si un peso tremendo le aplastara la espada. Resoplaba y jadeaba, fuera de sí.

—La espiral perversa, la morsa que habla, la luz del cielo y la pirámide rota. ¡Rasga la melaza, bastarda! —Ya no empuñaba la pistola como si de un arma de fuego se tratara, ahora la aferraba como un arma de filo. Estaba descargada, comprendió.

Y a ella todavía le quedaban alternativas. No tenía tiempo para ponerse las gafas protectoras, pero cerró los ojos con todas sus fuerzas al tiempo que apretaba el

pulsador de la muñeca. Incluso tras sus párpados cerrados la explosión de luz resultó abrumadora.

Giró de nuevo sobre sí misma. Estaba deslumbrada aunque su adversario debía de estarlo todavía más.

Se equivocaba. El súbito resplandor no parecía haber hecho mella en el Buitre.

—¡Rasga! —exclamó mientras se abalanzaba sobre ella.

Los dientes le castañeteaban de un modo furioso, como si pretendiera devorar todo el aire de la cripta. Rebeca rodó con el Buitre encima. Proyectó ambas manos hacia delante y consiguió frenar la muñeca de su adversario y detener el filo que buscaba su garganta. Cuando se revolvía en el suelo con el propósito de soltarle un rodillazo, el Buitre intentó arrancarle los ojos con la mano que le quedaba libre. Los dedos le arañaron la cara con saña. Rebeca mordió con todas sus fuerzas la mano de su enemigo. La carne cedió y la boca se le llenó de sangre.

El Buitre corcoveó sobre ella mientras trataba de liberarse a tirones que le desgarraban todavía más la mano. Rebeca se resistía a soltar su presa. Pero la mano armada escapó de las suyas y un segundo después sintió cómo el puñal se hundía en su estómago.

Una, dos veces.

Abrió la boca y dejó caer la cabeza al tiempo que gritaba. El dolor era insoportable. El mundo giró a su alrededor cuajado de resplandores. El sabor metálico de la sangre le dio náuseas. El Buitre se echó a reír; era una risa demente, ida. Empuñó el cuchillo con ambas manos y se dispuso a lanzar un último ataque.

Justo entonces el suelo sobre el que combatían se vino abajo y ambos se precipitaron al vacío.

Fue una caída corta, de apenas tres metros. Aun así, el golpe la aturdió. Rebeca perdió el conocimiento durante unos segundos, un lapso de breve oscuridad del que emergió mareada y rota.

Miró a su alrededor. Habían ido a parar a una segunda sala, más inundada que la primera. La estancia, gemela de la superior, estaba repleta de esqueletos, tendidos formando figuras excéntricas: un telegrama al más allá escrito con cadáveres.

El Buitre y ella habían caído sobre varios cuerpos, haciéndolos pedazos. Una sombra se movió a su lado, veloz, y un instante después tuvo a su adversario encima. Había perdido la pistola bayoneta, pero el estar desarmado no lo hacía menos peligroso. Sintió cómo las manos le rodeaban la garganta y comenzaban a apretar. Ella buscó la de él con las suyas propias. Era un duelo de fuerzas, una carrera hacia la muerte.

Rebeca se sentía a un paso de desfallecer, pero se negaba a rendirse.

Se miraron mutuamente a los ojos. Los de él eran extraños, fingidos, casi parecían esferas de madera pintadas de blanco. No tuvo tiempo de pensar en ello. Sus manos se desprendieron de la garganta del hombre que la estaba matando. Lo último que notó antes de perder el conocimiento fue el cuerpo del Buitre que se desplomaba

sobre el suyo.

Rebeca fue la primera en despertar. Tenía encima el cuerpo desmayado de su adversario, lo que le dificultaba la respiración. Lo empujó como pudo y cayó al suelo, entre los esqueletos que habían pulverizado en su caída. Aún seguía vivo, su pecho bajaba y subía a trompicones, a espasmos broncos.

Rebeca jadeaba, medio sumergida en el agua. La oscuridad estaba tintada apenas por la escasa luz que se filtraba desde arriba.

Se incorporó con dificultad. Su cuerpo era una sinfonía de diferentes dolores, pero no podía permitirse el lujo de rendirse a ellos. Si lo hacía estaba perdida.

Tenía que salir de allí.

Algo vibraba a la altura de su pecho. Eso era lo que la había devuelto a la conciencia, la llave que la había conducido a aquel mundo; por supuesto, la misma que debía llevarla de regreso a Amalgama. Era de madera, con pequeñas briznas de hiedra incrustadas. Y esa vibración quería decir que el tiempo se agotaba.

Rebeca apenas podía moverse, y mucho menos pensar en salir de aquel templo por su propio pie. Tuvo claro que iba a morir allí. El Buitre había conseguido su objetivo: había terminado con ella. Aquel espantajo estaba tirado a su lado, y lo único que indicaba que estaba vivo eran las sacudidas bruscas de su caja torácica.

Un repentino destello en un charco le llamó la atención. Era la pistola del Buitre, tirada en una montonera de huesos como un pájaro muerto en un nido macabro. Alargó una mano y la empuñó. Todavía quedaban rastros de sangre en la hoja. Era su sangre, la misma que unos minutos antes había corrido por sus venas.

Miró de nuevo al hombre desmayado. Sería fácil acabar con él ahora. Un tajo y todo terminaría.

Sobre su cabeza oyó ruido de derrumbe. Estuvo a punto de echarse a reír ante lo que intuyó como una nueva amenaza. A fin de cuentas, no iba a permanecer mucho tiempo varada en aquella Tierra Alterna. Moriría por las puñaladas de su estómago, desangrada por el balazo en la pierna o sepultada por un derrumbe.

Un frío tremendo le royó las entrañas. Sopesó el arma que empuñaba. Nunca había matado a nadie, pues no había sido necesario. Sus incursiones en las Tierras Alternas no lo habían requerido. Había usado la violencia justa, y se había servido más de su capacidad de escape que de su agresividad.

Rebeca hizo un esfuerzo supremo y se acercó al cuerpo. Estaba escuálido, parecía más un espantapájaros que un ser humano. Sería tan sencillo acabar con él... Un solo tajo y...

Sacudió la cabeza. No, no era una asesina. Era Rebeca Su, esclava, ladrona y saltadora, pero no una asesina. Morir matando no era su estilo.

Dejó caer el arma, se acercó todavía más al Buitre y lo registró con manos temblorosas. Tenía los bolsillos llenos de monedas extrañas, redondas unas,

triangulares otras. Monedas de un sinfín de mundos. Encontró también un compás, un pedazo de metal afilado y un silbato de madera. Y al fin dio con la llave. La tenía escondida en un bolsillo del pantalón cosido a medio muslo.

La examinó a la escasa luz que llegaba de arriba. Intentaba no hacer caso a los ocasionales sonidos de la piedra y la tierra al caer. Estaba esculpida en hueso y su forma era idéntica a la que le había dado el Cerrajero. No había hiedra incrustada. En este caso habían dibujado ramitas por toda su superficie. La llave del Buitre no vibraba.

Un gruñido y un revuelo de sombras le hicieron levantar la mirada. Cayeron piedras y pedruscos. El techo se resquebrajaba. Había algo arriba. Algo que pateaba y gruñía, frenético.

Rebeca parpadeó. El mareo y la debilidad hacían presa de ella.

Ágata asomó la cabeza. El dragón de niebla había acudido en su búsqueda. Tenía la nariz cubierta de polvo y se distinguían cortes en su cuello. ¿Se había abierto camino a golpes por el templo? ¿Había derribado los muros a cabezazos? Oyó un rugido furioso mientras la dragona hacía lo imposible por avanzar.

—Muy bien, preciosa... —le susurró desde la oscuridad—. Llévame a casa —le pidió en voz tan baja que ni siquiera ella pudo escucharse.

Abrió los ojos.

Estaba en su cama, envuelta en mantas, con la cara medio vendada. Madura estaba a su lado, velándola en una silla situada junto a la cabecera. Estaba adormilada, pero se despertó en cuanto Rebeca hizo ademán de incorporarse. La obligó a mantenerse acostada mientras hablaba a trompicones.

Rebeca estaba aturdida, pero parte de su parlamento consiguió abrirse paso entre la niebla que enturbiaba su mente. Había estado inconsciente cuatro días, le dijeron. Ágata la había llevado hasta allí. El dragón de niebla había encontrado la Puerta de salida por sí mismo.

—Estabas en parada cardiaca —le confesó Madura—. Muerta, cariño. Estabas muerta. El Cerrajero se puso como loco cuando te vio. Comenzó a golpearte en el pecho. Nadie esperaba que volvieras a la vida. Creo que ni siquiera él, por mucho que gritara que era imposible, que no podías morir, que todavía te faltaba mucho por hacer. —La cogió de la mano con fuerza—. Y de pronto abriste los ojos. Estabas muerta, cariño. Estabas muerta y resucitaste.

El día en que la chistera salió del conejo

Curiosamente, el primero que se dio cuenta de lo que estaba pasando aquel día fue Riddly.

El niño estaba en su cuarto, jugando con sus maquetas. Le habían regalado un fabuloso-juego-de-construcción hacía dos semanas, un obsequio por su puesta de largo entre la alta sociedad londinense. Y en contra de todo pronóstico, lo había absorbido por completo. Su padre esperaba que le gustase, desde luego, o de lo contrario no lo habría hecho traer desde Francia, de aquella tienda tan increíble en Nantes donde lo había visto en el último de sus viajes. Todas aquellas vigas en miniatura, los pequeños destornilladores y las minúsculas tuercas debían ir encauzando las miras del chaval hacia algo más mundano y próspero que los misterios sobrenaturales. Algo como ser ingeniero, por ejemplo. Sobre todo ahora que el negocio de los ferrocarriles subterráneos (¡hay que perforar Londres!) se estaba revelando tan próspero.

Pero incluso las previsiones más optimistas de lord Astrud resultaron erróneas cuando el heredero de su fortuna abrió la caja, y el fabuloso-juego-de-construcción salió de ella para entrar en su mente como una bomba. Desde aquel día se había pasado horas y horas explorando las posibilidades del fabuloso-juego-de-construcción, pero de una forma que ni siquiera su padre llegaba a comprender.

Riddly no construía casas con él, ni carromatos, ni esos modernos coches a combustión petrolífera. (Astrud se mofaba de quienes le decían que era el negocio del futuro.) Tampoco puentes ni edificios ni ninguna otra idea de las sugeridas en la parte de atrás de la caja. No, lo que el pequeño Riddly hacía era fabricar puertas. Cientos, miles de puertas de otros tantos tamaños y formas diferentes. Y las encajaba unas dentro de otras, como si estuviera obsesionado con definir caminos que se escondían dentro de caminos.

Fue entonces cuando el desgraciado Astrud empezó a sospechar que no había dado en el clavo, sino todo lo contrario. Que aquel juguete no estaba sino empujando aún más al niño hacia su misterioso mundo interior de puertas y cerraduras, una manía que había comenzado al poco de marcharse el (maldito) señor Logan. La tristeza lo invadió.

En aquellos días, Astrud estaba intentando desvincularse del mundo, de la Magia. Ya no reunía a los aperimantes para que le abriesen nuevas alas de la casa, ni tenía interés en los objetos raros que hallaban en su interior. Puede que su Mansión fuera literalmente el eje del mundo sobrenatural de la ciudad, el epicentro de una tormenta mística, pero a él le importaba cada vez menos. Astrud sentía que los misterios estaban pudiendo con él, que le rebasaban un poco más cada año, añadiendo otra capa

de incertidumbre a su ya compleja vida. Por eso se encerraba en sí mismo. No se estaba convirtiendo en un hombre escéptico, sino en uno pragmático, un hombre que incluso llegó a pedirles a los miembros del Cónclave que celebraran sus reuniones en otro lado. De manera temporal. Hasta que las cosas se calmaran.

Nadie tuvo la descortesía de preguntarle qué tipo de calma estaba buscando. Ni siquiera lady Marisa Condrell. Estaba claro que la ansiedad de lord Astrud no era una entelequia y, aunque lo fuera, poseía el tiempo y el espacio de los hechos. Por lo tanto, había que respetarla.

Pero al mismo tiempo, mientras el viejo señor de la casa renegaba de aquello que no había aprendido a controlar, y se dejaba arrastrar por su nuevo empirismo, su hijo se recluía en sí mismo. Y construía puertas.

Su madre notaba desde hacía meses que la empatía del niño hacia los hechizos de la Mansión iba en aumento. Eso la asustaba, pues coincidía punto por punto con lo que Logan le advirtió que sucedería. El problema era que no sabía cómo ponerle remedio.

Logan (el maldito, maldito Logan, que había llegado para poner su vida patas arriba y luego se marchó sin más) sugirió que el niño tenía madera de aperimante, y que esas habilidades no habían nacido de la nada. O las tenía o no las tenía. Si era así, solo podía esperarse que maduraran con el tiempo. Pero Lisa no estaba dispuesta a permitirlo. No, de ninguna manera. Ahora que había visto con claridad cuál era el caso de Logan, cuál su obsesión y su desprecio patológico por el peligro, no quería que su hijo siguiera la senda de aquellos chiflados.

La tarde en que Lisa se armó de valor para entrar en el cuarto de Riddly y quitarle, aunque fuera arrancándoselo de las manos, su fabuloso-juego-de-construcción (con todas las pataletas, los desprecios, los insultos, los desplantes de un niño hacia su madre y las rupturas de corazón que pudiera conllevar), la Mansión sufrió un magimoto.

Fue algo muy sutil, al principio. Más que un temblor una asincronía, un cambio de peso en las balanzas de la Magia. Pero Riddly lo percibió, y se abrazó a su madre mientras miraba a las paredes con miedo.

Lisa, junto al resto de los mortales que habitaban allí, lo sintió llegar en una segunda oleada. Cuando los temblores trascendieron el nivel de la porcelana para saltar a las lámparas, y de ahí a las paredes y los cuadros, cuando los viejos retratos en sepia se inclinaron al extremo de quedar acostados, el abrazo cambió de dirección. Los dos intercambiaron una mirada telepática. Y juntos encontraron el miedo.

—¿Qué diablos pasa aquí? —Lord Astrud apareció con el pelo mojado y sus polainas favoritas. Acababa de ser expulsado de un baño relajante con espuma de menta, un ritual que solía alargarse cuarenta minutos más y que nada, ni siquiera el anuncio de una guerra en Europa, podría haber interrumpido. Pero estaba allí, mojado y enfadado, y el suelo temblaba bajo sus polainas—. ¿Es un terremoto?

Riddly miró sus construcciones, hechas con las vigas y los tornillos que deberían

haber servido para construir trenecitos, y las vio derrumbarse. El invento cayó al suelo cuando la mesa dio una sacudida y las piezas se esparcieron como cristales rotos.

El niño tembló. Los ojos le brillaban tanto que parecían pequeños incendios.

—¡Mamá!

—Tranquilo, mi amor. Vamos a salir de aquí, y lo haremos ordenadamente.

—Que me condenen si no estoy de acuerdo —dijo lord Astrud, y encabezó la comitiva rumbo al piso de abajo.

La servidumbre también había salido a los pasillos, preguntándose qué pasaba. Los espejos temblaban, las puertas hacían gemir los goznes como si se estuvieran retorciendo sobre ellos. La escultura en mármol del bisabuelo de Astrud, que dejaba a la imaginación todo lo que estuviera por debajo de su papada (y que según las crónicas de la época, era una barriga cuya circunferencia inspiró a los Montgolfier para crear su globo), mostraba una sonrisa de lobo, con los labios recogidos hasta las encías. También se hizo pedazos.

—¿Qué demonios pasa aquí? —La pregunta le salió a Lisa como un exabrupto. En el aire flotaba una especie de polvillo molesto, y por mucho que insistiera en enjuagarse los ojos, la vista se le hacía añicos.

Entonces lo vieron.

Un resplandor rojo, como un aura sangrienta, perfilaba las Puertas mágicas, todas ellas cerradas, todas temblando como amantes en su primera experiencia sexual. Por lo general no había nada detrás de las Puertas, solo oscuridad, por lo que mirar a través de las cerraduras no servía de nada. Pero en esa ocasión algo se había encendido en el más allá, un pulso de energía caliente y estático como el eco de un incendio lejano.

—Cristo misericordioso... —murmuró lord Astrud, conmovido hasta lo absurdo.

Aquello no podía estar pasando, porque si así fuera... si... si así fuera... entonces coincidiría con una de sus peores pesadillas. Aquella en que los mecanismos que se ocultaban tras la Magia se estropeaban, y la Mansión empezaba a cargarse de energía como una bomba a punto de explotar.

Astrud se echó a reír. Era la risa de quien vaga entre recuerdos. Nadie le pudo ofrecer ninguna hipótesis consistente sobre lo que pasaría cuando la Mansión se volviera loca. O inestable, o como coño se llamara aquello. Nadie estaba seguro ni siquiera de si podía suceder.

Algunos miembros del cónclave aseguraban que la casa no podía explotar, sino implotar, aplastada por el peso de su propia metafísica. En cambio, otros (entre ellos Marisa Condlell, la mayor experta del mundo) creían que la cantidad de energía necesaria para mantener todos esos milagros a raya era descomunal. Cuando la Mansión fallase, todo Londres (diablos, quizá todo el sur de Inglaterra y parte de la costa normanda) estaría condenado. La casa explotaría como una bomba, y todo lo que hubiese al sur de Luton y al norte de Amiens o bien volvería al caldo primigenio,

o bien mutaría para parecerse a algo que se extinguió hacía tantísimo tiempo que incluso a Adán y Eva debía de parecerles un pasado mítico.

Por fortuna o por desgracia, todos estaban equivocados.

La Mansión explotó, en efecto, pero lo hizo por fases. Y no liberó una energía colosal y destructora, sino algo para lo que en aquel momento no existían palabras. Riddly quiso inventarlas con un último grito, apenas disfrazado de información, que soltó antes de que su madre lo cogiera en volandas y se lo llevara de allí.

—¡Se derraman! —gritó el niño recurriendo a la poca experiencia que tenía del mundo para intentar describir lo que veía. Y en el fondo era eso, un derrame, un aluvión, una sangría, aunque no de un líquido, sino de una realidad sobre otra.

Las paredes se agrietaron alrededor de las Puertas, y se rompieron en rectángulos perfectos como teclas de piano. La luz surgía en pinceladas divergentes, cada vez más llena de energía. Unos rayos latigueaban como martilleantes borrones de velocidad, como las voces de los antiguos chamanes de África, que pasaban de un estado de alucinación a otro sin intersecciones, hasta que sus delirios estallaban en la revelación de algún dios.

Lord Astrud tuvo la oportunidad de realizar un último acto honesto y desinteresado antes de morir. Y lo aprovechó. Siempre se había afanado en practicar un estilo de vida egocéntrico, predicado con el desnudo lema «hazte el bien a ti mismo y se lo estarás haciendo a los demás». Aunque ese lema no siempre era tan cierto, ni tan categórico. Pero en aquel momento, a unos metros de la salida de la Mansión y con el techo cayéndose a pedazos, el aristócrata tuvo una epifanía, un momento de claridad, en el que supo que ni su mujer ni su hijo lograrían ponerse a salvo si alguien no se quedaba atrás para intentar frenar lo que iba a salir por aquella Puerta.

Así que respiró hondo, los empujó a ambos hacia la salida y se plantó como un gracioso titán regordete y medio desnudo ante la tempestad. Alzando los brazos, gritó:

—¡Vuelve a la normalidad, maldito nexo de los cojones!

Y quizá no fuera una frase digna de un héroe griego, ni siquiera de pasar a la historia como famosas últimas palabras, pero fue lo que le salió del corazón. Fue la frase que lo obligó a tomar conciencia de dos casi: casi había conseguido escapar con vida de aquel desastre, y estaba casi satisfecho con los proyectos que había llevado a buen término durante su existencia. Muchos otros se quedarían en el tintero.

Riddly era uno.

La Puerta explotó y la luz rugiente llegó desde el otro lado. Si Lisa y Riddly no se quemaron fue gracias a que Astrud estaba haciendo sombra con su cuerpo regordete. Cuando el techo del recibidor se desplomó, y las vigas aplastaron el cuerpo del aristócrata, ellos dos ya se habían alejado lo suficiente como para que la onda expansiva no los afectara.

Sí, lord Astrud murió aquel día de una manera absolutamente altruista. Un final

que ningún poeta habría escrito para él. Pero la vida es traicionera y juguetona, y como no hubo testigos de su instante final, tampoco nadie pudo decir si llegó a ver la figura que salió corriendo de la Puerta y abrazó a Lisa y al niño, ayudándolos a escapar de la Mansión. La figura del hombre a quien Astrud odiaba más a que a ningún otro ser en este mundo, ya que su existencia ponía en duda un principio tan básico como el de la paternidad de Riddly.

Logan de Noxville.

La Mansión Infinita no explotó. En realidad, lo único que hizo fue darse la vuelta, invertirse como un sombrero de copa puesto del revés. Como la chistera de un mago empujada por los conejos desde el lado contrario.

Pero ¿qué ocurre cuando se le da la vuelta a un saco? Que su contenido se vierte fuera. ¿Y si ese saco fuera una semirrealidad fractal de contexto infinito? ¿Y si su volumen no tuviera fin, sino que encerrara mil universos de bolsillo?

Pues entonces tendríamos lo que dos millones de aterrorizados londinenses llamarían una catástrofe.

Lo que los ciudadanos vieron aquel día fue que una extraña luz con volumen, parecida a una pirámide invertida, se elevaba como un presagio sobre la ciudad. Pocos encontraron palabras para describir lo que sucedió a continuación: un pintor que retrataba a las damas del Soho tuvo que borrar un saliente que el hocico de su perro había hecho aparecer en la línea del horizonte de su dibujo. Entonces miró hacia arriba, al coloso de luz que nacía en el centro de la urbe, y echó a correr de forma tan violenta que su cuadro se cayó al Támesis y se perdió, como tantas otras cosas. Los repartidores de comida de los comercios que corrían a paso elástico entre sus carromatos y las aceras se quedaron paralizados, mirando aquella cosa elevarse y llenar el cielo. La vieron abrirse como una flor cuyos pétalos cayeron sobre Londres y la mutaron, transformándola en algo más... primigenio. Un gato que parecía salido de un decorado para la Noche de Brujas cruzó corriendo la calle, y otro idéntico lo siguió un segundo después, e hizo exactamente los mismos movimientos.

El ejército no tardó en acudir, acordonó las calles e intentó hacer pasar a la muchedumbre por los cuellos de botella de sus controles. La caballería fusilera alineó a sus animales frente a la zona acordonada, que comprendía veinte manzanas en los barrios más ricos de la ciudad. Los perros de algunos oficiales desataron oleadas de ladridos que sonaron como maldiciones caninas.

El máximo responsable de aquellas tropas, el general de brigada Duncan Chaucer, vio algo que más tarde caracterizaría solo como demencia, una prueba de lo loco que se había vuelto el mundo: del solar donde había estado la Mansión de lord Astrud salió una criatura que, de haber existido en un tiempo y lugar concretos, habría sido en los siglos oscuros de la era medieval y entre las nieblas de Ávalon.

Parecía un troll de gigantescas proporciones (*Styganthropus mutans*), un ser

bípedo pero fabricado a partir de la corteza de un árbol milenario. Se arrastraba sobre su vientre como si nacer a la realidad de Londres le doliera. Sus poderosos puños lo aplastaban todo, y fueron la causa de su perdición, ya que si no hubiesen destruido el asfalto, y la calle no se hubiese derrumbado sobre uno de los túneles del metro que excavaba la compañía de Astrud (;deliciosa casualidad!), el monstruo no habría caído en ellos como en una trampa de foso. Y la caballería fusilera no habría podido abatirlo a tiros tras descargar sobre él un verdadero arsenal. Disparar contra aquella cosa era como intentar talar un roble a impactos de mosquetón (*Styganthropus fatalis*).

Aun así, el ser no se dejó matar sin lucha, y le complicó las cosas al ejército al abrirse paso entre las filas de jinetes a puñetazos, e incluso reptar por los túneles del metro hasta salir por las geométricas frondosidades del parque Lawson. Fue allí donde los dirigibles lo abatieron, lanzándole bombas desde lo alto. Y fue allí donde el general Duncan comprendió que el arte de la guerra había cambiado para siempre, pues si esos eran los adversarios a los que tendrían que combatir a partir de entonces, iban a necesitar toda una teoría nueva de cómo vencer al enemigo.

Sin embargo, la euforia de los militares por aquella primera victoria duró poco, ya que si alguno pensó que aquel trol era lo único que iba a salir por los agujeros en la realidad que se habían abierto en la calle Dunlow, no tardó en demostrarse su error.

La imagen de una masa de gente que llegaba desde el otro lado le puso sordina al caos.

Los soldados (y entre ellos Duncan, quien deseó estar veinte años más cerca de su jubilación) contemplaron atónitos cómo aparecía un ejército de criaturas de la nada, y se dispersaba hasta ocupar los barrios colindantes a la calle Dunlow. Pero no era una milicia normal. Cientos de ojos se abrieron más de la cuenta para intentar encajar las masas centelleantes de criaturas vestidas de diamante y cristal que salieron de la grieta, entre las que culebreaban dragones y sierpes, trasgos y alucinaciones.

De sus gargantas surgió un rugido grave y virulento, como el siseo de advertencia de un depredador. Eran seres claramente hostiles, una mezcla heterogénea entre lo arcaico y lo delirante, que iban a pie o montados en bestias de leyenda. Y todos seguían a la única bandera que habían traído, y que portaba su líder como un conquistador.

Habían llegado los ikari.

La población aún no había visto esos prodigios de cerca. No necesitaba verlos para saber que algo muy malo había ocurrido en el centro de Londres, y que lo mejor que podían hacer era huir.

Cuando Lisa comprendió lo que estaba pasando (es decir, cuando su conciencia emergió por encima de la catatonia), ya se había sumado a una de las kilométricas columnas de refugiados que salían de la ciudad. Y se dio cuenta de que había otra

persona más a su lado.

Esa persona era Logan.

Lisa dejó de comportarse como una autómatas y profirió un grito. La gente apenas se volvió hacia ella, solo Logan y Riddly. Y ambos la abrazaron.

—Venga, no te detengas, sigue andando —urgió el aperimante—. No nos podemos quedar rezagados.

Un soldado a caballo los arengó para que siguieran moviéndose. Su voz era tan fría como el cañón de un arma.

—¡Marchen! ¡Están retrasando a los demás!

—¿D... dónde estamos? —Lisa saltaba con breves toses ahogadas. Se secó la barbilla con la mano, pues su lengua se había convertido en un pendón chorreante de saliva—. ¿Qué ha pasado?

—Tu marido ha muerto. Lo siento, pero fue un acto honorable. Se sacrificó para que pudierais salir de la Mansión.

De no haber estado al límite de su tolerancia emocional, Lisa probablemente habría muerto al escuchar la noticia. Pero por alguna razón la aceptó sin ambages. Tal vez porque llevaba dos horas dándole vueltas al problema, pese a que su mente seguía en estado de shock.

—Muerto...

—Sí, pero Riddly y tú estáis vivos, y eso es lo que cuenta. Ahora tenemos que alejarnos lo máximo posible del Nexo, y reflexionar. Hay que urdir un plan. Esto no se puede quedar así.

—¡Mi casa, la Mansión! ¿Qué le ha pasado?

—La Mansión ya no existe, cariño —le dijo con ternura—. Solo su contenido, que se ha desparramado por el mundo.

Como si fuera una rima, un verso que encajara con los acontecimientos pasados, Riddly repitió lo que había dicho durante la huida:

—Se derraman...

Ahora tenía mucho más sentido que antes. Llorando, Lisa abrazó a su hijo y siguió caminando, apoyada en el hombro de Logan.

—¿Qué pasará ahora?

—Que seguiremos con vida —respondió el aperimante. No se le ocurría otra respuesta mejor en esos momentos, sobre todo porque la vida era una condición necesaria para lo que tenía en mente. Como entrenar a Riddly en las artes de la aperimancia. E intentar arreglar todo aquel desaguado del que él mismo era responsable.

Y así, pensando y haciendo planes, pasaron quince años.

LIBRO SEGUNDO

LAS ARISTAS DEL CUENTO

Hic sunt draconis

Un nuevo aperimante en la ciudad

Sí, quince años.

Tres agotadores lustros en los que maduraron muchas cosas. Entre ellas, Riddly. Y también los graves problemas en los que estaba metida Londres.

En un primer momento se evacuó a toda la población civil que vivía en un perímetro de doscientos kilómetros. Pero pronto se hizo patente que lo que fuera que hubiera sucedido allí estaba muy lejos de haber parado. El caos seguía creciendo, y a un ritmo cada vez más rápido.

Cuando el derrame de las realidades inundó por completo las islas Británicas y se extendió al continente, sonaron alarmas en las cuatro esquinas del mundo. Se llevaron a cabo reuniones de urgencia, se consultó a expertos en los asuntos más inimaginables, los templos se llenaron de fieles aterrorizados de mil religiones, y los ejércitos se movilizaron para intentar detener algo que ni siquiera comprendían.

Pero todo ello, por supuesto, fue inútil.

La caja de Pandora había hecho algo más que abrirse. Se había vuelto del revés. Y ya era imposible devolver todas las maldiciones al interior de la caja.

—El inconsciente por el que transitas termina en este lugar.

Riddly se sorprendió al oír a la vieja pronunciar aquella frase. Sobre todo porque no era una locura al azar, sino un metakanji, una sentencia que tenía sentido dentro de la Magia, aunque quien lo hubiese pronunciado no supiera lo que estaba diciendo.

Los agudos rasgos de la mujer se nublaron.

—Es en la tramoya —añadió, como si fuera obvio—. Es en la tramoya donde se oculta. Por eso no lo percibes.

El joven no le hizo caso y se concentró en el teatrillo de marionetas. Era una caja desbastada y sucia, cubierta por un paño que, más que embellecer, lograba despertar más lástima por el pasado de aquel juguete. Cuando se apartaba aquella especie de cortinilla, simulando un telón que se alzase para revelar prodigios, asomaba una burla de Londres. La verosimilitud no les importaba lo más mínimo a los niños, los principales clientes de la titiritera. Por eso bastaba con aquel antiguo cartón de leche para simular el Parlamento, o con aquellos cordones de zapatos enrollados sobre lápices para evocar el puente de la Torre.

Sin embargo, a pesar de la miseria y la decrepitud a las que hacía referencia el juguete, verdadera realidad actual de quienes se habían quedado a vivir en Inglaterra, había algo de fondo, una chispa mágica que Riddly supo reconocer.

Era una cosa que había aprendido en los últimos y difíciles años: los cambios en la realidad no venían todos juntos, sino en oleadas. Cada vez que una onda de pararealidad recorría los campos, las mutaciones empezaban a seleccionarse. Y,

como si fueran firmas de una voluntad que estuviese retorciendo el planeta, dejaban tras ellas cúmulos de poder mágico. Riddly había aprendido a identificarlos. Algunos, gracias a su padre, y otros, por sí mismo, por su propia experiencia empírica con la Magia.

—Dentro de mil años, nuestra especie se habrá fortalecido con las paradojas —vaticinó la vieja, y se quedó dormida de pie.

Riddly examinó el teatrillo. La escena que representaba tenía lugar cerca de la catedral de Saint Paul, una zona arrasada hasta los cimientos. Quizá pudiera emerger una historia de amor de entre sus barricadas de cartón, o un cuento con graciosos personajes que les recordaran lo que eran los finales felices. Quizá emergiera una historia con posibilidades de ser real, algún día.

Y eso le había llamado la atención a Riddly. El mundo a veces le sorprendía con una salida de tono de lo más impertinente, algo que estaba obligado a investigar sí o sí, en caso de localizar su fuente. Los teatrillos, nadie sabía por qué, eran carne de cañón para esas manifestaciones espontáneas de la Magia.

—Ah —masculló Riddly, quien confundió la claridad en la cara de aquellas marionetas con taimadas conspiraciones—. Ah. Ya veo.

Lo veía: aquellos muñecos podrían haber representado mil tipos humanos, podrían haber sido sacados de un cuento o de los recuerdos de la anciana. Pero no. El parecido de dos de las marionetas con Riddly y con su padre era asombroso, como si los hubieran copiado del natural. Y no solo en los rasgos mal pintados de aquellas caras, sino también en la ropa: usando jirones de tela, sacados puede que de cadáveres o de montañas de basura, la vieja había dado forma a una convincente imitación del gabán negro de Riddly, con su cuello partido por el lado de la yugular en un triángulo vacío. También a la guerrera roja de su padre, con los botones dorados y las plumas de ganso que ahora le daba por ponerse en lugar de hombreras.

Demasiadas casualidades como para no sospechar que había algo detrás. La cuestión era la siguiente: ¿qué? ¿Un mensaje? ¿Una forma que tenía la ciudad de avisarles de que algo muy gordo se había interpuesto en sus destinos?

Riddly estuvo un buen rato contemplando aquel proscenio en miniatura. Lo cierto era que no estaban en un lugar seguro: los edificios en ruinas que los rodeaban, a la vieja y a él, eran los del antiguo Soho. Se habían convertido en un territorio de caza para los ikari. Mucho, mucho peligggggro, como habría dicho el bueno de su mayordomo con su acento de la Europa del Este, si siguiera vivo.

Riddly no tenía tiempo que perder: se había encontrado con aquella anciana por casualidad mientras hacía una incursión, y no tuvo más remedio que acercarse a ella. ¿Cómo pasar de largo después de que aquella absurda escena apareciera de repente ante sus ojos? Al doblar una esquina vio a la titiritera, que reía, cantaba y movía los muñecos ante un público de palomas muertas. El viento hacía aplaudir las alas de las aves. Lo curioso era que ese agitar muerto de plumas solo sucedía cuando la vieja soltaba un chiste.

Era demasiado sobrenatural como para pasar de largo. Así que Riddly hizo un alto en su carrera de vuelta a casa. Su padre le había advertido en incontables ocasiones de que no se demorara por tonterías, y menos en territorio ikari. Pero aquello había que verlo.

—¿Qué me quieres contar? —murmuró el veinteañero con una voz cortada, como si estuviera aplastando insectos con la lengua. Aunque de niño hablaba de una manera muy dulce, su tono de voz de adulto tenía la propiedad de asustar a quien lo oyese. Aquello le hacía disfrutar con ganas—. ¿Estás intentando decirme algo?

Entonces se dio cuenta. Los muñecos de Riddly y Logan no estaban allí de manera independiente al decorado. Su presencia tenía un porqué. Y ese porqué era una Puerta.

—Venga, cuéntame la historia. Dime hacia dónde tengo que ir en la siguiente escena.

Metió las manos por debajo del teatrillo. Encontró los hilos de las marionetas y tiró. Los pequeños y deformes Riddly y Logan bailaron.

—Supongamos que no me estás enseñando dónde está la Puerta, sino que me cuentas la historia de cómo la encontré.

Nada más empezar a mover las marionetas y hacerlas bailar sintió que aquello le gustaba. Lo hacía con unos movimientos graciosos que parecían escritos *ex profeso*. Y puede que así fuera. Riddly dio por cierto que existía un guión para aquella misteriosa función en alguna parte, y se limitó a seguirlo, aunque no lo hubiese leído nunca.

Los muñecos sabían adonde querían ir. Le contaron su historia. Muñeco-Riddly paseaba de izquierda a derecha bajo el cartón de leche del Parlamento, cuando aparecía Muñeco-Logan y le echaba una bronca, que por qué me haces esto, que siempre estás igual, que te dije que volvieras a casa antes del anochecer, que si quieres seguir viviendo conmigo debes acatar ciertas normas... Un poco lo de siempre. Pero entonces, en un momento dado, Muñeco-Riddly cogió un objeto del suelo e hizo algo con él que...

Riddly soltó las cuerdas. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

Las marionetas le estaban obligando a representar un escenario imposible, algo que él jamás haría en la realidad. Pero el joven no quería hacerlo, ni siquiera en broma.

La anciana murmuró en sueños. Su boca tosía cosas carentes de sentido, por ejemplo «en la deriva me siento inmovilizada». Resultaba imposible saber si eran más metakanjis o meros desvaríos de una mujer que tenía un pie en la tumba. Riddly los memorizó de todos modos: más tarde reflexionaría sobre ellos. Una frase cabalística dicha al azar podía ser como un grano de oro en una playa, un objeto con las relaciones con su entorno rotas.

Se oyó una explosión a lo lejos, seguida por una columna de humo. Mierda, combates a menos de seis manzanas. Las patrullas ikari se las veían de nuevo con las

fuerzas armadas de Su Majestad, o quién sabía si peleando entre ellas, como hacían en ocasiones.

De mala gana, tiró de hilos e hizo aquello que el guión invisible le pedía que hiciera, por horrible que le pareciera. Al fin y al cabo, solo era un juego, una simulación, no la vida real, ¿cierto?

El problema era que, cuando se jugaba con magia, esa distinción no siempre estaba tan clara.

Lo hizo, y la Puerta que esperaba se abrió. ¡Fantástico! Era una ranura entre los cartones de fondo del decorado, los que representaban edificios históricos que ya no existían, que empezó a vomitar luz. ¡Una Minipuerta dimensional en un decorado de juguete!

Por supuesto era demasiado pequeña como para que un ser humano se metiera por ahí. Y menos todavía si era tan alto y espigado como Riddly. Sí que podía meter la mano, aunque fuera de costado.

Riddly hizo de tripas corazón y deslizó la mano en la ranura. Casi al instante deseó retirarla, porque lo que tocó al otro lado fue algo cálido y húmedo, una superficie que se cerraba en torno a su brazo con un latido de vida. Pero no lo hizo. La puertecita se cerraría si sacaba la mano de allí, quién sabía si para siempre. Tenía que aguantar la sensación de asco, de no saber qué estaba tocando pero sí que estaba vivo y que rezumaba un líquido pegajoso.

Riddly maldijo por lo bajo y empujó aún más adentro. Entonces rozó algo, unas glándulas que vibraron al contacto con sus dedos. Unas protuberancias carnosas que temblaban.

La anciana gimió dentro de su sueño. Se había llevado las manos a la entrepierna.

Riddly no pudo soportarlo más y sacó el brazo entero. Estaba bañado en un líquido parecido a la secreción vaginal de una mujer. Miró con infinito asco a la anciana, que se retorcía de placer.

Sacó su ballesta de mano y le disparó en la cabeza. El dardo le atravesó el cráneo espolvoreando un rorschach de sangre contra el tabique (una aleteante mariposa, dos ángeles haciendo el amor, dos letras fundidas en un léxico alienígena).

—¡Súcubo apestoso! —le gritó, pero ya no había remedio. Aquella cosa lo había impregnado con sus jugos prohibidos. Si no se lavaba en menos de doce horas, y la simple agua de lluvia no bastaba para eso, la carne se le pudriría como si le hubiese mordido un áspid enfermo de lepra.

Destrozó el teatrillo de una patada y se marchó corriendo de aquel lugar, llevándose consigo los muñecos. Los tiró al río en cuanto cruzó uno de los puentes del Támesis, y no paró hasta que llegó a casa de su padre.

Menuda bronca iba a caerle. Pero se la merecía. Ningún aprendiz de aperimante metía las zarpas en una Puerta que se hubiera abierto sin tomar precauciones, o sin tener al menos una ligera idea de lo que le esperaba detrás. Y él había metido el brazo en los genitales de una súcubo.

—Menuda bronca me espera... —murmuró mientras subía los escalones del edificio.

Su padre ocupaba de manera provisional (todas las viviendas eran provisionales en el bajo Londres) un inmueble que se alzaba junto a una fábrica abandonada de piezas de ferrocarril. Desde el ático se veía la espina dorsal del Támesis, cambiando de forma con las estaciones como una nube lenta. Mucha gente creía que el río era estático, que siempre fluía por el mismo curso, pero no era cierto. Si uno se fijaba en él durante el tiempo suficiente, podía verlo latigear como la fusta de un jinete, flagelando la espalda de Londres.

Riddly subió los escalones hasta el primer piso, abrió la tapa del lector óptico de la cerradura y miró dentro. Era otra de las geniales ideas de su padre: en un pequeño orificio de la puerta descansaba una criatura de otra Terra Dupla, una especie de ojo con tentáculos. Tenía la propiedad de dilatarse o contraerse, pero no lo hacía según le incidiera la luz, sino según lo familiar que le resultara aquello que veía. Logan le había clavado unos anzuelos al iris y los había conectado a la cerradura con cables. Si el bicho veía algo (o a alguien) que le era familiar, el iris se contraía de placer y la cerradura se abría. Si quien llamaba a la puerta era un desconocido, la puerta permanecía cerrada.

Logan afirmaba que al bicho no le dolía. Riddly prefirió no discutir.

—He oído por ahí que hay un nuevo aperimante en la ciudad —dijo Logan sin mirar hacia la puerta. Estaba inclinado sobre un mueble lleno de engranajes, restos de lo que antaño fuera el autómatas de Kempelen.

Riddly se congeló en mitad del gesto de dejar su sombrero en el perchero y quitarse el gabán. Se quedó un segundo disfrutando de esa perpleja parálisis.

—Sí, yo también. Y dicen que es muy bueno, además.

—¿Y esas habladurías también mencionan que el aperimante novato no sabe distinguir una Puerta dimensional del coño de una súcubo?

Esta vez Riddly siguió congelado durante más tiempo.

—¿Cómo lo sabes, papá?

—Las paredes hablan.

—No tenía paredes cerca cuando sucedió.

—Me refiero a cualquier tipo de pared, incluso las del teatrillo de marionetas. —Cansado, Logan se quitó los anteojos y los dejó sobre los restos del Turco—. Hijo, ¿cómo no te diste cuenta? ¿Acaso no te he dicho muchas veces que...?

—... que cuando encuentre una manifestación espontánea de la Magia venga corriendo a decírtelo, ya lo sé. —Enfadado, el joven se arremangó el brazo manchado con hiel de súcubo y lo metió, entero, en una solución alcaloide de lágrimas de hada. Gimio cuando el líquido, parecido al ácido, empezó a freírle la piel—. Las hadas lloran tan amargamente estos días que sus lágrimas oxidan el cobre. ¡Joder, cómo

escuece!

—Pues si lo sabías, ¿por qué no lo has hecho? La adolescencia y su estúpida rebeldía ya te quedan muy lejos, hijo. Ahora eres un hombre, y los hombres piensan con la cabeza, no con los testículos.

—¡Ya lo sé! ¿Crees que no? —explotó Riddly. Hasta su padre opinaba que su voz era la cosa más desagradable del mundo, decía que sonaba a ruedas de carromato aplastando crustáceos—. ¡Pero tenía que comprobarlo, maldita sea! ¡Éramos nosotros, tú y yo, en unas marionetas de madera! ¿No te parece que eso merecía ser investigado?

—¿Yo en una marioneta...? —El rostro de Logan se volvió pálido—. ¿Pudiste escuchar el guión de la obra?

—Sí, y lo seguí hasta el final. La Puerta se abrió, y me vi obligado a explorarla. ¿Qué iba a saber yo de los trucos sucios de esos demonios? —Sacó el brazo de la solución de lágrimas y lo metió en otra mucho más relajante, solo agua y sal. Estaba casi en carne viva—. En ese pozo de sabiduría que me legas a ratos seguro que hay un capítulo que habla de los súcubos, pero aún no hemos llegado a él.

Logan miró a su hijo y sonrió. Le gustaba el hombre en que se había convertido. Miró la pálida carne de sus brazos y el negro alquitranado de su cabello, y una vez más se sintió enfangado por emociones absurdas. ¡Riddly parecía un viejo en el cuerpo de un adolescente! No era de extrañar, teniendo en cuenta cómo y dónde había tenido lugar su niñez. Pero esa ansia de saberlo todo, de anticiparse a todo y que nada escapase de su ojo avizor... lo estaba carcomiendo por dentro.

Deseó por enésima vez que Lisa Strongfield no hubiera sucumbido a la llamada de los hábitos. Se había unido a las Hermanas de la Caridad hacía seis años, convencida de que con sus votos de pobreza y silencio (el de castidad, para desgracia de Logan, parecía haberlo formulado nada más poner el pie fuera de la Mansión Infinita) contribuiría más a la derrota de los ikari que con cualquier arma. Lisa habría sido capaz de contener las ansias de su hijo, ella habría sabido cómo ponerle freno.

Riddly quería ser sabio sin antes pasar por el proceso de aprendizaje, un proceso en el que las vivencias se combinaban con lo que leía en los libros para amasar ese sustrato de inteligencia. Riddly quería ser mayor ya, y punto, y usar sus conocimientos para hacer incursiones en territorio ikari. Lo que más le preocupaba a Logan, sin embargo, era que la razón de esa ansia, de esa obsesión por reunir datos, era algo tan simple y poderoso como el miedo.

—Te voy legando mi «sabiduría», como tú la llamas, en fragmentos pequeños y fácilmente comprensibles —dijo, quizá más distante y altanero de lo que pretendía—. Pero es por tu bien. Para entender la Magia tienes que ir paso a paso, secreto a secreto. No puedes pretender abrir todas las páginas del libro a la vez. Para ser un buen aperimante hace falta paciencia.

Riddly se frotó los ojos con el hastío de quien ha rebatido mil veces los mismos argumentos y no le apetece hacerlo de nuevo. Entonces se fijó en las maletas. Unas

maletas de viaje que esperaban junto a la puerta.

El joven se envaró.

—¿Qué significa eso, papá? ¿Nos mudamos otra vez?

—Has acertado. Este lugar ya no es seguro.

—¡Pero si acabamos de llegar, no llevamos aquí ni seis meses! ¡Dijiste que los ikari tardarían unos cuantos años en pasar por esta zona, porque los repelía el hematoma arcano de estos barrios!

Logan cerró los ojos. En la suave costura marrón de sus ojos se adivinó un movimiento: las pupilas que iban de aquí para allá, pensativas.

—Y lo mantengo. Los ikari no son el problema.

—¿Ah, no? ¿Entonces...?

—Observa, hijo. —Logan señaló el paisaje que se veía por la ventana. Los fantasmas de cemento que asomaban entre las dunas de escombros hablaban de un Londres salido de una guerra. Los rojos y naranjas viscosos de puentes fundidos por dragones (¡dragones, por Dios, como los de las antiguas leyendas!) parecían llagas en la piel de la urbe.

Y más allá de aquel desquiciado *skyline*, tras pantallas de humo que se elevaban con el asombro enfermizo de unos djinnis recién invocados, se movía algo. Enormes objetos que avanzaban de izquierda a derecha tras los edificios, con un movimiento tan fluido y constante como solo podía conseguirse usando el Támesis como carril.

—¿Qué son? —preguntó Riddly.

—Barcos de guerra de Su Majestad. Y de los grandes —gruñó Logan—. Van a intentar una ofensiva a la desesperada para reconquistar Londres, y nos van a pillar en medio. Los ikari no se acercarán voluntariamente a este barrio, es arcano-antígeno para ellos. Pero los humanos no se lo pensarán dos veces en bombardearnos con sus obuses.

La desesperanza se apoderó de su hijo. Había dado muchas cosas por sentadas la última vez que buscaron un hogar, como que este les duraría más que el anterior. O que podrían gozar de una época de paz, simple, pura y llana paz. Pero la verdad se abría paso hacia él con la parsimonia de un león al acecho.

—Han combatido a los ikari muchas veces, y siempre han acabado perdiendo —dijo Riddly, abatido. Sentía como si se cayese dentro de un agujero, un túnel a un lugar donde solo había cosas entrevistas. Cosas que jamás serían reales, como «tranquilidad» o «sosiego»—. ¿Es que no van a aprender nunca? ¿Cuándo se darán cuenta de que no es posible combatir lo arcano con lo racional?

—Cuando la última bala del último rifle se haya disparado, y el último soldado se desplome en las trincheras —suspiró Logan, cogiendo su diario de viajes y anotando algo en clave. Riddly habría dado cualquier cosa por que su padre le dejara echarle un vistazo, aunque fuera por unos pocos minutos. Pero Logan se mostraba muy receloso con respecto a su diario. «Hay cosas escritas aquí que aún no estás preparado para saber», decían sus ojos—. En eso tienes razón, es triste. Pero tienen que descubrirlo

ellos mismos. Venga, recoge tus cosas; debemos irnos antes de que anochezca. Proseguiremos nuestra búsqueda en otra parte.

A Riddly le habría gustado saber qué búsqueda era esa. Desde que era niño y su padre lo rescató del... bueno, del bum-gasp-bang que recordaba de su infancia (traducción: el día en que el mundo entero, y el universo a su alrededor, se fueron al cuerno), lo había oído dar muchas explicaciones. Algunas sonaban más o menos coherentes, y otras no tenían ni pies ni cabeza. Lo único que su padre le dejaba claro era que ellos estaban allí, en el viejo Londres, buscando algo. Un secreto que tal vez pudiera devolverlo todo al *statu quo* de antes.

Riddly tenía fe en esa explicación cuando era más joven y más inocente. Ahora que era mayor, y su inocencia se había evaporado en una nube de arcanos descontrolados y física no aristotélica, ya no pensaba que aquello tuviera vuelta de hoja. No tenían manera de volver atrás y arreglar el desastre. Pero había algo que su padre estaba obsesionado por encontrar, algo que se situaba en el corazón mismo de aquellos misterios. Y en su obsesión por hallarlo había arruinado la vida de muchas personas.

Aún estaba por demostrar si una de ellas era Riddly.

Por eso, porque le carcomían esas dudas, no le dio más detalles a su padre sobre el final de su pequeña aventura con la súcubo. No le dijo cuál fue el acto que tuvo que llevar a cabo en la pantomima para acabarla, y que la Puerta se abriese: hacer que su Muñeco-Riddly agarrase un puñal y lo clavase en el cuello del Muñeco-Logan, que cayó fulminado, desprendiéndose de la cuerda de la vida que lo sostenía.

Había tenido que simular con marionetas el asesinato de su padre.

Rebeca y la cámara secreta

Cuando Rebeca regresó de su nueva incursión por las Tierras Alternas, descubrió que los ikari contaban con otro dragón en Amalgama. Era de un color bronce sucio (tan grande como Náusea), con su arnés ciudad labrado en cristalería negra y roja; bajo su vientre se disponían siete cañones ominosos como catedrales.

Más tarde se enteraría de que aquella nueva criatura respondía al singular nombre de Pandemia, y que su aliento era todavía más mefítico que el de su congénere. Ella sola se había bastado para sofocar las revueltas que habían tenido tan a mal traer a los ikari en las últimas semanas. El método empleado para acabar con la rebelión había sido expeditivo: su aliento asesinó a los cerca de veinte mil rebeldes que se habían hecho fuertes en el Bosque Notorio, además de acabar, de paso, con toda la flora y la fauna local.

Sin duda alguna aquella bestia se había ganado con creces su nombre.

Pandemia se estableció a las afueras de Amalgama, muy cerca del volcán y de Náusea. La presencia de ese nuevo espanto no era el único cambio que se había producido en la región en los últimos días. Los cielos perpetuamente sombríos de Colapso estaban ahora tomados por un sinfín de dragones de combate, mantícoras, cópteros y pterodáctilos acorazados: los ikari habían movilizad o a lo más granado de sus fuerzas aéreas. Las armaduras de los dos dragones hervían también de tropas de infantería, al igual que los campamentos que bordeaban Dentricarauna. Los ikari habían convocado a un gran número de sus legiones de conquista en Colapso; estas formaban en escuadras perfectas que, vistas desde el aire, parecían runas de un lenguaje incomprensible.

Eran la punta de lanza para la invasión que se estaba gestando.

A unos dos mil metros sobre el volcán (centro neurálgico de las operaciones) se veía también un nuevo garfio de luz. Era un haz de energía blanca, un relámpago inmóvil que atravesaba el aire como un anzuelo atraviesa un gusano. En torno a aquella brecha imposible, la realidad se desangraba: unos enormes goterones multicolores se desprendían de ella, arcoíris licuados que se precipitaban al interior de la boca ávida de Dentricarauna.

No era la única grieta que los ikari habían practicado en los últimos días en los cielos. Rebeca tenía contabilizadas otras veinte, configurando una suerte de estrella de cuatro puntas en cuyo centro estaba situado el volcán.

—Están abriendo canales hacia el mundo nex o —le explicó el Cerrajero al día siguiente de que aquellas cosas comenzaran a aparecer—. Una vez obtenida la localización exacta del núcleo han comenzado a practicar agujeros en la trama de la existencia, cada vez mayores, cada vez más próximos, con el fin de abrir vías de

acceso. —Al anciano le costaba trabajo hablar. Lo hacía despacio, poniendo sumo cuidado en cada palabra, como si fuera a suceder algo terrible si las pronunciaba mal—. Para conseguirlo retuercen la energía que rodea a los universos alternos y los mantienen separados hasta que esta se desgarran.

—O sea, que preparan una invasión —resumió ella.

—De hecho es probable que haya comenzado ya. —Hizo una pausa para toser contra su puño. Fue una tos bronca y desagradable, como si quisiera expulsar los pulmones. Una vez recuperado siguió hablando, haciendo caso omiso de la mirada de preocupación de Rebeca—. En los primeros compases, el número de efectivos que los ikari pondrán en liza al otro lado será, por fuerza, reducido. Es una cuestión de logística: las primeras Puertas de acceso serán pequeñas. Les servirán para las tropas de asalto, pero no para las grandes unidades, las que inclinarían a su favor cualquier contienda. Una vez los dragones ciudad se sumen a la lucha, la única alternativa que le quedará al otro bando será izar la bandera blanca.

Rebeca no se acercó ni a Pandemia ni a Náusea ni a los ejércitos que los flanqueaban. La tensión se palpaba en el aire: los ikari estaban agitados, y eso los hacía todavía más peligrosos. Algunos delitos que antes estaban penados con reclusión menor o una simple advertencia se castigaban ahora con ejecuciones inmediatas. Se habían prohibido las reuniones de más de cinco personas en la vía pública y se habían cerrado de forma temporal todos los mercados, centros de culto y locales de ocio; entre ellos, el burdel del Cerrajero.

Rebeca había supuesto que el nerviosismo de los ikari pondría freno a sus incursiones en los mundos alternos, pero, para su sorpresa, se había dado el caso contrario: el Cerrajero la estaba haciendo salir más que nunca. El día anterior, sin ir más lejos, había batido su récord de saltos. Cinco en total. Habían sido misiones sencillas, sin más complicación que entrar y salir, pero la habían dejado tan agotada que cayó prácticamente inconsciente en la cama. Muro la despertó seis horas después con una nueva encomienda.

Rebeca estaba convencida de que la agitación de los ikari y el incremento de sus misiones estaban relacionados. Cuando se lo preguntó al Cerrajero, este se limitó a guardar un silencio hosco que no cabía duda de que estaba deseando romper.

Quería compartir algo con ella. Aun así, no lo hizo.

—Te vi hablar la otra noche con el Buitre —le dijo Rebeca entonces, en un intento de hacerlo reaccionar—. Discutíais a las puertas del burdel. ¿Hablabais de mí?

El anciano tardó en responder, pero a juzgar por su gesto la muchacha comprendió que lo que le ocultaba estaba relacionado de alguna forma con esa reunión.

—En efecto —contestó al fin—. Fuiste uno de los asuntos que tratamos. —A continuación sonrió, pero era una sonrisa ajena, agotada, un pálido reflejo de las que le había visto esgrimir en otras ocasiones—. Te alegrará saber que el Buitre ya no

alberga intención de matarte. Ha comprendido que hacerlo no tiene sentido.

—Que lo intente si quiere —dijo ella con una mueca—. Que lo intente y acabaré lo que empecé en aquel templo. ¿De qué más hablasteis?

—Le pedí ayuda y se negó a proporcionármela.

Rebeca parpadeó.

—¿Ayuda? ¿Para qué?

El Cerrajero no respondió, y ella comprendió que sería inútil insistir.

Rebeca condujo a Ágata hasta Amalgama. Las escuadras ikari habían tomado el espacio aéreo sobre la ciudad. Una de ellas la detuvo cuando se adentraba en la barriada del burdel. La obligaron a mostrar su ficha de identidad y la registraron a fondo, incluso tocándole las partes íntimas. Esta actitud carecía de segundas intenciones: era más que sabido que a los ikari les repugnaba la fisonomía humana.

No era la primera vez que la paraban en los últimos días. El Cerrajero era consciente de que corría ese riesgo, y por eso habían establecido nuevas normas de seguridad: no llevaba su equipo de saltadora habitual, nada de tecnología avanzada ni mochilas explosivas, nada que delatara a qué se dedicaba. Por eso tenía que destruir la llave nada más regresar a Colapso, y por eso los objetos que el Cerrajero la mandaba a buscar eran enseres comunes y corrientes, sin nada que indicara su procedencia.

Los ikari la contemplaron con su suspicacia habitual antes de despedirla, después de hacerle saber que a partir del día siguiente se prohibiría bajo pena de muerte el vuelo civil en Colapso.

Rebeca, enfurruñada por la noticia, dejó a Ágata en el patio para que Yocasta la condujera al corral. El Cerrajero la esperaba en la biblioteca y, según la prostituta, quería verla cuanto antes.

La joven supuso que había un nuevo salto en ciernes. Si el anciano estaba al corriente de la prohibición de sobrevolar Amalgama, querría aprovechar al máximo las últimas horas de libertad aérea. Se podían realizar saltos en superficie, por supuesto. Había Puertas por toda la ciudad que, con la llave adecuada, la comunicarían con otras dimensiones, pero con ello se multiplicaba el riesgo de que la descubrieran, sobre todo en el trayecto de vuelta: nunca sabías qué podía esperarte al otro lado.

El anciano la recibió con una sonrisa demacrada. Rebeca comprendió que su cansancio y el de ella andaban a la par. ¿A qué se estaría dedicando? ¿Qué era aquello que mermaba de manera tan notable sus energías? En el burdel se aseguraba que llevaba más de una semana sin acostarse con ninguna de las chicas... lo que indicaba a las claras que algo marchaba mal.

—Bienvenida, mi preciosa muchachita —le dijo al tiempo que la invitaba a sentarse en una silla. La biblioteca olía a polvo y conspiraciones—. Estás agotada, se

te ve a la legua, y hace que me sienta culpable por el modo en que te estoy exprimiendo. ¿Has tenido algún contratiempo?

—Ninguno a la salida, pero sí a la entrada. Una patrulla ikari me paró a la vuelta. —Acto seguido le hablé de la prohibición de vuelo.

—Las cosas se aceleran —murmuró el viejo mientras se frotaba las manos como si estuviera amasando algo—. Era inevitable que adoptaran esa medida tarde o temprano. Esto no me coge por sorpresa. Sospecho que planean mover a sus dos dragones ciudad. Pobres de los desgraciados que tengan que enfrentarse a ellos... — Su rostro se ensombreció, pero solo un instante—. ¿Qué nuevo regalo me has traído de esos mundos lejanos, chiquilla?

—Lo que me pediste.

Abrió la mochila y le tendió el objeto. El anciano lo tomó con delicadeza entre el índice y el pulgar: era una armónica de madera, descascarillada en su parte anterior. Del cajón de su escritorio sacó un monóculo rodeado por un arco graduable. Lo giró a izquierda y derecha para estudiar la armónica. Su ojo derecho se veía inmenso a través del cristal. El ojo crecía o menguaba con cada nueva torsión, dependiendo del sentido del giro, pero también variaba de color y hasta de forma.

Los minutos transcurrieron lentos y silenciosos. Solo se oía el ocasional clac clac que emitía el arco del monóculo cuando lo calibraba. Hasta que, de pronto, el Cerrajero asintió, satisfecho por la nueva reliquia.

—¿Me vas a hacer seguir saltando? —preguntó la joven—. Hay patrullas ikari por todas partes. El riesgo de que me pillen al regresar es cada vez mayor.

—No habrá más saltos. Al menos, de momento —prometió él mientras se retrepaba en la silla—. Tengo una nueva tarea que encomendarte, querida. Lo he estado retrasando todo lo posible, pero ya no puedo esperar más. Sería de estúpidos negar lo evidente: estoy agotado, niña, agotado como no lo había estado en la vida. —Rebeca jamás le había oído hablar con semejante seriedad—. Necesito que me sustituyas en cierta labor que estoy llevando a cabo. Por desgracia, yo ya no estoy en condiciones de continuarla. —Guardó silencio unos instantes, mientras se armaba de valor para dar el siguiente paso—. Sígueme —le pidió al tiempo que maniobraba con su silla de ruedas—. Quiero mostrarte algo.

Rebeca le cedió el paso, atónita.

El lugar estaba expresamente diseñado para él: había pasamanos, rampas, poleas y sogas de apoyo distribuidas de forma estratégica, que facilitaban su desplazamiento por los distintos niveles. Rebeca se mantuvo siempre un paso por detrás. El Cerrajero la guió hacia lo más profundo de la biblioteca, adentrándose más y más en sus entrañas polvorientas. Tardaron un buen rato en bajar hasta la última planta.

Rebeca miró a su alrededor, intentando comprender. ¿Qué pretendía mostrarle? Lo vio aproximarse hasta una estantería y tomar un grueso volumen dispuesto a media altura. No lo terminó de sacar de la balda, se limitó a inclinarlo como si de una palanca se tratara. Al llegar a su punto más bajo, buena parte del estante se abrió

hacia dentro.

—Un pasaje secreto —se asombró Rebeca—. Un pasaje secreto dentro de una biblioteca secreta.

—Hay ciertos detalles de la operación que no era conveniente que te desvelara. —Nada más ver el gesto airado de la joven se apresuró a añadir—: Confío en ti, muchachita, ni se te ocurra dudarle. El problema es que los ikari son muy persuasivos. Con ellos no hay lealtades que valgan: si quieren sacarte algo, lo lograrán.

Tras la puerta había una segunda estancia que apenas se diferenciaba de la que acababan de abandonar: más baldas y volúmenes polvorientos, pero en este caso los libros almacenados allí eran todos del mismo tipo: gruesos tomos encuadernados en piel marrón, con hojas bastas y de bordes mal recortados. No había ni rastro de la heterogeneidad que imperaba en el resto de las plantas.

Rebeca estuvo tentada de curiosear, pero el anciano no se detuvo. Llegó hasta otro estante, tomó otro libro y una segunda puerta se reveló.

—Sígueme.

El corredor acababa en una puerta cerrada por un impresionante candado electrónico. En un lateral había un pequeño teclado alfanumérico, situado a una altura cómoda para alguien que estuviera sentado. Rebeca no tuvo la oportunidad de ver el código que introducía, pero, a tenor del tiempo que le llevó, no parecía ser muy largo. Se oyó un chasquido procedente de la puerta y, al momento, el Cerrajero giró la manilla y la abrió. El anciano la invitó a pasar con un perentorio gesto de la mano.

Fue a parar a una estancia atestada de objetos. La joven contuvo la respiración: tenía ante ella buena parte de los objetos que había recuperado para su amo. Reconoció muchos, aunque había otros tantos que no tenían nada que ver con ella. ¿Reliquias conseguidas por el propio Cerrajero antes de perder las piernas? Estaban colocadas en baúles o amontonadas en caprichosos conjuntos.

Aquel lugar se asemejaba mucho a las extrañas habitaciones que de cuando en cuando se había encontrado en sus viajes. Miró a la pared frente a la entrada; allí se dibujaba, borrosa todavía, una puerta de madera.

—¿Qué es esto? —preguntó en un susurro, como si hubiera algo peligroso a lo que no fuese conveniente despertar.

—Un Portal a medio convocar —contestó el Cerrajero.

Él también hablaba en voz baja, pero debido al ahogo. Acabó la frase con un regüeldo viscoso, silbidos impotentes que apenas arrastraban aire.

La muchacha hizo ademán de acercarse a él, pero el hombre la detuvo con un gesto, como si su proximidad fuese a agravar su situación.

—Es este lugar —dijo cuando se hubo recuperado mínimamente del ataque—. El muy cabrón se cobra su peaje. No puedo continuar con mi labor aquí, no sin poner en riesgo mi vida. Por eso te va a tocar sustituirme.

—¿Haciendo qué?

El Cerrajero señaló la puerta borrosa.

—Abrirla. Eso es lo que llevo años intentando. Y tú, aun sin saberlo, me has estado ayudando a conseguirlo.

—Vas a tener que explicarte mejor. Estoy agotada y no tengo la cabeza para alardes.

El Cerrajero le mostró de nuevo la pequeña armónica. La mano le temblaba. A Rebeca nunca le había parecido tan frágil como en aquel momento.

—Todos y cada uno de los objetos que me has traído a lo largo de estos años están cargados de energía dimensional. Tú misma has sentido su poder, el disparo de la eternidad, ese relámpago de plenitud que te estalla en la cabeza. Lo que no sabes es que la concentración a gran escala de esta energía pliega la realidad y la quiebra. Abre caminos. Crea Puertas como esa que está apareciendo ante nosotros.

—¿Me estás diciendo que lo que te he estado trayendo de todos esos mundos no son más que otras llaves?

—Fragmentos de ellas, si quieres verlo así. Pedazos que obran milagros cuando se unen de la manera correcta. Mira a tu alrededor. ¿Ves cómo he dispuesto los objetos por la estancia? —Ella asintió otra vez—. Si los cambiara de lugar, si acumulara más en un lado de la habitación que en otro, la Puerta se desvanecería.

»No se trata solo de la cantidad de energía almacenada aquí, sino de cómo se distribuye. Observa —la instó, al tiempo que retiraba una peonza de la cima de una de las pilas. El contorno de la entrada se desdibujó al instante. Continuaba allí, pero menos definido—. Un mero cambio y ya perdemos sintonía. —Volvió a dejar la peonza en su lugar y la Puerta ganó en concreción—. Prodigioso, ¿no crees? Llevo veinte años jugando con la energía dimensional, probando combinaciones en un intento de encontrar senderos al otro lado. Y en todo ese tiempo solo he tenido éxito una vez. Hace tres años conseguí abrir una Puerta en la pared.

—¿Adonde conducía?

—Al vacío —contestó, entristecido—. A la nada. Cruzar ese umbral habría significado la muerte. ¿Qué pasó con el universo que había al otro lado? —Se encogió de hombros—. Cualquiera sabe. Tal vez los ikari les pasaron por encima, u otra catástrofe acabó con ellos. O tal vez, simplemente, ese universo se extinguió de forma natural cuando llegó su hora.

»Desde que abrí esa puerta al vacío, mis ensayos se quedaron en nada. Me he pasado años enteros aquí abajo, jugando y jugando sin conseguir resultados, intentando montar este puzle inmenso de piezas que no terminan de casar. Hasta hace poco más de una semana. ¿Recuerdas la estatuilla que me trajiste del mundo de las arañas? Nada más meterla en la habitación, la Puerta comenzó a perfilarse.

Rebeca recordó que, de hecho, había conseguido esa estatuilla en un lugar muy parecido a aquel. Intentó hacer memoria, pero no logró recordar si aquella puerta había perdido definición al robar el objeto.

—¿En qué se diferencian esos Portales de los que utilizo yo?

—Su naturaleza es diferente. —El anciano extendió los brazos en una especie de lento aleteo—. Supongo que no habrás olvidado lo que te conté sobre los cúmulos, las agrupaciones de universos contiguos. Estas sendas conducen a *otro* sector diferente al nuestro, llevan hasta el mundo nexa de otro cúmulo de realidades.

—¿Como el que han encontrado los ikari?

—Exacto. Y hay otras diferencias notables: dada su naturaleza efímera, solo puedes quedarte en las Tierras Alternas a las que conducen durante un breve espacio de tiempo..., si es que tienes intención de regresar, claro. En este caso no sucedería tal cosa. La Puerta estaría abierta de forma permanente, y se convertiría en un pasaje continuo entre realidades. Y hay algo más. A diferencia de las otras, traspasarla no entraña ningún riesgo para quien la cruce. Cualquiera puede atravesarla, sea saltador o no, sin riesgo de sufrir una molesta descompresión que lo vuele en pedazos.

Rebeca se acercó al borrón, y lo examinó. Era idéntico a los que había visto tantas veces en sus viajes, en habitaciones muy similares. La única diferencia estribaba en que el que tenía delante no acababa de estar ahí.

—Estás intentando hallar una salida —le dijo al anciano, mientras lo miraba de reojo—. Por donde escapar de Colapso.

—No. —Aquella negativa sorprendió a la muchacha—. Lo que quiero es estabilizar una Puerta. Ese es mi único objetivo; al menos, de momento. Una Puerta estable tiene un valor incalculable. Sí, la posibilidad de usarla como vía de escape es muy tentadora, para qué engañarnos. Hasta yo mismo la he barajado en ocasiones. Pero detente a pensarlo un momento: no podemos salvar a toda Amalgama. No podemos evacuar la ciudad entera. ¿A quién sacarías? ¿A las chicas? ¿A nuestros amigos? ¿A las niñas de la Catedral de la Desesperanza? Y lo que es más importante, ¿dónde nos detendríamos? —Sacudió la cabeza—. Cuanta más gente desapareciera o estuviera al tanto de nuestras actividades, más riesgos correríamos.

—Y les entregaríamos en bandeja a los ikari la entrada a un nuevo mundo —comprendió ella. Un escalofrío recorrió su espalda ante la posibilidad de forjar un nuevo Colapso.

—Oh, he tomado mis precauciones, tenlo por seguro. Hay cargas explosivas en las paredes y siempre llevo encima el detonador. —Saber que estaba rodeada de explosivos no contribuyó en absoluto a calmar a Rebeca, sino todo lo contrario. Miró a su alrededor con renuencia—. Y además, esta Puerta tiene otro curioso detalle que debería tranquilizarnos: una vez termine de hacerse real, solo podrá desbloquearse una vez. Si la cierras, no volverá a abrirse jamás; al menos, no desde este lado.

—Por eso nunca puedo abrir las que encuentro en los mundos alternos —comprendió ella.

—Claro: ya han sido abiertas una vez.

—Me va a estallar la cabeza —admitió Rebeca. Era demasiada información, demasiadas implicaciones—. Así pues, lo que tengo que hacer es dedicarme a mover cosas, a cambiar reliquias de sitio hasta que ese borrón termine de solidificarse, ¿no?

Y después, ¿qué haremos?

—¿No es obvio? Ver adonde nos lleva.

Barcos de guerra de juguete (y zepelines de papel)

El cinturón blindado que rodeaba la cubierta del HMS *Dover* tenía doscientos milímetros de espesor. Poseía cuatro cañones de trescientos milímetros y cuatro tubos torpederos, además de otras piezas de menor envergadura. Setecientas almas bregaban a bordo, luchando con las duras tareas que exigía un buque de guerra de tales características, sobre todo cuando se había izado la bandera de peligro.

La capitana Loren Brakall era la única mujer que había logrado comandar un acorazado de ese tamaño en la Marina Británica. Para ella era un honor que pronto tendría que refrendar con hechos: no era poca la confianza que el alto mando había depositado en ella para que dirigiese la campaña, la recuperación de la ciudad de manos de aquellas bestias. (La palabra que más se le ajustaba era «reconquista», pero ninguno de sus superiores la usaba para no tener que admitir que habían perdido Londres. Para reconquistar algo había que perderlo antes.)

El *Dover* no era el único acorazado que remontaba lentamente el Támesis... a Dios gracias por su navegabilidad tras las crecidas de primavera. Desde que se había producido el «evento Londres», el río había aumentado su caudal hasta casi el doble de lo que solía llevar antes, anegando los barrios colindantes al dique. Por eso se habían arriesgado a meter barcos de semejante tonelaje estuario arriba.

Otros tres barcos seguían de cerca al de cabeza: el *Amenofis*, el *Juggernaut* y el *Tinkerbelle*, un carguero de apoyo más que un verdadero buque de guerra. Entre todos desplegaban la misma potencia destructora que los ejércitos de Napoleón que habían tomado Austerlitz. Y ni siquiera así Loren se sentía segura.

«La sangre pesa mucho en las venas cuando carga con mucha historia», le había dicho su padre. Y era cierto. Sentía ese peso a medida que la sangre le circulaba por el pecho, inflamándolo de ardores patrios, y daba gracias en silencio por él. Porque así, si el cuerpo le pesaba mucho y caía con firmeza sobre las botas, sus temblores quedarían ocultos a ojos de los suboficiales.

Loren tenía una deuda con la historia. Era la nieta más sobresaliente del general de brigada Duncan Chaucer, el hombre que había perdido la primera batalla contra el invasor, hacía quince años. No es que esa efeméride fuera la que más alto le haría elevar su copa en un brindis, desde luego, pues ningún licor es lo suficientemente noble (o desvergonzado) como para alzarlo en conmemoración de una derrota..., pero para Loren era una fecha importante. Aquel fue el día en que su abuelo perdió la principal ciudad del Imperio Británico. Una mancha oscura en su historial que tenía que borrar a cualquier precio.

Por eso estaba allí, acaudillando aquella pequeña armada. Y por ese motivo no caería en el mismo error que cometió su abuelo: subestimar al enemigo.

—Terciando al frente —cantó el oficial de derrota, girando el timón medio grado a babor. La proa blindada del *Dover* cortaba las aguas mansas que había entre los meandros de Leuconia y Chatterbrand. Si no fuera por aquella espesa niebla, podrían ver acercarse las torres gemelas del puente, un monstruo de más de doscientos metros que cerraba el río, y que si hacía falta Loren derribaría a cañonazos.

—Mantenga rumbo y velocidad —ordenó con la voz más tranquila que pudo conseguir—. Que los operadores del magneto Hertz estén atentos a cualquier sombra en la pantalla.

Unos jóvenes uniformados de blanco (para distinguirlos del azul oscuro de la tripulación) se inclinaron sobre sus aparatos, unos engendros llenos de tubos de vacío, moduladores, magnetrones de válvulas y quién sabía qué otras filigranas que ella jamás entendería. Ni ella ni ninguno de sus oficiales, por mucho que se las dieran de entendidos en lo que estaban haciendo aquellos muchachos. Los operadores hercianos, llamados así en honor al alemán que inventó aquel sistema de exploración por ondas de radio, eran cerebritos salidos de alguna universidad que hacían más matemáticas con letras griegas que con números.

Loren frunció el ceño por debajo de su catadoblelejo; no le gustaba depender de máquinas para ver, sobre todo cuando su tecnología aún tenía fallos. Una sombra captada en el Hertz podía corresponder a un objeto en el mundo real, cierto, pero también podía ser un error de las malditas ondas, y obligarla a tomar decisiones basadas en espejismos. Por desgracia, y dado el espesor de aquel puré de guisantes (¿de dónde demonios había salido tanta niebla, de una sátira burguesa de Compton-Burnett?), no le quedaba más remedio que confiar en los cerebritos.

—Que los artilleros carguen las piezas. Estamos muy cerca del puente. La última vez que se divisó una gran concentración de tropas del enemigo fue por aquí cerca.

—Sí, señora. —El que se hizo eco de su orden fue su segundo, el teniente Arnold Klee. Era un hombre vitriólico y lleno de energía, quizá demasiado para lo que ella necesitaba en esos momentos, pero buen oficial a la postre. Una nunca se tenía que preocupar por comprobar si se cumplían sus órdenes o no: Klee haría todo lo posible para que así fuera, estuviera o no dentro de sus competencias—. No me gusta esto.

—¿El qué, el río?

—La misión. Nunca se había intentado tomar Londres navalmente, al menos en la era moderna.

La capitana sonrió de medio lado.

—¿Demasiada fuerza para tan poco enemigo? ¿Usted no habría enviado a la Marina?

—La Marina no tiene rival, dentro o fuera de su elemento —dijo Klee, citando un aforismo de sus tiempos de la academia—. Pero esto es como cazar ratones a cañonazos. Debería haber entrado primero el ejército de tierra, antes de enviarnos a nosotros. O la fuerza aérea. Nuestros acorazados son demasiado grandes para este río, y no podrán maniobrar si...

—¿Si tenemos que retroceder?

—No. —La mirada de Klee se volvió patibularia—. Retroceder nunca. Pero es posible que nos estorbemos unos a otros si tenemos que desembarcar a las tropas.

Loren asintió. Le gustaba Klee porque pensaba en su misma... eh, ¿cómo dirían los cerebritos?, «longitud de onda». Lo que había dicho era verdad: mandar acorazados a cañonear desde dentro las zonas ocupadas del Gran Londres era como matar cucarachas a cañonazos. Pero había veces en que lo que pedía una operación era justo eso, una demostración desmedida de fuerza. Algo muy por encima de lo estrictamente necesario para salir triunfantes.

Eso era lo que perseguía el alto mando: que los malditos ikari captaran bien el mensaje.

La niebla se aclaró un tanto al doblar el último meandro, el que había justo antes de llegar al puente de la Torre. La densa nubosidad se deshilachó en andrajos de vapor, y la oficialidad del puente pudo ver los edificios de la ribera.

Todos contuvieron el aliento.

El paisaje que apareció detrás de la bruma no solo tenía muy poco de Londres, sino también de la Tierra. Aquellos edificios de buhardillas arracimadas estaban cubiertos por algo que parecía algún tipo de hiedra, pero que no se asemejaba a ninguna planta que hubiese existido antes en el planeta. Más parecía un alga que una enredadera, con un color enfermizo a medio camino entre el bronce y el pus. Los tallos se alzaban hasta una altura de tres plantas, engarbaban sus filamentos en las chimeneas y tejían trampas de lazo para los pájaros, los gatos y cualquier otro animal que se arriesgara a aventurarse por los saledizos.

El aire mismo estaba saturado de partículas que eran como esporas, aunque no se comportaban como tales, pues de vez en cuando se agrupaban en remolinos y demostraban, con un *movimiento nada* errático, que tenían una rudimentaria inteligencia. Aquí y allá se veían costras de algo sólido y parecido al cristal que salía del río, extendiendo sus dedos *hacia las* calles donde no quedaba ni un alma. Esas costras de coral se inflaban como excrecencias de hongos, y formaban diques que apenas dejaban espacio para navegar.

Tierra, mar y aire. Era como si un paisaje abstracto se hubiese derramado sobre Londres, y la hubiera cubierto con una mortaja de ecología alienígena.

—Esos arrecifes me preocupan —murmuró la capitana—. Detenga la nave.

—¡Todo atrás en cinco y alto! —gritó el teniente, moviendo con un crepitar de campanillas la rueda del telégrafo interno, enlazado con la sala de máquinas—. ¡Parada total!

Loren se acomodó la goma del catadoblelejo sobre los ojos. La visión combinada de las cuatro lentes le acercó una fracción de la orilla del río, con viejos barcos fluviales de paseo medio hundidos y cubiertos por aquella extraña flora. Las lenguas de agua se adentraban en las calles, convertidas en una pequeña Venecia, y en los edificios del antiguo gobierno, que ahora eran islotes de piedra victoriana.

Por doquier asomaban signos de lucha, cicatrices de enfrentamientos, como si aquellas avenidas hubiesen sido el escenario de infructuosos combates. Pero ahora no se veía ni un alma, ni un animal perdido, ni un pájaro en los alféizares. Nadie pedía auxilio desde las ventanas. Ninguna tropa enemiga vigilaba las calles anegadas. Ni siquiera había cadáveres que flotaran en las suaves corrientes de los «canales».

Londres parecía un cementerio. Pero estaba claro que allí había algo, oculto.

—Que los hombres se preparen —ordenó Loren—. Toca a zafarrancho de combate. Cubrid ambas orillas con los arcos de fuego.

Dicho y hecho. La pequeña flotilla despertó a una actividad aún más frenética. Las piezas de artillería delanteras del *Dover* giraron noventa grados hacia la izquierda para cubrir el flanco de babor, mientras las de popa ejecutaban la maniobra inversa. De los barcos de atrás llegaron sirenas, destellos de los heliógrafos con órdenes en clave y un nervioso flamear de banderas. La flotilla se preparó para el combate.

Por encima de ellos, entre las nubes bajas, se hicieron visibles las panzas de cuatro dirigibles de ataque, con imágenes del Cristo de Rubens pintadas bajo la barquilla central. En el vientre de esos cristos se abrirían las portezuelas para dejar caer las bombas.

Fue entonces cuando Loren los vio.

Empezó como un hormigueo de pequeños puntitos en ambas riberas, luego esos puntos se aglomeraron en filas. No muy pulcras, no muy ordenadas (al menos no con el gusto exquisito que exigían los británicos, para quienes la guerra era una cuestión de formas y de elegancia antes que de muerte), pero filas al fin y al cabo. Eran cientos, quizá miles de seres que se asomaban lentamente desde todos los escondites y ángulos posibles, como si el ejército ikari hubiese estado acampado en los barrios colindantes al Támesis, y las sirenas de los buques lo hubieran despertado.

Tragando saliva, Loren contó cientos y cientos de cabezas caballunas que se alzaban por todas partes. Miraban los barcos de guerra como manadas de flamencos que observan al humano que se les acerca, sin darse cuenta de que es un cazador que viene a matarlos. En sus bodegas, los barcos llevaban unos batallones de infantería ansiosos de salir a luchar, y armados con lo mejor que el gobierno provisional había podido conseguir en tan poco tiempo. Pero al ver la densidad de las tropas ikari, Loren comprendió que tendrían que esterilizar el terreno antes de bajar las pasarelas.

—Son... muchos —se sorprendió el teniente.

Loren recuperó la compostura, como se esperaba que hiciera un buen capitán. Sintió el peso de la mirada de su abuelo, quien a buen seguro la estaría valorando desde el más allá.

—Sí, pero míralos —dijo con desdén—. Son primitivos, bárbaros armados con puntas de sílex. Recuerda a los hugonotes, y cómo les dimos una verdadera paliza.

—Tienen algo más que puntas de sílex —masculló Klee, usando su propio catadoblelejo para rastrear la orilla—. Aquello que veo parecen catapultas.

—¿Catapultas? ¿En serio? ¿Y qué están cargando en ellas, piedras?

—Hum... No, parece..., parece que están cortando grandes trozos de la hiedra esa que cubre los edificios. Y hacen bolas grandes.

La capitana frunció el ceño. No le gustaba que el enemigo hiciera cosas que no podía entender. Y aunque aquello pareciese una tontería digna de hugonotes, no había que subestimar a los ikari. Su abuelo ya pagó un precio demasiado alto.

«Perdóneme, abuelo, no quería pensar eso de ti», se dijo, y levantó una mano para que el artillero estuviese atento.

—Todas las piezas... ¡Fuego!

Los oficiales se agarraron a las barandas que rodeaban el puente, para compensar la inminente inclinación del barco. Cuando los cañones delanteros dispararon, no fue como quien lanza con las manos un cartucho de TNT, o como quien dispara la lombarda de un antiguo barco pirata. Los dos tubos de trescientos milímetros de proa quemaban en fracciones de segundo varias toneladas de pólvora cada vez que cantaban su canción, y eso se notaba en la tremenda llamarada que salía por la tulipa.

Hubo dos fogonazos, dos géiseres titánicos de fuego y humo que oscurecieron por un instante la visión de la orilla. Un estampido doble tan brutal que hizo temblar como papel los cristales del barco, y tiró al suelo todo lo que no estuviera sujeto encima de las mamparas. La proa se inclinó casi diez grados hacia estribor, en dirección contraria a los cañonazos, y torció la línea del horizonte. Pero solo hasta que las baterías de popa abrieron fuego e inclinaron el eje de flotación de la nave en sentido contrario.

—¡Ja, ja! —dejó escapar el teniente Klee—. ¡Chupaos esa, cabrones!

Loren sonrió, compartiendo su alegría. No había nada que emocionara más a un marinero que desatar todo el potencial bélico de su buque y disfrutar, como dirían sus madres, haciendo montones de ruido. Ella estaba obligada a mantener la compostura, pero en el fondo también sentía ese picor casi sexual cada vez que la sacudida de la detonación le echaba el pelo hacia atrás, y el humo de sus cañones teñía de hollín las aguas.

Los impactos sobre los edificios fueron más espectaculares que los disparos. Un trescientos milímetros podía lanzar un proyectil con una presión de tres mil kilos por centímetro cuadrado, capaz de impactar muchos kilómetros tierra adentro. Y eso, si el blanco se elevaba verticalmente a apenas unos cientos de metros, como una diana, significaba impactos capaces de reducir a polvo los edificios... cuando la ojiva no atravesaba hasta tres o cuatro de ellos de golpe.

Loren contempló cómo la ribera del Támesis se convertía en una metáfora del infierno, a medida que los otros acorazados se sumaban a la fiesta. Desde el cielo también llovió muerte, pues los capitanes de los zepelines se habrían avergonzado por quedarse atrás cuando llegó el momento de la verdad. Así pues, docenas de flores de fuego abrieron sus conos de destrucción sobre las cabezas de los ikari, acabando con millares de ellos.

«Ahora vais a saber lo que es devolver el golpe», se emocionó Loren. «Voy a

recuperar esta ciudad aunque tenga que reducirla a escombros en el proceso. Abuelo, dame fuerzas.»

El viento tardó unos minutos en disipar el humo. Varios brazos se elevaron en el puente de mando, llevando otros tantos catalejos a los ojos de la oficialidad. El gesto fue tan sincronizado que parecieron títeres movidos por un mismo conjunto de hilos.

Loren esperó mientras el buen viento del sur hacía su trabajo. Habían pasado ya un par de minutos desde el grueso de las explosiones, pero aún seguían lloviendo cascotes y trozos de edificios. Eso daba una idea de a qué tremenda altura tenían que haberse elevado en el momento de la hecatombe.

Lo que la capitana Loren Brakall vio entonces fue a medias lo que esperaba... y a medias lo que más temía.

Los ikari no habían sido destruidos. No sabía cómo lo habían hecho, pero sus filas (descompuestas como un hormiguero bajo la lluvia) seguían estando en su sitio. Había muchísimos cadáveres, pero puede que otros seres los hubieran sustituido en las filas nada más morir, pues las dimensiones del ejército parecían las mismas. Habían sufrido muchas, muchísimas bajas, pero no parecía haber menos ikari que antes.

Loren sintió que una pinza de hielo le apretaba la garganta. Las catapultas que quedaban ilesas curvaron sus largos brazos de madera (¡de madera, por Dios!, ¿quién iba a creerlo?) y les lanzaron aquellas bolas de hiedra alienígena. Esos proyectiles, que apenas pesaban, se abrieron en el aire, formaron algo parecido a redes, o a telas de araña cortadas a jirones, y cayeron sobre los cuatro buques.

El catadoblelejo de Loren aún apuntaba hacia los ikari, buscando infructuosamente sus puestos de mando. Junto a los humanoides tipo, con esa pinta de pesadilla de alcohol y absenta, Loren descubrió otros seres a los que nadie había visto nunca. ¿Variantes de la raza ikari, primos lejanos... o simples amigos reclutados para la guerra? La capitana no pudo contener un escalofrío al constatar que uno de aquellos seres la miraba, directamente a ella, y movía sus quijadas en una parodia de sonrisa. Los cilios que brotaban de su frente dieron voz a un discurso aliterativo e incomprensible, mientras que más abajo, en la «boca», unos labios unieron las cuchillas de los dientes, que en su imaginación sonó con un blanco clanc de porcelana.

Fue entonces cuando Loren lo supo. Supo con toda claridad que el enemigo no era humano; que, aunque fuera bípedo, ni siquiera procedía de una realidad comparable a la del planeta Tierra.

Y supo que así, de esa manera, jamás podrían vencerlos. Por el mero hecho de que sus civilizaciones, incluso sus organismos, eran tan distintos que jamás podrían entenderlos. Y un general no puede vencer a un enemigo al que no entiende, por mucho que se esfuerce en aplastarlo por la fuerza de las armas.

Las bocinas retumbaron. Ni siquiera hizo falta que los oficiales dieran la orden: todo el mundo se preparó de inmediato para una invasión en territorio propio, a bordo

de las cubiertas. Pero el efecto que tuvo la hiedra no podía imaginarlo ni siquiera el más loco de los marineros: absorbió a los desgraciados que tuvieron la mala suerte de estar debajo cuando cayó sobre el metal, y los redujo a componentes orgánicos, como si los estuviese desintegrando.

¿Desintegrando? No, comprendió Loren: era como si se los estuviera comiendo.

Pero aquella sustancia orgánica no se alimentó solo de hombres. Con cada cosa que digería se hacía más y más grande y extendía cilios hacia el interior del barco, a través de pasillos y ventanucos. Las esporas que cubrían el Támesis se arremolinaron como huracanes de insectos sobre la hiedra... y se abalanzaron sobre ella. No había duda de que aquellas cosas estaban vivas, ni tampoco de que estaban haciendo algo tremendamente importante: se sacrificaban en masa para que la hiedra creciera y aplastara los buques con sus letales tentáculos. Se estaban suicidando.

La realidad pasó a un segundo plano en el cerebro de la capitana, como si en realidad no estuviese allí. Loren lo veía todo desde lejos, una simple espectadora en la pesadilla de otro.

Vio casi en cámara lenta cómo Klee y otros oficiales se desgañitaban dando órdenes para intentar limpiar el barco de aquel parásito, órdenes que nadie escuchaba y aún menos podían acatar. Alguien (puede que el propio Klee) la cogió del brazo y tiró de ella hacia la puerta, intentando sacarla de allí... pero ya era tarde. El suicidio de las esporas le había dado tanta fuerza a la hiedra que se había expandido hasta cubrir el barco con una mortaja.

Justo antes de que sus cilios rompieran los ventanales y entrasen para arrasarse con todo, máquinas y hombres incluidos, Loren tuvo una última visión. Fue la de su abuelo, mirándola con aquella sonrisita que tan bien le definía desde que se dejó crecer el mostacho, y que decía:

—Ya te lo advertí, nieta, ya te lo advertí...

El fragor de la batalla podía oírse con alarmante claridad desde la casa de Logan. De hecho, la gran andanada los cogió saliendo a toda prisa mientras cargaban con sus mochilas de viaje, sin molestarse siquiera en cerrar las puertas.

—¿Qué ha sido eso? —tembló Riddly, quien se agachó al oír las serpentinas de disparos y la brutal cacofonía de las bombas.

Su padre se volvió un instante hacia el río, aunque desde allí no podían verlo con claridad, y se ajustó la mochila al hombro.

—Las tropas británicas intentan recuperar su mundo. Vamos, tenemos que estar fuera de la zona de cuarentena cuando se haga de noche. Si no nos movemos rápido nos encontrarán.

A Riddly no le gustaba que su padre hablara así. Cuando usaba ese tipo de expresiones era como si se posicionara fuera del género humano. Como si no perteneciera a aquella «raza de hombres» que con tanto valor intentaba reconquistar

lo que una vez les perteneció. Era como si la distancia subjetiva que Logan veía entre sí mismo y el resto de su especie fuera tan infranqueable que lo hubieran expulsado de ella.

Pero Riddly no se sentía así. Él era humano hasta el último rincón de su alma, y si había que luchar para restablecer la hegemonía de los hombres sobre Inglaterra, se presentaría voluntario.

—¡Venga, camina, no te entretengas! —le urgió su padre—. ¡El disco del sol está muy bajo!

—Ya voy, joder, ya voy...

A regañadientes, el joven lo siguió, cargando con los bártulos más pesados, que se amontonaban como basura dentro de los sacos. No solo había trozos del armazón que contenían datos sobre los mecanismos del Kempelen, sino también muchos otros cachivaches cuyos propósitos se le escapaban: matraces, pipetas, cartas epiománticas, esferoides de revolución, marionetas decantadas en probeta, cajas con semillas alienígenas, y mapas de sistemas solares no euclidianos. ¿Y quién tenía que cargarlos? Él, claro.

Tardarían por lo menos dos horas en salir de la zona segura, los barrios arcanoantígenos para los ikari. No se solían aventurar allí porque la urdimbre de la Magia no funcionaba bien, y para ellos, seres eminentemente mágicos, eso podía suponer un verdadero quebradero de cabeza. Pero una vez Logan y Riddly salieran de la ciudad a través del camino del noroeste, el que llevaba a las reservas humanas de Luton y Cheltenham, serían presa fácil para cualquier patrulla ikari que buscara algo que cenar.

El plan de su padre consistía en usar los Portales que fueran descubriendo por el camino para «elipsear»; esto es, acortar el camino valiéndose de la Magia, trazando elipsis, no solo físicas sino también temporales, por toda Inglaterra. Además, pretendían dejar que los ikari se entretuvieran con los militares mientras ellos escapaban a la chita callando. Mientras tuvieran una guerra que llevarse a la boca, aquellos carniceros no tenían ojos para nada más.

Se subieron a un puente que cruzaba uno de los tributarios del Támesis, y entonces una vista panorámica se abrió ante ellos. Pudieron ver tanto el río y los barcos como el puente de la Torre. La niebla se había evaporado, barrida por la fuerza de las explosiones.

Riddly contuvo el aliento, sobrecogido por lo que estaba viendo. Una panorámica siempre es un espectáculo impresionante, sobre todo de una ciudad tan expresiva como Londres; pero si incluía cuatro grandes buques aplastados por toneladas de hiedra, unos zepelines que revoloteaban como moscardones, las masas de ikari que lanzaban desquiciados gritos de guerra desde la ribera, y la muchedumbre que colapsaba el puente, ansiosa de que los barcos pasaran por debajo para saltar a cubierta, entonces... entonces el impacto era infinitamente mayor.

—Dios mío —murmuró el joven—. ¡Hiedra mangorita! ¡Les han lanzado hiedra

mangorita encima a esos desgraciados!

—Ya lo veo. No saben qué hacer para quitársela de encima. Al dispararle o intentar quemarla solo la volverán más fuerte.

—¡Pues tenemos que avisarles! —gritó Riddly, enfadado—. ¡Hay que ayudar a esa pobre gente!

—¿Y qué pretendes, que nos acerquemos al río? Ni en sueños haría tal cosa. —Logan sonrió sin ganas—. Además, fíjate en sus cañones. Están lanzando a la desesperada todo lo que tienen sobre la ribera. Destruirán cualquier cosa que haya en un radio de un kilómetro. Y por «cosa» me refiero a nosotros.

—Eres un cobarde. —La sentencia, apenas susurrada, caló hondo en el corazón de Logan, quien se detuvo en seco y miró a su hijo—. Sí, ya lo sé, vas a decirme que no es el momento de contraatacar, que tenemos que reunir fuerzas y conocimientos para un día importante, etcétera, etcétera. Pero ¿cuándo llegará ese día, padre? ¿De qué servirá esperar hasta entonces si permitimos que destruyan nuestro mundo?

Logan se aproximó a Riddly y lo miró sin pestañear, de una manera tan fija y glacial como la que empleaba el autómatas de Kempelen con los incautos que jugaban contra él al ajedrez. Riddly se desinfló ante aquella mirada.

—No vuelvas a decirme eso nunca más, ¿me entiendes? —La voz de Logan podría haber partido las piedras del puente—. Ni me hables en ese tono en lo que te queda de vida.

—Sssssí, sí padre. Perdona.

—Es cierto que nos estamos preparando para el día grande, el que vendrá y nos permitirá recuperar el terreno que hemos cedido. Pero ese día aún está lejano. Nos quedan demasiadas Puertas por abrir y demasiados enigmas que resolver antes de estar preparados para afrontar las pruebas que nos aguardan.

—Pero ¿cómo de lejano está? ¡Se supone que llevo quince años preparándome para esto!

—Y puede que necesites muchos más. Noventa, o cien, o los que logre aguantar tu cuerpo cuando yo ya no esté y tú no puedas soportar más magia —se encolerizó Logan—. Puede que el día señalado no llegue en esta generación, ni en la siguiente, sino que sean nuestros bisnietos quienes lo vean. Pero si es así, nuestro deber es legarles la mayor cantidad de conocimientos posible con respecto a las Terras Duplas. Hay un montón de mundos ahí fuera, tal vez infinitos, cada uno con su gente asustada, con sus bárbaros locos y sus aperimantes. —Devolvió la correa de la mochila a su lugar; no hacía más que resbalar por el ángulo de sus hombros cansados—. Tenemos muchos mundos que explorar antes de relajarnos. ¿Sabes lo que es un iceberg?

—No me vengas con metáforas.

—Pues sigue caminando, y da gracias por tenerme a mí para que supla tu inexistente sentido común hasta que te hayas hecho mayor. Ay, si pudiera encontrar algún día un conjuro para eliminar la adolescencia del patrón de crecimiento humano,

te juro que...

Los dos retomaron el paso, cruzando el puente hacia el noroeste. Riddly miró una última vez hacia el Támesis, y su corazón se le comprimió un poco más. El barco que iba en cabeza, ya casi hundido, disparó una salva a quemarropa contra el puente de la Torre, cuando casi lo tenía encima. Las explosiones barrieron los soportes de las torres y echaron abajo la estructura, lanzando cientos de ikari al río. Las propias torres, al desplomarse, provocaron ondas y espuma en el agua de docenas de metros de altura.

Los otros acorazados y el carguero que iban detrás, en fila india, no tenían mejor suerte. Solo los zepelines, al estar fuera del radio de acción de las flechas y las catapultas, parecían estar a salvo. Pero tampoco podían hacer nada por ayudar a sus compañeros.

Entonces sucedió lo imprevisible.

Mientras se hundían, los acorazados disparaban sus baterías al azar, no importaba contra qué, no importaba hacia dónde. Eran organismos de metal que morían ahogados, de una manera lenta y agónica, y su rabieta final se descargaba contra el mundo a base de cañonazos.

Uno de esos disparos cayó muy cerca del puente que estaban cruzando Riddly y su padre, y lo agrietó. Los dos se echaron al suelo, intentando protegerse de la metralla, pero cuando quisieron darse cuenta ya no podían juntarse otra vez. Una profunda grieta había partido en dos el arco del puente, y amenazaba con hacerse más grande.

—¡Quédate ahí, no intentes saltar! —le ordenó Logan desde el otro lado de la grieta.

—¡Papá! ¿Qué hago?

—¡Tenemos que dar un rodeo! —Logan miró en todas direcciones, frenético—. ¡Por la avenida Middlesex! Intenta llegar al barrio Tussaud y nos veremos frente al Museo de Cera.

Riddly salió corriendo del puente un instante antes de que se derrumbara. Las aguas del tributario hervían como una tempestad en miniatura, como si el mismo río se quejara de las heridas de los cañonazos. Por fortuna, cuando el polvo del derrumbe se disipó, pudo ver a su padre al otro lado, haciéndole gestos.

Riddly se despidió de él con un murmullo.

—Adiós, padre. Perdona si te he ofendido.

Logan no lo oyó, claro, pero Riddly se sintió bien por haberlo dicho.

Ambos se separaron. Riddly se puso en modo de alerta máxima, corriendo como un gato por entre las calles escombradas, como hacía durante sus incursiones en territorio ikari. Era todo un experto en la materia, así que no creía que lo cogieran. Pero la cuestión era que él estaba en un lado del río, y su padre en el otro, en el más cercano a donde debían reunirse. Si quería llegar al museo antes de que oscureciera (los ikari no tenían visión nocturna *per se*, pero muchas de sus mascotas sí), lo más

sensato sería encontrar algún Portal para elipsear. Así ahorraría tiempo y esfuerzo, y podría saltarse páginas en el drama de su propia vida. (Algunos aperimantes sostenían que quien elipseaba podía encontrar atajos en su vida, no solo a nivel físico, sino también a los niveles filosófico y metafísico. Aquello aún estaba por demostrar.)

A decir verdad, no le importaría lo más mínimo elipsear algunos capítulos de su historia más inmediata, como si pudiera saltarse páginas en el diario de sus propias aventuras y obviar aquella huida de Londres.

Se concentró, intentando recordar el mapa de Portales de esa zona. Su padre no se cansaba de repetirle que usarlos era en extremo peligroso, ya que nunca se sabía cuántos de ellos podía controlar el enemigo. Pero peor sería que la noche lo sorprendiera correteando a cielo abierto.

Recordó que una vez, hacía bastantes años, Logan le mostró algo inaudito: un Portal itinerante. Era una rareza entre las rarezas, una Puerta que vagabundeaba de aquí para allá como si estuviera viva, y que solo se abría cuando el tedio de su situación le podía y bostezaba del aburrimiento. Aquella Puerta errante solía moverse por Hyde Park (le gustaban las amapolas en flor), un lugar que no le quedaba precisamente de camino, pero que tampoco estaba lejos.

Se armó de valor, y corrió en aquella dirección procurando usar todos los trucos que se sabía para cubrir su rastro. Al cabo de una hora, llegó a la verja sur del parque. El viento arrastraba un extraño hedor, una fetidez imprecisa semejante a deposiciones de pájaros... y algo más. Algo inclasificable. Las primitivas callejas que los tiempos modernos habían maquillado con farolas se precipitaban cuesta abajo hacia el norte, y se hundían en un tumulto entre legañosos almacenes de efectos navales y centros comerciales de negligente factura. El hedor culebreaba por ese remolino de casas maquilladas, balaustradas torcidas y tejados puntiagudos.

El Portal Errante tenía que estar por allí. Por lo general tomaba la forma de una boca de alcantarilla, o algo así de humilde, que se movía por el rabillo del ojo de los que miraban distraídamente hacia él. La gente no se daba cuenta de este movimiento sutil, y si lo hacía, lo achacaba a un espejismo.

Pero Riddly no era como el grueso de los mortales. Él sabía dónde y (sobre todo) cómo mirar para ver según qué cosas.

Localizó el Portal, y le sorprendió ver que esta vez no era una alcantarilla, sino la reja de acceso a un antiguo quiosco de la música. Sonriendo, la abrió después de pedirle permiso con amabilidad. Estaba dispuesto a entrar en los canales intermundos para elipsear en busca de su padre...

... cuando algo sucedió.

Algo con lo que no habría podido *soñar ni siquiera* en un día tan extraño como aquel.

Riddly no llegó a entrar en el Portal, porque en cuanto lo abrió salió una chica, una joven de mirada despistada y aspecto estrafalario que casi se dio de bruces contra él. Iba envuelta en una capa negra, algo raída, y llevaba en la cabeza un sombrero de

paja adornado con una rosa.

Y en la mano izquierda, un guantelete. Y una espada recién desenvainada.

Rebeca y la Puerta

La Puerta vibró y se hizo aún más borrosa.

Rebeca pateó el suelo. La maldita entrada estaba perdiendo sintonía con la realidad, se estaba desdibujando de nuevo. Apartó el cráneo de cristal que acababa de dejar en el cuadrante 3A y lo devolvió al sombrerero repleto de plumas y guijarros de donde lo había sacado. Al momento la puerta volvió a concretarse otra vez, como si una mano invisible estuviera perfilando su silueta sobre el embaldosado. Pero seguía siendo una entrada inestable, mal pegada a la pared: una Puerta tan inútil como si estuviera dibujada en humo.

Era frustrante. Y más complejo que un simple problema de combinatoria.

¿Cómo abrir algo que no terminaba de estar allí? Cerró los ojos y comenzó a masajearse las sienes. La cabeza le palpitaba, era un dolor bajo e insidioso justo en la nuca. Aquel ambiente cargado de energía dimensional comenzaba a afectarla.

La noche antes, sin ir más lejos, había tenido una fuerte hemorragia nasal. Aquello les había cogido por sorpresa tanto a ella como al Cerrajero. Según el anciano, él llevaba años trabajando en esa habitación y solo había sido en las últimas semanas cuando la acumulación de energía había comenzado a hacerle mella de verdad.

Por lo visto, Rebeca era bastante más sensible a aquellas fuerzas que él.

—No me sirve de nada que revientes aquí abajo —le había dicho el Cerrajero—. Mañana te sustituirá Muro.

—Dame un día más —le suplicó ella. Por el momento eran los únicos que conocían la existencia de aquella habitación. El Cerrajero no había querido implicar a ninguno de sus hombres en las tareas, pues era demasiado arriesgado. Confiaba en ellos, pero no podía olvidar que su lealtad se debía a una buena soldada.

—¿Y en mí sí confías? —preguntó Rebeca mientras intentaba contener la hemorragia con un pañuelo.

—Por supuesto. Has tenido la oportunidad de abandonarme muchas veces. Has visitado mundos de ensueño, verdaderos paraísos. Y siempre has vuelto.

Pero la Puerta seguía sin abrirse.

Rebeca apoyó la barbilla en las palmas de las manos y estudió aquella singularidad. El problema era sencillo en su planteamiento, pero complicado en la resolución. La estancia en la que se encontraba estaba repleta de energía dimensional, solo tenía que distribuirla de la manera correcta para conseguir que se hiciera lo bastante sólida como para poder abrirla. Sencillo en concepción, sí, pero frustrante en la práctica. Llevaba tres días dando palos de ciego, cambiando objetos de sitio casi por azar, amontonándolos aquí y allá, y logrando únicamente que aquella senda del

demonio perdiera coherencia.

Miró a su alrededor por enésima vez, tratando de encontrar una pista que se le hubiera pasado por alto. Vio arcones repletos de joyas y monedas, cajas de libros, paragüeros llenos de arena y conchas de mar, urnas de cristal rebosantes de cerillas, de postales, de fotografías de otros mundos. Había un monociclo apoyado contra una pared y de su manillar colgaba un vestido de novia. Sobre una bandeja de plata reposaba el brazo cercenado de una momia. Aquel lugar tenía aspecto de desván de mansión encantada.

Entre aquellas cuatro paredes había exactamente dos mil trescientos veintidós objetos procedentes de otras realidades. Cada uno de ellos tenía una carga diferente a los demás. A falta de un nombre mejor, el Cerrajero medía la energía en *dimentios*. El nombre al principio le había hecho cierta gracia a Rebeca, por lo absurdo, hasta que se dio cuenta de lo mucho que se parecía a la palabra «demencia».

La carga de las reliquias oscilaba entre los quince *dimentios* (de las más débiles) a los ochocientos (la más potente). Ni el tamaño ni la forma de los objetos tenían nada que ver con su potencia. Parecía algo aleatorio, circunstancial, sin relación directa con las características físicas de la reliquia. Por ejemplo, había dos cajitas de música idénticas hasta en el menor detalle, pero una estaba cargada con apenas veinte *dimentios* mientras que la otra sobrepasaba con holgura los cuatrocientos.

El Cerrajero le había entregado un libro de notas en el que se listaba hasta el último objeto de la sala, así como su carga. Esas eran las piezas del puzle que tenía que montar. El tablero era aquella habitación de treinta y cinco metros cuadrados. El Cerrajero la había dividido en otros tantos sectores, y había ido anotando distintas configuraciones de carga para las celdas.

Por el momento, solo una de las configuraciones había sido capaz de abrir una Puerta, la que comunicaba con un nexo vacío. Un único éxito en veinte años.

—Me topé con muchas habitaciones similares a lo largo de mis correrías —le contó el Cerrajero al final del primer día de trabajo. Las horas que había pasado alejado de la habitación habían bastado para que su aspecto mejorara—. Dadas mis cortas estancias en esos mundos nunca tuve tiempo para estudiarlas en profundidad. Aun así lo intentaba. Anotaba la distribución de los elementos y medía su energía para intentar reproducir la secuencia. Pero fue inútil.

—¿Y si simplemente necesitáramos más voltaje? —le preguntó ella—. Puede que necesitemos más reliquias, más energía dimensional para que la entrada se solidifique de una vez.

—He pensado en ello —le confesó el anciano—. Por eso te apreté tanto las tuercas en los últimos días. Y por eso le pedí ayuda al Buitre. Quería conseguir su colección para sumarla a la nuestra. Se rió en mi cara.

—¿Y los demás coleccionistas?

—Hablé con ellos. Se negaron a vender. Me ofrecían trueques, intercambios; querían mis piezas más valiosas a cambio de sus baratijas. ¿Qué sentido tendría eso?

Estaríamos en el mismo punto que ahora, tal vez peor. Aunque me avergüenza admitirlo, sopesé la idea de recurrir a métodos poco lícitos para hacerme con sus piezas. Pero las medidas de seguridad con que los coleccionistas protegen sus tesoros son extremas. —Rebeca recordó la visión que la había asaltado en la tienda del coleccionista ábaro—. No, intentar robarles sus colecciones sería un riesgo inasumible. Aun teniendo éxito llamaríamos demasiado la atención.

Rebeca se levantó del suelo, se sacudió la culera del pantalón, a pesar de que no había ni una mota de polvo, y salió de la estancia. Necesitaba alejarse de allí unos minutos. Aquel lugar la saturaba, la alteraba de un modo indescriptible, tanto en el plano físico como en el mental.

Atravesó el pasillo excavado en la roca y entró en la planta secreta de la biblioteca. Se sintió aliviada de inmediato. Fue como si su cabeza hubiera estado llena de humo y alguien hubiera abierto varias ventanas para ventilar. Se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza en uno de los grandes libros. Ya había tenido la oportunidad de abrirlos. Había cerca de tres mil. En ellos estaban consignados los objetos de un sinfín de mundos. No solo decían dónde encontrarlos, también recogían una estimación aproximada de su energía dimensional. Era de ahí de donde el Cerrajero conseguía la información que luego le trasladaba a ella.

Cerró los ojos. Qué sinsentido... Vivía en un mundo en derrumbe, una tierra en la que la magia más estrambótica compartía lugar con ciencias erradas y bastardas. Vivía inmersa en una locura colectiva, un delirio más propio del terreno de los sueños que de la realidad. Mirara a donde mirase había un enigma, un secreto a medio desvelar, una pieza de un puzle que se le deshacía entre los dedos en cuanto intentaba examinar de cerca su dibujo. Y ella era una pieza más de aquel juego surrealista, un personaje de cuento de hadas cuya finalidad se le escapaba.

Se quedó dormida, apoyada sobre el libro.

Soñó que caía a través de una infinidad de cielos diferentes, superpuestos unos a otros, capas y capas de atmósferas enrarecidas que atravesaba como un meteoro con forma humana. Había firmamentos que rebosaban soles, estrellas y lunas contrahechas; otros eran cielos vacíos, de una oscuridad perpetua, tan gélida que notaba como se le escarchaban los pulmones. A su lado oía siempre el batir de alas de Ágata: el dragón estaba muy cerca, aunque por mucho que se esforzaba no llegaba a verlo. Quizá el animal intentaba atraparla al vuelo, como había hecho en tantas ocasiones, para salvarla de una muerte segura.

Rebeca caía. Los cielos se continuaban unos a otros, irreales, enloquecidos, cielos de soles triangulares, nebulosas fractales, donde llovían arañas blancas y nadaban peces de mirada maligna...

De pronto, aquel escenario caótico se abrió para dejar paso a un relámpago. Un instante después restalló el trueno, y del eco de su estampido emergió una voz, tan familiar que cuando despertó la reconoció como propia:

«Escucha, niña», decía la voz. «El misterio está resuelto y el camino expedito.

Solo tienes que seguir mis instrucciones: echa sobre tus hombros la capa del nigromante loco, en el índice de tu mano derecha el anillo hechizado y en tu cabeza la corona de coral. Empuña la espada quebrada y toca la flauta de hueso mientras avanzas. Así, de esta guisa, entra en la cueva cuando el dragón duerma. Y entonces abrirás la Puerta.»

Abrirás la Puerta.

Rebeca se aferró al borde de la mesa, alterada hasta el paroxismo. Tomó aliento como si estuviera a punto de sumergirse en aguas bravas. Acto seguido se levantó.

Echó a correr hacia la estancia de las reliquias. Allí cogió un objeto al azar, el primero que le salió al paso. Era un camión de hojalata, oxidado en los bajos. Los objetos con los que había compartido la cúspide de aquella pila cayeron al suelo. La entrada volvió a desdibujarse, pero eso apenas le importó a Rebeca.

Agarró el juguete con fuerza, hasta que sus aristas le hicieron daño. Cerró los ojos y se concentró en el contacto del camioncito, a la espera del disparo de Nuncanidad. Y aunque lo aguardaba cuando llegó, la tomó tan de sorpresa como siempre.

La explosión de luz inundó su cabeza, violenta y cálida. Y tuvo un nuevo atisbo del infinito, inyectado a presión en el interior de su cráneo.

El universo entero estaba contenido allí. La creación, con todos sus pliegues y reflejos, buscaba un hueco entre su esqueleto y su piel. Abrió los ojos, todavía presa del delirio, y miró despacio a su alrededor, sin dejar de cabalgar en ningún momento aquella ola. La estancia brillaba con una luz nueva, un rielar extraordinario que dejaba un rastro de diamantes prendidos del aire.

La comunión con la reliquia duró poco. Rebeca soltó el aliento que había estado reteniendo e intentó relajarse. ¿Habría probado aquella técnica el Cerrajero? Era probable. Pero ella era más sensible que él a la energía procedente de las reliquias.

Rebuscó entre los objetos. Había una capa de un intenso azabache colgando de una mecedora. La tomó y se la puso sobre los hombros con un gesto teatral. (La manera de ponérsela tenía propiedades formulaicas, igual que la capa en sí.) Agarró un sombrero de paja, con una rosa marchita en la cinta azul que recorría su ala, y se lo encasquetó en la cabeza. Después recogió el pesado guantelete de una armadura y se lo colocó en la mano izquierda.

Un zapato de tacón, unas gafas de sol con el cristal derecho agrietado, varios anillos, una cota de malla... Sonrió al ver una espada con su vaina dentro de un jarrón dorado. Se la ciñó a la cintura. Era consciente de lo ridículo de su aspecto, pero poco le importaba.

Se acercó cojeando al centro de la estancia.

Cerró los ojos y se dejó llevar.

La explosión fue inmediata y demoledora; su identidad se diluyó en la totalidad, dejó de ser, se convirtió en nada. Era el universo, no, el multiverso. Rebeca lo era todo. Sus brazos dejaron de ser brazos para convertirse en galaxias en espiral, sus ojos eran novas relucientes embutidas en agujeros negros.

Todo su ser era energía, espacio y tiempo. Era la vida y la muerte, el vacío y el todo. No era Rebeca; algo como ella no podía tener nombre. Aquella reluciente cascada de eternidad se enroscó alrededor de los latidos de su corazón, luego extendió las ramificaciones estelares que eran sus dedos en la algodonosa infinitud de su cerebro. Leyó un pensamiento grabado en carne: «Abre los ojos y mira a tu alrededor. Tienes una misión que cumplir».

Así lo hizo. Era un universo obediente y siempre había que respetar los mandamientos escritos en carne. Rebeca fue otra vez consciente de la situación, volvió a ser un individuo, aunque fuera un individuo trastornado. No se dejó arrastrar por la locura surrealista de todo aquello. Tenía un trabajo que hacer.

La lluvia diamantina que había entrevisto cuando comulgó con el camión se había convertido en una maraña de luz. Cada una de las reliquias emitía un haz luminoso que iba a parar al centro exacto de la Puerta. Los hilos se entrecruzaban unos con otros, formando un intrincado diseño de difícil discernimiento. Rebeca se sintió atrapada en el centro de una telaraña tejida por miles de arañas borrachas.

Examinó los filamentos, en busca de una pauta o de algún error en la trama que le indicara qué estaba haciendo mal. Quizá hubiera *unos rayos* enredados con otros, o tal vez la orientación de alguna de las reliquias impedía que la energía llegara a su destino. Y de pronto se dio cuenta de que ese no era el modo de enfocarlo.

Tenía que dejar que las energías del lugar la guiaran, tenía que escuchar su canción. Dejarse llevar por el compás de aquella fuerza.

Rebeca comenzó a bailar entre las montañas de objetos. Cambió un libro de sitio, casi por azar; tomó entre sus manos un escarabajo vivo y lo trasladó en su jaula hasta la otra punta de la estancia. Con su movimiento el rayo que emergía del animal se reorientó, y no lo hizo solo. Al mover la jaula, un sinfín de hilos de luz que nacían de otros objetos comenzaron a reorientarse también. La energía se agrupaba en familias, y si se movían unas se reubicaban las otras.

Depositó el escarabajo sobre una copa de madera en la que alguien había garabateado un corazón. Rebeca iba de aquí hacia allá sin pensar en lo que hacía: se limitaba a dejarse guiar por la melodía reluciente. En un momento dado arriesgó una mirada hacia la pared y la visión de la Puerta, más real de lo que lo había sido en los últimos tres días, le confirmó que estaba haciendo lo correcto. No había ningún misterio que desentrañar, ningún acertijo, solo una canción que componer.

Poco a poco, la entrada dejó de estar clavada en la pared para abrirse realmente en ella. Llegado a un punto, no era Rebeca quien estaba trayendo la Puerta a su mundo: era la propia senda, en confabulación con las reliquias, la que estaba haciendo real a Rebeca.

Casi notaba como iba ganando en solidez, en contundencia; sus pasos nunca habían sonado tan firmes ni su corazón latido tan fuerte. Jadeaba. La habitación estaba cargada de electricidad, tenía el vello de punta y cada vez que respiraba escuchaba un suave crepitar.

Alzó la vista.

La Puerta aguardaba. La manilla era ondulada y de bronce; la madera lustrosa. Por unos instantes sopesó ir en busca del Cerrajero para informarle de que lo había conseguido, pero la ansiedad le pudo. Necesitaba comprobar que, en efecto, podía abrirse.

Salvó de dos rápidos pasos la distancia que la separaba de la entrada. En el primero se desembarazó del zapato de tacón, en el segundo se quitó las gafas de sol. Apoyó la oreja en la madera e intentó escuchar. La puerta emitía una suave vibración, y alcanzaba a oír un latido lejano, un estruendo como de tormenta subterránea.

Llevó la mano a la manilla y (siendo consciente en todo momento de los músculos y huesos que colaboraban en el movimiento) procedió a abrirla.

Lo hizo en silencio, hacia dentro.

Y ella salió.

Y se encontró con que había alguien esperándola al otro lado.

Riddly y Rebeca

La sorpresa de Riddly al toparse con aquella muchacha fue tan grande como la que experimentó al ver a los ejércitos en lucha.

De hecho, fue aún mayor.

Solo los aperimantes podían abrir Portales y atravesarlos, era una de las reglas más básicas de la Magia. Era altamente improbable, por no decir imposible (al menos en lo que a Riddly concernía), que un cualquiera, alguien del vulgo, entrase por error en un umbral mágico y activase sus propiedades secretas. Por eso, al ver a aquella joven, que no debía de ser mucho mayor que él, la explicación de la que echó mano fue: «Es otra aperimante. Ha abierto el Portal quién sabe desde dónde, y su “llamada” se ha cruzado por pura casualidad con la mía».

No iba muy desencaminado. La estupefacta mirada de la joven parecía confirmarlo. Estaba igual de atónita al ver a Riddly allí plantado, con cara de idiota, al haber chocado literalmente con ella y, por consiguiente, haber abortado su intento de cruzar el Portal Errante.

—Pero ¿qué...? —titubeó Riddly. Y luego, un poco más amenazador—: ¿Quién demonios eres, chiquilla?

La joven intentó retroceder, pero la Puerta Errante ya se había marchado. El Portal, cansado de tanta indecisión, volvió a cambiar de lugar. El antiguo quiosco de la música fue de nuevo solo eso, y las sombras recuperaron su simetría original.

Los dos se miraron el uno al otro, y se apartaron unos metros como si la presencia de un igual les diese calambre. Riddly no se había sentido así en la vida, y lo peor era que no podía explicar por qué. Parecía como si de buenas a primeras le pudiese el rubor de estar a solas con una chica, o las dudas ante la impresión que él pudiera causarle. Pero era algo completamente irracional, y lo sabía. Ya no era un crío, joder, no tenía por qué dejarse arrebatar por esas tontas emociones.

Se permitió un instante de tranquilidad para examinar a la joven que, para su alivio, había vuelto a envainar el arma. Sí, desde luego que solo un aperimante (o alguien igual de chiflado) se vestiría de aquella guisa. Parecía una espadachina fugada de un cuento de hadas, con aquella capa que le oscurecía los hombros, el pintoresco sombrero con la flor marchita, el guantelete y, sobre todo, la espada.

Ella lo examinó también, con ojos asustados pero curiosos... y fue en esa mirada, en esas pupilas llenas de maravilla, deseosas de aprender, de ver cosas nuevas, donde Riddly halló la confirmación. Había visto esa expresión miles de veces, o bien en el rostro de su padre o bien en el suyo propio, al indagar en lo que le devolvía el espejo para saber si eran mentiras o verdades.

Era la mirada de un explorador.

—¿Quién eres? —repitió, esta vez con más tacto. De fondo seguían oyéndose detonaciones de alto calibre, pero cada vez se espaciaban más... lo que no sabía si interpretar como una buena o una mala noticia.

Ella pareció encontrar su propia voz en un saquito.

—Me... me llamo Rebeca. ¿Y tú?

Su voz. Era extraña, tanto como su atuendo. Hablaba el mismo idioma que Riddly, seguro, pero a la vez lo hacía sonar... extravagante. Como si lo enriqueciera con un acento inclasificable. Como si de la conjunción armoniosa de aquellas palabras resultase un dialecto parecido al inglés, pero por separado fueran vocablos escritos en una jerga extraterrestre. La chica se expresaba en un lenguaje aglutinativo, con una gramática completa pero con variantes traídas de quién sabía qué extraños lugares.

—Riddly. —El muchacho se tocó el pecho de manera instintiva. Luego se arrepintió. ¿Con quién pensaría ella que estaba hablando, con un mono amaestrado?

La cosa quedó ahí por el momento. Él fue pivotando despacio sobre sus pies, la vista clavada en la chica, mientras ella se arriesgaba a explorar un poco el entorno. Paseó la mirada por los árboles del parque. El quiosco y las barandas le confirmaron que no estaba en medio de un bosque, sino en un entorno urbano, a pesar de toda aquella vegetación. Había fresnos, olmos y pinos, y algunos gigantes ocasionales como las hayas o los cipreses, que se habían atrevido a echar raíces. Era un bosque en miniatura que crujía bajo un cielo que, en lugar de estrellas, exhibía largas columnas de humo coloreadas por la luz de los incendios.

—¿Dónde estoy?

—En Londres. —Riddly lo dijo como si no hicieran falta más explicaciones, pero la mirada perpleja de la chica le indicó que los sobreentendidos no estaban funcionando. Por Dios, ¿acaso alguien podía no conocer Londres, una de las mayores ciudades del mundo?—. Ya sabes, la antigua... eh... capital del Imperio británico. Ahora la capital administrativa está en otro sitio, la han tenido que trasladar por... — Le parecieron demasiadas explicaciones. Y muy tontas—. Pero ¿de dónde sales tú?

—Vengo de Colapso.

Y lo dijo con ese mismo tono de presunción de conocimiento, como si a Riddly tuviera que sonarle, sí o sí. Pero lo cierto era que él jamás había oído ese nombre. No sabía si se estaba refiriendo a una ciudad, un lugar de paso... o un estado mental.

—¿Colapso? ¿Eso qué es? ¿Tu ciudad?

Ella sonrió a medias.

—Colapso es mi mundo, la Tierra Alterna de donde vengo. ¿Tu planeta se llama Londres?

—No. Londres es solo la ciudad. Una ciudad que ahora tiene muchos problemas.

—¿Ikari?

Riddly no supo qué le sorprendió más, si que ella admitiera tener conocimiento sobre aquellas bestias, o que en el mundo del que venía también hubiesen hecho de

las tuyas.

—Sí. Ahora mismo están entreteniéndose hundiendo la flota de Su Majestad, pero sus patrullas saldrán al anochecer. Tenemos que buscar refugio. —Miró con desdén la espada de la chica—. Ese pincho que llevas ahí no podrá protegerte si te cogen.

Rebeca pareció ofendida.

—Te sorprendería lo que este «pincho» es capaz de hacer con los ikari. Pero no me puedo alejar mucho, debo volver enseguida. Solo quería ver qué había al otro lado de la Puerta. No era esto lo que me esperaba.

Una tristeza momentánea la embargó. Riddly se acercó a ella sin invadir su espacio vital, lo justo para no tener que hablar muy alto. El parque estaba demasiado silencioso, como si incluso el agua de los canales rielara rumbo al norte, lejos de la batalla, y se llevara consigo el trino de los pájaros y el murmullo de los árboles.

—¿Qué era lo que esperabas?

La expresión de Rebeca se volvió tan enlutada como el negro de su capa.

—Nada. Solo paz.

—¿Paz?

—Un lugar alejado de los bárbaros —se lamentó—. Pero veo que eso no existe, ni siquiera aquí.

Riddly comprendió, y al hacerlo también se le encogió un poco el alma. Al otro lado tampoco había paz. La Terra Dupla de Rebeca también estaba en guerra. Ella había entrado en su mundo buscando refugio, una salida o, tal vez, aliados. Pero lo que encontró fue solo Londres.

—¿Esperabas hallar un lugar que estuviera a salvo de los ikari... aquí?

—Albergábamos esa esperanza, tanto mi mentor como yo, aunque él no lo reconozca.

—¿Quién es tu mentor?

—Lo llaman el Cerrajero. Es... bueno, es alguien importante en mi mundo. Conoce el oficio de las Puertas y las Llaves.

A Riddly se le iluminaron los ojos. ¡Por fin tenía algo en común con ella!

—¿Qué casualidad! —exclamó—. Mi padre es igual. También es un erudito en la aperimancia. Y yo tampoco lo hago mal, modestia aparte.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Logan de Noxville. Es el aperimante más famoso del imperio, o eso dice él. Me lo creo, porque nunca he conocido a nadie que sepa más de este oficio. Desde que me adoptó me está enseñando. —Miró al cielo, al humo de textura acartonada. Ya no se oían explosiones—. Y por cierto, hablando de mi padre... Tengo que encontrarlo antes de que se meta en un lío. Puedes venir conmigo, si quieres. Seguro que le interesará muchísimo conversar contigo.

Ella sacudió la cabeza.

—¡No puedo! Tengo que volver. Solo quería averiguar qué había al otro lado de la Puerta. Ahora tengo que regresar y contarle al Cerrajero lo que he visto.

—Pero ¿por dónde? —Riddly señaló con desdén el quiosco de la música—. Era un Portal Errante, y se ha aburrido de nosotros. Vete a saber si lo encontraremos otra vez esta noche.

Fue en ese momento, y no antes, cuando la por lo general lenta cabecita de Riddly se dio cuenta del enorme tesoro que tenía enfrente, encarnado en aquella chica. Era una aperimante, como él, pero los mundos que había visitado y las experiencias que había vivido eran completamente distintos... ¡Cuánto podría enseñarles! Charlar con Rebeca sería el mejor regalo para Logan: podría contrastar teorías, obtener toneladas de información novedosa sobre las Terras Duplas... y quién sabía qué más. Tal vez, en el mejor de los casos, hasta podrían concertar una cita ambos mentores, el misterioso Cerrajero y él, y conversar durante horas mientras Riddly y Rebeca se iban a cazar ikari.

Ella debió de percibir toda esa emoción contenida, porque preguntó:

—¿Te pasa algo, chico? ¿Qué estás tramando?

—Eh... Nada, es solo que estaba imaginando... lo genial que sería que tu mentor y el mío se conociesen para compartir un té con limón. Sería épico.

—No sé lo que es un té. Pero sí, supongo que lo sería. —Sonrió.

Un aullido rompió el silencio en que había quedado sepultada la noche. A Riddly se le pusieron los pelos de punta. A juzgar por la reacción de la muchacha, que agarró de manera instintiva el mango de la espada, ella también había reconocido el grito de caza de las patrullas. Estaban peinando el bajo Londres en busca de presas.

—Venga, movámonos. Te guiaré hasta el Portal más cercano, si es que lo encuentro —propuso Riddly, y se pusieron en movimiento como una sola persona.

A Riddly le sorprendió cómo se parecían Rebeca y él. Los mismos andares de gato, los mismos movimientos cautos y veloces, la misma reacción paranoica ante todo lo que se les pusiera por delante. Todo, desde su forma de moverse hasta las cosas que decía, indicaba que era una aperimante nata. Y, aunque le costó un poquito admitirlo, tal vez incluso mejor que Riddly: se notaba que la chica había combatido en muchas más batallas, y había visto cosas para las que su propia mente aún no estaba preparada. Pero ese era su mundo. Era Riddly quien conocía el territorio, y por eso encabezaba la marcha.

Su interés por encontrar la nueva ubicación del Portal Errante era genuina, porque deseaba ayudar a aquella extraña. Pero al mismo tiempo, una pequeña parte de él deseaba que no lo encontrasen nunca. No porque Rebeca le hubiera caído especialmente bien ni nada de eso, sino porque hasta aquel momento no se había planteado la idea de no vagabundear solo por ese mundo, de tener a alguien con quien compartir las excursiones. Hasta entonces, la ecuación había incluido a dos personas, su padre y él, y se había igualado siempre a la palabra «soledad».

Pero tener a otro aperimante joven con quien compartir riesgos... Por Dios, ¡eso

valdría su peso en oro!

Sin embargo, no pensaba engañar a Rebeca. Le prometió que la ayudaría a encontrar el camino de regreso a casa, y lo haría. Tal vez, después de informar a su mentor, podrían volver a verse. Tal vez fuera el propio Riddly quien hiciera de turista en esa tal Colapso, estuviera donde estuviera. Seguro que era un lugar lleno de maravillas que merecería la pena ver.

—Da igual adonde vayamos, siempre estarán ellos —murmuró Rebeca en un momento determinado, mientras bordeaban Hyde Park.

—¿Qué has dicho? —Riddly salió de su ensimismamiento.

—Los malditos ikari. Están en todos los mundos, son como una plaga. No hay manera de enfrentarse a ellos. No hay manera de vencerlos. Ni siquiera hay forma de ignorarlos.

—¿Me lo dices a mí? —Riddly soltó una risita nerviosa—. Mi planeta lleva años intentando derrotarlos, pero es imposible. La gente de mi mundo no entiende que los ikari son un subproducto de la Magia, y que existirán mientras esta siga fluyendo a través de los Portales. Y seguirán imponiendo su ley.

—¿Cómo empezó aquí?

—Supongo que igual que en tu lado: un nexo se desbordó y los planos colisionaron unos contra otros, creando una fisura por la que no ha dejado de manar poder. Eso mantiene bien alimentados a los ikari.

—Sí, el origen de Colapso fue algo parecido —convino ella—. Solo que la fisura se rompió y las realidades se vinieron abajo unas sobre otras en un revoltijo terrible. Los escritos cuentan que fueron más de quinientos mundos diferentes los que de pronto se encontraron compartiendo el mismo espacio... Y los ikari estaban en todos ellos. Cabritos.

Riddly la miró con curiosidad.

—Entonces, ¿Londres acabará por mezclarse con Colapso, algún día?

—No. Colapso es el mundo nexo de mi cúmulo de Tierras Alternas. Tu planeta, en cambio, es el núcleo de otro sector diferente. Tu mundo tiene todas las papeletas para convertirse en un nuevo Colapso. —Algo en la mirada de Rebeca se trastocó—. A menos que podamos evitarlo.

—¿Qué estás sugiriendo?

Rebeca se detuvo a medio trepar por un alféizar. El espesor del ocaso languideció hasta transformarse en un esfumado esponjoso, empastado de sombras.

—Que puede que no sea tan mala idea que tu mentor y el mío se conozcan. Si consigo regresar a mi mundo, intentaré arreglar la cita.

Riddly sonrió. Era justo lo que esperaba que dijera: que iba a volver. Que se verían de nuevo.

—¡Genial! Yo también se lo contaré a mi padre, a ver qué opina. Aunque con lo raro que es —torció la boca—, a lo mejor no quiere saber nada del asunto.

—Si es un estudioso de los Portales, como has dicho, no podrá resistirse a obtener

nuevos datos. Está en su naturaleza.

—Lo está, sí, al igual que su maldita tendencia a no hacerme caso cada vez que propongo algo.

Pasaron otras dos horas buscando, y esquivando a los ikari, hasta que acorralaron al Portal en un nuevo emplazamiento: una boca de metro abandonada con un nombre que sonaba mítico, como King Cross, o algo así.

Riddly se despidió de Rebeca en las escaleras.

—Espero volver a verte pronto. Creo que tú y los tuyos tenéis muchas cosas que contarnos.

—El sentimiento es mutuo —asintió ella, y sin añadir más (para desesperación de Riddly) descendió los escalones y se perdió en la oscuridad.

Riddly no cabía en sí de la emoción. Salió corriendo rumbo al lugar donde había quedado con su padre, el barrio Tussaud y su vetusto Museo de Cera, para contárselo todo. No podía esperar a ver su cara de pasmo cuando se enterase de que su hijo había hecho amistad con otra aperimante.

Y además, tan guapa.

Rebeca y el Hombre Muerto

El tránsito interplanar fue tan rápido como de costumbre. Lo inesperado fue la terrible cuchillada que la esperaba al otro lado.

No tuvo nada que ver con el tirón habitual que solía sentir al pasar de una Tierra Alterna a otra. Fue peor, muchísimo peor, como si una criatura invisible intentara destriparla de un zarpazo. Su entorno se convirtió en un borrón pulsátil, un terremoto sensorial que parecía a punto de descabalarla de la vida. Por suerte, aquella agonía fue breve, apenas un instante. Pero el dolor no se desvaneció por completo. Bajó de intensidad y cambió de localización; abandonó su vientre y su entrepierna para treparle a las sienes, donde se instaló en forma de poderosa migraña.

Y así, sorprendida de no estar muerta, descubrió dos cosas. La primera, que aquel ataque fulminante la había derribado. La segunda, que no era la única que estaba en el suelo.

El Cerrajero también estaba allí, apenas a unos centímetros, con la silla volcada y caído de costado. Le manaba sangre de la boca. Rebeca se arrastró hacia él mientras luchaba contra la desorientación. Estaba aturdida y veía doble; los objetos de la estancia proyectaban un eco desconcertante.

Aunque pudiera parecer lo contrario, el Cerrajero continuaba con vida. Giró el rostro al oírlo aproximarse.

—No estabas, chiquilla, no estabas... —dijo con un lastimero hilillo de voz—. Y la Puerta estaba abierta. Quise ir en tu busca, pero la habitación no me dejó... La habitación me lo impidió.

—No hables —le rogó ella. Su propia voz sonaba extraña, desconcertada—. Voy a llamar a Muro.

El Cerrajero negó con la cabeza. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—No —ordenó, en voz baja pero perentoria. Si Rebeca hubiera estado solo un centímetro más alejada no habría podido oírlo—. Muro no puede bajar aquí. Ni los otros. No tienen... no tienen que saber... —La miró, incapaz ya de articular palabra.

Rebeca asintió de mala gana. Aquel lugar debía seguir siendo un secreto para la gente de arriba.

Se levantó del suelo. La habitación giró a su alrededor, transmutada en un carrusel surrealista. Cerró los ojos y la negrura tras sus párpados ondeó también. Debía rehacerse. Tenía que sacar al Cerrajero de allí cuanto antes, apartarlo de la influencia de aquel cuarto antes de que fuera tarde.

Intentó controlar la respiración. Se libró de los objetos absurdos que todavía la adornaban (y mientras lo hacía se preguntó qué habría pensado Riddly al verla ataviada de semejante guisa) y se dispuso a ayudar al Cerrajero. Tuvo que apelar a

todas sus fuerzas para subirlo a la silla.

El anciano no pesaba mucho, pero Rebeca sentía como si le hubieran extraído la energía de los músculos. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿A qué se debía semejante debilidad?

Echó un vistazo hacia el umbral que acababa de atravesar. Continuaba abierto aunque, por lo visto, había vuelto a cambiar de posición en la Tierra Alterna de Riddly. Ahora se abría en un callejón sombrío, con las paredes repletas de escarcha marrón. En la entrada había un pequeño animal muerto, demasiado descompuesto como para discernir su especie.

Rebeca empujó la silla fuera de la habitación, cerró y llevó al Cerrajero, desmayado ya, más allá de las zonas secretas de la biblioteca. Se sintió mejor en cuanto salió del cuarto. Notó cómo le regresaban las fuerzas, pero ni aun así se vio con energías suficientes como para empujar al Cerrajero de regreso a la planta superior. El anciano continuaba inconsciente, pero su modo de respirar le hizo comprender que se estaba recuperando también. Contempló durante un largo momento su rostro desmayado, embadurnado de sangre.

—Voy a buscar ayuda —murmuró mientras le acariciaba una mano con una ternura insólita. Aquel viejo estafalario había estado a punto de fallecer por ir a buscarla—. No te vayas lejos, ¿de acuerdo?

Una vez arriba dio aviso a la primera sirvienta que le salió al paso. A continuación se dejó caer en un sofá. Ya no sentía aquel agotamiento extremo, pero el dolor de cabeza persistía, y los objetos seguían empeñados en desdoblarse. Cerró otra vez los ojos mientras el revuelo tomaba el burdel. Alguien, tal vez Muro, le preguntó cómo se encontraba y a ella le salió un lánguido «bien».

Tenía mucho en lo que pensar. Rememoró la visita a aquella ciudad tomada por los ikari. Respiró otra vez el aire turbio y húmedo del lugar, salpicado con el olor ácido de la muerte reciente, la pólvora y la magia nueva. Evocó el rostro de aquel muchacho.

Riddly, así se llamaba. Tenía un nombre cantarín, chispeante, que no terminaba de encajar con aquel sujeto. El chico la había mirado de manera peculiar, perturbadora en cierto modo. Había esperanza en sus ojos, y una suerte de interés emocional que no era del todo romántico, sino una especie de reconocimiento cerval: «Somos afines», parecían decir aquellos ojos. «Somos lo mismo.»

Pero era la ciudad, Londres, lo que de verdad la había conmovido. Había percibido la belleza de aquel lugar envenenado por los ikari. La esperanza del Cerrajero de encontrar la paz a través de esa Puerta había durado poco.

La realidad cercana no tardó en reclamarla. Penélope, una de las sirvientas, le tendió un cuenco de sopa en el que flotaban pedazos de carne. Rebeca decidió que estaba lo bastante hambrienta como para darle una oportunidad. Al poco tiempo de dar cuenta de la sopa, Muro bajó a buscarla, acompañado de Agria.

—Quiere hablar contigo. —El mercenario lo dijo como si fuese una idea igual de

descabellada que abrirse el vientre y alimentar a los perros con su contenido—. Debería descansar, pero insiste en hablar contigo. ¿Qué ha pasado allá abajo? Tú tampoco tienes buen aspecto.

—Es el Cerrajero quien tiene que contestar a esa pregunta, no yo.

—Se la hice, pero no quiso contestarme. Putos majaderos. Tú y él. Me paga una fortuna por manteneros vivos. ¿Cómo se supone que voy a hacerlo si no tengo ni idea de en qué andáis metidos?

—Si te sirve de consuelo, ni siquiera yo lo tengo claro —dijo mientras se incorporaba. La sopa la había revivido. Solo faltaba que aquel dolor de cabeza desapareciera de una vez.

Habían acostado al Cerrajero en su cama, un lecho enorme en el que se podían celebrar dos orgías sin que estas llegaran a tocarse. El anciano estaba tumbado de costado. Su piel había adoptado una palidez sorprendente, casi translúcida. Estaba consciente.

—Creía que estabas muerto —le dijo Rebeca.

—Y yo que te habías perdido entre mundos, niña insensata. ¿Cómo se te ocurrió la estúpida idea de atravesar la Puerta?

—Porque estaba ahí.

El Cerrajero soltó un bufido, aunque en sus ojos pudo ver la honda satisfacción que le produjo esa respuesta. No había otra.

—Cuéntame qué viste.

—Ikari. —Casi escupió el nombre—. A cientos, a miles. —El anciano torció el gesto como si lo acabaran de apuñalar—. Una ciudad a medio invadir. Londres, me parece que la llamó el chico con quien me encontré.

El viejo se tensó.

—¿Un chico? ¿Qué chico? —Le podía la impaciencia. Era evidente que se moría de ganas de asediarla a preguntas. Respiró hondo—: Cuéntamelo todo, muchacha. Y no te dejes nada, por las barbas del dios Pulpo.

Rebeca le describió con todo lujo de detalles su encuentro con Riddly, el paseo por la ciudad herida y la conversación que habían sostenido.

El Cerrajero escuchó con atención. Su respiración era un fuelle roto.

—¿No había dragones ciudad?

—Solo vi un par de ejemplares pequeños. Y mucha infantería, fuerzas regulares, poco más que carne de cañón. Tropas de carnaza y legiones de hombres moneda, pero apenas ikari puros. Había estandartes sobre los edificios, pero no llegué a identificarlos. ¿Crees que los ejércitos que se están preparando en Colapso son los que pretenden invadir el mundo de Riddly?

—Es una posibilidad que hay que tener en cuenta —respondió, meditabundo—. Y algo que podría explicar por qué ha aparecido la Puerta en la habitación de abajo. Tal vez lo que sea que estén haciendo los ikari en los cielos influyó en su configuración. No lo sé: con ellos, todo son especulaciones, ir a ciegas... Malditos sean. Sucias

alimañas, parásitos... —Compuso una mueca de dolor. Tenía los dientes teñidos de sangre—. Pero podemos hacer por esa «Londres» lo que no hemos sido capaces de hacer por nuestro mundo. Escúchame, Rebeca: podemos salvarlos.

La joven se animó. Era lo que quería escuchar.

—¿Cómo?

—Por lo que cuentas, la invasión de la tal Londres está en sus primeros compases. Y al parecer se lo están tomando con calma. El grueso de la tropa ikari aún no se ha unido a la lucha. Una vez los dragones ciudad entren en acción, esa gente estará perdida.

—¿Cuánto les queda?

—¿Días? ¿Semanas? No podemos confiarnos. Tenemos que actuar como si el ataque fuera inminente.

—Pero ¿de verdad podemos hacer algo?

El Cerrajero asintió.

—Ese chico tiene razón —reflexionó—. Mientras los Portales sigan abiertos no se podrán librar de los ikari. La Magia fluye entre los mundos, y no solo ella. Tenemos que ayudarlos a cerrar esas Puertas, tenemos que sacarlos del entramado y apartarlos del cauce de las Tierras Alternas. Si lo conseguimos, evitaremos que el resto de los ejércitos atraviese la membrana y les daremos una oportunidad. —Intentó incorporarse en el lecho, agitado por su propio discurso—. Y no solo eso. Contendremos su propio colapso. Al aislarlos evitaremos que les suceda lo mismo que nos ocurrió a nosotros: detendremos los derrumbes de realidades en su mundo.

»Es tarde para nosotros, pero quizá no lo sea para ellos. Esa sería nuestra victoria, dulce niña, ¿lo comprendes? La única que nos está permitida: hurtarles a esos peludos una nueva presa.

—Me apunto —se ofreció ella, eufórica—. ¿Primer paso?

—Usar tecnología ikari; en concreto, uno de sus artilugios más aberrantes. Es un método expeditivo, una bomba que sella el espacio intermedio y aísla al mundo objetivo. Los ikari la usan contra las tierras víricas y los mundos tumorosos.

—¿Una bomba?

—Sí. Al detonarla los sacan de la trama, y evitan así que su presencia contamine a los demás. Lo llaman el Lacre.

—El Lacre. —Ese nombre tenía resonancias perversas para sus oídos—. ¿Y qué es exactamente? ¿Un hechizo? ¿Un objeto?

—Apenas puedo proporcionarte información al respecto, querida —le confesó—. Sé que existe y que funciona, pero más allá de eso... Sin embargo, hay alguien que puede ilustrarte sobre el tema.

—¿Quién?

—El Hombre Muerto.

El Hombre Muerto había aparecido en Amalgama hacía veinte años. Lo habían encontrado vagabundeando por las calles, completamente desorientado. Nadie conocía su origen aunque todo apuntaba a que procedía de uno de los últimos derrumbes de realidades producidos en la ciudad. Estaba desnudo, casi en los huesos, con huellas en cuello, tobillos y muñecas de haber estado encadenado. Y estaba muerto, aunque, dada la manera en que se comportaba, parecía no concederle demasiada importancia a ese hecho.

Ser un muerto en vida (o viceversa) no era lo único que lo convertía en un personaje curioso. Su mente no estaba sintonizada en la misma longitud de onda que el resto de Colapso: padecía lo que algunos consideraban una demencia excelsa, superlativa. Había quien lo tenía por un oráculo, otros lo consideraban un monstruo más de los que aparecían de cuando en cuando por Amalgama. No tardó en instaurarse a su alrededor un pequeño culto que lo consideraba un enviado de los dioses. Bleorrea, el síndico de la ciudad, lo visitó con la intención de averiguar si aquel desdichado podía representar un peligro real. Las anomalías interplanares se investigaban siempre, y se erradicaban si se creía conveniente.

Bleorrea y su escolta irrumpieron un día en la capilla que el culto había abierto en la avenida Rampante, la desalojaron sin contemplaciones y permanecieron a solas con aquel oráculo estrambótico durante más de dos horas. Cuando los ikari abandonaron la capilla, el Hombre Muerto, contra todo pronóstico, seguía «vivo». Muchos aseguraban que el rostro caballuno de Bleorrea se mostraba muy serio al salir, como si acabaran de informarle de que estaba a punto de devorarlo un dragón y que no podía hacer nada por evitarlo.

Fuera lo que fuese lo que ocurrió en la capilla, nunca salió a la luz. Cuando le preguntaban al Hombre Muerto por la reunión, se limitaba a responder con un parco: «Yo hablé y él escuchó». Por supuesto, la noticia del desconcierto ikari solo sirvió para acrecentar su fama.

El culto había crecido mucho a lo largo de esos veinte años, aunque más que una religión era un negocio. Los sacerdotes del Hombre Muerto se enriquecían explotando sin ningún tipo de medida las capacidades adivinatorias de su mesías. Había una notable afluencia de peregrinos a las puertas de la capilla. El Hombre Muerto no tardó en desbancar a los que hasta entonces habían sido los oráculos más importantes de Amalgama, el Augur del Perro y las Taumaturgas de la Panacea, que abrían a sus acolitas en canal para leer en el revés de sus intestinos.

Rebeca caminaba por la difícil cuesta de la avenida Rampante en dirección a la capilla. No había transcurrido más de una hora desde su charla con el Cerrajero. Como bien había dicho, tenían que actuar como si el ataque fuera inminente.

Una lluvia maloliente se precipitaba sobre la ciudad. Eran meados de dragón. El viento los estaba obsequiando con una lluvia torrencial de la orina que Náusea había

vertido unos kilómetros al norte. Los habitantes de Amalgama habían sembrado las aceras, las azoteas y los alféizares de cubos, cuencos y vasijas. Muchos aseguraban que tenía un sinfín de propiedades, tanto mágicas como culinarias. A Rebeca le repugnaba. Aquella devoción por la orina de dragón ejemplificaba mejor que nada el dominio absoluto que tenían los ikari sobre Colapso. Hasta los desechos de sus bestias se consideraban un regalo.

Caminó deprisa, pegada a las fachadas que se hacinaban en la avenida. Se había asegurado la capucha del impermeable con tres lazadas. A veces no le quedaba más remedio que servirse de las cuerdas y los salientes que sobresalían de las paredes para tomar impulso y superar la considerable pendiente. Aquella visita no terminaba de cuadrarle: a Rebeca le espantaban los oráculos. Las historias que había oído de ellos y de la gente que recurría a sus servicios acababan siempre mal. Las profecías se malinterpretaban, los augurios se cumplían de modos extravagantes, tramposos... Nunca había imaginado que el Cerrajero fuera el tipo de persona que los visitaba, pero, por lo visto, se equivocaba. El anciano le confesó que había acudido a ver al Hombre Muerto al poco de que comenzara a extenderse su fama.

—Quería ver si era merecida —le explicó—. Si no era un engañabobos más de los que suelen aparecer por Amalgama. Le hice algunas preguntas y no conseguí ninguna respuesta lógica, solo patochadas. Le pregunté cómo podíamos librarnos de los ikari y se me rió en la cara. Luego se puso a cantar una canción absurda mientras se pedorreaba. Me pareció un pobre idiota del que se estaban aprovechando para timar a los crédulos de Amalgama. Me disponía a irme cuando dejó de cantar de improviso, me miró fijamente y dijo: «Mándame a la chica cuando llegue la hora del Lacre y le mostraré el camino. Mándamela y le abriré la puerta a lo oscuro y a la demencia. Pero tú no vuelvas jamás por aquí. Si vuelvo a ver tu cara haré que te la arranquen y me limpiaré el culo con ella».

»Me impresionó, lo admito. No parecía el mismo hombre ridículo con el que había hablado hasta aquel momento. Durante mucho tiempo le di vueltas a lo último que me había dicho. Investigué en mis libros y hallé menciones al Lacre. No había mucha información, pero sí la suficiente para darme cuenta de que ese método no serviría para ayudar a Colapso. ¿Por qué lo había mencionado entonces? ¿Y si a fin de cuentas no era más que otro de sus delirios? Decidí no darle importancia y terminé olvidándolo. Hasta hoy.

—Le abriré la puerta a lo oscuro y a la demencia —gruñó Rebeca, imitando la voz del Cerrajero—. No podías haberte callado esa parte, no.

Había una nutrida congregación a la entrada de la capilla. Era una casucha estrecha en cuyo tejado se posaban dos gárgolas de rostro perverso. Bajo sus alas había una desordenada fila de peregrinos ansiosos por hallar respuestas.

La muchacha se situó en el último lugar de la cola, con lo que se ganó miradas de desaprobación de quienes tenía más cerca, como si temieran que quisiera robarles su puesto. Rebeca tenía más de veinte personas delante, de todo tipo y condición. Vio a

un ricachón de Amalgama, resguardado bajo el paraguas que le sostenía un esclavo castrado, y a un hombre de pelo pajizo que iba dentro de un barril y que miraba a todo el mundo con una hostilidad increíble.

Rebeca se preparó para lo que tenía todo el aspecto de ser una larga espera. Sin embargo, no llevaba ni un minuto en la cola cuando de la entrada emergió un hombre negro, con el torso repleto de cicatrices rituales. Tenía los lóbulos de las orejas y los labios llenos de argollas, y una llamativa melena roja que le llegaba hasta las nalgas.

Avanzó en su dirección ignorando los intentos de los suplicantes por llamar su atención. Al parecer, nadie había entrado en la capilla durante las últimas horas.

—Os dije que estaba cerrada, mostrencos de los cojones —ladró el negro, con un marcado acento que Rebeca no logró identificar—. Marchaos de aquí antes de que me líe a patadas con vosotros. No, tú no, niña bonita —le dijo a ella—. El hombre sagrado te espera.

—¿A mí? —preguntó Rebeca, asombrada.

—Los designios del señor son incomprensibles, inescrutables y a veces apestosos —rezongó—. Sí, a ti. ¡Dejadla pasar, carroña! —Elevó una mano con un mazo, dispuesto de veras a apalearla a la multitud.

Rebeca avanzó mirando a ambos lados, alerta. La gente no ocultaba su disgusto. Alguno incluso llegó a insultarla, pero una mirada del hombretón bastó para que todo el mundo se calmara.

Guió a Rebeca hasta la puerta. La fachada de la capilla no la había preparado para lo que se encontró dentro. El edificio parecía achaparrado y sucio, otra más de las ruinosas casas de la avenida Rampante, pero por dentro todo era esplendor. Un brillo de plata y oro, de lujo desmedido: había armaduras de ónice, mesas repletas de estatuillas, tapices y alfombras de un prodigioso entretejido... En la pared tenían una hornacina con el ídolo de un hombrecillo rígido, con los brazos cruzados en el pecho. La representación, quizá, del Hombre Muerto.

El guía la condujo por un pasillo corto, repleto de cerámica policromada y cuadros de un gusto exquisito, hasta una sala con una fuente de agua cristalina en el centro. Dos sacerdotes se sentaban en la sala. Vestían túnicas negras, llenas de dobleces y ondas de color blanco. La examinaron con una curiosidad exagerada.

El más joven apretó los puños como si su mera contemplación lo moviera al enfado. El otro se levantó, sonrió al negro que había conducido a Rebeca hasta allí y le dijo:

—Tu presencia aquí ya no será necesaria, Braulio. Regresa con nuestras bendiciones junto a tu familia.

—Ha sido un placer servirlos —dijo el otro mientras se golpeaba el pecho con un puño. A continuación salió de la sala, no sin antes dedicarle una mirada sombría a Rebeca.

La chica estaba desconcertada. Aquella despedida había sonado a definitiva. ¿Qué estaba ocurriendo allí? «Céntrate en lo importante, en lo que has venido a hacer», se

aconsejó.

—Me han dicho que el Hombre Muerto quiere verme —le dijo Rebeca al sacerdote, una vez Braulio abandonó la escena.

—Y tú quieres verlo a él. Feliz casualidad, ¿no?

—¿Sabían que venía? —preguntó, suspicaz.

—El sagrado Hombre Muerto lo sabe todo —respondió el joven, al tiempo que levantaba las manos y hacía un extraño gesto con las palmas abiertas, una señal de adoración—. Sus ojos, por muy cerrados que estén, todo lo ven.

—Tu llegada fue vaticinada hace tiempo, niña entre tierras —terció el otro. Hizo un gesto en dirección a la única puerta, una puerta abrumadora, llena de cenefas y pedrería. La mayoría de las casas de la avenida Rampante costaban menos que ella—. Hace tiempo que te aguarda. Desde que apareció en las calles de Amalgama tenía tu nombre en los labios. No le hagas esperar más.

Rebeca vaciló. Le habría gustado contar con la presencia de Muro, pero no la había acompañado en esa ocasión. Si la había seguido algún otro hombre del Cerrajero, fue lo bastante discreto como para que no lo descubriera. De todas formas estaba lejos de considerarse indefensa.

Haciendo gala de una determinación que no sentía, se aproximó al umbral de la habitación del Hombre Muerto.

Nada más traspasarlo, le salió al paso una abrumadora vaharada de podredumbre. La peste era tremenda, a pesar de las barritas de incienso, las flores, las especias que se repartían por todo el lugar y el propio hedor a orina de dragón que desprendía Rebeca. En el centro de la estancia estaba el ataúd del Hombre Muerto, repleto de abalorios y cascabeles. Junto al féretro aguardaba una mujer; llevaba un elegante vestido de noche color oliva y se encontraba inclinada sobre el ataúd abierto. Se incorporó al oír entrar a Rebeca. Tenía una esponja húmeda en la mano.

Le dedicó una sonrisa de circunstancias. Dejó caer la esponja en una palangana y se encaminó con paso rápido hacia la puerta.

—Formula tu pregunta deprisa —le sugirió cuando llegó a su altura—. No andamos sobrados de tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rebeca. Ni por un instante pensó en que se pudiera estar refiriendo a un inminente ataque al mundo de Riddly.

—Todo aquel que esté en la capilla dentro de media hora morirá —le advirtió, con cierto tono de reproche, como si la culpa de lo que iba a suceder fuera de Rebeca.

—¿Por qué? ¿Qué va a suceder?

—Lo que está escrito y predicho —señaló la mujer con tristeza—. No tengo miedo —le aseguró—. Ya no.

Rebeca la vio marchar, perpleja. Todo tenía ese aire de fatalidad de los relatos de oráculos que tan mal acababan siempre.

Se sintió tentada de largarse, de no seguir jugando a ese juego insensato, pero había llegado demasiado lejos. Lo irrevocable tiraba de ella hacia el ataúd que era el

centro de la habitación.

Se acercó despacio. A cada paso aumentaba la peste. A cada paso, el Hombre Muerto del ataúd iba ganando peso y realidad.

No era un espectáculo bonito. Su rostro estaba repleto de manchas amoratadas, de durezas y de llagas, algunas de ellas supurantes. Tenía los ojos cerrados y, por el modo en que le caían los párpados, daba la impresión de que no hubiera nada debajo.

Pero lo que más llamó la atención de Rebeca no fue su aspecto, sino el cíclope de madera que sujetaba entre las manos, que a su vez estaban colocadas sobre el abdomen. Era el tipo de pieza que al Cerrajero le gustaba coleccionar.

—¿Sabes quién soy? —interrogó al Hombre Muerto. Se sentía estúpida. Trataba de mantener una conversación con un cadáver medio descompuesto—. Me han dicho que me esperabas, que sabías que venía. ¿De qué me conoces?

El Hombre Muerto abrió la boca de pronto, un bostezo violento que pareció a punto de desencajarle la mandíbula. Sus mejillas eran tan delgadas que la calavera se le transparentaba. Le faltaban la mayor parte de los dientes, y su lengua era porosa y amarillenta, un gusano húmedo.

—Reeeebeca —graznó aquella cosa. El aliento le apestaba a muerte y corrupción—. Tiempo perdido. Tiempo ganado. Tiempo olvidado. Sé quién eres. Tu sombra es inmensa en los soportales de la Creación. Cubre el mundo, lo asfixia y envenena... —Rebeca dio un paso atrás—. Escucha, escucha y teme; escucha, escucha: el rey se mueve de manera imposible en el tablero. El rey hace trampas. El rey construye y destruye a su antojo. El rey devorará su corona y a sus propios hijos por el portento de ser quien es...

—No entiendo ni una palabra de lo que dices —le aseguró ella, pero entonces comprendió que era un error intentar entablar una conversación con aquel ser—. Mira, necesito información sobre el Lacre. Hace años le dijiste a mi mentor que cuando llegase el momento me mandara a preguntar por él. He venido y quiero irme cuanto antes porque, para serte sincera, este lugar y tú me ponéis los pelos de punta.

Sonó un largo resoplido, un ruido de gas a la fuga que procedía del bajo vientre de aquel cadáver. La peste alrededor del ataúd se intensificó. Rebeca torció el gesto, más si cabía, al percatarse de que aquel sonido era el inicio de una risotada.

—Morderá la Creación, morderá el interludio, morderá el Infinito —masculló—. Triunfaréis en vuestra empresa, pero el precio que debéis pagar será mayor que el que podéis siquiera concebir. Escucha: para construir la bomba necesitaréis tres elementos. Dos son mágicos, y el tercero es un híbrido entre ciencia y hechicería. Los dos primeros los tendrá que encontrar el niño Riddly, el muchacho perdido que juega con llaves que no entiende..., el muchacho que escucha el ladrido de las criaturas que habitan en las esquinas de lo inexistente.

»El primero se esconde tras la cifra imposible del Hysmon. El segundo, en el dromón de los relojes de materia oscura. Del tercero te encargarás tú, niña entre mundos. Buscarás el herraje del monstruo, la espoleta que le da forma y contenido.

Sí, tu objetivo será el detonador. Para encontrarlo deberás ir más lejos de lo que hayas ido nunca, tendrás que adentrarte en el corazón del mundo estragado, en la cuna natal del horror. Pero primero, primero... —Una burbuja grumosa le estalló en la boca. La lengua asomó entre los labios y lamió aquella excrescencia—. Primero deberás atravesar la puerta que hay a tu izquierda.

Rebeca miró hacia allí. La conversación con el Hombre Muerto la estaba afectando de una manera difícil de explicar. Sabía, aquella cosa sabía. Sabía de ella, sabía de Riddly... «Triunfaréis en vuestra empresa, pero el precio que debéis pagar será mayor que el que podéis siquiera concebir.» Y como contrapunto escuchaba en su cabeza la voz de la cordura, insistente y rotunda: «Sal de una vez de ahí. Esto es demasiado grande y tú demasiado pequeña».

No le hizo el menor caso, por supuesto.

La sala central de la capilla era cuadrada, y en cada uno de sus muros había una puerta. La que indicaba el oráculo era de madera lustrosa, una puerta simple en comparación con las otras tres, maravillas dignas de un palacio.

—Ve —la animó la cosa del ataúd—. Nada puede hacerte daño allí abajo. Ya no.

—Estoy armada, te lo advierto.

—Lo estás. Y antes de que esto acabe usarás tus armas. Pero no será aquí, no en esta casa. De aquí saldrás sin disparar. Y la sangre que te manchará la mano no será tuya.

—Ya basta —le ordenó con rabia—. ¡Ya basta de delirios! ¿Quieres que abra esa puerta? Lo haré, pero cállate de una vez.

Otra ventosidad. Otra carcajada malsana.

Rebeca giró el pomo sin dificultad. Por un instante temió que desembocara en otro mundo, una Tierra Alterna poblada por hombres muertos y profecías. Pero tan solo daba a unas escaleras que se adentraban en una tiniebla movediza.

Allá abajo había una luz. Descendió, agarrada con una mano a la barandilla y con la otra a la empuñadura del revólver. Aquel lugar también hedía a muerte, pero era una muerte reciente, no la peste arcaica que soltaba el oráculo. Allí abajo olía a sangre, a carne, a excremento fresco.

Era una suerte de bodega, llena de cajas, botelleros y toneles. Y había un cuerpo enorme recostado contra un barril. Tenía el vientre abierto, y un perro sucio se alimentaba de las culebras enredadas que se le salían de la tripa.

El animal miró a la recién llegada con el hocico manchado de sangre. A Rebeca le dio la sensación de que esa mirada no era de desafío, sino de temor por que ella le fuera a quitar su comida.

El muerto era un ikari. Vestía una armadura que dejaba al descubierto el intrincado dibujo de diamantes que se engarzaba en su carne. La joven reconoció el patrón, y también su rostro: los ojos vacíos ya de toda expresión, la trama de cuernos que engalanaba su cabeza, la crin negra y blanca... Aquel no era un ikari cualquiera.

Era Bleorrea.

El ikari más poderoso de aquel sector de Colapso yacía reventado en la bodega del Hombre Muerto. Su brazo izquierdo se extendía lánguido en el suelo; el derecho estaba a medio alzar, la muñeca apoyada en un saliente del tonel. En esa mano sujetaba un pergamino que parecía estar tendiéndole a la joven.

Rebeca sentía en el vientre el brutal peso de la predestinación. El perro ni se inmutó ante su proximidad, continuó con su tirar y masticar de entrañas; en su voracidad, los cuartos traseros le resbalaron y cayó sentado en el suelo, pero volvió a la carga de inmediato.

La joven cogió el pergamino y lo examinó a la luz de la bombilla.

Estaba escrito con la rocambolésca caligrafía ikari, pero no la de uso habitual. Era la caligrafía densa, repleta de filigranas y arabescos, la que reservaban para sus documentos oficiales. La muchacha no entendía aquel complicado galimatías, pero el Cerrajero no tendría problemas.

Contempló su mano, manchada con la sangre del ikari. Les dio la espalda a Bleorrea y al perro y subió las escaleras. Cambió a una criatura muerta por otra, el hedor de la carroña reciente por el de la carroña suspendida en el tiempo. «De muerte a muerte», pensó Rebeca. «De esto no puede salir nada bueno.»

De nuevo, la lengua hinchada del oráculo pronunció su nombre. Casi creyó ver una vaharada de aliento escribiendo «Rebeca» en el aire.

—El ikari cumplió su cometido —dijo el cadáver—. Vino y murió, como estaba predicho... Los suyos llegarán dentro de poco y arrasarán la capilla y los alrededores. Se toman muy mal que mates a su gente. Carecen de sentido del humor. En el fondo, eso es lo que los hace tan despreciables...

—Me marcho —decidió Rebeca, harta de aquel monstruo parlanchín.

Pero antes de que pudiera alejarse del ataúd, el Hombre Muerto se incorporó en un movimiento vertiginoso. Parecía un muñeco de resorte, un títere que saliera de la caja donde había estado encerrado.

La cogió del antebrazo y la atrajo hacia él. Rebeca desenfundó el revólver y le apuntó entre los ojos. Un mugriento líquido corría bajo sus párpados, como si tuviera el cráneo lleno de barro y le estuviera rebosando.

—Deja que te vea, niña —le pidió al tiempo que abría los ojos. Las lágrimas purulentas corrieron más rápido. Bajo aquellos párpados todavía quedaban restos de globos oculares, diminutos y enrojecidos, con la pupila derramada como yema de huevo—. Te pareces tanto a ella... —dictaminó, y había verdadera tristeza en su voz—. Te pareces tanto...

Rebeca, con un fuerte tirón, se liberó de la garra y echó a correr hacia la salida.

—¡Haz lo que tienes que hacer! —le gritó el muerto desde el ataúd—. ¡Cuando regreses a la habitación secreta, a ese almacén de horrores, que no te tiemble la mano!

La muchacha salió. Cada vez había más sacerdotes en la sala de espera. También vio a la mujer rubia. Estaba abrazada a sí misma, y movía los labios salmodiando una plegaria silenciosa.

Se habían reunido para morir junto a la criatura que adoraban. Pretendían escoltarla en su último viaje. Algunos la miraron alarmados al verla salir, como si ella fuera el verdugo que se disponía a ejecutarlos.

—Corre, Rebeca —le dijo un sacerdote—. No tardarán en llegar.

—Sois todos unos majaderos. ¿Queréis vivir? Marchaos de aquí y desapareced.

—No es tan sencillo. No se puede escapar cuando no hay lugar adonde huir. Haz lo que tengas que hacer, niña entre mundos. Y no mires atrás.

Ella negó con la cabeza. Poco le importaron las miradas de rabia de la gente que encontró fuera o la lluvia de orina que se descargaba, brutal y maloliente, sobre su cabeza.

Antes de darse cuenta ya estaba corriendo.

Riddly tardó horas en aparecer.

La intención de Rebeca había sido la de esperarlo junto al Portal Errante, que en aquella ocasión se había abierto en un árbol, pero la impaciencia le pudo y se dedicó a vagabundear. Tras un largo rato de descuidado caminar, se topó con el quiosco de música y se sentó en sus escalones.

La ciudad de nombre gracioso (Londres) olía a guerra, pero en aquel lugar se respiraba una calma desconcertante, como si se hubiese declarado una tregua entre horrores. Perdió la noción del tiempo sentada en los descascarillados peldaños del quiosco. Aquella paz era frágil, y quizá por eso la reconfortaba tanto, porque era consciente de su valor, de su rareza.

Colapso era un apocalipsis lento, una caída en barrena que solo podía acabar en el más profundo de los infiernos; Londres, en cambio, continuaba con vida. Aquella urbe impresionante estaba malherida, pero se resistía a capitular. Y el parque donde se encontraba, con su calma quebradiza, con sus árboles descuidados aunque hermosos, era un buen ejemplo.

—Un penique por tus pensamientos —dijo una voz cercana.

Era Riddly, por supuesto. El muchacho había intentado ser sigiloso, pero a oídos de Rebeca hacía el mismo estruendo que un acorazado ikari.

—¿Qué es un penique? —preguntó ella al tiempo que se volvía—. ¿Un perrito?

—Una moneda. Sirve para comprar perritos.

—Me gustan más los perritos que las monedas. Son monos y te los puedes comer si te entra hambre. —Respiró hondo, llenándose los pulmones con el aroma de la ciudad fatigada. Entre los olores había sangre, pólvora y magia, pero podía pasarlos por alto con facilidad—. Pensaba en que todavía tenemos una oportunidad de salvar tu mundo.

—Eso espero —dijo Riddly, mientras se sentaba a su lado.

Había llegado solo.

—¿Y tu padre? —preguntó ella.

—No va a venir —suspiró—. Y yo me estoy saltando su prohibición de hacerlo. No se fía de ti. He intentado hacerlo entrar en razón, pero la testarudez le puede.

—¿Tú te fías?

—Sí —contestó sin dudar—. ¿Y tu mentor?

—Tampoco vendrá. La habitación que generó la Puerta lo hace enfermar de una manera brutal. Cuando regresé ayer me lo encontré medio muerto. Y aunque pudiera pasar es muy probable que el hecho de cruzarla acabara con él. —A continuación le describió el inesperado lanzazo que había recibido al regresar a casa—. El Cerrajero dice que puede que esté mal calibrada o que, simplemente, nuestros mundos estén tan alejados el uno del otro que se producen sobrecargas espontáneas de energía.

—La primera vez no te pasó nada.

—Tienes razón. —Lo recordó: ni siquiera había sentido el tirón habitual que notaba al cambiar de Tierra Alterna—. Quizá esa descarga solo se produce de cuando en cuando, o tal vez en el viaje de vuelta... De todos modos, no te aconsejo visitar mi mundo hasta que averigüemos qué pasa. Yo sé que puedo resistir el calambrazo, pero no si tú serías capaz.

—Pero si tú puedes, ¿por qué no iba a poder yo? —dijo él ofendido.

—No te estoy subestimando —se apresuró a justificarse Rebeca—. Tan solo no tengo ni idea de cómo actúa esa Puerta, ni de los daños que puede causar. El Cerrajero no estaba muy convencido de dejarme volver, pero no nos quedaba más remedio que correr el riesgo si queremos salvar tu mundo.

Procedió a narrarle todos los sucesos producidos desde su separación. Le habló del Lacre, el artefacto que sellaría el espacio intermedio y aislaría para siempre el mundo de Riddly. Las implicaciones de semejante ingenio no tardaron en quedarle claras al joven aperimante.

—Espera, espera, espera... —Hizo un gesto con la mano (que Rebeca no supo interpretar) para que detuviera su explicación—. Quedaríamos aislados, dices. No habría más Portales. Nos separaríamos del continuo.

La muchacha asintió. Era evidente que Riddly comprendía lo que significaba eso. No habría más misterios ni más Magia, no habría más milagros ni portentos.

Se preguntó si sería ese el alto precio que, según el Hombre Muerto, tendría que pagar Riddly por salvar su planeta.

—Ya conoces la alternativa —argumentó ella—: arrasarán tu mundo igual que hicieron con el mío. Las realidades comenzarán a derrumbarse y tendréis un bonito infierno.

—A mi padre no le va a gustar nada. ¿Y qué es ese Lacre exactamente? ¿Cómo se utiliza?

Rebeca suspiró. Llegaba la parte más complicada de la historia, donde lo inverosímil daba una cabriola y llegaba a sus cotas más altas. Le contó con todo lujo de detalles su visita al Hombre Muerto y las instrucciones que recibió ahí.

Riddly aguardó sumido en un silencio atento. Cuando ella acabó, repitió en voz

baja lo que acababa de decirle.

—Habló de la cifra imposible del Hysmon, y de algo llamado los dromones de materia oscura. ¿Significa ese galimatías algo para ti? —preguntó Rebeca—. Porque para nosotros, no.

—Tal vez mi padre sepa algo. ¿Y el pergamino del ikari muerto? ¿Tu mentor pudo sacar algo en claro?

—Era un simple formulario de almacenaje. Indicaba en qué silo tienen guardadas las espoletas del tipo que necesitamos. Tengo que ir allí y buscar una. —Casi se echó a reír—. Tengo que entrar en el mundo natal de los ikari y robarles el detonador delante de sus narices.

Círculos dentro de círculos

El rostro de su padre mientras oía la historia de Riddly era tan inexpresivo que bien podría haberse confundido con un adorno de la pared.

Tras su accidentada salida de Londres, habían recalado en un bello pueblecito llamado Merlyn. Estaba cerca de Cheltenham. Era un lugar engañosamente idílico, la estampa de un caladero para trashumantes que buscasen una posada al final del camino. Aquel pueblo estaba envuelto en una quietud vacilante, una especie de expectación aturdida, como si la gente esperase que en cualquier momento ocurriera algo.

El olfato de Logan para detectar los lugares empantanados por la antigua magia isleña los había guiado hasta aquella casa. Tejado en ruinas, maderas podridas, un lagar que había servido para albergar una forja... y una poderosa sensación de abrigo, de estar por fin en un sitio que entendía y cobijaba a la gente como ellos. A Riddly casi le parecía oír al herrero obteniendo su sonido al batir el hierro, el metal absorbiendo con avidez la fuerza de sus músculos para transformarse. Era una estampa típica del Medioevo de la que ahora ellos formaban una adenda: el artesano defendiendo a fuelle y mandil los secretos de su oficio, mientras su mujer desplumaba las gallinas y sus hijos expurgaban orugas de las coles del almuerzo.

Riddly le contó a su padre con todo lujo de detalles lo que Rebeca le había dicho, las instrucciones que le había dado para conseguir las partes de la «bomba». Logan no dejó de mirarlo como si, más que escucharlo, estuviese ponderando una realidad más profunda. Algo que se escondía bajo la cara de entusiasmo de su hijo.

Pero el rostro de Logan se transformó cuando Riddly nombró las dos pistas cruciales, aquello que Rebeca le había dicho sobre «los dromones de los relojes de materia oscura» y, sobre todo, la palabra «Hysmon».

—¿Qué pasa, papá, he dicho algo malo?

Logan se puso en pie con exagerada lentitud, fue hasta la esquina de la habitación donde en tiempos había descansado el yunque (hoy desaparecido; se notaba que los metales no habían resistido el expolio de los siglos) y descorchó una botella de un fino Piamonte.

El buqué del vino le fue cayendo como un bálsamo garganta abajo, mientras la mente le daba vueltas.

—¿En realidad te dijo esa palabra, esa precisamente? ¿«Hysmon»?

—Sí, creo que era esa —se extrañó Riddly—. ¿No me habías hablado hace años de un término parecido?

Logan dejó vagar la vista más allá de la ventana. Como buen pueblo ganadero, Merlyn estaba rodeado de pastos. Allá lejos, en un cerro, quedaban montones de paja

seca sobre los que aún no se habían abalanzado las ovejas. De lo demás solo quedaban tallos de hierba agostada y pisoteada por los rebaños.

—¿Quién es el mentor de esa chica, Rebeca? —susurró, haciendo caso omiso de la pregunta de su hijo.

—Pues... no sé, supongo que un aperimante muy sabio de su mundo. Alguien parecido a ti. —El piropo no sonó a truco para conseguir su aprobación. Era una verdad que su hijo daba por hecho: su padre debía de ser uno de los mejores en su profesión. Eso llenó de orgullo a Logan; pero, dada la seriedad del asunto que estaban tratando, no lo demostró—. Ella lo llama el Cerrajero.

—Ese Cerrajero... ¿no tiene otro nombre?

—Si lo tiene, no me lo dijo. Al parecer, así es como se le conoce en esa Terra Dupla.

Su padre se sumió en un pesado silencio. Riddly se acercó a él, dando cortos pasos.

—Tú sabes algo, ¿verdad? Algo que no quieres contarme.

Los rebaños que había en el cerro se movieron como termitas, dispuestos a arrasar con cualquier atisbo de forraje. Parecían ejércitos en liza contra un enemigo dormido.

Cuando parecía que Logan iba a cambiar de tema, añadió:

—No te acuerdas de la leyenda, ¿verdad?

—¿Cuál, padre?

—La que te contaba cuando eras un crío. La búsqueda del Hysmon, el Santo Grial de los aperimantes. La Puerta que no puede ser abierta.

Los ojos de Riddly se fueron ensanchando, milímetro a milímetro, a medida que el recuerdo de aquellos viejos días salía del pozo.

Sí, claro que la recordaba. ¿Cómo podía haberla olvidado? Era una de tantas historias que Logan solía contarle, un cuento de hadas para aperimantes. La Puerta mítica que ninguno de ellos había conseguido jamás abrir. Un lugar (o un hombre, no se acordaba muy bien) llamado precisamente así, Hysmon.

Riddly se quedaba dormido de pequeño mientras su padre le contaba aquella historia, y hasta entonces la había considerado solo eso: una ficción. Un cuento que se lee a los niños por la noche. Pero la tremenda congoja que había bajo los párpados de Logan presagiaba otra realidad.

—¿De veras existe ese lugar...? —se asombró—. ¿No era un mito?

—No seas tonto. Todo es un mito en el mundo de la Magia, y a la vez todo existe. El ancestral poder de las leyendas es, por ende, el más poderoso.

—¿Y cómo... cómo llego hasta él? ¿Están los dromones de los relojes al otro lado? ¿Qué...?

—No hagas tantas preguntas, maldita sea, basta ya. —Su mal humor le agrió la voz—. Sigue con tus estudios, Riddly. Y aplaca los nervios de una vez. Estaremos aquí un tiempo antes de regresar a Londres para ver qué han dejado de ella los ikari.

Riddly estaba en estado de shock. No se podía creer que su padre estuviese dando

carpetazo de una manera tan absurda a aquel asunto.

—Pero... ¿te rindes? ¿No me vas a ayudar con la misión de Rebeca?

—¿Misión? ¿Qué misión? ¿Quién te la encomendó, y para qué? —Sacudió la cabeza—. No, hijo. Nunca te fíes del primero que te venda una historia maravillosa, o que te ofrezca una solución milagrosa para nuestros problemas, porque saldrás escaldado. —Antes de que Riddly abriera la boca para protestar, levantó una mano para silenciarlo—. Yo también estoy cansado de huir, de pasarme los años temiendo el siguiente movimiento de esta interminable guerra. Pero a cambio ganarás la Realidad, ni más ni menos, así que debemos hacer acopio de fuerzas y ser pacientes. Pareces contento porque te haya sucedido esto, ese... encuentro fortuito con esa chica. Pero piensa en ello durante un segundo: ¿de veras tienes pruebas de que la historia que te contó sea cierta? ¿Quién te asegura que no es una aperimante furtiva, que solo quiere engatusarte para atraerte a su trampa? ¿Quién te dice que no está a sueldo de los ikari? No sería el primer humano que trabaja de forma encubierta para ellos, traidores a su propia raza...

—¡Rebeca no es nada de eso! Hablé con ella, padre, y muchas veces me has dicho que te fíes de mi don para juzgar a la gente. Me inspira confianza, y eso es más de lo que puedo decir de otros.

—Vale, puede que ella sea de fiar, pero... ¿y su mentor? ¿Lo has visto en persona? ¿Lo has tenido lo bastante cerca como para saber si es de fiar? Podría ser que la tuviera engañada a ella también, y que la tal Rebeca no sea más que un instrumento para lo que sea que tenga en mente. Por los dioses, ¿has escuchado su historia? ¿Oráculos muertos? ¿Ikari que entregan mensajes desde más allá de la tumba? Recapacita, hijo.

Riddly lanzó un sonoro suspiro. Las discusiones con su padre siempre empezaban así, sobre todo las más duras: con una cadena de razonamientos en los que Logan no cedía un ápice, y solo le daba la razón como paso previo a pisotear sus argumentos. No era que no le dejara expresarse, porque Logan se preocupaba de escuchar siempre las ideas de su hijo... pero cuando se obcecaba con algo, no había argumento capaz de hacerlo cambiar de opinión.

—¡A sueldo de los ikari! —bufó el joven—. Supongamos que tienes razón. ¿Qué ganarían ellos con esto? ¿Para qué crear una mentira de este calibre? Si lo que quieren es conducirnos a una trampa, ¿no sería menos arriesgado valerse de una excusa menos exagerada?

—En eso tienes razón. Pero sigo sin fiarme, hijo. Supongamos por un momento que Rebeca está en lo cierto, y que tienen un plan para acabar para siempre con las invasiones ikari. Un plan que pasa por que los mundos dejen de solaparse. ¿Sabes qué consecuencias tendría eso?

—Que la Tierra estaría a salvo. Por fin.

Logan lo miró de reojo.

—Y que se acabaría la Magia, para siempre jamás. Lo que la hace posible en este

mundo, y en las Terras Duplas, es precisamente la permeabilidad de esa membrana intermundos. Desde el mismo instante en que nos aíslen... se acabó. —Sonrió de medio lado—. Habla tú si quieres de caracoles que sacan la cabeza al sol, que yo hablaré de topos que la esconden. Es hora de que empecemos a purgar nuestras metáforas.

A Riddly se le demudó el rostro. Lo que su padre acababa de decirle no era nuevo. Rebeca y él ya lo habían hablado. Cortar el flujo intermundos, dejar un campo estéril en la Tierra para que ningún horror extraplanar pudiera echar raíces... Un sueño por el que valía la pena luchar si al mismo tiempo conllevaba que la gente dejara de morir. Acabar con las matanzas y las paradojas que acuchillaban la Realidad, aunque el precio fuera vivir en un mundo sin maravillas.

Pero no era eso lo que le había asombrado, sino la forma en que su padre lo había dicho. No tanto las palabras que había empleado como su entonación.

Por primera vez en su vida, Riddly creyó entrever algo oculto en él. La prueba definitiva de que Logan no quería que aquella guerra acabase, si ello significaba acabar con la Magia. Y no importaba cuántos murieran. Daba igual cuánto sufrimiento azotara el mundo. La Magia era la razón de su existencia, y cualquier solución que pasase por erradicarla contaría con su voto en contra.

—Entonces, ¿no estás dispuesto a ayudarme, si ese es el precio? ¿Es que no quieres acabar con la guerra?

—Claro que quiero, hijo, no seas tonto. —Logan se sentó en un saliente de la pared, donde antaño se apoyara el tenacero para asistir a su señor mientras golpeaba el metal—. Y no creas que no sé leer esa expresión. Pero si supieras la mitad que yo sobre el Hysmon, y el terrible peligro que conlleva, también sospecharías de las intenciones de esa gente. Porque yo no enviaría a abrir esa Puerta, ni aunque cupiese la posibilidad de hacerlo, ni a mi peor enemigo. Que te lo hayan pedido significa que no tienen ningún aprecio por tu vida. Quieren utilizarte, hijo, aunque mueras en el proceso. Y las consecuencias no les importan lo más mínimo. —Hizo como que segaba el cuello con un movimiento del pulgar.

—Pues sácame de mi ignorancia. —Riddly se sentó junto a él, mirándolo con intensidad. Como hacía cuando era pequeño y no soportaba que su padre se guardara secretos sin compartirlos—. Por favor. Si tan peligroso es, cuéntame por qué.

—No hay mucho que contar, no seas pesado. El Hysmon es una trampa mortal. Durante siglos se ha hablado de él, desde que los primeros aperimantes dedujeron su existencia. Pero quienes se obsesionaron por cruzar ese umbral acabaron desapareciendo, o cayendo presos de un destino mucho peor que la muerte.

—¡Entonces sabes de alguien que lo intentó! —A Riddly le brillaban los ojos—. Y si lo intentaron... ¿es que sabían cómo llegar hasta la Puerta!

Logan torció el labio en una mueca de desagrado. Internamente, se debatía entre contarle a Riddly lo poco que sabía sobre el tema, con la finalidad de prepararlo para lo peor, y zanzar aquella conversación de manera definitiva. Lo que su hijo no supiera

no podría hacerle daño. O, al menos, en eso confiaba.

Pero esta última no era una solución factible. No con alguien que poseyera el don para la aperimancia de que disfrutaba Riddly, un verdadero genio hilvanador de Puertas. Él había detectado esa chispa de genialidad, ese talento innato, cuando Riddly era niño, y se había esforzado por alimentarla durante aquellos años. Ahora no podía escapar de las consecuencias. Riddly había averiguado lo que era el Hysmon, y no pararía hasta encontrarlo para ver qué había al otro lado. Esa tozudez estaba en su naturaleza. Así que la mejor opción, por mucho que le doliera, era compartir sus conocimientos. De lo contrario, una encantadora aperimante llamada Rebeca, que tenía una no menos encantadora caída de ojos, se llevaría al huerto a su hijo adolescente y lo obligaría a hacer cosas que lamentaría el resto de su vida.

—Hace cien años se instauró el primer cónclave de aperimantes —le contó—. Eso se debió a que alguien había hallado una manera de despertar la senda que conduce al Hysmon. Se llamaba Kurt y era el padre de Marisa, la consejera mayor del cónclave en mi época. Kurt era un estudioso de ese fenómeno al que llamamos elipsear. Dedicó casi toda la vida a desgranar su funcionamiento, sus procesos ocultos y sus misterios. Y un día, cuando elipseó más lejos de lo que había llegado nunca, se encontró con una Puerta.

»Kurt hizo dos expediciones a ese salto lejano de elipsis, si quieres llamarlo así. Lo bautizó Hysmon en honor a su maestro, aunque la historia que la gente cree conocer le otorga al tal Hysmon su descubrimiento. Pero no, fue Kurt, el padre de Marisa, un hombrecillo a quien solo vi una vez. —Logan invocó aquella imagen, la de un hombre mal abrigado por un traje de lino que parecía tener demasiadas cosas trabadas en la garganta. Un hombre sin la clase de fuerza necesaria para vagabundear por las sendas tenebrosas—. Logró regresar de la primera expedición para contarnos lo que había visto. De la segunda... no volvió.

»Marisa y yo estudiamos las notas que dejó su padre mientras su mentor, aquel egoísta llamado Hysmon, escribía una supuesta biblia de esos viajes y se atribuía todo el mérito. Llegamos a la conclusión de que el Hysmon (y llamaremos así a la Puerta por comodidad, aunque me duela) es a la vez un umbral y un acertijo matemático. De ahí que tu amiga Rebeca te haya hablado de la “cifra imposible”, pues de eso se trata, de un camino algebraico (y no físico) hacia otro lugar, aunque la razón que lo sustenta no es comprensible para los humanos. Es un túnel hecho de antilógica que lleva a una realidad que se sale de cualquier paradigma.

—Pero Kurt tuvo que abrirla de algún modo —murmuró Riddly—. Porque de lo contrario no se explica su desaparición, ¿verdad?

—Eso era lo que creíamos, que la abrió y se asomó a lo que hay detrás. —Logan se estremeció: se acordaba de antiguos amigos que se fueron en busca de los umbrales lejanos y no volvieron jamás. Un ligero temblor traicionó su miedo, un casi imperceptible pálpito en el cuello, allí donde se le veía latir el pulso—. Algunos compañeros intentaron remedar la hazaña, y elipsearon más allá de lo que sus almas

toleraban. No consiguieron llegar tan lejos como Kurt. Además, el campo de anomalías que rodea a la puerta los... cambió.

—¿Los cambió? —Riddly dio un respingo—. ¿En qué sentido?

Logan se miró las yemas de los dedos. Llevaba estratificados los recuerdos de sus hazañas, tanto las que Riddly conocía como las que no. A veces se sentía huérfano de algo tan básico como el temor a un poder superior, el de los fieles que expiaban con varas de mimbre sus pensamientos *contra natura*.

—Hijo, desde que eras pequeño te he inculcado un profundo respeto hacia la Magia. La usamos a diario, forma parte inseparable de nuestras vidas, y aun así la miramos como se merece: con un distanciamiento y un temor reverencial. Somos como marineros que entregan su alma a la mar, pero al tiempo saben que esta no se doblega jamás. El marino ama la mar (así, en femenino), pero sabe que la mar solo lo ama a él en su justa medida. —Estudió a su hijo con detenimiento. Reparó por primera vez en lo mayor que se había hecho. Ya no era el chaval que había descubierto cómo sacar fuerzas de su propia sexualidad, frotándose el miembro a escondidas hasta conseguir una polución que cayera sobre los amuletos, y potenciara de ese modo su afinidad con la Magia. Ahora le demostraba que el poder extraído de la sexualidad quedaba relegado a un segundo plano frente a los enfoques más adultos e intelectuales. Algún día luciría una melena larga, oscura y brillante como plumaje de cuervo, que diría sin decirlo que era un gran aperimante—. El gran peligro del uso de la Magia, en todas sus facetas, es la Circularidad. Ya conoces ese concepto: la Magia te dará cosas, pero a cambio te quitará otras, y te obligará a que seas tú mismo quien repare los males hechos, o a que construyas argumentos para los poderes que uses. Eso te convierte en su herramienta, lo quieras o no. Y a veces... las cosas que te obliga a hacer...

—Son horrendas, ya lo sé. Usa tu dolor o tu inocencia para reparar los cambios que efectúes en el mundo. Pero no sé qué tiene eso que ver con el Hysmon.

—Tiene mucho que ver, porque hay Puertas que se cobran un precio que ningún aperimante puede permitirse pagar. Ni siquiera los más sabios. El universo funciona como una balanza cuyos platos deben pesar lo mismo para que la Realidad no se descuadre. Esto se hace extensivo al conocimiento: si una Puerta guarda un secreto demasiado poderoso, se asegurará de quitarte aquello que más amas antes de dejarte entrar. Así, si logras volver, no amenazarás el equilibrio cósmico ni emplearás ese secreto en tu beneficio. Círculos dentro de círculos.

Riddly torció el gesto, como si pensara que su padre exageraba para meterle miedo en el cuerpo.

—¿Qué me quitará?

Logan le clavó su mirada de rapaz. Y dijo con pánico, como si hubiese guardado la impostura solo para ese instante:

—La razón.

Rebeca en la antesala del infierno

Romegasta.

Ese era el nombre de la Tierra Alternativa de donde procedían los ikari. El mundo natal de esos bastardos. Pronunciar aquella palabra le dejaba un sabor a herrumbre en la boca.

—Romegasta —le dijo al espejo en el que se contemplaba, un óvalo sucio que colgaba sobre el aparador. No le habría sorprendido ver aparecer de pronto alguna entidad maléfica junto a su imagen, convocada por ese nombre abyecto. Pero en la superficie mal pulida solo se asomaba un rostro.

Se frotó las sienes en movimientos rotatorios que no le proporcionaron ningún alivio. Al regresar a Colapso desde el mundo de Riddly había vuelto a sentir la misma puñalada en las entrañas que la vez anterior. Así ganaba fuerza la teoría que sostenía que la descarga dimensional tenía lugar siempre en el regreso. Estar prevenida de lo que podía suceder no suavizó el calambrazo, aunque le sirvió para sujetarse al marco.

Como la primera vez, el ataque había durado solo unos instantes, pero todavía arrastraba sus secuelas. El dolor de cabeza era un martilleo frenético, un golpeteo que no cesaba. Tampoco esa vez se había librado de la visión doble; de hecho, a la duplicidad de los objetos se le había unido un molesto resplandor que parecía producirse en la visión periférica, como si alguien hubiera colocado un foco a su espalda. A veces, sin darse cuenta, se volvía para intentar localizar la fuente de la luminosidad, pero esta la esquivaba dando un salto.

En el suelo y sobre la cama deshecha había varios libros, abiertos de cualquier manera. En ellos se recopilaba toda la información disponible acerca de Romegasta. No era mucha, tan solo conjeturas, comentarios crípticos sobre el mundo de origen de los ikari, nada que le pudiera resultar de utilidad. No había mapa ni plano algunos, ni descripciones geográficas. La noche anterior el Cerrajero ya le había advertido de que no habría informe previo al salto.

—Apenas se sabe nada sobre Romegasta, así que mucho me temo que te espera un salto a ciegas —la previno—. Por desgracia, niña, en esta ocasión estarás sola.

—No lo estaré, Ágata vendrá conmigo —objetó ella. Y a continuación añadió, más por calmarse ella misma que para tranquilizar al Cerrajero—: Todo saldrá bien. Te juro que traeré esa espoleta aunque sea lo último que haga.

—Muy loable por tu parte, pero si vas a morirte, mejor hazlo después de entregarle el detonador a Riddly.

El Cerrajero tenía razón. Iba a ser un viaje a ciegas, con todo lo que eso implicaba. Era verdad que Rebeca no solía prestar la atención debida a los informes, lo cual le había ocasionado más de un problema, pero no era menos cierto que

acostumbraba a estudiarlos a conciencia cuando el Cerrajero insistía sobre la peligrosidad de ciertos saltos. ¿Cómo de peligroso era el salto a Romegasta? La sola idea se salía de la escala.

Aquella incursión era un suicidio en toda regla. Rebeca pretendía entrar en el mismísimo corazón del Imperio ikari para robar la espoleta del Lacre ante sus feos hocicos. Tan solo disponía de la ubicación de un arsenal situado en el tercer vientre de algo denominado Glozarrax (¿sería acaso otro dragón ciudad, o se trataría de un nuevo engendro de pesadilla esclavizado por los ikari?) y dos códigos que al parecer pertenecían a un contenedor y a su clave de apertura.

La mera idea de efectuar aquel salto le daba vértigo, y cuanto más pensaba en ello, más enferma se sentía. No eran solo los nervios previos a una incursión: había algo más, la certeza de estar acercándose a un punto sin retorno.

Lo peor de todo era la espera. Se sentía enjaulada en su propio cuerpo, prisionera de su inquietud. No podía dejar de imaginarse por un lado a Riddly, viviendo toda clase de peripecias mientras intentaba encontrar su parte del Lacre y, por otro, a los ejércitos ikari, dispuestos a realizar su movimiento fatal. Mientras tanto, ella permanecía mano sobre mano, aparcada a un lado del camino, aguardando a que le dieran la señal.

Todo cobraría sentido en cuanto se pusiera en marcha. Dejaría de dar vueltas a la locura que iba a cometer por la simple razón de que estaría ocupada cometiéndola. Pero por el momento le tocaba aguardar. Había intentado dormir un poco, pero el golpeteo constante en su cabeza, el molesto resplandor y su propia inquietud se lo habían impedido.

Harta de su encierro, cogió uno de los libros y salió del cuarto. Ya leería abajo. Un cambio de aires le vendría bien.

En el burdel reinaba un silencio impropio. El local no solía descansar de madrugada: siempre se oían risas, cuchicheos, jadeos y el ir y venir de los clientes tardíos. Pero en ese momento no era así, y no porque los ikari hubieran cerrado hasta el último establecimiento de ocio de Amalgama. Habían trasladado a las chicas y la mayor parte del servicio a otra de las propiedades del Cerrajero, no lejos de la plaza del Vicario. Con eso quedaba claro que el anciano esperaba problemas. Y por si a Rebeca no le bastase con esa prueba, un mercenario montaba guardia ante su puerta, un hombre adusto y calvo, entrado en carnes pero de evidente fortaleza.

La seguridad del burdel se había reforzado. Muro había contratado a una veintena de mercenarios mientras ella se encontraba en el Londres de Riddly. Muro respondía por todos: eran aventureros a sueldo a quienes unía un odio ciego hacia los ikari.

Junto a un amplio ventanal en curva, sentado en un taburete, estaba Estuardo, otro de los hombres de confianza del Cerrajero. Era el encargado de la seguridad cuando Muro no estaba. Había apoyado contra la ventana un fusil pesado, con engranajes y ruedecillas a lo largo de la culata. Se volvió al oírla llegar, lo que, para el gusto de Estuardo, debió de ser demasiado tarde.

—Te mueves como un fantasma, Rebeca —le susurró—. Y además, hoy tienes el aspecto de uno. ¿Te presto unas cadenas para que las arrastres?

—¿Se supone que es un halago?

—Por supuesto que no, niña. Acabo de decirte que pareces un puto fantasma. ¿Cómo va a ser eso un halago?

—Tus insultos son muy retorcidos.

—Tampoco es un insulto. Es una observación.

Rebeca resopló. Sabía que su aspecto no era demasiado agradable: pálida, ojerosa y cansada, una sombra de sí misma, una Rebeca muerta en vida. Los días de bregar con las reliquias y las dos incursiones al mundo de Riddly le habían pasado factura.

—¿Ha vuelto Muro? —preguntó, poco esperanzada.

Estuardo sacudió la cabeza en una enérgica negativa.

—Lleva horas fuera. No sé qué misión le ha encomendado el Cerrajero, pero tenía cara de pocos amigos cuando salió.

—Voy a esperarlo abajo.

—Haz lo que se te antoje, pero ni se te ocurra salir del burdel. —El hombre suspiró, hastiado, como si no le gustara ser portador de malas noticias—. El Cerrajero ha dado orden de que permanezcas dentro de la casa. Por tu seguridad, ya sabes. Han visto al loco del Buitre rondando.

—El Cerrajero me dijo que todo estaba arreglado con él.

Estuardo se concentró en la noche negra tras la ventana.

—No sé lo que te dijo el viejo, pero sé lo que nos ha dicho a nosotros: que te quedes aquí dentro. Y fue una orden tajante, así que no me pongas en un aprieto.

Rebeca frunció el ceño. Bajó las escaleras del edificio silencioso. Nunca había estado tan segura de que los acontecimientos estaban a punto de precipitarse. ¿Era por su misión en Romegasta, o había algo más en marcha?

La madrugada se derramaba más allá de los muros, y dejaba atrás una noche grasienta. El cielo estaba plagado de las heridas que los ikari practicaban en el tejido la Realidad. Había más mercenarios en el salón, algunos situados de manera estratégica ante las ventanas, y otros sentados en los sofás destinados a los clientes y a las chicas. Para su sorpresa, comprobó que varios cargaban con armas de hierro: espadones, flechas y lanzas, armas prohibidas por los ikari.

Aquello fue lo que le confirmó la trascendencia de lo que estaba sucediendo.

Rebeca saludó con un movimiento de cabeza a los escasos mercenarios que demostraron ser conscientes de su presencia. Fue a la cocina a por una jarra de agua, volvió al salón y se sentó. Comenzó a pasar las páginas del grueso volumen, apática. Aquel libro versaba sobre los ikari, sus costumbres y ritos, sus ciudades, su modo de vida, su cultura... Era información genérica. A Rebeca le resultaba familiar casi toda ella. En el libro había algunas menciones a su mundo de origen. Los ikari lo llamaban la Cuna, la Sombra Estragada. Los nombres de las ciudades y demarcaciones territoriales de aquella Tierra Alterna sonaban a enfermedad infecciosa: Gloucatisa,

Rabalba, Bagontea. Pero aparte de ellos, poco más se podía escarbar. Algunas poesías de los ikari hablaban del hedor de Romegasta, lo describían como una peste viva que se alimentaba de los pulmones de sus habitantes; otras mencionaban las mesetas venenosas, los eriales de sulfuro.

Habían conquistado muchísimas Tierras Alternas a lo largo de los siglos. Habían exprimido unas hasta destruirlas por completo, pero en otras habían decidido asentarse. Allí construyeron sus planetas fortaleza, sus mundos prisión y sus infiernos particulares. Rebeca nunca había visitado ninguna de esas Tierras en sus viajes, pues el Cerrajero había tenido el buen criterio de proscribirlos. Pero al menos sí había bastantes datos de ellas.

En el libro aparecía un atlas de uno de esos mundos: Garganta. Un erial de continentes oscuros, plagados de ciudades móviles, criaturas sintientes de tamaño desproporcionado en cuya carne los ikari habían cimentado sus castillos. En Garganta había líneas de cañones, tanto aéreos como terrestres, que cruzaban continentes de punta a punta. Algunas de esas piezas de artillería eran tan grandes como dragones fortaleza y muy capaces de destruir ciudades enteras de un único disparo.

¿Encontraría en Romegasta algo parecido? Podría ser. ¿Acaso se trataría de un mundo venenoso en el que solo los nativos y sus alimañas esclavas podrían sobrevivir, como en el caso de Albarada? Rebeca tenía su máscara filtro y Ágata su constitución de hierro, pero... ¿serían suficientes para sobrevivir en un entorno realmente hostil? ¿Con qué medidas de seguridad se iba a encontrar?

Bebió un sorbo de agua. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el dolor de cabeza había remitido. El martilleo continuaba presente, pero había un lapso de tiempo mayor entre golpe y golpe. El destello tras sus ojos no había menguado, pero si los cerraba con fuerza conseguía rebajar su intensidad.

Colocó los pies sobre la mesa, reclinó la cabeza contra el sofá e intentó dormir un rato. Para su sorpresa, no tardó en conseguirlo.

Despertó sobresaltada por un estruendo.

La molesta luminiscencia ganó en vivacidad al abrir los ojos. Muro había regresado, el estrépito que acababa de oír era el de la puerta principal al cerrarse con fuerza. Entró renqueante, con la ropa desordenada y el brazo derecho agarrotado. Le dedicó una mirada extraviada que Rebeca no supo cómo interpretar. Llevaba un saco en la mano izquierda: era de tela basta y presentaba varios manchurriones de sangre.

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—Lo que tu amo y señor me mandó a buscar. ¿Quieres verlo?

Antes de que pudiera responder, Muro abrió la bolsa y sacó una porción de columna vertebral de su interior. Constaba de cinco vértebras intactas, aunque las de los extremos parecían cortadas a hachazos. Aquel hueso estaba recién arrancado; había pegotes de carne y músculo adheridos aquí y allá.

—El espinazo de un ikari. —Empuñó aquel despojo como un garrote—. Y no le servía cualquier ikari. El Cerrajero se ha vuelto muy exquisito con sus peticiones. El tipo que llevaba esto en la espalda se llamaba Bloga y era un artillero menor de la Octava Legión. Me ha costado lo mío poder hablar con él a solas. Y se defendió con uñas y dientes, te lo aseguro, una vez le conté lo que necesitaba.

La sangre goteaba del hueso a la alfombra. Muro contemplaba a Rebeca con furia, como si ella fuera la verdadera culpable de que aquellas vértebras no estuvieran donde deberían. Quería saber por qué había asesinado a aquel ikari. Y ella tenía la respuesta.

—El Cerrajero va a cincelar una llave con eso —le explicó Rebeca—. Una llave para abrirme las puertas del infierno.

Amanecía. Una luz incendiada se prendía en los cielos de Amalgama, envuelta en desgarros, en cicatrices pulsantes que tomaban los cielos. La bóveda celeste tenía un aspecto más gangrenoso que nunca.

Rebeca respondió a la llamada de su mentor. Se limitó a lavarse la cara en uno de los cuartos de baño e insuflarse ánimos antes de subir a los aposentos del anciano putero.

Había llegado la hora.

Muro y otro de los habituales del burdel custodiaban la habitación del Cerrajero. Se hicieron a un lado al verla llegar. Muro tenía una mano vendada, pero parecía igual de peligroso y dispuesto a la gresca que siempre. Le dedicó una sonrisa cuando la vio pasar; una sonrisa tensa, de circunstancias. Rebeca no pudo evitar pensar en la visita que le había hecho al Hombre Muerto el día anterior. En todo el burdel se respiraba el mismo clima de catástrofe.

—Rebeca... —la saludó el Cerrajero desde el nido de almohadones en que había convertido la cama—. Mi preciosa Rebeca. Qué largo camino hemos recorrido hasta llegar aquí. Qué senderos tan escabrosos te he hecho pisar, hija mía. ¿Podrás perdonarme?

—¿Has vuelto a beber de esa bebida bárbara que guardas en la mesilla?

El Cerrajero suspiró. Parecía mucho más viejo que la última vez que lo había visto.

Sobre la colcha había extendido un paño negro. En la mesita, útiles de tallado, dos frascos con una sustancia oleosa, pinceles de distintos tamaños y enseres de uso incierto. Sobre el paño había una llave de hueso, esculpida en forma de cabeza de dragón. Era una obra de arte, una de las piezas más bellas que Rebeca había visto nunca. Unas horas antes aquello había sostenido el esqueleto de un ser vivo.

—Ya está hecho —anunció el anciano mientras abría y cerraba las manos—. Por más que intento no pensar en ello, no se me quita de la cabeza que acabo de fabricar mi última llave.

—No digas tonterías, seguirás haciéndolas. ¿Acaso sabes hacer otra cosa?

—Eso tendrías que preguntárselo a las chicas del burdel. Tengo múltiples talentos, como podrán atestiguar. —Sonrió entristecido, como si acabara de darse cuenta de que el momento de las bromas había pasado—. Tenemos mal aspecto, ¿verdad?

—Estuardo me ha dicho que parezco un fantasma.

—Muro ha usado menos eufemismos. Ha asegurado que da asco verme.

Rebeca se sentó en la banqueta acolchada. Contempló la llave expuesta en el regazo del Cerrajero. Sintió las primeras punzadas de la excitación. Sí, había un mundo peligroso esperándola, pero las ganas de verlo comenzaban a vencer a sus temores.

—La llave —susurró.

—La llave a Romegasta. Fabricada con la columna vertebral de un ikari oriundo, según presumía, de las mismísimas entrañas de Glozarrax. Si los ikari no fueran tan duros de pelar habría hecho torturar a ese desgraciado hasta arrancarle todo lo que sabe, pero desde pequeños los adiestran en el arte del sufrimiento. De hecho, muchos se vuelven adictos a él. Pero al menos ha tenido a bien cedernos su espalda para abrir camino. Si todo funciona como debe, la puerta a Romegasta te dejará cerca de Glozarrax, sea eso lo que sea.

»Entras, robas la espoleta y sales por pies. ¿Te parece un buen plan?

—Un plan perfecto.

El Cerrajero guardó un largo silencio. Cuando habló de nuevo, su tono de voz había cambiado por completo. Había en él una gravedad desconcertante.

—Cuando consigas la espoleta ve directa al mundo de Riddly —le ordenó—. Y escúchame bien: quiero que estés allí cuando el Lacre se detone. No vuelvas a Colapso, ¿me oyes? ¡No se te ocurra volver a Colapso!

Ella respiró hondo. Las implicaciones de aquel mandato eran terribles.

—Qué manera más complicada de librarte de mí... —Le temblaba la voz.

—Ojalá hubiera otro modo de hacer las cosas —dijo él, reclinándose contra los almohadones—. Pero no lo hay. Allí estarás a salvo. Además, en cuanto el Lacre estalle y selle la Tierra Alterna, los ikari sabrán que ha ocurrido algo. Y no tardaremos en tenerlos aquí.

—Por eso has llenado esto de mercenarios —dijo Rebeca dándose cuenta de todo—. Estás preparando una defensa suicida. —A su pesar, volvió a recordar la capilla del Hombre Muerto.

—No hay otra alternativa, pequeña. Pero ten por seguro que venderemos caro nuestro pellejo.

—Ven conmigo al otro lado —le pidió.

—Moriría antes de cruzar el umbral a Londres. Esa habitación no me tiene ningún respeto. Si pudiera ponerme a salvo, lo haría, créeme. No tengo madera de héroe. Pero ese Portal me está vedado. —Sacudió la cabeza—. No tiene sentido prolongarlo

más. Es hora de irse. Y nos vamos a marchar a lo grande, pequeña.

—Entonces, ¿esto es una despedida?

—Quién sabe... —El viejo sonrió con desgana—. Los designios de los dioses y los monstruos son retorcidos. Puede que haya otros mundos más allá de la vida, mundos que no se parezcan en nada a los de este plano. Quizá la muerte no sea más que la llave que nos conduce hasta ellos. —Gruñó—. Pero basta. No me vas a hacer llorar, niñata de los cojones. Lárgate a cumplir tu cometido: para eso te compré a las monjas.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Ah, cuando salgas dile a Muro que venga —apostilló el Cerrajero—. Es hora de aclarar con él ciertas cosas.

Rebeca asintió. Le dedicó una última mirada a quien había sido su mentor durante cinco años, y salió con la certeza de que no volvería a verlo.

Ágata levantó la cabeza al oírla entrar en la cuadra, y comenzó a trotar de un lado a otro. Sus ojos, dos ónices que le ocupaban media cara, pendientes de ella mientras se acercaba. Rebeca no pudo evitar sentirse culpable al ver la ansiedad con que la recibía. Cuando el Cerrajero no la tenía en danza por los mundos alternos, solía sacarla de paseo un par veces al día, pero la prohibición de volar sobre Amalgama se lo había impedido.

Abrió la puerta del corral y el animal se le echó encima. Ágata giró el cuello y le dio un suave cabezazo en el vientre.

—Me vas a tirar, bicho, me vas a tirar —protestó mientras le rascaba las escamas—. Lo sé, te he tenido muy abandonada, lo sé, lo sé... No ha sido culpa mía. El Cerrajero es un hombre horrible. No le vamos a echar de menos, ¿verdad?

El corral había cambiado desde la primera vez que Rebeca había estado allí. Le habían construido un alto techo de madera y alambre, convirtiéndolo en una inmensa jaula de barrotes irregulares. Ágata tenía cierto margen de maniobra allí dentro, pero nada comparable a poder volar en libertad.

El dragón corrió junto a ella cuando se acercó a los garfios de los que colgaban los arneses. Eligió el más nuevo y lo colocó sobre el lomo antes de ajustar las cinchas en su vientre. Se subió de un salto sobre su amiga y la acarició de nuevo, justo en el nacimiento del cuello.

—Hoy nos espera una buena —le susurró—. Vas a tener que portarte muy bien ahí fuera, ¿me oyes?

Ágata emitió uno de sus maullidos. La jinete asintió, tiró de las riendas y la condujo fuera del corral. El dragón miró hacia arriba, al cielo de Amalgama que se veía a través del techo destrozado de la torre. Los desgarros centelleaban como soles de formas imposibles.

Rebeca se acomodó la mochila al costado y comprobó que tenía fácil acceso tanto

al fusil que llevaba enfundado a la espalda como al revólver de su cadera. Luego cerró los ojos y detuvo el transcurrir del tiempo durante un minuto.

Le dio a Ágata un suave golpe de talón. Era la orden de despegar. El dragón bufó, extendió las alas y remontó el vuelo. Antes siquiera de salir del refugio de la torre, Ágata activó su camuflaje, y se mimetizó con las tinieblas del falso día de Colapso.

El viento en el rostro mitigó un poco su dolor de cabeza. Hizo planear a la montura hacia el oeste, mientras sujetaba la llave. Intentó no pensar en que aquel pedazo de hueso había formado parte, unas horas antes, del esqueleto de un ikari vivo, con carne, venas y músculos alrededor. Ahora era su billete de entrada y salida a Romegasta, así que se dejó guiar: notó cómo el calor de la llave iba en aumento a medida que la conducía hacia la Puerta. Espoleó a Ágata en la dirección indicada.

El cielo herido se abrió bajo un fuego de relámpagos que no eran tales. Las marcas que los ikari dibujaban en la noche rota silueteaban una extraña figura geométrica irregular, de medidas descomunales. Circunscrita en sus líneas, la noche parecía diferente, más clara y al mismo tiempo más confusa.

Aquella parte de la urbe hervía de tropas. Escuadrones de pterodáctilos de hueso volaban en formación cerrada. Dragones de combate de todos los tamaños se deslizaban entre las nubes y los centelleos de los garfios clavados en el aire. La noche tembló cuando Náusea agitó sus alas kilométricas. Su cuerpo titánico subió a los cielos, preñado de sombras y oscuridad.

La joven guió a su montura entre las nubes de tormenta. Vislumbró el Portal. Estaba inscrito en una nube que tenía la forma de un rostro cadavérico gritando. El Portal en sí mismo era la boca abierta de la nube.

—Vamos, chica, adelante —animó a Ágata.

El dragón voló directo hacia el alarido silencioso de la nube.

Al otro lado aguardaba el infierno.

La sombra del Hysmon

La noche había desplegado sus estrellas como una ataujía bordada con hilos de plata. Unas nubes, prisioneras de su propia evanescencia, corrían como si hubiesen quedado en reunirse en un lugar que se escapaba de la visión de Riddly.

Non timebo in posterum, parecían deletrearle las estrellas. No temo al futuro. Allá lejos, a través del ventanuco del techo, feroces vientos ejercían su imperio de las distancias, llevándose no solo las nubes y las masas aún no precipitadas de lluvia, sino también los sueños de Riddly. Sueños que tenían mucho que ver con cierta muchachita cuyo destino se cruzó con el suyo en el momento menos esperado, y en el decorado más inapropiado.

Pues... ¿quién esperaría encontrar de repente el amor en medio de una ciudad en guerra?

¡Espera! ¿Había dicho... amor?

Del susto se quedó incorporado en la cama.

No se había planteado en serio los asuntos del corazón desde que su padre le dejó salir a rastrear Portales. Sí, se había sentido atraído esporádicamente por algunas mujeres, aquí y allá, pero nunca se había arriesgado a usar palabras tan peligrosas como... amor. Las mujeres que había conocido eran guapas, y por lo general estaban tan desesperadas como él por explorar los misterios del sexo opuesto (en un mundo en guerra, no había tiempo para poner el listón muy alto), y a veces le daban algo más que simple amistad. Cariño, tal vez. Puede que un pequeño compromiso.

Pero aún no había encontrado a nadie que le importara de verdad, ya que ninguna mujer podría entender jamás cuán compleja era su vida. Al menos, ninguna de las que había conocido en el pasado. Como bien le había dicho su padre, los humanos normales no entendían (ni querían entender) la Magia. Era un concepto tan antinatural que les hacía daño, a pesar de que intuían su presencia. Además, la llegada de los ikari había hecho que esa intuición se convirtiera en certeza para la mayor parte de la gente. Pero aún los seguía violentando. Y a Riddly no podría interesarle ninguna mujer si él sospechaba que no compartirían su verdadera realidad.

Hasta Rebeca.

Ella era aperimante, igual que la vieja Marisa y otras arcanistas de las que le había hablado su padre. Una chica con la que podría compartir secretos, conocimientos y aventuras. Pero con una diferencia fundamental: era joven y guapa, no una momia que miraba a los demás con condescendencia y hablaba en acertijos. Eso la convertía en un diamante puro en medio de la arena.

Por supuesto, todo esto no eran más que conjeturas, o ilusiones, porque una cosa era que Riddly admitiera (en voz lo bastante baja como para que solo se oyera él) que

le gustaba esa chica... y otra que Rebeca sintiera la misma atracción. O que sus destinos volvieran a tocarse durante el tiempo suficiente como para explorar un supuesto interés recíproco.

Pero lo importante era que Riddly había descubierto en su interior la chispa, el germen de un sentimiento nuevo. Y eso le bastaba para dar el siguiente paso. Se sentía como un salmón, un pez que estaba obligado a nadar contra corriente por alguna clase de fuerza atávica. Un animal que se pasaba la vida esforzándose por ir en contra del río, dejándose la piel sin saber exactamente por qué.

Se levantó y se puso su uniforme de aperimante. Le gustaba llamarlo así, «uniforme», aunque no fuera más que un *collage* de remiendos. Le hacía sentirse parte de algo mayor. Oía los ronquidos de Logan vibrando en las paredes de la habitación contigua. El epicentro de esos ronquidos estaba en un jergón de paja. Siempre que encontraban un nuevo agujero donde meterse, en su huida hacia ninguna parte, Logan le cedía la mejor cama a Riddly.

El joven entró de puntillas en el cuarto y alargó una mano furtiva hacia la mochila de su padre. Con extrema lentitud (el movimiento le llevó casi cinco minutos) la descolgó de un clavo que salía de la pared. Llamarla «mochila» era un eufemismo, igual que «uniforme» a sus harapos, pero era una de las posesiones más preciadas de Logan. Y en ella guardaba uno de sus objetos más queridos: su diario de viajes.

Con un sigilo tal que hasta su sombra hizo más ruido que él, Riddly se encerró en su habitación y se sentó en la cama. ¡El diario! El corazón le latía a cien por hora. No se podía creer que lo hubiera hecho. Si su padre lo pillaba cometiendo semejante travesura (aunque la habría llamado sacrilegio), las consecuencias serían peores que una reprimenda. Aun así...

Tenía una misión, maldita sea. Probablemente la más importante que ningún aperimante hubiese aceptado jamás: en sus manos estaba la posibilidad de salvar el mundo. Rebeca le había dicho cómo hacerlo y qué piezas debía conseguir de su famosa bomba de Realidad. Ella debía de estar buscando la espoleta de aquel ingenio, y Riddly no quería bajar la vista avergonzado cuando coincidieran de nuevo y le preguntara si había cumplido con su parte.

Debía ir a por las piezas del Lacre. Todo lo demás era secundario. Incluso la confianza de su padre.

El libro le temblaba en las manos, pero era más su propio nerviosismo que cualquier sistema de defensa que hubiese podido inscribirle Logan. La mirada de Riddly voló por las tapas y se encontró con unos versos:

*Vi el cielo estallar en mil plumas de ángel.
Imaginemos que alguien comete un crimen.
Imaginemos nidos de palomas b...*

Riddly apartó la vista en el último instante, sin llegar a leer la palabra que cerraba

el tercer verso. No se lo podía creer: ¡Su padre había protegido el libro con magia de Versos Atroces! Quién sabía qué cosa horrenda le habría ocurrido si llegaba a leer (y, sobre todo, a comprender la métrica, que era donde se escondía el poder) toda la estrofa. Por fortuna, la misma persona que había puesto allí aquella cerradura de aviesas intenciones también le había enseñado a evitarla.

El joven cerró los ojos, imaginó la estrofa al revés y la cantó en voz alta, pronunciando solo las vocales donde caían las diéresis. De esa forma creó un verso dierético de anulación:

¡Aeúiea-ie-ei
Íue-ae
Oei-é!

Eso destrozó toda la fuerza lírica y rítmica de la magia, y deshizo el hechizo. Antes de abrir el libro, Riddly rebuscó con cuidado por si encontraba alguna otra sorpresita oculta. A su padre le gustaba crear falsas puertas traseras para sus misterios, y por ello escondía trampas mortales para cualquier fisgón desprevenido. No encontró nada, aunque hubo un segundo de puro terror en que los ronquidos de la otra habitación se cortaron en seco. Riddly esperó con el corazón en un puño, pero por fortuna no sucedió nada: tras un tosido y un sonido gaseoso, de ventosidad, su padre siguió roncando.

Riddly dejó escapar el aliento. Se tumbó de espaldas, abrió el libro por la primera página y buscó un... ¿índice?

Rió ante su propia estupidez. Ningún aperimante que se preciara pondría una guía al comienzo de su diario, a menos que fuera falsa. En eso se parecían a los alquimistas de la Edad Media, más tarde llamados químicos: como los perseguían por herejía, sus notas de trabajo eran auténticos puzzles que solo ellos entendían. Frases absurdas disfrazadas de salmos religiosos, como «crucé tres arcos y descendí cuatro, y tras doce avemarías vi cinco ángeles que me condujeron a la novena cámara», escondían toda una fórmula para moldear el cinc.

Riddly se concentró en su tarea. Su padre le había dicho que el Hysmon era una puerta conceptual, un sistema lógico envuelto en un enigma y anudado en acertijos. De modo que lo que buscaba, al fin y al cabo, eran matemáticas. Hojeó a toda prisa las páginas amarillentas obviando todo lo que no fueran números, hasta que se topó con un tesoro: los apuntes que Logan había tomado hacía muchos años sobre un caso peculiar, que había resuelto antes de adoptarlo a él como hijastro.

El misterio del autómatas ajedrecista de Kempelen.

Era uno de los casos preferidos de su padre, un ser mecánico que usaba la magia para jugar y vencer siempre al ajedrez, no importaba contra quién jugara, prescindiendo de todo mecanismo lógico. O algo así. Logan había anotado los movimientos de su última partida al pie de una página, subrayando algunos:

1. e4 e5
2. Qf3 Nc6
3. Bc4 Nf6
4. Ne2 Bc5
5. a3 d6
6. O-O Bg4
7. Qd3 Nh5
8. h3 Bxe2
9. Qxe2 Nf4
10. Qe1 Nd4
11. Bb3 Nxf3+
12. Kh2 Qh4
13. g3 Nf3+
14. Kg2 Nxe1+
15. Rxe1 Qg4
16. d3 Bxf2
17. Rh1 Qxg3+
18. Kf1 Bd4
19. Ke2 Qg2+
20. Kd1 Qxh1+
21. Kd2 Qg2+
22. Ke1 Ng1
23. Nc3 Bxc3+
24. bxc3 Qe2# 0-1

Y debajo, en su caligrafía secreta (que Riddly había aprendido a descifrar a lo largo de los años), estaba anotado:

¿¿¿¿¿¿Hysmon??????
Magia de viaje, buscar correlaciones

El corazón se le aceleró. ¡Ahí estaba la pista! Su padre era un experto en la magia de viaje, una definición tan buena como cualquier otra para la aperimancia. Aun en el supuesto de que hubiese descubierto en algún momento la manera de llegar al Hysmon, la prudencia y el recuerdo de lo que les había pasado a los miembros del cónclave original lo habían disuadido de hacerlo. Riddly sintió un acceso de temor ante esa idea. ¿Se atrevería a ir un paso más allá que su padre? ¿Estaba preparado para sobresalir donde él no quiso medirse?

Ese pensamiento lo tuvo ocupado durante casi una hora, cambiando de postura sobre la cama y tratando de juzgarse a sí mismo de manera ecuánime, hasta que se

decidió.

Al fin y al cabo, el objetivo de un hijo era superar las marcas de su padre. Esa idea le dio convicción, pero no seguridad.

Estudió las notas a fondo. Su padre usó algo llamado «moverse de costado» para viajar entre realidades, hasta llegar a un lugar llamado el Equinoccio. Eso había sido hacía muchos años, cuando Riddly era niño y la Mansión Infinita aún existía. Junto a lo que parecía el dibujo apresurado de una pirámide invertida, aparecía otra vez la palabra «Hysmon», al lado de otras que eran nuevas para Riddly: «Shi'mm'Øn, LA MADRE MÁQUINA».

¿La Madre Máquina? ¿Shi'mm'Øn? ¿Qué demonios sería eso? Fuera lo que fuese, lo cierto era que su padre lo había subrayado seis veces y encerrado en varios círculos de tinta, como si con ello acentuase una y otra vez su importancia. Debía de ser algo muy gordo, quizá la clave del misterio. Pero allí no había más pistas, ni halló ninguna otra referencia en el diario. Sobre si era algo de naturaleza benigna o malvada, Riddly solo podía hacer conjeturas.

—Venga, dime cómo puedo llegar a esa maldita Puerta... —le exigió al libro, estudiando cada anotación, cada garabato que salía de los números y acababa en flechas y lazos que anudaban otros. Se deslizó por el campo plano de la lógica de su padre, al estilo de una araña de agua que patina por un estanque, consciente de que sus patitas nunca tendrán más fuerza que la tensión superficial del líquido.

Al final, tras varias horas de navegar por la lógica abstracta de su padre, y cuando la aurora estaba próxima, Riddly creyó tener una teoría.

Logan se había quedado sorprendentemente cerca del Hysmon, mucho más de lo que se había atrevido a confesar. Pero en el último momento dio la vuelta. No se arriesgó. El motivo se lo había dicho él mismo, y aquellas notas no le contradecían: pensaba que quienquiera que se aproximase al Hysmon entregaría su cordura a cambio, y se convertiría en una versión pútrida y aberrante de sí mismo. Así de alto era el precio. Y con todo, no había parado de reflexionar sobre aquel enigma durante décadas hasta que encontró la clave para tantear la cerradura.

El secreto estaba en la Circularidad. Logan creía que, en algún momento del futuro, estaba predestinado a encontrar el Hysmon y tal vez a forzarlo, por lo que la Magia le estaba preparando sus argumentos, es decir, la cadena de sucesos y causalidades (que no casualidades) que lo llevarían a reparar cualquier daño que ocasionase. Logan creía que todo lo que había ocurrido aparentemente al azar durante aquellos años (sus experimentos con los umbrales de la Mansión Infinita, el encuentro con el barón Kempelen y su autómatas, o su llegada al Equinoccio) no eran meros caprichos del destino. Era la Magia, que preparaba el camino para sanar las heridas que el propio Logan ocasionara al atravesar el Hysmon y echar un vistazo al secreto.

La clave residía en aquella partida de ajedrez.

El ajedrez es movimiento, saltos, fintas, permutaciones que siguen patrones. Es

magia de viaje encerrada en sesenta y cuatro escaques. Logan había asignado cantidades numéricas a cada pieza, estudiando cómo las jugadas de blancas y negras se anulaban las unas a las otras. Los ejércitos de madera de cada rey se lanzaban al ruedo bicolor moviéndose de costado, igual que Logan cuando saltaba por las realidades. Y esas embestidas dibujaban un patrón matemático.

Lo curioso de aquella partida era que, al final, todos sus movimientos se anulaban. No quedaba ni uno solo abierto. Por cada sumando había algo que restaba, y por cada fuerza una reacción. El cómputo total de la partida era que se igualaba a sí misma a cero.

Es decir, la partida era un viaje circular.

—¡La cifra imposible! —susurró Riddly, acongojado. ¡Esa era la primera pieza de la bomba! ¡Ya la había encontrado!

Pero algo le decía que, para hallar la segunda, el dromón de los famosos relojes de materia oscura, tendría que usar la cifra para aproximarse al Hysmon, dar ese paso crítico que confirmaría la regla de que los hijos están hechos para superar las marcas de sus padres.

Riddly apretó los dientes y se dispuso a eliprear, usando la cifra como guía. Era como arrastrarse a través de una distancia ignota de recuerdos y tiempo.

Y de repente...

El ruido acabó de sacar a Logan de su cómodo duermevela.

Había sonado en la habitación contigua, donde dormía su hijo. Un golpe sordo, como si Riddly hubiese rodado en sueños y se hubiese caído de la cama, como cuando era niño. Sonrió, pensando en lo inquieto que había sido siempre.

Pero luego, al cabo de un rato y al no oír ningún otro sonido (se suponía que el golpe habría tenido que despertarlo), la sonrisa se le transformó en una mueca de preocupación.

—¿Riddly? ¿Estás bien?

No llegó ninguna contestación.

Su mirada se posó de manera distraída en una telaraña que había en el techo, hipnóticamente poblada de tracerías irisadas de tela. La araña había tejido un enrejado fino como cristal de nieve, donde una mosca se debatía agónicamente.

Esa visión le dio miedo, como si fuera un funesto presagio. Logan se puso los pantalones y metió de un taconazo la escupidera bajo un mueble. Una repentina premonición le hizo coger su mochila y mirar dentro. Faltaba un elemento importante.

Su diario.

La preocupación se trocó en inquietud. Diciéndose a sí mismo que no podía ser, que debía tratarse de un error (porque su hijo jamás cometería un descuido como ese, por muy implicadas que estuvieran unas faldas), entró a toda velocidad en la

habitación de Riddly.

Una espantosa imitación del pánico le raspó las cuerdas vocales.

Riddly estaba congelado en una pose tensa, con la espalda arqueada y separada del camastro, como si lo hubiesen inmovilizado en el latigazo del orgasmo. De la comisura de su boca brotaba un hilillo de baba, y tenía unas páginas de su diario estrujadas en la mano. Sus ojos estaban perdidos a medio camino entre un «nunca llegaré» y un «pude haberlo conseguido».

—¡Hijo! —gritó el aperimante, apretando su cuerpo hacia abajo hasta que la espalda se le relajó. Pegó el oído a los labios de Riddly para dejar que el aliento estático que exhalaba, también congelado en el tiempo, entrase por su pabellón auditivo y adquiriese significado. Riddly, cuando empezó a elipsear, estaba pronunciando los últimos números de una cifra ajedrecística.

«Va en busca del Hysmon», pensó Logan. «Lo ha intentado, el muy loco.»

Ya habría tiempo para sermones. Lo que tenía que hacer ahora era rescatarlo de dondequiera que se hubiese estancado a media elipse. Logan sabía que daba igual qué ropa tuviera uno encima, pues el viaje sería más conceptual que físico, pero las pertenencias que llevara en las manos sí que viajarían con él: jueguecitos graciosos de la Magia. Por eso, antes de seguir el camino de Riddly, fue hasta su cuarto, tiró por el suelo el contenido de su preciosa mochila y eligió un simple saquito con dados de seis caras.

—Qué estúpido has sido, hijo —murmuró—. Qué digno de mí...

Y elipseó más lejos que nunca, para ir a rescatarlo.

Rebeca en el infierno

Romegasta ardía.

Era la tierra del humo y la furia, de la oscuridad danzante; se intuían gigantes ciclópeos en las alturas, montañas vivas envueltas en llamas y huracanes. La bóveda celeste estaba tomada por lenguas de fuego del tamaño de continentes. Romegasta hedía a combustible ardiendo, a escoria fundida.

Ágata no dejaba de chillar. Había comenzado a hacerlo nada más atravesar la Puerta. El dragón miró hacia atrás, hacia Rebeca, y en sus ojos amarillos vio miedo y súplica.

«Vámonos de aquí», decían esos ojos. «Por favor, vámonos de aquí.»

Romegasta era una explosión continuada, un alarido que no terminaba. En las alturas, algo informe e indescriptible pendía sobre la realidad envuelto en humo y niebla. Era tan amplio que ni la mirada ni el cerebro podían abarcarlo. Ni siquiera el cielo era capaz de contenerlo; sus dimensiones se disparaban en ángulos imposibles, se plegaban y despleaban a veces fuera de la vista, como si se adentraran en caminos que no discurrían por entero en el mundo visible.

La joven se mordió el labio en un intento de centrarse, de sacar su conciencia de aquella espiral desconcertante y desconcertada. Romegasta parecía forjada en capas de nubes superpuestas y remolinos de humo turbio, casi sólido, casi vivo. De las alturas bajó un ruido de engranajes mal colocados, de piezas metálicas que alguien sacudiera con saña.

Se puso la máscara mientras intentaba a duras penas contener las arremetidas de Ágata. El dolor de cabeza resucitó. Era como si el fuego hubiera encontrado el modo de colársele dentro del cráneo e inflamar su cerebro. El resplandor (que llevaba viendo desde la tarde anterior) se hizo más intenso, y se convirtió en un brillo perlado que bordeaba su campo de visión como un antifaz de plata.

El mundo vibraba, atronaba.

A su pesar, clavó los talones con todas sus fuerzas en los flancos de Ágata. Siempre había evitado hacerle daño, pero en aquel momento era crucial mantenerla bajo control, y ya había amagado dos veces con descabalarla.

La obligó a descender. Atravesaron una capa de nubes que se esparcían por el cielo como tumores deshilachados. Se apretó todo lo que pudo contra el cuerpo del dragón. Sintió su calor, el latir frenético de su corazón en sintonía con el suyo propio.

¿Eso era Romegasta? ¿Qué pasaba allí, algún tipo de cataclismo de dimensiones planetarias, o acaso se trataba de otra cosa? ¿Estarían los ikari sufriendo un ataque? A Rebeca le costaba trabajo comprender qué estaba viendo. Se sentía superada por el escenario, como un insecto obtuso que intentara desentrañar el mecanismo de una

astronave.

Ágata había dominado su pánico y se dejaba llevar, pero su docilidad no era real. Rebeca sabía que si aflojaba las riendas, el dragón se desbocaría e intentaría encontrar el camino de regreso.

—Ánimo, chica —se dijo a sí misma—. Ya sabías que iba a ser difícil. Aprieta los dientes y hacia delante. Siempre hacia delante.

Oteó a su alrededor al tiempo que intentaba hacerse un mapa de la situación. Había un monstruo colosal en las alturas, tan grande que bien podía ser otro planeta precipitándose sobre Romegasta. Alrededor de aquella cosa se veían las siluetas movedizas de otros engendros, decenas de ellos; algunos parecían surgir de la mole negra, como si los estuviera pariendo, aunque era difícil precisarlo dada la escala a la que sucedía todo.

Otras entidades embestían contra su adversario en los cielos. Entre ellos, Rebeca creyó distinguir la silueta de un dragón ciudad. El hecho de que aquella monstruosidad pareciera poca cosa comparada con la presencia tremenda que colapsaba el mundo solo sirvió para que le quedara más claro cuán demencial era todo aquello.

Rebeca descartó las alturas, no eran un buen lugar al que ir. Miró, por lo tanto, hacia abajo. Allí también había formas desproporcionadas y retorcidas, aunque en número bastante menor. A unos cientos de metros se alcanzaba a distinguir la superficie del planeta. Abajo, un mar turbulento hervía en su lecho, salpicado de fumarolas y tifones. Había tierra firme también, aunque era difícil precisar si se trataba de eso; uno de los islotes, por ejemplo, parecía estar ejecutando un complicado número de danza en mitad de un torbellino de color bilioso.

De pronto, Rebeca vislumbró movimiento. Decenas de sombras se desplazaban hacia el sur, una apiñada marabunta de motas oscuras que, como ella, luchaban contra las embestidas del viento.

Condujo a Ágata en dirección al enjambre. A veces tiraba de las riendas con tal fuerza que notaba cómo se le clavaban en las palmas de las manos. Echó un vistazo a través de sus binoculares cuando estuvo a una distancia prudencial de aquella agrupación de sombras. No quiso arriesgarse más. Ágata se encontraba envuelta en su campo mimético, pero no estaba de más extremar las precauciones.

No tuvo problemas para reconocer a la horda de criaturas que volaba en aquel infierno, así como a sus jinetes. Las primeras eran una suerte de mantas aéreas, seres con aspecto de cometa que arrastraban una cola filamentosa. Sobre ellas cabalgaban los hombres moneda de los ikari, a razón de uno por animal. Eran sujetos pálidos, desnudos, con burdas cicatrices en la espalda y el pecho que señalaban su utilidad.

Los hombres moneda eran criaturas esclavas que los ikari usaban en sus transacciones. Los escoltaban cinco ikari montados en dragones de combate con aspecto de haber salido malparados de una refriega.

El enjambre de esclavos era inmenso. Los había a miles. Volaban en grupos

cerrados, compactos. Manadas de hombres moneda rumbo a quién sabía dónde. Desde su posición, Rebeca descubrió unidades dispersas. Algunas marchaban rezagadas.

Hizo que Ágata trazara un amplio círculo para aproximarse a ellas desde la retaguardia.

Eligió a un esclavo (de los que volaban en las últimas posiciones) y se acercó a él. La cicatriz en forma de triángulo isósceles de su vientre indicaba que era una moneda de alto valor. Entre los omoplatos se distinguían tres símbolos grabados a fuego: un ojo en llamas, un papiro con dos líneas paralelas y una estrella partida en dos. Indicaban que aquel desdichado estaba etiquetado como «amante», «escriba» y «futura comida».

Rebeca deslizó a Ágata a espaldas de la manta que montaba el hombre moneda, hasta el punto de que ambas criaturas casi se rozaron. El esclavo marchaba de pie sobre aquella cometa viva, aferrado a las lancetas que el animal tenía clavadas en la espina dorsal. El piloto gobernaba su montura a través de ellas.

La montura tenía un ala lastimada, de ahí lo retrasado de su posición. Rebeca abandonó su cola para marchar en paralelo, aguardando el momento de actuar. No tardó en llegar. El grueso del rebaño comenzó a adentrarse en el vientre de una inmensa nube de tormenta, otro jirón de oscuridad derramado por el cielo como un coágulo de sangre.

Rebeca se aproximó más todavía al esclavo, y cuando vio desaparecer al último dragón ikari dentro del nubarrón, hizo que Ágata embistiera.

En el momento del impacto agarró por el brazo al hombre moneda y lo descabalgó de un tirón. El esclavo se precipitó al vacío, con la cara demudada por el pánico. La manta, ya libre, se perdió en vuelos erráticos de aquí para allá, descoordinada, como si no supiera volar por su cuenta.

Rebeca siguió la estela del hombre que caía mientras se ataba una de las riendas en torno al antebrazo. Lo atrapó antes de que su velocidad de caída pudiera poner en peligro la integridad de ambos, y lo cargó sin contemplaciones sobre el dragón. Lo siguiente que hizo fue hundirle el cañón de la pistola en la cara.

—¡Deja de sacudirte o te suelto! —le gritó Rebeca en su rudimentario ikari. El prisionero dejó de agitarse en el acto. Era evidente que había comprendido que luchar en semejantes condiciones no era la mejor idea.

En la superficie inquieta del mar flotaban planchas metálicas, de las que sobresalían columnas que daban a aquella parte del océano el aire de un bosque disgregado. Rebeca guió al dragón hacia la mayor de ellas. Su velocidad, el viento y el fardo con el que cargaba dificultaron la aproximación. El aterrizaje fue bastante más brusco de lo que Rebeca había esperado. Ágata resbaló al tomar tierra. El hombre moneda escapó de su presa y cayó al suelo de mala manera.

La joven desmontó de un salto y se apresuró a atar las riendas del dragón a una columna. El hombre moneda intentaba levantarse, pero el aturdimiento del aterrizaje

y el movimiento de la plancha se lo impidieron. Rebeca tuvo tiempo de asegurar las cinchas, sin dejar de vigilar ni un instante al esclavo.

La cabeza le daba vueltas. El fulgor tras sus ojos era tan fuerte que hasta el hecho de parpadear la deslumbraba. Se acercó al hombre moneda: sus contornos parecían diluirse debido al fantasma de la doble visión. Aquello y el constante bamboleo del suelo bajo sus pies la hacían sentir ebria.

—¡Glozarrax! ¿Dónde está Glozarrax? —gritó.

El hombre se retorció en el suelo, aterrado. Intentaba protegerse el pecho y la cabeza con los brazos, como si así pudiera desviar un disparo a bocajarro.

—¡No tengo tiempo para tonterías! —le espetó Rebeca—. ¡Levántate ahora mismo o te convierto los sesos en vómito!

El esclavo asintió con la cabeza y comenzó a erguirse, despacio, apoyándose en una columna. Se quedó sujeto a ella mientras contemplaba a Rebeca como si fuera un espectro.

—¿¡Dónde está Glozarrax!?

—Cayó del cielo —contestó él. Sus dientes afilados asomaban de las encías como una colección de lápidas rotas—. Glozarrax está muerto. No es más que carroña, despojos a la deriva.

Rebeca notó cómo se le cerraba la garganta al oírlo.

—¿En qué dirección?

—Allí. Glozarrax allí. Mi hogar. Mi pobre hogar ha muerto...

El hombre señaló hacia el sur, hacia lo que Rebeca había tomado por una isla. Se dio cuenta de que no se trataba de eso: era el cadáver de una criatura descomunal que flotaba a la deriva.

—¿Dónde está su tercer vientre?

—Dentro. Muy adentro.

Una vez en las alturas volvió a bramar algo inmenso. Su rugido se extendió durante largo rato, eterno y perturbador. El hombre se tapó los oídos mientras emitía un sonido lastimero. Ágata tiraba con todas sus fuerzas de las riendas en un vano intento por liberarse.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Rebeca una vez menguó el rugido.

—¿No lo sabes?

—¡Si lo supiera no te lo preguntaría!

—Los cielos se abrieron y llegó el enemigo. Y el mundo terminó. Eso fue lo que pasó.

El enemigo.

Entonces era verdad. Los ikari tenían un enemigo. Alguien había llevado la guerra hasta el mismísimo corazón de su imperio, y no solo eso: los estaba derrotando sin contemplaciones.

La noticia era impactante, pero... ¿qué implicaba para las tierras sometidas? La cabeza le dolía demasiado como para detenerse a pensar en las posibles

repercusiones. En definitiva, pasara lo que pasase allí, la invasión de Londres seguía en marcha. La única manera de preservar la Tierra Alterna de Riddly era activar el Lacre y separarla de la corriente de mundos.

Contempló al hombre moneda. Abandonarlo a su suerte en aquel islote era condenarlo a muerte, pero no podía hacer otra cosa. No tenía tiempo de buscar tierra firme, si es que existía, y la posibilidad de llevárselo consigo estaba descartada. Lo más humanitario que podía hacer era matarlo. Pero la idea de disparar sobre una criatura desarmada la repugnaba.

El esclavo la miraba fijamente, consciente de su lucha interna. Matarlo era definitivo. Abandonarlo le daba una posibilidad de sobrevivir.

Rebeca se encaminó hacia Ágata.

—¡No! —gritó el hombre al verla marchar—. ¡Llévame contigo! ¡No me dejes aquí!

—No puedo —dijo ella, apesadumbrada de verdad—. Lo siento muchísimo. En serio.

En ese momento, la plancha se inclinó hacia un lateral, zarandeada por un repentino golpe de mar. Rebeca se aferró a un pilar mientras luchaba por mantenerse en pie. Debido al zarandeo perdió de vista por completo al esclavo. Un instante después sintió un fuerte pinchazo en el cuello.

Se volvió, mal sujeta a la columna. El hombre moneda estaba en pie; había proyectado una lengua telescópica y le había clavado un agujón en el cuello.

Rebeca recordó que el ojo en llamas no era el símbolo del amante, sino el del guerrero.

«Viste sus colmillos, maldita estúpida, ¡los viste! Esa boca no está hecha para amar, sino para morder.»

El veneno no tardó en abrirse paso hasta sus venas. Rebeca sintió el dolor, la agonía acerada de la ponzoña. Actuó por impulso: aferró la lengua clavada antes de que su adversario tuviera la oportunidad de retraerla, se la arrancó del cuello y a continuación tiró de ella con todas sus fuerzas. El hombre moneda salió trastabillando hacia delante. Rebeca le apuntó a la cabeza y disparó. La lengua quedó flácida en su mano cuando la boca de la que había surgido voló en pedazos.

La joven soltó la lengua y, a trompicones, dejó caer su mochila. De pronto se dio cuenta de que era incapaz de manejar el brazo derecho, se le iba paralizando por momentos. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Minutos?

Con la mano izquierda abrió la mochila y hurgó dentro. La visión se le nublaba. Ahora, al resplandor se le había unido una niebla movediza.

Si perdía el control de sus extremidades, estaría muerta. Y esta vez Ágata no podría llevarla a casa. Encontró la jeringuilla en el bolsillo interno donde siempre la guardaba (gracias, gracias, dioses). Retiró la burbuja protectora de la aguja y, prácticamente a golpes, se deshizo del chaleco. Quedó de rodillas, temblorosa. Cogió la jeringuilla y, sin pensarlo siquiera, se la clavó en el corazón. Apretó el émbolo

mientras el mundo giraba enloquecido.

La inyección surtió efecto. Respiró hondo, con aquella saeta clavada en el pecho. El aire entró en sus pulmones en tromba, una exhalación de vida. Las tinieblas que lastraban su mente se desvanecieron; como si alguien acabara de soplar dentro de su cráneo. La parálisis de su brazo remitió, aunque no logró recuperar todo el control. Lo tenía adormilado.

Se centró en la mochila. Abrió las cremalleras hasta encontrar una bolsita con diversas cápsulas. Las había de varios colores y formas, antídotos para la mayoría de los venenos. No tenía modo de averiguar cuál era la toxina que le habían inyectado, así que siguió el proceder habitual: se tragó dos al azar, a fuerza de golpe de garganta y saliva, y se confió al destino.

Se hizo un ovillo en el suelo, apretándose el estómago con todas las fuerzas que era capaz de reunir. Corrientes alternas de frío y calor recorrían su espalda. Fijó la mirada en la superficie de metal: alcanzó a distinguir su reflejo, brumoso, rodeado por un brillante halo de luz. Se centró en él, en el borrón confuso que proyectaba sobre la plancha. Los escalofríos remitieron.

Contó hasta diez. A continuación se levantó. Se sentía extraña, ingrávida. Sus pensamientos tenían una consistencia gelatinosa, como si no terminaran de pertenecerle.

—Me arrastra la marea —murmuró mientras se tambaleaba en dirección a Ágata, sin que el oleaje tuviera nada que ver con su andar inseguro—. Nos arrastra, cariño —le confesó al dragón que corcoveaba.

Aferró con fuerza las riendas de Ágata. No fue consciente de subir al lomo del dragón, pero de pronto se encontró ya encima, encarada en dirección a la isla que una vez fuera un ser vivo. La realidad se le deshilachaba entre los dedos, perdía peso y coherencia. ¿Era el entramado del mundo lo que se hacía pedazos o era su mente la que se desintegraba?

Intentó centrarse en su objetivo, aferrarse a él. La espoleta, la espoleta del Lacre. Un pensamiento temible se abrió camino a codazos. ¿Y si el hombre moneda le había mentido? ¿Y si aquella cosa no era Glozarrax sino cualquier otro horror ikari? De ser así, la misión estaba condenada al fracaso.

Forzó a Ágata a acelerar el vuelo, por la urgencia de la situación, sí, pero también porque el azote del viento la despejaba lo bastante como para no desmayarse. Tocó la llave. Aún no mostraba la menor señal de que la carga se estuviese agotando.

Tardó un tiempo considerable en llegar hasta aquel engendro, casi media hora de vuelo. Rebeca, aferrada al cuello de Ágata, sobrevoló el cadáver de Glozarrax. Desde algunos puntos no se alcanzaba a distinguir el mar: todo era monstruo extendido, carne y más carne. Resultaba imposible discernir qué era esa cosa o cuál había sido su forma original. Ahora era una montaña derramada sobre el agua y sobre sí misma, repleta de bulbosidades, pliegues y escamas tan enormes como un edificio de tres plantas. De su cuerpo brotaban cientos de prolongaciones carnosas de color púrpura.

Medían cerca de diez kilómetros de largo y flotaban flácidas sobre el mar.

Unas legiones de tiburones ciegos asediaban las costas de Glozarrax. Eran escualos de gran tamaño, de color blanco, sin ojos ni nada que les sirviera como tales. Se habían citado allí a millares. Y a pesar de su cuantioso número, tardarían años en devorarlo todo.

Apartó la mirada de los tiburones y del mar rojo en el que se agitaban. El objetivo, no debía olvidar su objetivo.

En la carne de Glozarrax se abrían multitud de orificios, bocas de acceso que conducían al interior del cadáver. Eran de un tamaño desproporcionado, como todo lo que había allí, lo bastante como para que las bestias de transporte ikari pudieran entrar y salir sin problemas. Se aproximó a la abertura más próxima. La entrada estaba revestida de acero y circunvalada por una rebaba de grabados.

Resultó que conducía a un hangar. Pudo contemplar el estado ruinoso en que se encontraba: todos los postes, jaulas, ganchos y distintos dispositivos de amarre estaban fuera de lugar, desperdigados por la rejilla que hacía las veces de suelo. Rebeca condujo a Ágata hacia las profundidades de la bestia.

Dentro del monstruo imperaba una tiniebla estancada. La luz procedía de una serie de filamentos que discurrían por el techo del pabellón. Lo más significativo del lugar, más allá de su evidente ruina, era un plano de Glozarrax que cubría por completo una de las paredes.

No era un simple mapa, sino una obra de arte, un fresco pintado por un artista superlativo.

El plano tenía zonas quemadas. En algunos puntos se observaban impactos de lo que bien podían ser disparos, pero a pesar de la pésima conservación seguía siendo soberbio. Lo contempló, aturdida por su belleza. Una intrincada red de galerías discurría por el interior del monstruo, y comunicaba un sinfín de recintos, algunos mayores que el pabellón donde se encontraban. A cada dependencia la acompañaba su correspondiente texto, en un dialecto ikari.

Según el pergamino de Bleorra, el arsenal estaba en el tercer estómago de Glozarrax, pero saber eso de poco le servía. Lo que necesitaba averiguar era cómo llegar hasta allí.

Al final optó por el segundo túnel a la izquierda, el que según el mapa comunicaba con más estancias.

Pronto se topó con la primera encrucijada. La galería se dividía en cinco ramales. Uno de ellos descendía en vertical, convertido en un pozo. Rebeca aún recordaba el plano y lo prefirió por el mismo motivo por el que había escogido aquella entrada: el abanico de destinos se multiplicaba, y por lo tanto aumentaba la posibilidad de dar con el tercer vientre de aquel espanto.

El interior de Glozarrax era un verdadero laberinto. Rebeca dejó de intentar memorizar el camino. Allí dentro era imposible orientarse, y más en el estado febril en que se encontraba. No parecía haber lógica ni planificación en el trazado de

aquellos pasajes, como si los ikari los hubieran ido excavando al azar dentro del monstruo.

De cuando en cuando los túneles la llevaban a pabellones gigantescos, tan grandes que podrían contener sin problemas una barriada de Amalgama. La mayoría se encontraba en tal estado de ruina que era imposible precisar cuál había sido su propósito. A medida que profundizaba más y más en Glozarrax, los rótulos se iban volviendo más extraños. En uno de los letreros, los caracteres eran gusanos negros que se abrazaban entre sí en sucias parodias del acto sexual; en otro eran colmillos de elefante; en el último al que se dignó prestar atención aparecía su propio nombre escrito una y otra vez. Y entonces se dio cuenta de que estaba alucinando.

Cuando comenzaba a desesperarse, encontró la montaña de cadáveres. En su mayoría eran ikari, pero también había esclavos. Estaban apilados unos sobre otros, como si alguien los hubiera barrido con la intención de recogerlos después. Había unos cincuenta allí, apilados contra una pared. Aquellos eran los primeros cadáveres que veía desde que había entrado en Glozarrax, algo curioso si se tenía en cuenta la destrucción que imperaba en el lugar. No les prestó más atención.

Buscaba ya la salida cuando se dio cuenta de que en la cúspide de aquella montaña quedaba alguien con vida. No era un ikari, sino una criatura de un enfermizo color verde, de cabeza enorme y ahuevada, con dos colmillos que le sobresalían hasta la mitad del pecho. Era una morsa, una morsa verde. La criatura intentaba hacer regresar al interior de su cuerpo la pila de entrañas que se le derramaba de la herida que casi la había partido en dos.

—¡Aquí! ¡Aquí! —la llamó la morsa cuando fue consciente de su presencia—. ¡Ven, humana! ¡Ayúdame a meterme las tripas dentro! ¡Ayúdame, por favor! ¡Se me salen! ¡Se me salen!

Aquel ser era fruto de su delirio, eso resultaba evidente. Rebeca estuvo tentada de desoír la llamada y continuar la marcha, pero al final se decidió a guiar a Ágata hasta el animal reventado. En definitiva, aquel espejismo era lo único que tenía.

—No eres real —le dijo a la morsa. Por el bien de la comunicación y de su cordura quería dejar ese punto bien claro.

—¿No? —A aquel ser no pareció preocuparle en exceso su opinión, como tampoco parecía importarle que el aleteo de Ágata removiera la casquería—. El dolor me dice lo contrario. En estos momentos, la no existencia sería todo un alivio. Ayúdame, por el Hysmon. Ayúdame a meterme las tripas dentro —le pidió mientras retomaba la tarea. Los intestinos resbalaban por sus aletas verdes.

—Estoy buscando el tercer vientre de Glozarrax —le informó Rebeca. Habló con educación, una niña buena que pregunta por una calle.

—Para serte sincero, ahora mismo me preocupa más mi ombligo. El hecho de no tener dedos dificulta la tarea. ¿Podrías echarme una mano, por favor? O incluso las dos, si lo tienes a bien. Hará que el trabajo sea más rápido.

—No tengo tiempo que perder. Estoy buscando una capa mágica para colarme en

la guarida del dragón.

—Tú me ayudas y yo te ayudo —insistió la morsa—. Me parece un trato justo.

Rebeca sopesó la oferta. Mientras lo hacía, un cardumen de medusas pasó ante su mirada, hongos luminosos que se impulsaban en el aire con movimientos espasmódicos. No era real. Aquello no estaba sucediendo. Estaba loca en el fin del mundo, loca en el final del cuento. Y lo único que sentía era alivio.

Decidió seguirle el juego a su delirio. ¿Qué más podía hacer? Condujo a Ágata hasta el suelo.

Aquella estancia no era tan grande como otras, y aun así podía contener en su interior la plaza del Vicario. Ató las riendas de Ágata a una de las altas columnas que sustentaban el techo y regresó junto a los cadáveres. Comenzó el ascenso por los cuerpos apilados, con tiento. La morsa seguía allí, por supuesto, obcecada en su lucha por no vaciarse.

—Has tardado lo tuyo en llegar —le reprochó.

—Es que no existes, ¿te das cuenta?

—Tu insistencia me enerva. Dejemos mi improbable existencia para después y ayúdame a meterme el relleno, anda. Y no arrugues la nariz, por favor. No soy lo peor que huele aquí.

—¿Me ayudarás si te ayudo?

—Ese es el trato. Si encajas mis tripas en mis tripas, yo te ayudaré a encontrar la tripa que buscas. —Soltó una risotada que hizo temblar su enorme corpachón. El dolor le reventó la mueca.

Rebeca tomó entre sus manos las largas ristras de intestinos y comenzó a empujarlos al interior de la herida. Pronto tuvo las manos sucias de sangre y de una materia gelatinosa que ni pudo ni quiso identificar. En mitad del proceso se dio cuenta de que la llave que llevaba al cuello había comenzado a vibrar. No se detuvo.

—Mejor, mucho mejor —dijo la morsa al cabo de un rato—. Hay diversas formas de morir, ¿sabes? Yo prefiero una digna. Una en la que no le muestre al mundo cómo soy por dentro.

—El tercer vientre. Ya.

—Haré algo mejor que eso, humana. Te endosaré un guía que te conducirá hasta lo que buscas. Ve con mis mejores deseos, y que la fortuna te ampare. —Una sonrisa tembló mal pegada a su morro—: Que nos ampare a todos.

Hubo un ir y venir de luces. Rebeca se encontró arrodillada ante el cadáver de un ikari. Sus ojos vidriados la contemplaban con algo semejante al pasmo, como si se preguntara qué estaba haciendo aquella desdichada ultrajando sus despojos. Los cristales engastados en su carne tenían un vago aspecto de morsa, pero ahí acababa toda semejanza con su visión. Ahí y en el vientre abierto, claro. Las entrañas del cadáver estaban esparcidas a su alrededor. Algunas hechas jirones, como si en vez de haberlas devuelto al lugar de donde habían salido las hubiera estado despedazando.

Desató a Ágata a toda prisa. Remontaron el vuelo y abandonaron aquel

cementerio.

Las alas del dragón batían el aire sucio de Glozarrax; cada sacudida sonaba como una palmada extraña, como si alguien estuviera celebrando aquel horror. Cayó en la cuenta de que tenía la máscara embadurnada de sangre y no le quedó más alternativa que quitársela. Contuvo la respiración mientras intentaba limpiarla con la falda de la camiseta, aunque lo único que consiguió fue extender la sangre por toda la lente. Aguantó hasta el límite de su capacidad pulmonar.

A través de ese velo rojizo vio algo que se movía en la galería. Entrecerró los ojos.

Sí, definitivamente algo volaba bajo la arcada. «Te endosaré un guía», había dicho la morsa. ¿Sería aquello? ¿Se trataría de otro delirio? Quizá estuviera condenada a perseguir espejismos para siempre dentro de Glozarrax.

Siguió a la sombra voladora. La distancia que las separaba se mantenía constante. La vio tambalearse al tomar una bifurcación de la galería. Cuando Ágata llegó a ese punto, dio una pequeña sacudida hacia la derecha al rozar su ala la pared.

Dobló el recodo y la presencia alada reapareció. Rebeca palmeó en su mochila hasta dar con los prismáticos y los graduó para distancias cortas. No le sorprendió demasiado lo que le mostraron: allí delante, un jinete montaba un dragón amarillo de alas membranosas. Reconoció la mochila, su propia mochila. Y el fusil al hombro, su propio fusil. Reconoció su cabello, desmadejado a pesar de la coleta con la que intentaba recogerlo.

Eran ellas, Ágata y Rebeca, y se habían presentado para guiarlas hasta su objetivo. En un momento dado se vio a sí misma girar la cabeza y mirar atrás. Sus miradas se cruzaron. La Rebeca de delante tenía los prismáticos en la mano y la lente embadurnada de sangre.

En un repentino impulso volvió la vista atrás. Y descubrió una sombra amarillenta que volaba tras ella, y un brillo de prismáticos en la penumbra. Estuvo tentada de saludar a esa otra Rebeca, pero no lo hizo.

Continuó la marcha, persiguiéndose a sí misma a través de las entrañas de un dios muerto.

La Madre Máquina

01:34:16

Una hora dentro.

Riddly vagaba por las entrañas de un lugar que solo podría describirse con esdrújulas. Había dejado atrás el pasadizo por el que cayó, una herida irregular que se cauterizó nada más escupirlo, y ya no sabía dónde estaba. Su sentido de la orientación había pasado a mejor vida. Ya no captaba referencias fijas, sino nociones. Tenue luz verde, sombras que se arrastraban, música esquizofrénica de cornos y chelos. Voces que llamaban desde lejos, fuertes e inarticuladas.

El lugar se asemejaba a la pesadilla de un arquitecto: habitaciones aberrantes, geometrías en colisión, pasadizos que se retorcían tejiendo las entrañas de una máquina gigantesca, sin dimensiones fijas ni mucho menos propósito. ¿Era aquello lo que su padre bautizó la Madre Máquina, un constructo enorme y laberíntico por el que un ser humano podía vagabundear toda su vida sin pasar dos veces por el mismo sitio? ¿Allí se hallaba el Hysmon? Sintió un acceso de vértigo ante la posibilidad de encontrarlo. Intentó tranquilizarse; no era el Hysmon lo que había ido a buscar. No tenía que perder la perspectiva. Aunque, claro, en aquel sitio era más fácil decirlo que cumplirlo.

Riddly no había visto nada igual en ninguno de sus viajes por las Terras Duplas. Y eso que había visitado dimensiones realmente surrealistas. Tenues ángulos caleidoscópicos se desplegaban alrededor de puntos focales de materia inerte, estirando los límites de la percepción y acortando alturas y volúmenes que al primer vistazo parecían infinitos. Los sonidos tenían tamaño y las luces tono, y la propia sensación de gravedad, de tener un «abajo» al que sus pies pudieran agarrarse, se le antojó más un capricho que una norma. ¿Era eso el campo de anomalías que rodeaba el Hysmon, lo que había enloquecido a tantos aperimantes?

Riddly estaba asustado. Y tenía frío. Algunas de las cosas que había dado por supuestas resultaron ser falsas. Por ejemplo, que el camino que había seguido para llegar allí continuaría abierto mientras él estuviese dentro, y le permitiría regresar a su realidad. Pero el camino se había esfumado, y no tenía ni idea de cómo encontrarlo de nuevo. También había sido tan ingenuo como para dar por sentado que los famosos relojes de materia oscura debían de estar cerca, como si la cifra imposible le tuviese que dejar junto a ellos. Pero no los había visto. Podrían estar a un kilómetro de allí, o a diez mil, y no había carteles que dieran pistas sobre qué pasillo tomar.

Empezaba a arrepentirse de no haberle hecho caso a su padre. Y con el arrepentimiento llegó el miedo. Apretó los dientes y se esforzó en pensar en la gravedad, en darla por supuesta en su fuero interno, por si acaso esa variable

desaparecía también.

Los vio más o menos a las 02.29.17.

Eran los habitantes de la Máquina.

Se topó con ellos al doblar una esquina y ver, con un gemido de estupor, que el túnel acababa en una especie de acantilado lleno de tuberías. Había llegado al extremo de un edificio con forma de garra titánica, desde el cual se divisaban otras formas. Eran edificios de una ciudad que no era una ciudad, cosidos unos a otros desde esquinas gangrenosas, saliendo atropellados de planos translúcidos. Si uno miraba directamente a sus puntos de fuga óptica, se les escapaba la masa.

Riddly quiso taparse los ojos, no ver, no entender, pues aquel paisaje no estaba hecho para que la mente humana lo aprehendiese. Pero no podía. Como el salmón, estaba obligado a ir contra la lógica y a favor de los instintos.

Entonces los vio. Los corpúsculos que poblaban la Madre Máquina. Al principio le parecieron meras piezas de la maquinaria maestra, componentes articulados muy pequeños (es decir, del tamaño aproximado de un ser humano) que se deslizaban de aquí para allá movidos por ignotas planificaciones de eventos. Pero entonces los vio reunirse en grupos, y a uno de ellos impartir lo que parecían instrucciones. Entonces supo que aquellos entes poseían, a pesar de su aspecto de autómatas con una física reducida a rudimentos, algo semejante al libre albedrío. Y que en cualquier momento podrían alzar la vista, o el sentido que fuera que les permitiese ser conscientes de su entorno, y descubrirlo agazapado allí.

Riddly se ocultó en las sombras. Miró hacia arriba y vio cielos distantes y sucios, con mares de óxido ungiendo archipiélagos de estrellas. Pero entonces gritó de pánico (sí, gritó, no lo pudo evitar) al darse cuenta de que aquello que él suponía cielo no era tal, sino titánicas masas metálicas difuminadas por la lejanía. Partes de la Máquina que afloraban justo al límite de su alcance visual.

Por todos los dioses, ¿cómo de grande era?

Miró con terror a los Entes. Faltaban algunos que antes sí había contado. Seguro que habrían oído su grito y ahora acudían a por él. Riddly corrió tubería adentro, doblando esquinas sin preocuparse de buscarle un sentido a sus movimientos. Solo quería huir despavorido hacia donde su propia ignorancia lo llevara.

Pensó en Rebeca, y sintió una puñalada de rencor en el pecho. ¿Sabía ella desde el principio adonde le había pedido que fuese? ¿Acaso su mentor, el misterioso Cerrajero, era lo que Logan había sospechado y solo buscaba quitarse competidores de encima?

Rezó por que no fuera así. Por que hubiera una explicación razonable, que no pusiera en entredicho las buenas intenciones de Rebeca. Una parte de su corazón aún tenía fe en ella, y también la consideraba una víctima de las maquinaciones del Cerrajero, mientras que otra, la más perversa (¿realista?), solo quería acusarla de traidora.

No supo cómo, pero de pronto la aleatoriedad de su huida lo condujo

precisamente a donde quería ir.

La tubería volvió a extinguirse, esta vez frente a una sala de dimensiones dilatadas aunque no tan grandes como aquel vacío entre edificios. Después se diría a sí mismo que el momento más aterrador que pasó durante su odisea fue la primera percepción de la vastedad de la Máquina, cuando miró al cielo para descubrir que las estrellas no eran tales, sino destellos de energía en dinamos ciclópeas. Pero no era cierto. Nada de lo anterior lo había preparado para lo que contenía la habitación en la que se hallaba ahora.

Allí estaban los Relojes. Y sí, realmente parecían esculpidos en materia oscura, como la había llamado Rebeca, pues mirarlos directamente hacía daño, ya que la única manera de que la luz se reflejara pasaba por que fuera desatinada, aberrante e impía. Eran relojes de sol, y sus dromones se erguían como espadas que acabaran de apuñalarlos, pero la sombra que marcaba horas en ellos no estaba hecha de luz. Parecía tiempo, sólido y dirigido, que caía con intensidad feérica desde una grieta en el techo y hería los relojes con uñas relativistas.

También había Entes allí, zánganos obreros de la Máquina. Eso le hizo desistir de la idea de salir corriendo a por uno de los dromones, arrancarlo de su sitio y que fuera lo que Dios quisiera. Los seres pululaban junto a los relojes, quizá vigilando que no se estropearan, quizá sacando conclusiones de ellos. Era imposible saber lo que hacían, pero Riddly no dio crédito cuando vio cómo lo hacían.

Cuando un zángano llegaba hasta un lugar que quería manipular, no lo hacía al modo humano. Infiernos, no lo hacía ni siquiera al modo del universo conocido. En lugar de extender una parte de su anatomía a modo de brazo, el Ente se paraba delante de la pieza que quería tocar, y durante un explosivo instante se convertía en una nube. Muchas versiones de sí mismo explotaban a la vez, aparecían sobre el objeto e interactuaban con él como insectos zumbones. Cuando el instante pasaba y los muchos yoes del Ente se reunían de nuevo, el objeto mostraba las consecuencias de un trabajo realizado durante horas.

Riddly exhaló un gemido lento. Los zánganos eran sólidos e individuales solo mientras les convenía. Pero cuando lo necesitaban podían invocar muchas versiones de sí mismos, quizá trayéndolas desde otros planos de existencia. El efecto solo duraba media décima de segundo, pero sus efectos eran los de un grupo de Entes haciendo cosas juntos durante minutos.

Increíble. Y ese era solo uno de los apabullantes secretos que parecía esconder aquel lugar, aquella catedral de lo imposible.

Riddly temió realmente por su vida. No es que hubiera pensado en serio que pudiera sobrevivir a una pelea contra una de aquellas cosas, pero el ser humano es optimista por naturaleza, y alberga siempre un destello de esperanza en lo más profundo de su ser. Algo que lo ayude a salir adelante incluso cuando todo lo demás está en contra. Pero ahora, Riddly era plenamente consciente de que no sería así. Que si algún zángano lo atrapaba, y sus intenciones no eran amistosas, tendría tantas

probabilidades de escapar airoso al primer segundo de combate como de enfrentarse a mordiscos con un tigre. (Pero todo esto era una suposición: tenía que dejar de dar las cosas por sentado, o de lo contrario no escaparía de aquella encerrona.)

Trató de no pensar en las probables consecuencias para su cuerpo de una de aquellas «nubes probabilísimas», si cada uno de los yoes del Ente portase un instrumento afilado, y descargase sobre él en un instante tantas puñaladas como para llenar una hora de tormento.

Estaba entre la espada y la pared. No podía retroceder porque quizá los otros Entes estarían persiguiéndolo. Pero tampoco podía salir de aquel mundo, pues el camino de regreso estaba cerrado. Lo único que le quedaba era seguir adelante con su misión, darse a sí mismo un propósito. Riddly se había imaginado muchas veces cómo sería su muerte, pero jamás la había visualizado como una rendición sin lucha.

Saltó al interior de la cámara, moviéndose como un felino, como su padre le había enseñado. Se aproximó a uno de los relojes y se quedó agazapado. El terreno, por fortuna, era irregular, y había muchos sitios donde esconderse. El reloj en sí era grande: aunque doliera mirarlo fijamente, si uno medía su circunferencia por el sencillo método de ver dónde acababa la luz «normal», se daba cuenta de que tenía las dimensiones de una carreta grande. El dromón, la aguja que surgía como una espada de su centro, titilaba con corrientes de tiempo líquido.

Riddly contó hasta diez. El corazón le latió a cien por hora mientras uno de los zánganos cruzaba frente a su escondite. El monstruo examinó el reloj y pasó de largo, rumbo al siguiente. Unos estratos de humo salían de sus juntas, y erraban hasta chocar con los ciclos de tiempo líquido y convertirse en paradojas.

Cuando el Ente estuvo lo bastante lejos, el joven cogió impulso y se lanzó sobre el reloj. No tenía ni idea de qué pasaría si su carne, sólida y coherente, lo tocaba. No tenía ni idea de qué podrían hacer aquellas corrientes imposibles con su cuerpo. Aun así, en vista de que en aquel sitio lo improbable era la ley y lo absurdo la costumbre, apostó y salió ganando: cuando sus pies volvieron a tocar el suelo, y sin saber exactamente cómo lo había hecho, tenía el dromón en las manos.

Entonces sucedieron varias cosas.

Lo primero que notó fue que el dromón, largo y delgado como una espada, tenía peso y temperatura. Por fortuna, ninguno de los dos era demasiado extremo para su cuerpo. De hecho, parecía haberse vuelto sólido al arrancarlo de su sitio.

Lo segundo fue la mirada de desconcierto del zángano que tenía sobre la espalda.

El Ente se volvió hacia Riddly con un crujido; su piel se erizó, se llenó de lo que parecían partes desgajadas de su cuerpo acabadas en punta, y empezó a flotar hacia él.

Riddly se quedó de piedra. Estaba aterrado. Fríos grilletes se escarcharon sobre sus tobillos. Mil voces le gritaban «¡Corre, corre, corre!» desde el interior de su cabeza, pero todas parecían amortiguadas. Mientras la cosa se le echaba encima, supo que la vida se le acababa, y que aunque lograra salir corriendo, sería una huida inútil.

Tarde o temprano lo atraparían, y la tormenta de cuchillos caería sobre él sin misericordia.

Riddly cerró los ojos, esperando oír cómo se desmenuzaba su propia carne...

... pero lo que oyó fue un sonido de dados que corrían por una mesa.

El Ente tampoco se esperaba aquello. Tanto él como el muchacho miraron a un lado, sorprendidos por igual, y vieron cómo un par de dados de seis caras, rojos y con los *pips*^[2] pintados en nácar blanco, rodaban por el suelo como si un crupier los hubiese lanzado a un tapete.

Los dados se pararon justo al lado del zángano. Las caras que habían quedado arriba mostraban un siete, cuatro más tres.

Lo siguiente fue una detonación, como si los dados fueran granadas de mano. Pero se trató de una explosión silenciosa, sin humo ni fuego, solo un abanico de fuerza cinética que fracturó el suelo.

El Ente voló por los aires, reventado en mil pedazos. La onda expansiva alcanzó a Riddly y lo hizo rodar violentamente hacia atrás, pero por fortuna estaba lo bastante lejos como para que no le causara daños graves. El joven, a gatas, trató de alejarse. Cuando se puso en pie, vio que había alguien a su lado.

Su padre.

—¡Venga, no te pares! —le gritó Logan, con la mano metida en una bolsita de tahúr que colgaba de su cinturón—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿P... papá?

No hubo tiempo para explicaciones. Los demás zánganos que pululaban por el lugar, atraídos por la explosión, se dirigieron veloces hacia ellos con toda la agresividad de que eran capaces. Logan empujó a su hijo por un túnel mientras miraba lo que tenía en las manos.

—¿Qué has robado, un dromón de materia oscura? —le preguntó, colérico.

—Ssss... sí, es... forma parte de...

—No me importa, ya hablaremos de esto. Ahora tenemos que encontrar alguna senda que nos lleve de regreso o estamos muertos.

Un «lo siento» empezó a formarse como una idea vaga en el cerebro de Riddly, pero no quería decirlo. Aún estaba convencido de la legitimidad de sus argumentos, de los motivos que le habían llevado a emprender aquella búsqueda. Miró el dromón, del que aún colgaban hilachas de tiempo sólido, y sonrió.

«Lo he conseguido», pensó, un nido de orgullo en mitad de aquel frondoso robledal de miedo. Soy digno de llamarme aperimante, y de la confianza de Rebeca.

»Joder, ojalá viva para contárselo.»

—¿Qué eran esas cosas? —preguntó mirando a la bolsita de tahúr.

—Simples dados trucados de ruleta —refunfuñó Logan, arrastrándose por un conducto que cada vez se volvía más estrecho y sinuoso—. Alterar las reglas de probabilidad le sienta como una bomba a este plano.

Siguieron avanzando (gateando ya) hasta que llegaron al otro extremo del

edificio, a lo que parecía la parte de atrás del acantilado que había visto Riddly. El joven intentó por todos los medios no mirar al cielo.

—¿Qué es este lugar, papá? ¿Dónde estamos?

—En las entrañas de la Madre Máquina, también llamada el *Deus Ex Magia* — susurró Logan, no menos afectado que él por la locura consustancial a aquel paisaje —. El D. E. M. que vive tras los mundos.

—¿Es... un dios?

—Más bien es un parásito del tamaño de un pequeño universo, que fagocita otros planos para subsistir.

Los ojos de Riddly se desorbitaron.

—Jam... jamás me hablaste de nada así...

—Te lo advertí, hijo: hay cosas allá afuera que pueden robarte la cordura. Y tú te crees que estás preparado.

Riddly bajó la vista, avergonzado.

—Lo siento.

—Eres un completo imbécil. Ahora a ver cómo demonios salimos de aquí sin crear una Paradoja.

—¿Qué es eso?

—Algo que haga que la Máquina nos siga la pista hasta nuestro mundo, un rastro de migajas de pan. Si el D. E. M. descubre por culpa nuestra la forma de llegar hasta Londres e hincar allí sus colmillos...

—¿Qué pasará?

Logan lo miró con gesto grave.

—Que se merendará nuestro mundo. Enterito y sin sal.

Riddly miró atónito a la inmensidad. No se podía creer que su padre hablara en serio. ¿De verdad existían cosas así en los planos exteriores? ¿Había horrores del tamaño de pequeños universos que devoraban otros mundos para sobrevivir?

Se agarró la cabeza con ambas manos, sintiendo el dolor del miedo y la incredulidad, las zarpas de la demencia que hacían auténtica mella en su ego. ¿Sería él el heraldo del infortunio, que por culpa de una tonta búsqueda iba a mostrarle a aquella bestia el camino hacia su mundo?

Logan no pensaba en esas cosas, ni siquiera se planteaba las consecuencias de todo aquello. No era el momento. Lo más acuciante era sobrevivir.

—Si pudiésemos hallar una manera de... Espera un momento... —Se quedó paralizado, con los ojos como platos.

—¿Qué pasa, qué has visto?

Una tímida sonrisa de esperanza se insinuó en su rostro, tan improbable que tenía miedo de existir.

—¡Allí! —Logan señaló un lugar a través del acantilado de estructuras. Una inflorescencia de tubos y cables orgánicos del tamaño de una montaña caía a plomo desde el cielo, como nervios conectados con las titánicas garras que parecían

constelaciones. Riddly reparó en que raspaban la Realidad en busca de zonas más delgadas que llevasen a otros universos. Membranas más débiles que poder rasgar para introducir sus extremidades parasitarias en busca de comida.

La construcción que señalaba Logan se hallaba en el centro de aquella inflorescencia: una pirámide invertida. A Riddly le recordó la de los cuentos que su padre le había contado de pequeño, referentes a un nexo de mundos llamado...

—¡El Nudo Equinoccial! —se entusiasmó Logan, y empezó a descender por los caminos de cables—. ¡Yo estuve ahí! ¡Claro!

—¡No lo entiendo! —se enfadó Riddly, quien lo seguía a duras penas. Ya se había recuperado del brutal empujón de la onda expansiva—. ¿Qué es esa pirámide?

—Nuestra salvación. Y si los dioses quieren, también la de nuestro mundo.

Rebeca en el tercer vientre

La niña del cuento avanzaba en su dragón.

Se perseguía a sí misma a través de un juego de espejos movedizos, ilusiones y delirios; se daba caza entre las corrientes cambiantes de un relato imposible.

Casi creía oír una voz que iba desgranando su propia historia. En su mente ese narrador era el Cerrajero, el hombre que se había hecho con las riendas de su destino del mismo modo que ella llevaba las de Ágata.

Los daños eran mayores cuanto más se adentraba en Glozarrax. Ahora la carne se mostraba desnuda en todo el recorrido, cruzada por heridas que rezumaban un jugo apestoso. Cada vez era más normal ver parásitos dando buena cuenta del cadáver. Se trataba de una suerte de erizos de mar que se adherían a la carne formando montoneras. Aquellas criaturas eran grandes como puños, y en sus inmediaciones se oía un ruido repugnante, mezcla de succión y mordisco.

El dragón que abría camino miró hacia atrás por un momento, como si quisiera comprobar que su perseguidor no se había quedado rezagado. Sus ojos resplandecieron en la mortecina claridad de la galería. Rebeca se preguntó si Ágata sería capaz de ver a su copia. Lo dudaba. Aquel espejismo era solo para ella. No se sorprendió cuando llegaron al mismo punto donde la otra lo había hecho, y Ágata giró la cabeza y miró hacia atrás.

La llave vibraba insistente en su cuello. Reclamaba su atención. No pensó en ella. No pensó en las posibles consecuencias de quedarse varada en un mundo como Romegasta.

La Ágata espejismo giró hacia la derecha al llegar a la enésima bifurcación. Poco después atravesó una gran arcada. Hacia allí fue la Ágata real, con Rebeca a cuestas, sumida en el delirio. La carne de Glozarrax asomaba, desnuda y parda, rebosante de erizos. Cubrían toda la parte superior del arco. Se empujaban unos a otros en su ansia de llegar a la carne, y algunos, en su voracidad, se desprendían del caos de cuerpos y caían al agua turbia que inundaba el pasaje.

Aun siendo enorme, la estancia a la que fueron a parar era la más pequeña que habían visto hasta entonces. Tenía forma de riñón. Una gran bolsa de carne colgaba del techo, una suerte de racimo descolorido. Había una cantidad considerable de sarcófagos colocados en paralelo por toda la estancia, todos a medio sumergir en un légamo maloliente.

Aquel era, sin duda, el tercer vientre de Glozarrax. Más que un arsenal parecía un cementerio asolado por una catástrofe. La falsa Ágata aterrizó al otro extremo de la sala. Cabeceó de un lado a otro, mostrando una inquietud gemela a la que sentía su propia montura. Su jinete (ella misma) miró en su dirección poco después de tomar

tierra. La máscara y la suciedad le impidieron ver su rostro. Aun así el efecto fue perturbador.

Rebeca se preguntó qué sucedería si dejaba de seguirle el juego a aquel delirio. ¿Y si escapaba del papel que le habían asignado? ¿Y si guiaba a Ágata, a su Ágata, fuera de aquella trampa malsana?

La tentación solo duró un instante, pero fue tan intensa que realmente estuvo a punto de dar la vuelta y escapar. Pero no podía hacerlo. Aquel era su cuento y, como protagonista, tenía que seguir las reglas. Un fantasma la había conducido hasta la espada mágica. Ahora llegaba el turno de empuñarla y salir de la gruta.

La Rebeca reflejo echó a andar a través de aquel cenagal. La real se aproximó en vuelo rasante hacia la segunda Ágata. A medida que se acercaba, esta comenzaba a desvanecerse, se convertía en aire apenas tintado, una escultura de niebla con forma de dragón.

Todavía existía cuando Rebeca aterrizó. Por un instante, ambas Ágatas coincidieron en el espacio. Cuando aquella yuxtaposición se produjo, el resplandor tras los ojos de la muchacha se hizo más intenso, se convirtió en un destello cegador que la obligó a cerrar los ojos.

Cuando los volvió a abrir, el mundo había cambiado. Seguía en el mismo escenario, pero los daños que había producido la muerte de Glozarrax habían desaparecido. Ya no había ni rastro de las aguas estancadas: en su lugar pudo ver el suelo original, de losetas sin brillo. Las paredes se cubrieron de embaldosado, el racimo de órganos que colgaba flácido del techo se hinchó, ganó vida, y se replegó hasta formar una cúpula. Los sarcófagos cobraron brillo y presencia ahora que la porquería que los manchaba había desaparecido.

Notó cómo se le hundían las piernas en un agua gelatinosa que no podía ver. Fue tras la otra Rebeca. Se vio a sí misma avanzando entre hileras de contenedores rojos, se vio dudar en ocasiones, mirar aquí y mirar allá, vacilante, hasta que echó a andar con paso decidido.

Se siguió, imitando sus movimientos, vacilando donde había vacilado ella, deteniéndose donde se había detenido la otra. Se imaginó a una infinidad de Rebecas que caminaban por aquel espacio, borrachas de Nuncanidad.

La Rebeca espejismo se detuvo ante un sarcófago situado en mitad de la estancia. Examinó un teclado dispuesto en un lateral de este, trabajó en él y la tapa se alzó al momento. Justo en ese instante, la estancia recuperó su aspecto anterior: de nuevo las ruinas, de nuevo el agua empantanada. Su reflejo comenzó a desvanecerse del mismo modo en que lo había hecho la segunda Ágata. Creyó verla introducir algo en la mochila que llevaba al hombro, pero no pudo asegurarlo a ciencia cierta. Lo último que vio de sí misma fue que se volvía en su dirección, el rostro desdibujado en la neblina.

Ya solo quedaron una Rebeca y una Ágata. La joven maniobró en el agua nauseabunda rumbo al sarcófago que había abierto su imagen. No se le había

escapado el detalle de que este continuaba abierto, con la tapa levantada en vertical. Rebeca llegó hasta el contenedor y se asomó dentro.

Estaba vacío. En el interior, excavado en una gran plancha esponjosa, se veía el hueco que debería haber ocupado la espoleta. Un vacío con la forma exacta de lo que había ido a buscar.

Ofuscada, Rebeca tiró de la plancha hacia fuera. Había otra capa de espuma debajo, también vacía. La arrancó de un fuerte tirón para encontrar una tercera; en ella, a través del hueco que debería haber ocupado la espoleta, se veía el fondo del contenedor, de un rojo grumoso.

Rebeca resopló contra el filtro de su máscara. La boca le supo a veneno. Ni por asomo se había esperado aquel giro de los acontecimientos. Comprobó el código del sarcófago: coincidía carácter a carácter con el de Bleorrea. ¿Alguien se le había adelantado y robado la espoleta antes de que ella llegara? Recordó que había creído verse a sí misma metiendo algo en la mochila.

La palpó, desesperada, pero dentro no había nada nuevo. ¿Qué pasaba allí? ¿Era su cerebro el que estaba mal?

—¡He llegado hasta aquí, hijos de perra! —aulló—. ¡Quiero mi espada!

El tercer vientre le devolvió sus palabras convertidas en ecos enfermizos, en resonancias semejantes a carcajadas.

Rebeca se llevó las manos a la cabeza, mareada. Tenía ganas de gritar, ganas de romper cosas. El cuento la había estafado. Contempló el hueco de la espoleta en la tercera capa de espuma, la que todavía permanecía intacta. El hueco revelaba la forma que tenía el detonador.

Lo estudió al tiempo que intentaba serenarse. La espoleta medía medio metro de largo y estaba formada por una serie de triángulos inscritos unos en el interior de otros. De uno de los vértices del triángulo exterior surgía una corta varilla, truncada en el extremo.

Había visto antes aquella forma. Y no hacía demasiado tiempo. Se forzó a hacer memoria. ¿Dónde había visto la maldita espoleta? Cerró los ojos e intentó visualizar el detonador. El truco surtió efecto. No tardó en recordar dónde se había topado con él.

La espoleta estaba en Amalgama. Lo que había ido a buscar en el corazón del Imperio ikari estaba en su propio mundo.

Le dio la espalda al sarcófago y echó a correr hacia Ágata. Las aguas mugrientas intentaban contener su avance, pero ella no frenó el paso. Llegó hasta su dragón, que por un instante la miró temeroso, como si le costara trabajo reconocerla. ¿Y acaso le extrañaba? En aquellos momentos ni siquiera se reconocía a sí misma, Habitaba el cuerpo de una loca.

Tenía calambres en el estómago y le dolían la espalda y el brazo derecho. Inclinarle hacia Ágata le costó un gran esfuerzo.

—Vámonos de aquí —le pidió. Su voz sonaba igual que la de los borrachos a los

que Muro echaba del burdel cada noche—. Es hora de volver a casa.

La dragona maulló y abrió las alas del todo. Le bastó con batirlas una sola vez para sacarlas del fango. Rebeca la condujo hacia la arcada y, de allí, de regreso a la galería. La llave pulsaba en su cuello, cada vez más impaciente.

Ágata voló a toda la velocidad que le permitían sus músculos. Rebeca no la contuvo. Necesitaba aire, aunque fuera el aire ponzoñoso de Romegasta. Apenas unos minutos después de haber abandonado el arsenal, la temperatura de la llave varió: pasó de la frialdad a la tibieza. Iban en la dirección correcta. Sin embargo... Rebeca no contaba con que la temperatura de la llave comenzara a subir hasta estar fuera de Glozarrax. ¿Qué significaría eso? ¿Que la puerta de salida a Colapso estaba en el interior del monstruo?

Tomó un túnel ascendente, rodeado por un revestimiento de cristal tan destrozado que creyó atravesar un pasaje de telarañas. Aquel conducto era tan largo que albergó la esperanza de que la condujera fuera del monstruo. Pero no fue así. Tras varios minutos de subida, el túnel terminaba en una galería apenas iluminada.

Rebeca se llevó una mano a la llave. No estaba tan caliente como antes de atravesar el túnel. Su temperatura había descendido, no de manera notable, pero sí lo bastante como para que se diera cuenta.

La salida, por lo tanto, estaba abajo. Dentro de Glozarrax.

Descendió de nuevo por el pozo. Una vez en el nivel inferior se dejó guiar. Volaba despacio por los ramales del monstruo muerto, atenta a cualquier variación de la temperatura del pedazo de hueso que llevaba al cuello. Intentaba ignorar su zumbido, cada vez más acuciante.

La llave las condujo a través del laberinto hasta la entrada de una nueva estancia, una abertura tan enorme como la fachada de la Catedral de la Desesperanza. Más allá solo se veía oscuridad. Un mal presentimiento le mordió la base de la columna un segundo antes de que Ágata se detuviera en seco y comenzara a tirar hacia atrás, negándose a cruzar aquel nuevo umbral. La llave indicaba que aquella era la dirección que debían seguir.

La joven atisbó en la oscuridad. Descubrió un brillo a lo lejos, un resplandor vibrante y azulado que no tenía nada que ver con las hebras luminosas que recorrían los techos de las galerías. Activó el modo nocturno de los prismáticos. La realidad se tiñó de verdes deslucidos.

La puerta daba a un hangar muy similar al que había usado para entrar en Glozarrax, aunque de menor tamaño. Como en aquel, todo era ruina y destrucción. A unos doscientos metros de la entrada se enroscaba algo enorme, una criatura con aire de serpiente marina, con escamas erizadas y líneas luminosas recorriendo todo su cuerpo como si de cenefas se trataran. No cabía duda de que estaba viva, enredada sobre sí misma. Resultaba complicado distinguir sus dimensiones. De hecho, resultaba difícil discernir si se trataba de un solo ser o de un nido de ellos.

Buscó cabezas en aquel maremágnum de carne sobre carne, pero fue incapaz de

ver nada que se pareciera remotamente a una. Ágata se estremecía en la entrada, sobrecogida por aquella presencia aletargada. Rebeca apartó la mirada del monstruo para intentar encontrar la salida. No pudo dar con ella, pero justo en el otro extremo del hangar, a media altura, la pared se abrió y les mostró una nueva cavidad, el nacimiento de otro túnel.

La salida debía estar allí.

Ágata resopló y retrocedió más todavía, haciendo caso omiso de los intentos de Rebeca por mantenerla en su posición. Los movimientos de la criatura que se enroscaba dentro se avivaron, así como el brillo, azulado y eléctrico, que despedían sus escamas. Rebeca tomó aire. No disponía de mucho tiempo: apenas unos minutos, cinco a lo sumo.

Acarició la cabeza de Ágata en un intento vano por tranquilizarla. No le iba a quedar más remedio que obligarla a entrar por la fuerza. Sopesó la idea de empuñar el fusil, pero la descartó de inmediato. Iba a necesitar ambas manos para controlar a Ágata, y dudaba que sus disparos pudieran frenar a un ser de semejante tamaño.

El rebullir de la criatura cesó y de nuevo quedó inmóvil. La luz que recorría su cuerpo bajó de nivel otra vez.

No podía esperar más. Hincó los talones en los flancos de Ágata y la obligó a avanzar, tirando a un tiempo de las riendas para que no acelerara demasiado. El dragón soltó un maullido quejumbroso, un lamento al que Rebeca no prestó atención. Atravesaron la gran arcada, despacio, muy despacio, envueltas en el campo mimético que generaba el animal.

Rebeca contenía las ansias de Ágata de acelerar el vuelo. No quería arriesgarse a despertar a aquel engendro con un batir rápido de alas. En aquel momento el sigilo era su mejor defensa. Enfilaron hacia el túnel que se abría en el muro. Cuando alcanzaron la mitad del recorrido, Rebeca se atrevió a albergar esperanzas de conseguirlo.

El monstruo despertó justo entonces.

Se oyó un portentoso sonido de fricción, un rebullir eléctrico, de plástico rozando plástico, mientras aquella cosa se erguía en toda su longitud. La luz que despedía se hizo tan intensa que iluminó el hangar por completo: era una luz azulada, vibrante, una luz para deslumbrar a sus presas en las profundidades. Era un único ser, una suerte de serpiente marina de un vivo color azul. Tenía por ojos una especie de telaraña viscosa de la que colgaba un sinfín de gránulos negros. Su boca era un tajo que superaba la longitud de su cabeza y se adentraba varios metros a lo largo de su cuerpo de ofidio. Sus dientes, cimitarras de una blancura desconcertante.

—¡Vamos, cariño, vamos! —le ordenó al dragón mientras lo conducía, ya a toda velocidad, hacia la entrada.

La serpiente se movió con una celeridad prodigiosa.

Se propulsó convertida en un relámpago vivo, e irrumpió en el pasillo unos segundos después de que lo hicieran ellas. Su resplandor iluminó al momento todo el

túnel, un estallido eléctrico que confirió al lugar tintes de pesadilla.

Rebeca forzó a Ágata al límite, inclinada hacia delante, la vista borrosa, el corazón disparado en el pecho. El estruendo tras ellas era ensordecedor. La criatura avanzaba desbocada por la galería, lanzando dentelladas hambrientas. Emitía un sonido perturbador, una especie de silbido que hería la mente con saña.

Rebeca distinguió la salida a apenas cincuenta metros. Vio el brillo de la membrana entre mundos, temblorosa e irreal.

—¡Vamos! ¡¡VAMOS!!

El monstruo llegaba en tromba.

laicconiuqE odoN IE (ovitagen ojelfer)

Riddly sabía cómo iba a acabar aquello. Podía adivinar el gran final.

Una simetría invertida: Logan acudía a rescatarlo, él lo ayudaba a escapar y los dos regresaban a sus respectivos cuerpos... que, si no recordaba mal, debían de parecer dos estatuas de cera aguardando a que sus mentes regresaran, allá en Inglaterra.

Y la Madre Máquina los olfateaba como un sabueso muerto de hambre y destruía el mundo. Sangre soñada empapando un encaje tumefacto de realidades.

El camino hasta la pirámide invertida fue penoso. No había senderos pensados para piernas humanas; había que trepar, zigzaguear y arrastrarse como insectos por un mundo construido a escala de dioses. Para colmo de males estaban aquellas cosas, los zánganos, que pululaban por el lugar. Rehenes de sus misteriosas rutinas de trabajo, pero siempre atentos a la presencia de intrusos.

Al fin, tras muchas penurias, la estructura piramidal apareció detrás de una loma. El Nudo Equinoccial, la misma pirámide que Logan había descubierto cuando era niño en el corazón de la Mansión Infinita. Si también era una Puerta, era allí adonde llevaba.

Jadeante, Riddly se apoyó contra una piedra.

—¿Cómo es que aquí hay oxígeno? —preguntó, medio asfixiado—. Aunque a mí no me llegue mucho.

—No lo hay. Ni tampoco gravedad. Crees que estás respirando y que tus músculos arden por el agotamiento, pero solo es una ilusión —explicó Logan, aún más agotado que él, aunque con una firme determinación que le servía de motor—. Recuerda que no estás aquí de verdad. El cansancio y los daños físicos que creas sufrir en este plano se traducirán en daños psíquicos cuando regresemos.

—¿Cómo sabes tanto de este sitio, si nunca has estado aquí?

—Porque soy un aperimante de verdad, no como otros que solo se lo creen.

Riddly esquivó la pulla sin que le doliera. Miró hacia la pirámide. Un frío rubí de luz se formaba a intervalos en su base, una especie de glifo con forma de diamante.

—¡Una entrada!

—Sí, podría serlo. Pero debemos ser precavidos. Si eso es lo que creo que es, podría convertirse en una Multipuerta.

—¿Una qué?

—Una Multipuerta. Es un Portal polivalente, una especie de antesala giratoria que conecta con infinitud de pasillos. Yo vi una, hace mucho tiempo.

—¿Cuándo?

—Cuando entré en el Nudo Equinoccial. —Logan intentó recordar los detalles de

aquella experiencia de hacía tantos años, cuando encontró la sombra en el interior de la pirámide: aquel ser con dos cabezas que pedía ayuda para cruzar intermundos... y él le tendió la mano, ingenuamente, para socorrerlo. Había aprendido muchas lecciones sobre la vida desde entonces. Algunas lo habían convertido en un hombre más cínico y desconfiado. Ahora jamás les tendería la mano a cosas desconocidas, le suplicaran por su vida o no—. Por aquel entonces no comprendí bien lo que estaba viendo, pero ahora creo que sí. Esas pirámides son partes de la Máquina, sensores multiángulo que exploran Terras Duplas y diferentes puntos de vista. Ahora entiendo lo que me dijo aquella idólatra alienígena, al pie de la pirámide.

—¿Qué idólatra?

—Un ser femenino con forma de morsa que adoraba a Shi'mm'Øn. Me contó que los ikari habían pasado por aquella puerta. ¡Pobres idiotas! Lo único que consiguieron fue enfurecer a la Madre Máquina. Por eso están escapando entre realidades: ¡se alejan de la Máquina!

—¿Estás sugiriendo... —se asombró su hijo— que cuando los ikari llegaron a nuestro mundo, en realidad estaban huyendo de un enemigo más peligroso que ellos? ¿Huían de la Máquina?

—Podría ser, ahora todo es tan probable como imposible. Lo único seguro es que la historia podría repetirse. Tal vez esa cosa gigante ya haya «olfateado» la unión de realidades que tuvo lugar cuando explotó la Mansión Infinita, y los ikari solo estén intentando montar una cabeza de playa en Londres para resistir... Yo qué sé, son todo conjeturas.

Un zángano miró hacia ellos desde una atalaya más alta, los ojos ahogados en liso mercurio. Los dos hombres se ocultaron. El Ente pasó de largo.

—Venga, es ahora o nunca —le urgió Logan, vigilando por si había más—. Prepárate para correr cuando yo te diga.

Su hijo lo agarró del hombro.

—Espera. ¿Estás seguro de que quieres entrar ahí? ¿Y si al hacerlo le mostramos a la Máquina el camino a Londres?

Logan encogió los hombros, su cara teñida por los colores de la impotencia. Y también por una incommovible necesidad de volver sano y salvo para anotar los hallazgos de su viaje. Los demás aperimantes del mundo cantarían odas en su honor por siempre.

—Nos arriesgaremos —decidió de manera unilateral. Y abandonó el parapeto.

Su hijo le siguió con toda la fuerza que le permitían las piernas. «Si este horrible agotamiento es una ilusión, maldita sea, déjame controlarla y hacer que desaparezca.»

Los metros se convirtieron en kilómetros y los segundos en minutos, así de intensa era su desesperación. Al final alcanzaron la entrada a la pirámide, el rubí de refulgente luz. Latía abriéndose y cerrándose a intervalos, como un alvéolo diamantino. Al otro lado no se veía nada, tan solo la promesa de más misterios.

Por un instante, hasta Logan creyó que iban a lograrlo. Que ya no había forma de

que aquellos engendros impidieran su regreso.

Pero solo fue un instante.

Cuando el zángano cayó sobre ellos, tanto Riddly como su padre estaban absortos estudiando la puerta palpitante, todas sus posibilidades, todas sus promesas. No lo vieron hasta que estuvo sobre ellos, convertido en una nube de posibilidades macabras.

Riddly reaccionó antes que su padre, pero no fue lo bastante rápido como para apartarlo del alcance del monstruo. Este se abrió en docenas de yoes, todos crueles y armados con extensiones punzantes de sí mismo, y atrapó a Logan en la nube letal.

—¡¡No!! —gritó Riddly, y se arrojó sobre la cosa mientras esta se desdibujaba en una zumbante nube de ataques. Pero era como golpear humo, como intentar tocar físicamente un sueño que solo estaba allí a medias. Su puño golpeó/no golpeó una cosa que se desplazó/no se desplazó hacia un lado, mientras el resto de su cuerpo apuñalaba/no apuñalaba a su indefenso padre.

La pesadilla solo duró un cuarto de segundo, y cuando el zángano volvió a una única opción de sí mismo, Logan se desplomó cuan largo era, su cuerpo lleno de cortes. Riddly se dijo a sí mismo con una vocecita agónica: «No son heridas de verdad, solo son ilusorias. Este no es el cuerpo de mi padre, solo su proyección mental».

Si lo que Logan había dicho cuando afirmó que todo daño recibido se traduciría después en heridas psíquicas, lesiones incurables en su estabilidad mental, Riddly no quería ni pensar en cómo quedaría su padre cuando despertase en Inglaterra.

Entonces vio su bolsita de dados trucados, que le colgaba del cinto.

En un rápido movimiento la cogió, arrancándola mientras la estrujaba por la base. Dados trucados, dados de tramposo, que salían escupidos de la bolsa del crupier. Arrojadlos para simultanear trampas en el tapete. (¿Vosotros jugáis con las probabilidades, hacéis fulleras con la Realidad? ¡Pues chupaos esta, cabrones!)

El Ente miró los dados mientras tintineaban, moviendo sus sencillos cubos llenos de puntos en un baile falsamente aleatorio. Dados de tramposo, de truhan. Sencillez fraudulenta que sugería una complejidad extrema.

Entonces los dados se pararon. Se leían varios cuatros y treses, varios sietes sumados que invocaban a la diosa fortuna. Y entre ellos, alejados del resto... dos puntos blancos, ojos abiertos sin pupilas. Un doble uno. Ojos de serpiente.

La explosión trituró al Ente y todo lo que había en un radio de cien metros, como si Riddly hubiese arrojado un paquete con docenas de bombas atadas. Agarró a su padre y se lanzó hacia la entrada de la pirámide. La explosión no los rozó por milésimas de segundo.

Riddly abrió los ojos.

Estaba en un túnel que ascendía en reticulados de luz, en un parpadeo de niveles.

Las sombras parecían caras que se asomaran desde una jungla de ideas revolucionarias. Los sonidos, cardúmenes de hipótesis mal formuladas.

Miró al cuerpo inerte de su padre, y sintió un latigazo de terror. Estaba boca abajo, inmóvil. Lo volvió para que respirara. El corazón le dio un vuelco (otro más) cuando vio que, en efecto, respiraba, que estaba vivo, aunque con un pulso tan débil que si era una metáfora de lo que quedaba de su mente, esta no debía de ser más que una esquizofrenia galopante.

«Yo tengo la culpa», sollozó. A su lado, como una prueba algo más que figurativa, estaba el dromón. «Debí haberle hecho caso y no dejarme llevar por mi estupidez. ¡Mi padre sabía!»

Miró hacia el túnel de luz, el origen de muchos caminos. Uno de ellos conducía a su mundo. Uno llevaba por senderos ocultos hacia la salvación. Quizá la Máquina no los viera arrastrarse por allí como culebras. Quizá.

—Papá, que me muera si esto es una ilusión, pero tú te vas a venir conmigo.

Se cargó auestas a su progenitor. Las piernas le estallaban por el agotamiento, y la columna vertebral crujía al borde de la fractura. Pero Riddly no cejó en su empeño. Se llevaría a su padre de vuelta a la Tierra, y también el dromón para completar su misión y hacer que todo sirviera para algo.

Entonces, como imponentes marionetas espejadas bajo aquella luz, vio las salidas.

Era como mirar las facetas de una gema desde el interior de esta, espejos invertidos. Su padre no se había equivocado: ¡los Portales múltiples existían! Lo más asombroso que Riddly había visto hasta entonces eran Portales que vagaban errabundos, como aquel que le trajo a Rebeca. Pero lo que vio demostraba que el universo estaba lleno de maravillas que él, un pobre aperimante de provincias, ni siquiera podía sospechar.

Observó los espejos con detenimiento. Al otro lado había inversiones de mundos: creyó ver una tierra ikari, devastada por una guerra sin fin y consumida por la sed de materia de aquel asesino cósmico. Intuyó un mundo de vientos vivos que habitaban en el interior de un huracán del tamaño de un continente. Sus ojos saltaban de portento en portento, de milagro en milagro. En el centro de aquel prodigio de Puertas interconectadas centelleaba una Puerta mayor que las otras, un hexágono de luz nacarada. Riddly la contempló sin aliento. Le fallaron las piernas.

Era el Hysmon. El umbral definitivo estaba allí, camuflado entre las distintas facetas de la Multipuerta, oculto en el centro de la vorágine. No, comprendió Riddly, era el Hysmon el que generaba todos esos Portales, se desplegaban a su alrededor como pétalos de una flor.

Estaba cerrado. Una maraña de relámpagos recubría toda su superficie, una suerte de alambre de espino energético que evitaba el paso a cualquiera que intentara atravesarlo. Allí estaba el último enigma, el secreto definitivo. Encontrar la puerta solo era la primera parte del problema; la segunda, como todo aperimante sabía, era dar con el modo de abrirla.

Pero, por desgracia, no disponían de tiempo para ello.

Apartó la mirada y buscó la salida correcta. Entrevió una figura envuelta en humo tras otro de los umbrales: una silueta que no era humanoide, sino humana. Clarísimamente humana. Una persona que se asomaba desde el otro lado de aquella niebla, y que los observaba con el mismo estupor con que Riddly miraba en dirección contraria.

Fue la única prueba que el joven necesitó para escoger ese Portal sobre los otros caminos.

Riddly cogió al dromón y a su padre e intentó cruzar, pero no pudo. Algo no lo dejaba pasar, una fuerza misteriosa los repelía. Al otro lado, el humano cuya cara ya no podían ver (pero que le sonaba poderosamente, como si ya lo conociera) estaba a punto de marcharse. Riddly comprendió que si no los ayudaba, si no los atraía desde su lado, no lograrían cruzar jamás.

Lo que hizo fue tenderle la mano: un brazo extendido, una mano abierta, unos dedos suplicantes. Un rezo angustioso que cruzaba tiempos y paradigmas.

Y el otro lo entendió. La mirada entre ellos era una nube de intimidad y miedo compartidos.

La figura que había al otro lado del espejo volvió a aproximarse, y tendió vacilante su propia mano hacia Riddly. Como si no supiera bien lo que estaba haciendo, pero intuyera que su gesto entrañaba algo importante.

Riddly le tocó la mano y cruzó al otro lado, junto con todo su equipaje. Pero una fracción de segundo antes de ver el rostro de su salvador y comprender quién era, su mente regresó a su cuerpo real.

Y despertó en la cama de aquella maltrecha casa, en el pueblo de Merlyn, con su padre tumbado al lado con una lividez pavorosa en la piel. Aún no había abierto los ojos.

El dromón estaba junto a ellos.

Rebeca y los sacrificios

Rebeca oyó un ruido pavoroso a su espalda, el sonido de un cepo descomunal al cerrarse. Una corriente de aire fétido la envolvió, un hedor que casi se podía masticar. A aquel chasquido demoledor lo siguió, casi de inmediato, un sonido de desgarró.

El vuelo de Ágata dejó de ser vuelo, se convirtió en inercia. No había ni control ni voluntad en su desplazamiento. El dragón era un proyectil ciego disparado hacia la Puerta. Rebeca se volvió y contempló una larga ristra de entrañas que se desenrollaba tras ella.

La serpiente había partido a Ágata en dos. El monstruo frenó un instante, masticó con voracidad los cuartos traseros del dragón y reanudó el vuelo. Las fauces estaban abiertas otra vez, en busca de lo que quedaba de su presa y su jinete.

Rebeca apretó los dientes. El mundo rugía a su espalda. Lo que la perseguía no era un monstruo. Lo que la perseguía era el cuento, desatado al fin. Gritó furiosa contra la Creación entera, contra todas las realidades conocidas y por conocer.

Lloraba: no podía remediarlo. Lloraba por Ágata. Lloraba por Londres, por Colapso. Por Riddly. Lloraba porque estaba a punto de morir.

Cuando ya lo había dado todo por perdido, la iluminación cambió: unas tinieblas densas y mugrientas sustituyeron la luz vibrante de la serpiente. Rebeca se volvió, aterrada, temiendo que aquella oscuridad repentina no fuera más que la boca del engendro a punto de cerrarse sobre ella. Pero su perseguidor había desaparecido. En cambio, se topó con el día mortecino de Colapso, repleto de edificios arruinados. La gravedad la reclamó y no pudo hacer otra cosa que caer.

Las alas de Ágata eran banderolas enloquecidas que sacudían el aire. La joven vislumbró durante un instante un cielo blanco y vivo, poblado de siluetas sombrías. Luego la orientación cambió y volvió a tener la ciudad debajo. Caían hacia una amplia plaza adoquinada que fue incapaz de reconocer. Aquel lugar estaba rodeado de barracones y edificios diminutos que se apilaban hasta formar una estructura de gran tamaño, algo a medio camino entre una colmena y una colina deforme. Había un considerable gentío diseminado por la plaza. Alguien señaló hacia arriba y dio un grito.

Chocaron contra la fachada de la colmena/colina, y después cayeron a plomo sobre el empedrado. El impacto fue tremendo, pero, por suerte para Rebeca, su montura absorbió la mayor parte de este. La joven salió despedida y dio varios tumbos por el suelo hasta quedar inmóvil, desmadejada sobre adoquines sucios. Trató de darse la vuelta y acabó medio girada, con el rostro vuelto hacia el cielo imposible de Amalgama.

Allí, muy arriba, había un nuevo dragón ciudad. Era blanco y estaba embutido en

una armadura fortaleza sobre la que se afanaban miles de ikari, legiones enteras de aquellos parásitos multidimensionales dispuestas para la guerra. La cabeza del monstruo era un nuevo sol en las alturas. Sus ojos, negro sobre blanco, dos turbios mundos atrapados en la órbita de Colapso.

El dragón barritó y la ciudad entera pareció temblar. Los cielos bullían de tropas. Destacamentos de pterodáctilos de hueso, dragones de combate, mantícoras, naves insecto, tronadoras... Náusea y Pandemia compartían cielo con aquel portento, empequeñecidos por las dimensiones del nuevo monstruo.

Rebeca terminó de volverse. Lo que quedaba de Ágata estaba a veinte metros de allí, sus entrañas esparcidas por el suelo como el relleno de un muñeco. Había varias personas alrededor, espantadas por lo que acababa de venírseles encima. Rebeca intentó levantarse y cayó de rodillas cuando sus piernas se negaron a sostenerla. Los ojos amarillos de Ágata continuaban abiertos, pero no había rastro de vida en ellos.

Contempló el cadáver de la que había sido su compañera durante tanto tiempo. Quería acercarse a ella y acariciarla por última vez. Quería esconderse en algún lugar oscuro y no volver a salir jamás. Quería correr, correr muy lejos, hasta un lugar tan lejano que ella ya no fuera ella.

Con gran esfuerzo, apartó la vista del cadáver y miró a su alrededor. Aún tenía una misión que cumplir. La muchedumbre se había dispersado, temerosa de que pudieran llover más dragones del cielo. La muchacha se levantó al fin, muy despacio, preguntándose si su cuerpo se dignaría sostenerla esta vez. Para su sorpresa, lo hizo.

Escuchó un revuelo de armas y pasos firmes procedentes del otro extremo de la plaza. Una partida ikari se aproximaba. Eran tres, con sus armas desenvainadas: una patrulla de control urbano. Uno estaba armado con un látigo de cuchillas, otro con un escopetón rojo con la culata afilada; el tercero, un ikari enorme, de espaldas anchas y brazos gruesos como troncos, empuñaba un tridente de descarga.

Rebeca retrocedió al verlos llegar, despacio primero, a la carrera después. Si la atrapaban, todo estaría perdido. El ikari del tridente disparó al momento, sin advertencia previa. Un relámpago pasó muy cerca de ella. Por suerte para Rebeca, todavía no estaba al alcance del que empuñaba la escopeta.

Corrió hacia el conglomerado de viviendas que rodeaba la plaza, edificios fusionados en confusos montones que en algunos puntos llegaban a las diez alturas. Entre ellos discurrían callejuelas de aspecto tortuoso. Huyó por la más próxima, al tiempo que un nuevo relámpago iba en su búsqueda. En esta ocasión le rozó el muslo y trastabilló durante unos segundos.

Giró a la izquierda, y luego a la derecha, apoyándose en las paredes para ayudarse a avanzar. Las ventanas salpicaban los muros, ventanucos sin cristal ni cubierta alguna que los tapara. A través de uno contempló el rostro de una niña pequeña que la miraba perpleja, asombrada por su presencia. Se preguntó qué aspecto debía ofrecer, cubierta de sangre y mugre, con la máscara y las lentes puestas: una criatura alienígena vagamente humana.

Su pierna se recuperó y aceleró el paso, ignorando el hormigueo del muslo. Escuchaba el trote de los ikari muy cerca, ya en las callejuelas.

Fue de ramal en ramal. Sus perseguidores estaban cerca. Sus pasos se multiplicaban en rápidos ecos en aquel laberinto. De pronto, la callejuela en la que acababa de adentrarse se fue estrechando hasta convertirse en una trampa. Maldijo en voz baja y retrocedió, pero justo cuando llegaba a la boca del pasaje dispararon sobre ella.

La detonación fue tremenda. El disparo abrió un considerable boquete en la pared. Rebeca retrocedió y se pegó al muro. Tomó el fusil a su espalda, respiró hondo, asomó la cabeza y disparó sin mirar. Si devolvía el fuego, al menos conseguiría que sus adversarios no avanzaran tan rápido.

Un instante después oyó un batir de alas. Varios dragones descendían sobre la colmena de casas. En la estrecha franja de cielo que se divisaba desde su posición, alcanzó a distinguir dos bestias de combate y una de transporte. Refuerzos para la patrulla que la hostigaba y apoyo aéreo. Se había metido en una ratonera.

Había sobrevivido a Romegasta para quedar atrapada a unos kilómetros de casa. Asomó la cabeza de nuevo y dejó que el fusil cantara. ¡Por Ágata, maldita sea, por la ira que sentía! ¡Los mataría a todos en venganza!

El nuevo dragón ciudad rugió en las alturas. Náusea y Pandemia respondieron al rugido con los suyos. Y ella disparó al cielo, rabiosa, como si pudiera derribar a aquellos espantos a tiros. Tenía que escapar. Tenía que salir de allí.

Miró el enorme boquete que la escopeta del ikari había practicado en la pared, y a la esquina dañada por el siguiente disparo; resultaba evidente que aquellos muros no eran robustos. Cogió la mochila y la metió a presión por la ventana más próxima. Si no había salida, se fabricaría una. Apretó el detonador y corrió a buscar refugio.

La mochila estalló. Rebeca cayó hacia delante; el sonido de la explosión había sido amplificado por la estrechez de la callejuela. Los oídos le zumbaban. Se volvió, fusil en mano, mareada y desorientada. La realidad parecía haber adoptado una nueva dimensión, un eco brutal que la curvaba.

Una cortina de humo blanco se elevaba junto a la pared. En el muro había una gran grieta, aunque no lo bastante como para permitirle el paso. La emprendió a puñetazos contra la piedra. Una gran laja se vino abajo; la siguió otra, mayor todavía. Con un último puñetazo, la grieta se ensanchó lo suficiente.

Entró a trompicones en una casa. Apenas contenía unos pocos muebles funcionales. Una ventana comunicaba con el patio que la casa compartía con las viviendas vecinas. Era lo bastante grande como para pasar por ella sin problemas.

Cuando se disponía a saltar, un movimiento la hizo volverse. El ikari del escopetón se asomó y tiró del gatillo. Rebeca se impulsó por la ventana y rodó por el embaldosado. Segundos después, una sombra se proyectó en el patio, alertándola de que el ikari se aproximaba. No se lo pensó dos veces y abrió fuego desde abajo. Al momento escuchó el sonido de un cuerpo que caía al otro lado.

Rebeca se acercó a él. Su enemigo estaba en el suelo, pero luchaba por incorporarse. De la garganta le brotaba un considerable caudal de sangre, una herida que habría sido mortal para un humano.

Otro disparo apuntado a la cabeza, inmisericorde, y todo acabó.

«Ágata, esta va por ti.»

Escuchó disparos procedentes de un lugar cercano. Voces ikari ladraban órdenes en el dialecto de la guerra. Se oía el intenso batir de alas de los monstruos que la buscaban.

Una joven gritó al verla irrumpir de pronto en su casa. Llevaba una blusa desgastada y unos pantalones de una materia inidentificable. Rebeca la encañonó. Era un poco mayor que ella, pero tenían una complexión física similar. La idea que se le ocurrió la aterrorizó, más si cabía cuando decidió ponerla en práctica.

—¿Estás sola? —le preguntó a la chica. Habló demasiado alto, todavía con el zumbido de la bomba incrustado en la cabeza.

—No me hagas daño, por favor —suplicó esta mientras retrocedía hasta pegarse a la pared. Rebeca se sintió sucia y miserable.

—Quítate la ropa —le ordenó. Creyó que la voz se le iba a quebrar en la garganta, pero sonó con una dureza impropia de ella. La chica no reaccionó. Se quedó con una expresión de estúpida perplejidad en el rostro—. ¿Tengo que repetírtelo todo dos veces para que me hagas caso? ¡He dicho que te quites la puta ropa! —insistió mientras se adelantaba otro paso.

Rebeca se quitó su propia ropa mientras la otra se terminaba de desnudar. Luego la obligó a ponerse sus prendas mugrientas al tiempo que se vestía con las suyas. Lo hizo a una mano, sin dejar de apuntarla ni por un instante. Aun así, el intercambio de vestuario fue rápido.

Se acercó a la joven. Esta se encogió, amedrentada. Le revolvió el cabello con fuerza. La muchacha lo tenía más largo y un poco más claro, pero serviría para engañar a los ikari. A continuación, Rebeca retrocedió, se quitó la máscara que llevaba puesta y se la tendió sin mediar palabra. La muchacha, llorosa, la cogió con manos temblorosas y se la colocó en la cara. Era evidente que sabía qué estaba tramando Rebeca.

Se oían más disparos. Ruido de pasos, de carreras. Rebeca tomó por el brazo a la joven y la arrastró hacia lo que creyó que era la puerta principal de la vivienda. Una pared se vino abajo en algún lugar.

—¿Esa es la salida?

La joven asintió de manera imperceptible.

Rebeca revisó su fusil, lo descargó a golpes de palanca y a continuación le tendió el arma a la joven. Esta se la quedó mirando. Su rostro quedaba prácticamente oculto tras la máscara respiratoria y las lentes. Y eso era bueno. No podía mirarla a los ojos. Si lo hacía, se echaría atrás.

—No lo hagas, por favor —imploró la joven. Su voz sonaba amortiguada bajo el

filtro—. Si salgo de aquí, me matarán.

—Tienes más posibilidades con ellos fuera que conmigo dentro. Abre la puerta y echa a correr.

—Por favor...

—¡Fuera! —le gritó mientras amartillaba el arma. Se preguntó si sería capaz de llegar hasta el final en caso de que la joven insistiera en desobedecerla. Y le aterró darse cuenta de que no sabía la respuesta.

La muchacha tardó unos instantes en reaccionar. Abrió la puerta y, tras una pequeña vacilación, salió a trompicones. Pero no echó a correr como Rebeca le había ordenado. Dio tres rápidos pasos hacia el frente y se detuvo. Tiró el fusil al suelo como si le quemara y levantó las manos.

—¡Está en la casa! ¡La que buscáis está en la casa! —No tuvo oportunidad de repetirlo. Tres trallazos de luz impactaron en su espalda y la clavaron al suelo. Rebeca retrocedió, cubriéndose la boca con la mano derecha, horrorizada por lo que acababa de hacer.

«Sacrificios, para salvar el mundo hay que hacer sacrificios», se dijo. «No puedes salir indemne. Es el cuento el que manda, no yo. Es él quien guía mi mano.»

Tardó dos horas en llegar al campamento de los ábaro en la planicie de sal. Los esqueletos de los mastodontes refulgían debido a las extrañas luminiscencias procedentes de las alturas. La membrana entre mundos ocupaba casi en su totalidad la bóveda celeste.

Rebeca intuyó formas al otro lado del cielo, nieblas que configuraban siluetas borrosas. ¿Podría ser Londres? Era una posibilidad. Podía ser una ciudad, sí, una urbe forjada en los fuegos de lo irreal.

El Portal estaba a punto de abrirse. Los ejércitos reunidos rielaban bajo la luz plateada que emitía aquel fenómeno. Tan solo los tres inmensos dragones parecían reales en las alturas.

Nadie le salió al paso mientras se aproximaba al mastodonte de Valán. Localizó a varios ábaros diseminados por el campamento, la mayoría atentos a las evoluciones de las tropas. Se acercó a la escalerilla que colgaba del esqueleto. Le costó un soberano esfuerzo trepar por ella. Estuvo a punto de caer varias veces. En una de esas ocasiones llegó a perder pie y quedó colgando de la mano izquierda. Al final logró llegar arriba. Y esa vez no hizo sonar la campanilla para anunciarse.

Había dos hombres dentro. Uno de ellos era uno de los guardaespaldas. Permanecía enorme, macizo como el granito, tras los cojines donde se sentaba Valán. El anciano se hallaba en la misma postura en que lo había dejado unos días antes, como si solo fuera una marioneta detenida en el escenario hasta el momento en que las cuerdas la devolvieran a la vida.

—¿De dónde sales, niña? —El desconcierto en su voz le dejó claro que nadie le

había advertido de su llegada—. ¿Te envía el Cerrajero?

—Vengo a por la espoleta.

El hombre la miró desconcertado. Sus últimos dientes le daban aspecto de roedor perplejo.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Rebeca señaló el objeto. Estaba allí, en el mismo lugar donde la había visto la primera vez, entre los colmillos de elefante, presidiendo la tienda: la pieza de metal blanco, ocho triángulos con un serpollo que brotaba de uno de los vértices.

—¿El símbolo de la sagrada encrucijada? —titubeó el viejo—. Debes de estar bromeando, sin duda. Nunca me desprenderé de esa pieza. Es poder, poder verdadero.

No iba a discutir con él. Daban igual los argumentos que esgrimiera: sabía muy bien cómo iba a terminar todo. Lo había visto en aquel mismo lugar, cuando entró en comunión con el cíclope que Valán pretendía venderle al Cerrajero. Había visto al anciano y a sus dos guardianes muertos en la tienda. En aquel momento pensó que sería Muro quien acabaría con ellos.

«Salvar el mundo requiere sacrificios, ¿no es cierto, Ágata?», recordó mientras se llevaba la mano a la culata de la pistola.

Rendez-vous Londres

Los reflejos de la lámpara festonearon las pestañas de Logan como un encaje líquido. Los hombros se le combaron hacia dentro sobre la oscuridad de sudor de la camisa.

Cuando miró a su alrededor, enfocando a duras penas, se dio cuenta del desastre. Su hijo había desaparecido.

El martillazo de adrenalina lo puso en pie sin apenas doblarle ninguna articulación.

—¿Riddly? —gritó, yendo de aquí para allá por toda la casa. Volvió a recorrer por segunda y tercera vez los mismos lugares por el mero hecho de que su mente se negaba a admitir que estuvieran vacíos—. ¿Estás ahí? ¡¡Riddly!!

Era imposible que se lo hubiera dejado atrás. No a Riddly. Él sabría cómo volver, incluso desde un emplazamiento de elipsis tan remoto. Además, el salto solo fue mental, un viaje onírico. Por mucho que su mente se hubiese quedado atrapada a mitad de camino, su cuerpo físico tendría que estar allí. Esperando a que...

Logan se quedó helado. Una idea asomaba la nariz por el círculo abierto en el hielo de su sopor.

Podría ser que Riddly hubiese regresado, en efecto, y recobrado la conciencia antes que él. Era más joven y fuerte. Maldición, ¡claro que podía! Pero si fue así, si se despertó antes, ¿adónde cuernos había ido?

—¿Riddly? ¡Hijo, contesta! —Salió de la casa como una exhalación. Era de día, una tarde triste con una luz que fluía por el cielo como agua por las raíces de un árbol. Allí tampoco había señales de su hijo. Y (¡que los Dioses lo perdonasen!) faltaba uno de los caballos.

¿Cómo había podido hacerle esto? ¿Y cómo lo había permitido él? ¡Tendría que haber sabido que si Riddly se arriesgó a hacer el salto hasta la Madre Máquina, no le faltarían arrestos para concluir el trabajo que le había encargado aquella putita, la tal Rebeca! ¡Era su hijo, maldición: de tal palo tal astilla!

El protagonista de esa patética ópera llamada *Éxitos y fracasos de la saga de Logan* entró corriendo en la casa. Cogió a toda prisa su mochila y lo necesario para un largo viaje. Fue más o menos entonces cuando vio la nota que se había caído al suelo.

El ancho espectro de sus ojos la absorbió de una vez:

Lo siento, papá, pero tengo que hacer esto. Lo comprenderás cuando esté acabado. Te quiero. Nos vemos en Londres.

Con ese distraído «Nos vemos en Londres» sellaba su destino de un plumazo. Porque eso era semejante sentencia: un dictamen para el destino de ambos. A Logan ya no le quedaba más remedio que entrar en su juego, y a Riddly solo le quedaba apechugar con las consecuencias. Como cualquier adulto que tomara sus propias decisiones.

Logan montó en el otro caballo, que pastaba manso junto a la cerca, y lo espoleó en dirección al camino. El animal era rápido, pero no dejaba de ser un caballo normal y corriente, por lo que no le daría la velocidad que él necesitaba. Tuvo que perder un tiempo precioso encontrando un Portal que condujera a las llanuras de los Caballos Isolíticos, y perder otro tiempo más precioso todavía convenciendo a uno de ellos para que lo ayudara.

De regreso al mundo real, aquel en el que Londres era una mancha de color carbón amplia como el horizonte, Logan empezó a avanzar con auténtica velocidad. Los valles cruzaban veloces bajo los cascos del animal como manchas difusas. Su enorme boca de ballena se inflaba por la presión del viento, dejaba entrar aire en sus pulmones compresores y lo cribaba de impurezas con las barbas.

El animal apenas comió hierba. En vez de eso, consumió sus depósitos de grasa dinámicos. Al detenerse devoraba zonas enteras de flores, animales pequeños e incluso ciertos tipos de rocas. Su complejo estómago isolítico, cargado de ácidos capaces de derretir el metal, lo procesaba todo para obtener combustible que quemar en una nueva carrera. Sus tres pares de patas se coordinaban bien al correr. Logan advirtió que por lo general llevaba las dos del centro plegadas como una paloma, y las usaba para apoyarse en ellas y descansar cuando las restantes estaban agotadas.

No tardó en hacerse de noche. Había música en la luz de estrellas que se refinaba con la distancia. Esas luminarias le vaticinaban un desastre total y definitivo. Una nebulosa ardiente que se evaporaba, un planeta precipitándose en un suicidio pactado sobre el colapso que era su sol... «¿Sabes esa decisión equivocada tras la cual ya no hay vuelta atrás, esa que has temido toda tu vida?», le susurraba Perseo. «Pues prepárate, chaval, porque la tienes a la vuelta de la esquina.»

«La Circularidad», se temió. «Es la Circularidad de esta demencial historia, que viene a castigarme por mis pecados».

Riddly se escondió en un edificio que era poco más que la promesa de un derrumbe. Había logrado acercarse a uno de los meandros del Támesis sin que lo descubrieran. ¡Bravo! Ahora llegaba la peor parte.

La Mansión Infinita estaba al otro lado del río, cosa que no habría supuesto un contratiempo si aquel hubiese sido el Londres de su niñez, y los puentes siguieran estando ahí para uso libre. Pero era el Londres de después, el de las nulas posibilidades de supervivencia para el género humano. Y hacer algo tan sencillo como cruzar un río podía convertirse en una hazaña peligrosa.

Se deslizó por los callejones más oscuros que pudo encontrar, sosteniendo el dromón como una punta de lanza. Mientras agachaba la cabeza de manera instintiva ante cualquier ruido o sombra, en su fuero interno no paraba de darles vueltas a los últimos acontecimientos.

No se podía creer lo que había visto durante su viaje. Los conceptos y las ideas eran demasiado grandes para que su cerebro los asimilara sin más. Y había encontrado el Hysmon, el Santo Grial de los aperimantes, como su padre daba en llamarlo. Lo había tenido ante sí, pero no le había quedado más remedio que renunciar a él. Y si todo salía como esperaban, nunca podrían enfrentarse a aquel enigma porque la explosión del Lacre aislaría su universo. Era lo mejor, sin duda. Era lo mejor.

La Madre Máquina.

¿De veras lo que había tras la telaraña de mundos era aquella... cosa? ¿Era aquel monstruo del tamaño de una dimensión entera que parecía una máquina fagocitadora de realidades?

Todo se reducía a dos sencillas posibilidades: o bien el viaje y lo que allí había encontrado no fueron más que sueños, una pesadilla como la del muñeco aquel de Collodi cuando viaja a la isla de los Juegos, o bien fue real, y entonces habría que empezar a admitir la existencia de monstruosidades como aquella.

En este último caso, no solo la Tierra estaba en un grave peligro, sino también las criaturas que habían llegado (huyendo, ahora lo entendía, de aquel otro peligro) a través de los Portales. Aunque lograsen derrotar algún día a los ikari, eso no sería sino el primer paso, porque luego tendrían que vérselas con ese devorador de mundos. Por eso era más necesario que nunca detonar el Lacre: había que apartar su universo de aquel horror, aunque aquello implicara renunciar a la Magia, renunciar a resolver el misterio del Hysmon...

—Vas a odiarme para siempre, papá —murmuró Riddly.

Una ráfaga de viento le llevó un sonido de ropas que aleteaban en un cordel. Riddly vio que se le acababa el callejón, y al otro lado... el río. Alguien, allá arriba, había dejado ropa secándose al sol antes de que empezara la pesadilla, y continuaba allí, medio podrida. Aquel detalle tan mundano, que sugería cuán distintas podrían haber sido las cosas, casi le hizo llorar.

Un punzón ardiente le atravesó el cráneo. Empezó como una idea en un lado de su cerebro, algo sobre cómo acercarse al Támesis sin salir a campo abierto; pero a medida que la idea se abría paso se tornó caliente y dolorosa, un relámpago de lava que le hizo caer de rodillas por el dolor. Riddly se clavó las manos en las sienes, y un hilo de baba le cayó de la boca de manera involuntaria.

Pensamientos sofocantes, líneas de acción hirientes. Molares royendo pesadillas.

¿Qué era esa repentina migraña? Nunca había sentido nada parecido. Entonces recordó las palabras de su padre: «Los daños físicos que creas sufrir en este plano se traducirán en daños psíquicos cuando regresemos».

¿Era eso, la somatización de una lesión soñada? ¿Se estaba volviendo loco porque aquella criatura enjambre lo había troceado con sus espadas en el Hysmon?

¡No! Tenía que seguir adelante. El plan para salvar la Realidad dependía de ello. Por Dios, que así fuese, porque si Logan tenía razón y todo aquello de Rebeca resultaba ser una patraña..., entonces sí que se volvería loco. Desquiciado del todo.

Sacó la cabeza por el extremo del callejón. El paisaje que se abría al otro lado era impresionante: el Támesis estaba cortado por una presa y se desbordaba por los lados del canal. La presa era un dique de barcos de guerra, apelotonado contra la balsa que formaba el puente de la Torre. O lo que quedaba de él. Como puente aún existía, y si alguien lo bastante loco fuera saltando de escombros en escombros, pasara por encima del barco y saltara al otro lado, llegaría sin duda a la orilla opuesta.

A pesar de sus dolores de cabeza, Riddly no se consideraba a sí mismo tan loco como exigía esa frase.

No se

(corrió como alma que lleva el Diablo, rápido, rápido, siempre hacia delante)

sentía tan

(llegó a las rocas que bordeaban el río, las sorteó, subió por los pilares del puente, escaló dromón en mano hasta la pasarela)

demencialmente enfermo como para

(saltó a la barandilla de proa del barco, inclinado como estaba treinta grados hacia estribor, siguió subiendo apoyándose en los escombros y los metales retorcidos que salpicaban la cubierta)

intentarlo.

¡¡Dios!! ¿¡Qué estaba haciendo!?

Solo fue consciente de lo que había hecho cuando se detuvo para tomar aliento. Estaba en la cubierta inclinada del barco, sus listones de madera partidos allá donde habían caído las bombas. Había llegado hasta allí en tiempo récord, quizá menos de lo que habría podido lograr un humano en sus cabales; o sea, alguien que no estuviese ni desesperado ni con las neuronas vueltas del revés. Su pecho, que perdía fuelle con estertores agónicos, y explotaba arriba y abajo; su cabeza, que sudaba a mares y estaba roja como una guindilla de Purdey; sus manos, temblores solidificados que seguían un patrón de cinco dedos.

Y aun así, lo había conseguido. Había llegado a la mitad del camino.

Un milagro.

Solo le hacía falta otro para llegar a la orilla y correr hasta la Mansión Infinita. Si es que seguía allí y no la habían derribado entre tanto cañonazo y tanta magia. Pero sí, lo más seguro era que estuviese: aquel resplandor que parecía el latido de un párpado cerrado a mitad de iris, con destellos de magia comprimida hasta más allá del espectro visible... Sí, aquello era magia, sólida y doblada sobre sí misma en forma de caparazón. El mismo estado en el que Logan le contó que había quedado la Mansión la última vez que estuvo en ella.

Se hallaba a solo cinco calles de distancia, en línea recta. Cinco eternidades.

Riddly se obligó a respirar con más calma. Una tranquilidad fangosa llenaba el aire a su alrededor, como si imágenes encantadoras de pasados distantes quisieran formarse por sí solas. Imágenes como la añoranza del primer abrazo de la madre, el tacto de un beso sincero, la calidez de un sueño reparador...

Riddly se preparó para saltar más allá de todos esos fantasmas, de esos decorados que trataban de paliar el peligro que estaba corriendo. Y al hacerlo, vio a alguien.

Una figura humana. De pie al otro lado de la ribera, mirando justamente hacia él.
Rebeca.

La superficie del Támesis, con su luz de satén, capturó su mirada y le hizo pensar en la crisálida de un insecto largo y plano. Un ser que podía resucitar con un espasmo de vida enviando en todas direcciones sus pensamientos, como joyas que ruedan locamente antes de pararse y morir.

Logan miró la orilla empapada de sombras y vapores, motas de polvo que alzaban el vuelo como enjambres de insectos. Y la Mansión: su resplandor formaba una cáscara de huevo esmerilada tras los edificios. Ahí estaba el objetivo de Riddly.

Logan había devuelto el Caballo Isolítico a su dimensión antes de entrar en el extrarradio. Hacía demasiado ruido al moverse. Los últimos nueve barrios los había recorrido mitad a pie, mitad bajo el suelo, usando los túneles que el bueno de lord Astrud (¡bendito fuera por estar tan loco, y tener ideas tan surrealistas!) había taladrado bajo Londres.

Unos tamarindos plantados en un antiguo solar reflejaban la cara de la luna. No tardaría en amanecer, y sus posibilidades de avanzar a cubierto disminuirían de manera drástica, así que decidió darse prisa. El Támesis, visto desde las balconadas de Richmond, parecía sangre de cordero lechal infestada de tumores. Esos tumores eran excrecencias vivas, los últimos reductos del compuesto semimágico-semiorgánico que los ikari habían lanzado sobre los barcos. Concentraciones de pus vivo que esperaba agazapado a que algo perturbara la quietud de la corriente.

Por ahí no podía pasar. Lástima que los túneles de Astrud no...

Un momento.

¡Claro que sí lo hacían, cruzaban el Támesis bajo el agua!

—¡Augusta! —exclamó. Bendita fuera mil veces en el cielo y en la tierra la abuela de lord Astrud, en cuyo honor había bautizado aquel túnel submarino. Ahora solo había que averiguar qué había sido de él: si le había dado tiempo a terminarlo antes de que Londres explotara, o si había quedado inundado como una arteria rota.

La diosa fortuna sonrió al aperimante, pues el túnel que había encontrado no solo estaba intacto sino también relativamente seco. Y con eso Logan quería decir que aceptaba que el agua infestada de ratas le llegase a la cadera. Pero era un camino hasta la otra orilla, demonios, y mejor eso que lanzarse a nadar entre arrecifes de pus

arcano.

Tardó más de dos horas en llegar al otro lado. Para entonces, el nuevo día ya había convertido el horizonte en un cable rojo y tenso. Pero no se amilanó: calado hasta los huesos y con los mordiscos de rata aún visibles en los pantalones, Logan renqueó hasta su antigua calle, la avenida que flanqueaba un recto escuadrón de cipreses. La avenida que llevaba, recta y despejada como la hoja de un sable, hasta la Mansión Infinita.

Cuando vio la casa, congelada a medio explotar, un estremecimiento le pinzó los testículos. Era como si el trágico instante de hacía años, cuando vio morir al padre de Riddly, siguiera prolongándose en el tiempo. Como si la eternidad se hubiese congelado con una mirada, con un latido de reloj, en espera de un acontecimiento que le diera permiso para desatarse.

Rememoró los sentimientos de aquella época. La persona que Logan fue, el sumatorio de ideas que la hacía posible, despertó como si reclamara su lugar dentro del Logan actual. Algunos conceptos en los que no pensaba desde hacía años, y que en aquel lejano entonces fueron importantes, encontraron un eco. Era increíble la cantidad de cosas que había olvidado, la cantidad de pensamientos y motivaciones que había ido relegando a la trastienda de su mente, dejando su resolución para un hipotético futuro que cada día estaba más lejos.

«Esto era yo cuando aún me sentía joven y fuerte», se lamentó. «¿Por qué ya no me importan las mismas cosas? ¿Por qué no tengo tantas ganas de luchar por esos ideales?» Y luego, como conclusión inevitable: «Cuánto he perdido. Qué viejo me he hecho».

Entonces las vio.

Dos figuras, jóvenes y atléticas, extraviadas en los laberintos de luz imposible de la explosión. Habían conseguido entrar por alguna parte, y se habían situado en el epicentro de la Mansión, justo donde comenzó todo. La figura más alta, de varón, llevaba una especie de lanza pequeña en las manos que no era una lanza. La figura más menuda, de mujer, sostenía un símbolo en la mano, una llave que no era una llave.

Logan corrió hacia ellos. Ya no le importaba que el enemigo lo descubriera. Solo quería estar junto a su hijo cuando cometiera la mayor locura de su vida, y, a ser posible, evitarla. Pero sabía que no iba a llegar a tiempo. Sabía que aunque el núcleo de la Mansión pareciera estar ahí delante, al alcance de la mano, las cosas no eran tan sencillas. La Magia tenía sus reglas, normas inquebrantables incluso para un aperimante, y estas exigían que cualquier ritual de paso se cobrara su tiempo. Siempre había que entregar algo para poder pasar: a veces, un sacrificio en forma de tiempo; otras, en forma de sangre.

Tendría que trabajar duro si quería llegar hasta Riddly y Rebeca a través de los laberintos de cinética congelada de la explosión.

Llegó al extrarradio de la explosión justo cuando una sacudida de luz azul, en

forma de anillos concéntricos, vistió la Mansión con una telaraña de luces. Por primera vez en años, la casa estaba reaccionando a algo que sucedía en su interior. Lo malo era que los destellos (que anticipaban la gran explosión final, cuyo motor se pondría en marcha en cuanto llave —Riddly— y cerradura —Rebeca— convergieran) estaban atrayendo la atención de todos los ikari en un radio de cien kilómetros.

—¡Riddly! —gritó, pero sabía que era inútil.

El chico no podía oírlo. Estaba absorto, no solo en la vorágine del vórtice, sino también en la pasión que sentía hacia aquella muchacha. Ya no existía nada más en el mundo para él, solo su misión.

Un anillo eléctrico, paralelo al suelo, rodeó la casa. Relámpagos y crujidos de fuerza comenzaron a hacer polvo los inmuebles vecinos. Logan miró con terror hacia el punto más lejano de la calle por donde había llegado, y alcanzó a ver un burbujeo de hormigas, una marabunta apelonada que resbalaba como si se pisara a sí misma: cientos, miles de ikari que corrían en avalancha hacia aquel punto, y que formaban crestas de piernas, olas de cabezas, marejadas de pies y manos.

Lo sabían. Sabían que estaba pasando algo malo. Y acudían a ver qué era.

—Maldita sea, Riddly —dijo—, ¿por qué nunca escuchas a tu padre?

Y se arrojó de cabeza hacia las permeables membranas de la explosión.

Riddly estaba en éxtasis. Era un sentimiento tan similar al placer intelectual más absoluto que pudiera concebirse, que no le dejaba hacer otra cosa salvo estar allí, observando la escena como si él mismo no estuviera implicado. Como si tanto Rebeca como él fuesen sombras proyectadas por titiriteros que hacían avanzar el drama a golpe de maravilla.

Ahí estaba la chica, a un metro escaso, contemplando el epicentro de la Magia. Tenía ese porte de aperimante que parecía un espejo del propio Riddly, una variación más pura y hermosa de su propia verdad. Era bella y terrible, segura de sí misma y a la vez muerta de miedo ante lo que iban a hacer. Pero, al igual que Riddly, el convencimiento de que todo estaba respaldado por un plan maestro y una mente prodigiosa (la de su mentor, el Cerrajero) borraría todas las dudas y la impulsaría a detonar la bomba.

Eso iba a pasar sí o sí, leyó Riddly en sus ojos. Y se sintió tremendamente feliz por formar parte de aquello.

—¡¡Vamos a cambiar el mundo!! —le gritó. El estruendo abstracto de la explosión era ensordecedor, con olas de sonido llenas de texturas que iban de aquí para allá como galenas de plancton.

Ella lo miró. Y le sonrió, pero solo con los labios. En sus ojos anidaban sombras.

Riddly se preguntó qué peaje habría tenido que pagar para triunfar en su búsqueda.

—¡Claro que sí! —gritó Rebeca a pleno pulmón. Riddly apenas la oyó por encima del maelstrom—. ¡Pondremos las piezas del puzle en su sitio y salvaremos tu Tierra!

El chico asintió, atemorizado. Alzó por encima de su cabeza el dromón. No estaba muy seguro de qué debía hacer exactamente, si clavarlo en alguna parte o darle vueltas en alguna dirección...

Rebeca sostuvo su símbolo como un atrapasueños contra el frente de onda de la explosión. Los ocho triángulos se desplegaron, abriéndose como alas de mariposa. Los triángulos empezaron a girar formando una runa en el aire, un mandala que se tejió a sí mismo como una alfombra persa.

Los símbolos flotantes adquirieron el aspecto de un reloj al que solo le faltaba una pieza, aquella que lo definía, la que le daba utilidad y propósito: un dromón.

¡Esa era la clave! Para desatar la furia de la explosión congelada había que hacer regresar el tiempo a la Mansión. Y para ello, nada mejor que un reloj hecho de magia pura.

Riddly miró al dromón, luego a Rebeca y al reloj de luz actínica, que giraba y giraba esperando su último engranaje. Una cascada de destellos estroboscópicos bañaba el cuerpo entero de Rebeca, y también sus ojos, que lo miraban expectantes, aguardando a que Riddly completara el enigma.

Una débil sonrisa cambió lentamente la expresión del muchacho. Por fin alguien dependía de él, y no de su padre. Por fin era él quien tenía en sus manos la decisión trascendental.

Con un grito, clavó el dromón en el centro del reloj.

Cuando Logan volvió la vista para averiguar qué eran aquellos sonidos que recordaban a un tambor lejano, se estremeció: centenares de ikari se agolpaban contra el horizonte de sucesos de la campana de magia, deseando entrar pero sin atreverse a dar el paso.

Sabían lo peligroso que era, el daño que las capas de aquella cebolla podían hacerle al cuerpo de alguien que no supiera qué sendero era el correcto. Los golpecitos desacompañados de tambor eran detonaciones, ráfagas que lanzaban sin éxito contra la casa. La munición entraba en el resplandor para frenar en pleno aire.

Al frente de las tropas iba su jefe. Era un ejemplar inmenso, con su armadura de cristal y diamante deshaciéndose en fractales suicidas. Miraba a Logan con ojos duros como pedernales. Seguro que se preguntaban qué lo detenía. Qué impediría que tan solo alargara la mano para agarrar a Logan por los pies y sacarlo a rastras de la luz.

Quizá nada.

Logan supo que aquel era el rey enemigo, el caudillo terrible del que le había hablado la morsa: Kron el Apóstata, el asolador de realidades. Y estaba allí, a solo dos o tres capas de luz de distancia. Mirándolo con odio infinito.

Logan trató de ignorarlo, de concentrarse en la senda que lo conduciría hasta su hijo. Si Riddly había conseguido entrar, a él no le resultaría difícil. O al menos esa era la teoría, porque en realidad le estaba costando horrores: la única forma de avanzar era creando el sendero a medida que se progresaba, y para ello necesitaba elipsoarse en un ciclo continuo, sin parar, como si cada salto fuera la llave que condujera al siguiente.

Era una hazaña que estaba al alcance de pocos aperimantes. Tan solo los más expertos del mundo podrían haber hecho algo así. Y su hijo estaba a años luz de alcanzar ese grado de perfección en su arte.

No, allí había gato encerrado. Tal vez el consejo de alguien mucho más viejo... alguien que alguno de aquellos dos muchachos conociera y al que pudieran haber pedido ayuda. ¿El famoso Cerrajero?

O tal vez (y aquella era una explicación espantosa) fuera la misma Mansión Infinita quien les hubiera facilitado el acceso. Y era espantosa porque, de ser así, significaba que el espectro de la Circularidad aún no se había manifestado. El epicentro de la trama, el momento definitivo que dictaba sus existencias presentes, pasadas y futuras estaba a punto de producirse.

Miró hacia atrás por última vez, para cerciorarse de que Kron seguía a prudente distancia... y el corazón le dio un vuelco. La bestia ikari estaba entrando en el resplandor, y no parecía importarle lo que la luz letal hacía con su cuerpo: su carne se levantaba, sus huesos se chamuscaban como si los estuvieran quemando igual que una antorcha, sus músculos se destrenzaban como hebras de una cuerda... pero él seguía adelante, contra viento y marea, contra el dolor y la pleamar de las energías ardientes. Hasta que apresó con fuerza el tobillo de Logan.

El aperimante trató de zafarse, pero era como intentar partir un yugo de hierro. Kron quemaba todo el combustible de su ira en aquel gesto, tirando hacia fuera de Logan, intentando sacarlo de la explosión lenta. Ver su cara era como leer el informe en primera persona de un asesinato, y ver cómo el rostro del mal surgía poco a poco del papel, trazo a trazo, adjetivo a adjetivo. El rostro de un ser al que los humanos le importaban menos que insectos, pero que por alguna oscura razón había transformado aquel instante en la razón de ser de su vida. Si dejaba escapar al aperimante, entonces ninguna de las atrocidades que hubiese cometido antes, en su largo historial de conquista de mundos, habría tenido sentido.

Logan se preguntó por qué mientras clavaba sus dedos ensangrentados en los escombros. Trataba de asirse a algo lo bastante duro como para contrarrestar la fuerza del bruto. Pero no lo consiguió. Aquel brazo desollado lo estaba arrastrando afuera sin piedad.

Entonces, cuando estaba a punto de salir al exterior, donde mil bocas hambrientas se preparaban para darle la bienvenida...

... Logan alzó la vista, y vio cómo su hijo clavaba con decisión el dromón en el reloj.

El Lacre se activó un milisegundo después, y la explosión de la Mansión Infinita se desató.

Fue como oír exhalar al mundo un gigantesco suspiro de alivio.

La realidad se había doblado sobre sí misma como el intestino de un animal. Llevaba así demasiados años, estrujándose con dolor. Cuando el Lacre estalló, fue como romper la presa que retenía todo ese dolor, el escudo que nunca debió dejar pasar la espada.

Desde el núcleo salió una onda plana y paralela al suelo que cortó en dos lo que quedaba de los barrios colindantes... y eso incluía a casi todos los ikari que estaban alzando sus brazos en vítores al ver a su líder desafiar a la anomalía y salir triunfante. Logan, tumbado como estaba, agachó la cabeza justo a tiempo, esquivando por milímetros la onda plana que se desplazaba a una velocidad algo inferior a la del sonido. Kron no tuvo tanta suerte.

Su cuerpo estalló en una nube de fragmentos, igual que los soldados que había a su espalda, igual que los edificios antaño hermosos y que los pilares del puente de la Torre. Todo se vino abajo en una vorágine de sonido aplastante, abrumador y decisivo. Cuando Logan abrió los ojos, un segundo después, lo hizo para darse cuenta de dos verdades fundamentales:

La primera, que seguía vivo, aunque con una nueva tonsura en el pelo, como si un barbero loco le hubiese pasado un hacha por la cabellera.

La segunda, que Riddly estaba tirado en el suelo frente a una horrorizada Rebeca.

Corrió hacia ellos sin fijarse en qué sendero tomaba, pero daba igual, porque los senderos ya no existían. Había una especie de isla de tranquilidad, un horizonte de sucesos inerte donde estaban el reloj y los dos jóvenes, pero nada más. El resto estaba volando por los aires al ritmo de un *tala* hindú.

—¡Riddly! —gritó, cogiéndolo en brazos.

Miró a Rebeca buscando una explicación, pero la joven ya no estaba allí. La inesperada irrupción de Logan en la burbuja de quietud la había asustado tanto que había retrocedido un paso, y eso la había sacado de la zona segura. Ahora se alejaba, se perdía en la distancia con el resto de la explosión mientras el mundo cambiaba para parecerse... a otra cosa.

A algo post-Mansión, post-Londres, post-cordura humana.

Pero Logan no podía dedicarle tiempo. Al volver la vista hacia su hijo, comprobó horrorizado que le había pasado algo en la cara. Sus ojos, por lo más sagrado, sus ojos se habían quemado. Probablemente estaría mirando al punto exacto donde el dromón chocó contra la espoleta cuando se produjo la reacción mágica. Demasiada luz, demasiado brillo desatado en un infinitesimal instante de locura, al que Rebeca había sido ajena.

Ya no volvería a ver nunca más. Estaba ciego.

Las lágrimas de Logan golpearon el suelo. Los sonidos se arrastraban lentos, texturados por ecos submarinos. La silueta de Rebeca era una sombra que se alejaba en la tormenta, apenas visible ya. Y allí dentro, en la isla de quietud, como único testigo de aquella locura, solo estaba Logan. Logan con su hijo medio muerto en brazos. Logan como apóstol y cronista de la mayor metedura de pata de la especie humana.

Alzó su temblorosa mirada para clavarla en la sombra que llegaba desde fuera de la burbuja, caminando con tranquilidad por medio del caos.

La figura venía a través de un sendero que se estrechaba hasta rozarle los codos con nubes de chispas, un sendero hacia otro lugar que dejaba entrever un río que fluía como una corriente de jarabe negro.

¿El Támesis? No, imposible. Al menos, no en el Londres que ellos conocían.

Esa sombra, ese ser humano silueteado, estaba ligeramente encorvado, aunque tenía más o menos la misma altura que Logan. Cojeaba ligeramente mientras se apoyaba en un bastón, con el disgusto de quien no supo curar una vieja herida.

Logan no tuvo que preguntárselo para saber, con toda claridad, quién era la persona que tenía delante.

El Cerrajero.

—Al final se ha cerrado el círculo —dijo el recién llegado, con un acento que a Logan se le antojó tan conocido y a la vez tan alienígena—. El Hysmon puede abrirse por fin. Llevo décadas esperando este momento. ¿O tal vez han sido siglos? El transcurso del tiempo es errático cuando vives sumido en la paradoja.

Los ojos pizarrosos de Logan se abrieron con estupor.

Porque el rostro del Cerrajero era el suyo propio, solo que dañado por la edad y la espera, por el ansia desmedida de alcanzar secretos que el propio Logan consideraba sacrílegos.

—¿Q... quién eres tú?

El Cerrajero lo miró con desidia. Primero a él, y luego al guiñapo inconsciente de Riddly.

—Creo que lo sabes.

Logan asintió. Sí, claro que lo sabía. Era una verdad impertinentemente lógica.

—¿Para... para qué has venido?

—Para verte. Para hablar. La incertidumbre hace más daño que la ignorancia, eso es algo que he aprendido tras mi larga guardia. —Hizo un barrido con la mano—. Sí, maestro aperimante: yo soy tú. Vengo del lugar que nuestros dos discípulos acaban de crear con su estúpido, valiente y decisivo acto. Vengo del fin del mundo, del fin de los tiempos. Vengo de Colapso.

—Eres yo... Claro. —Logan apoyó la cabeza contra la frente de su hijo, manchándose con la sangre que manaba de sus heridas. No era muy abundante, pues apenas se trataba de cortes de esquirlas y metralla, pero sí muy roja. Tanto que, por contraste, hacía parecer el resto de la escena dibujada al carboncillo—. Ahora lo

entiendo. Lo entiendo todo, joder. Tiene sentido.

—¿Lo tiene? —El Cerrajero se sorprendió—. ¿En serio?

—Por supuesto. No dejaba de preguntarme quién sería el maestro de esa tal Rebeca, y por qué la había enviado no para contactar conmigo (lo que habría sido la opción más lógica), sino para conocer a Riddly. Alguien sin tanta experiencia y mucho más ingenuo a quien poder embaucar.

El Cerrajero apretó los dedos sobre el pomo de su bastón.

—Por favor, continúa con tus deducciones. Siempre me gustó oírme pensar.

—Serás bastardo. —Logan rió sin ganas—. No sé cuál es tu plan, ni qué buscas... pero sabías que solo Riddly podía conseguirte las piezas sin hacer preguntas. —Acarició los cabellos de su hijo—. Era... es... así de estúpido. Igual que su padre.

—Yo no mandé a Rebeca a encontrarse con Riddly, querido yo del pasado —le confesó el anciano—. Aunque reconozco que facilité su encuentro. En definitiva, buena parte de mi existencia ha estado encauzada a lograr que esto ocurriera.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Ahhh... ahí es donde radica el verdadero interés, ¿no? En los motivos que pueden llevar a un hombre a obsesionarse hasta el punto de que esa obsesión llega a trascender épocas, hechos y personas y se convierte en un ideal, en el germen arquetípico de un paradigma. —El Cerrajero extendió los brazos en un gesto extravagante—. Como cualquier idea compleja, cualquier aspiración vital digna de hombres como nosotros, tiene varios porqués.

»Digamos que es por mi ansia de atravesar el Hysmon, la puerta definitiva. O quizá solo sea el producto de un daño cerebral, las consecuencias futuras de tu viaje para rescatar a Riddly, y las heridas que allí te infligieron. Podría ser que todo fuese tan metafísico como un sueño, o tan sencillo como el mordisco de la esquizofrenia. Ah, perdón, esa palabra aún no se había inventado en tu época. Lo siento.

»O tal vez todo tenga un motivo más aterrador. Puede que nuestras existencias, tanto la tuya como la mía, hayan estado dictadas por el capricho del cuento o de la Circularidad de la magia. Tal vez nuestro albedrío haya sido igual a cero en todo momento, y no hayamos sido más que un instrumento, un caballo cojo que recorre los escaques del tablero guiado no por una mano invisible, sino por la inevitabilidad de los acontecimientos. Y es aterrador porque, de ser así, ni tú ni yo hemos sido nunca causa ni efecto, sino lo que comunica ambos. Mera inercia. —Hizo un mohín—. Mejor esquivemos ese pensamiento. Me deprime.

Logan lo miraba de hito en hito. No entendía ni la mitad de lo que le decía. Pero una cosa tenía clara: aquel hombre, aquel Logan llegado de un futuro donde estaba rematadamente loco, parecía ser la extrapolación de sus errores actuales. Un aperimante dedicado en cuerpo y alma a su principal obcecación: abrir Puertas y cruzar sendas.

—¿Qué le pasará a mi hijo? —preguntó entre sollozos—. ¿Morirá?

—No. Vivirá, pero su cordura se verá seriamente dañada. Tanto Riddly como tú

—hizo una pausa—... como yo, sufrimos graves heridas dentro de la Madre Máquina. Pronto nos afectarán en el plano físico y se harán visibles. Los zánganos se cebaron con nuestras piernas, querido yo. Dentro de un tiempo se te pudrirán y se te caerán a pedazos.

Logan sacudió la cabeza mientras contemplaba al siniestro personaje del futuro. Iba encorvado y cojeaba, sí, pero ¡tenía piernas!

El Cerrajero se echó a reír, consciente de su desconcierto.

—Esto que ves es un préstamo. Un buen amigo ha tenido a bien dejarme las tuyas para el que se antoja será mi último viaje —dijo—. La singularidad del mundo nos provee, Logan. Tú, con el tiempo, le conseguirás otros ojos a Riddly, madera hechizada de una Tierra Alterna de talante druídico, y él recuperará la vista. Pero por desgracia no tardará en abandonarte. La culpabilidad podrá con su frágil mente. Huirá de nosotros para transformarse, movido por el dolor, en alguien llamado el Buitre. Y nosotros lo dejaremos ir. Además, Riddly ya habrá cumplido su cometido. Y será a otro discípulo a quien esperaremos con ansia.

—A ella.

—A Rebeca. Si Riddly es el padre de Colapso, ella es su madre.

—Pero... ¿qué demonios es Colapso?

—Mira a tu alrededor, Logan de Noxville —le ordenó el Cerrajero.

Logan contempló el paisaje de más allá de la esfera de tiempo. Allí se estaba forjando una ciudad enloquecida y enloquecedora, se iba creando a destellos turbulentos, a ciclones y terremotos. Los edificios se abrían paso desde la nada, unos se derrumbaban en el acto, otros permanecían estáticos en medio de la locura. Alcanzó a vislumbrar a lo lejos lo que parecía ser un gigantesco volcán envuelto en rosetones de lava.

—Colapso es lo que ves. Es Londres después del Apocalipsis. Es el territorio de caza en que se convertirá el mundo. Y todo tiene su origen aquí, más de doscientos años antes del momento del que provengo. Colapso es lo que pasó cuando la Mansión Infinita se dio la vuelta como un sombrero de prestidigitador, y liberó las realidades que había aprisionadas en su interior. Ahora esas realidades campan a sus anchas en mi época, tienen sus propios héroes y sus propios demonios. No queda nadie que guarde el menor recuerdo de nuestro tiempo de origen, Logan. Nadie recuerda Londres ni ninguna otra de las ciudades de nuestra Tierra. Todo quedó sepultado por el caos.

—P... pero... —Logan estaba confundido. Las cuentas no salían en su cabeza—. Has dicho que ese escenario tuyo transcurre dentro de más de doscientos años. ¿Cómo es posible que...?

—¿... que tu hijo y yo estemos vivos? Colapso tiene muchas caras, y muchos flujos temporales, algunos más lentos que otros. Digamos que Riddly y tú os perderéis en alguno de esos flujos cuando salgáis de esta esfera. Esas encrucijadas os colocarán en la época y el lugar adecuados para que la Gran Paradoja se resuelva. El

cuento vela por su propia integridad.

—¿Y tú cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—Me venía de paso —respondió, y soltó un sonido que era mitad ladrido y mitad carcajada—. Voy de camino al Hysmon y he elipseado en las corrientes equívocas para venir a verte. Tenía que hacerlo a pesar del riesgo. Era necesario que mantuviéramos esta charla por el sencillo motivo de que ya la habíamos tenido antes. Y solo la podíamos tener en este instante y en este lugar, puesto que la burbuja de tiempo lento, el epicentro del estallido, no obedece a las leyes de la paradoja. Este es el único intervalo en todo el continuo espaciotemporal en que un sujeto puede coincidir consigo mismo. Hubo otra vez en que nos rozamos, pero yo era un sueño inconsciente y tú estabas perdido en la pirámide invertida.

—El monstruo de dos cabezas —recordó Logan, boquiabierto.

—Y la mano tendida del otro lado. Los círculos se cierran. Siempre se cierran. Yo soy tu futuro y tú eres mi pasado.

—¡Pero aún no me has aclarado el porqué de todo esto! ¿Es que cambiaré tanto que nada ni nadie llegará a importarme, tan solo abrir ese jodido Hysmon? ¿Soy así de estúpido en tu época?

—Y en la tuya también, querido. Abrir Puertas es lo único que nos ha importado nunca. Fuimos nosotros quienes comenzamos esto, ¿recuerdas? Nosotros abrimos el Portal de los ikari. Nosotros buscamos el corazón de la Mansión Infinita y les mostramos el camino. —Se encogió de hombros—. Bah. Lo hecho, hecho está. Me gustaría decirte que esas versiones tuya y de tu hijo que nacen hoy aquí son producto de meros accidentes, pero no sería cierto. La verdad es que los hombres son lo que son porque se enfrentan a sí mismos día a día, y no siempre salen vencedores. A veces lo que tú eres, y aquello en lo que te convertirás, te deja orgulloso y con ganas de ver el color del siguiente amanecer. Pero otras... quieres salir corriendo, sin darte cuenta de que no hay velocidad en el universo tan expeditiva que pueda alejarte de ti mismo.

—¿A qué has venido? —le preguntó Logan, rabioso—. ¿A reírte de mí?

—¿No es obvio? He venido para decirte qué tienes que hacer para convertirte en mí.

—Ni lo sueñes —le desafió—. No haré nada por ti. Nada.

—Claro que lo harás, maldita sea. ¿Es que no lo ves? Lo harás porque yo lo hice. Estuve ahí, en tu mismo lugar, hace más de doscientos años. Me acuclillé ahí mismo, con la cabeza de mi hijo en el regazo. Y escuché lo que vengo a decirte. Y rabié y maldije y me odié por ello, pero luego comprendí que no nos queda más remedio que ser lo que somos. Así que escucha, esto es lo que viene a continuación: esto es lo que debe hacerse.

Logan creyó que sus ojos eran los únicos que contemplaban aquella escena, pero

hubo otros.

Los de una chica, por ejemplo. Una jovencita que se alejaba mientras Londres pasaba ante ella como eones en el estanque de las deidades olímpicas. Una joven que derramó una lágrima al contemplar juntos el rostro de su mentor, el hombre en el que había confiado, el que la había comprado como esclava y aprendiz y llave para sus propósitos... y el del padre de Riddly.

En aquella lágrima iba implícita la pérdida del último resto de inocencia que le quedaba, pero también la madurez. Y esa, ahora mismo, era la fuerza más poderosa del universo.

Rebeca Su se convirtió en un observador imparcial, alguien situado fuera del cosmos pero con un pie en su frontera. Vio, en imágenes salteadas, cómo Londres parecía enterrado bajo los cimientos de Colapso. Al principio los seres humanos chillaron de pánico, y huyeron como si la distancia fuera un factor digno de tenerse en cuenta. Pronto se percataron de su error. Rebeca los vio organizarse y luchar, los vio perder el ímpetu que hacía de motor para su especie y transformándose en los frágiles supervivientes que eran en su época. Colapso se derramó en todas direcciones a partir del esqueleto de la Mansión Infinita, capas y capas de mundos posibles. Rebeca empezó a sospechar que la lógica de ese puzzle encerraba una belleza solo intuida, que debió de ser dolorosamente obvia para el Cerrajero. Una belleza que, al igual que la de una mujer, enmascaraba las virtudes más abstractas.

Vio surgir lugares que se levantaron de las cenizas de lo que un día fue, monumentos a la gloria humana y templos que la negaban. Vio altares de sacrificios y gritos hechos arquitectura. Vio el burdel donde había dejado atrás a tantos amigos. Pero todo aquello, en su mirada, no seguía siendo más que ceniza, polvo que por un capricho del destino tomaba forma sólida durante un corto lapso de tiempo.

Rebeca comprendió, como hiciera el padre de Riddly (¡el padre del Buitre!), el porqué de todo.

Hágase la luz.

Rebeca y el Apocalipsis

Luego llegó el vértigo.

Por un instante temió que sus ojos fueran a arder del mismo modo en que lo habían hecho los de Riddly. Aquella luz dolía, abrasaba, era como ácido vertido en sus cuencas. Era la misma luz que se alojaba en su mirada desde el día anterior. De alguna forma, había contemplado la explosión aun antes de que se produjera, como si su onda expansiva no se hubiera propagado solo en el espacio sino también en el tiempo.

Riddly y ella habían provocado aquel desastre. Ni los ikari ni una catástrofe cósmica habían herido de muerte las realidades. Habían sido ellos. El Lacre no había sellado el planeta de Riddly. Por el contrario, la membrana entre mundos había saltado en pedazos. Y la luz había rebosado y lo saturaba todo. Ese resplandor inundaba a Rebeca, quien se sentía repleta de ese fulgor iridiscente hecho de tiempo, espacio, hielo y paradoja.

De pronto, algo tiró de ella con fuerza. Se volvió, temerosa de lo que iba a encontrar. Un rectángulo de oscuridad y sombras se abría en mitad del deslumbrante brillo. Era un Portal. Y ella volaba directa hacia él. Se dio la vuelta para contemplar de nuevo, en la distancia sin distancia, la urbe de Colapso. Cerró los ojos con fuerza. Nada cambió. El resplandor era tan intenso que parecía como si careciera de párpados.

Gritó perdida en el resplandor, pero fue un alarido silente. En aquel lugar a medio camino de ninguna parte no había espacio ni para la voz ni para el sonido. «No», se dijo la muchacha, «yo no soy la culpable. Solo fui un instrumento, un peón... Han sido otros dedos los que me han movido por el tablero».

Se volvió otra vez en busca de una falla en el fulgor, un punto en el que centrarse... Fijó la mirada en el Portal a su espalda, cada vez más próximo. Al otro lado distinguió las formas familiares de las reliquias que ella misma había ido amontonando.

Volvía a casa. No, se corrigió, no regresaba a su casa. Volvía a su tiempo. Al cauce correcto. A su presente desde el pasado en que ella había hecho nacer, a sangre y fuego, el futuro.

La entrada era inminente. Se preparó para encajar la puñalada que solía recibir en sus viajes de regreso. Pero esta vez no llegó. Sintió un leve tirón al atravesar el umbral, una incomodidad vaga. De todas formas quedó de rodillas en el suelo, destrozada por lo que acababa de suceder. Su mente rebosaba de imágenes, disparos directos a su

cerebro, latigazos que amenazaban con fragmentar su cordura.

No estaba sola.

Había un cuerpo en el suelo, y esta vez no se trataba del Cerrajero. Era Estuardo, tirado panza arriba, con los ojos muy abiertos, el fusil pesado junto a él y el pecho abierto. Y había una segunda presencia en la estancia, alguien de pie junto al Portal.

Lo contempló arrodillada, con las palmas de las manos apoyadas en el suelo, como si estuviera rindiéndole pleitesía al hombre que aguardaba allí, con un rifle de manufactura ikari entre las manos.

Era el Buitre.

Y el Buitre era Riddly.

Pudo vislumbrar, enterrado en aquella fisonomía consumida, al joven a quien acababa de dejar atrás, con las cuencas repletas de humo negro y los ojos que se derramaban por las mejillas. Cuando estuvo junto a Riddly no les encontró parecido alguno por la simple razón de que no existía. Era una paradoja (otra más), pero era cierto: en el Riddly del pasado no había ni rastro del hombre en que se iba a convertir. En cambio, sí quedaban trazas de ese Riddly en el Buitre del presente.

—Malditos seáis todos —escupió Rebeca—. Malditos seáis todos, hijos de...

—La última vez que te vi tenía otros ojos. —El Buitre arrastraba la voz, pero sonaba mucho más lúcido que en sus anteriores encuentros—. Hace un momento, allí, al otro lado... Me viste. —Sus ojos falsos se agitaron en sus cuencas—. ¿Era hermoso? ¿Era valiente? Lo he olvidado. Lo que sí recuerdo es que hubo un tiempo en que fantaseé con la idea de que fuéramos amantes. Como si estuviéramos viviendo en un folletín disparatado, un relato de entuertos y héroes de esos que siempre terminan con final feliz... En el fondo, ya entonces estaba ciego.

Rebeca se echó hacia atrás, en un repliegue de brazos y piernas.

—¿Vas a matarme? —le preguntó. Quizá el pago por los servicios prestados fuese un tiro en la cara. Y si esa era la intención de aquel hombre, no pensaba defenderse. Estaba demasiado cansada.

—¿Matarte? —El Buitre/Riddly pareció sopesar esa alternativa—. Supongo que ahora sí podría —aseguró. Se acercó a ella, un tanto encorvado, un monstruo de vodevil aproximándose a una dama desvalida—. Ahora que el círculo está completo, nada debería impedírmelo. ¿No te parece un sinsentido? No podía matarte cuando quería hacerlo, y ahora que puedo, no quiero. —Negó con la cabeza—. ¿De qué me serviría tu muerte ahora? El mal ya está hecho. Lo logramos, Rebeca. Hicimos estallar el Lacre. Destruimos el mundo. Tú y yo.

—Nos engañó —puntualizó ella, pues si aceptaba la responsabilidad de aquello perdería la razón—. Tu padre nos engañó, a ti en tu tiempo y a mí en el mío.

—No es mi padre. Ni el tuyo, al fin y al cabo. Salgamos de aquí, chica. Se están preparando los últimos compases de la partida, y tú y yo tenemos algo que hacer antes de unirnos a la fiesta.

Le tendió la mano y ella, tras una leve vacilación, se la estrechó. Aquel cuerpo de

espantapájaros tuvo que esforzarse para ayudarla a levantarse.

Justo cuando Rebeca se erguía se oyó un golpe portentoso, un sonido indescriptible que parecía proceder del exterior y, al mismo tiempo, de dentro de la propia Rebeca. Aquel golpe, mezcla de explosión y trueno, hablaba de mundos que se derrumbaban y cielos que se venían abajo.

—¿Qué ha sido eso?

—Las campanadas del Juicio Final. Ella llega.

—¿Ella?

—La Máquina. La devoradora. Le ha costado años encontrarnos, pero ya está aquí. Ha venido a bajar el telón de esta función ridícula. Ese es su cometido en esta historia: arrasar con todo y con todos. Y supongo que nosotros también tenemos la culpa de eso. Desperté sus iras al robar el dromón.

La joven fulminó al Buitre con la mirada. Por lo visto había otra catástrofe en ciernes. Y pretendía compartir la responsabilidad con ella.

No pensaba consentirlo. Solo había un culpable de aquella locura.

—¿Dónde está el Cerrajero? —preguntó.

—Se ha ido —contestó el Buitre—. El muy cabrón se nos ha adelantado. Pensábamos que aguardaría tu regreso, pero por lo visto se escapó poco después de que salieras en busca de la espoleta. —Suspiró con desgana—. Tanto da. Un destacamento protege la entrada a la Mansión Infinita. Y hay un dragón ciudad muy cerca. No conseguiré entrar.

—¿Estás colaborando con los ikari? —preguntó Rebeca, espantada.

—Puedes llamarlo así si quieres —confesó Riddly (no, Riddly, no: el Buitre. No quería empezar a llamarlo por su antiguo nombre. No mientras le tuviera algo de respeto al muchacho a quien ella conoció)—. No me quedó más alternativa. Me dejaste medio muerto en aquel templo del demonio y te llevaste mi llave. Ellos me rescataron. Me salvaron la vida. Supongo que también estaba escrito.

—¿Los ikari están aquí?

El Buitre asintió.

—Han tomado la casa. Los mercenarios del viejo intentaron evitarlo, pero están todos muertos. Tenían más valor que seso, como la mayoría de los héroes. —Le dio una patada al cuerpo de Estuardo, que respondió con un rebullir de gases—. A este me lo he cargado yo. Te estaba esperando, supongo que con la intención de llevarte con el Cerrajero.

—Mierda. —Rebeca se llevó la mano a la boca—. Si los ikari lo sabían, ¿por qué no lo han impedido? ¿Por qué no han evitado que sucediera?

—¿Evitarlo? ¡No quieren evitarlo! —Rid... el Buitre parecía sorprendido ante semejante idea—. ¡Quieren que suceda! La Mansión Infinita es su última esperanza. Y además, aunque hubieran querido, no habrían podido hacer nada. Iba a suceder porque en el fondo ya ha sucedido. Causa y efecto se hacen indistinguibles, pues ambos somos hijos de la paradoja.

—Querías detenerlo —comprendió ella—. Por eso intentaste matarme. Querías evitar la explosión.

—Así es. Durante años luché contra lo imposible. Intenté evitar el Apocalipsis. Por eso abandoné al Cerrajero, por eso quise comprarte y cuando no lo conseguí intenté matarte... Si estabas fuera de la ecuación no habría Lacre, ni habría estallido ni nacería Colapso. Me negaba a creer que no se pudiera deshacer lo hecho. —Su nuez se movió como un diminuto puño furioso—. Hasta el día en que te maté y volviste a la vida. Entonces comprendí que no me quedaba más remedio que aceptar el destino... Lo que ha sucedido está escrito en piedra, es inamovible.

—Esto es una locura.

—Lo es —admitió—. Y no carente de belleza. Créeme, estoy bastante familiarizado con la demencia. —Se golpeó dos veces en la sien. Tenía una uña rota—. Los zánganos de la Madre Máquina me arrebataron la cordura. Se la llevaron. Y mi mente se plagó de paradojas, acertijos y adivinanzas, de peces que cantaban y pájaros abisales... —Al hablar se pasaba una mano por el cráneo, como si estuviera comprobando su consistencia. Apartó la mirada de Rebeca para contemplar el resplandor plateado del Portal—. Pero por fin se ha cerrado el círculo y los engranajes de mi cerebro han vuelto a ponerse en marcha. La herida se ha cerrado también, aunque no esté curada del todo. Hacía décadas que no pensaba con tanta claridad. Y pensar duele, Rebeca. Yo... —Hizo una pausa—. Basta. Basta de delirios. Tenemos que marcharnos, no nos conviene enfadar a los ikari. No en este punto de la partida. Tenemos algo que hacer, ya te lo he dicho.

Sin más dilación salió de la estancia, usando la escopeta como bastón. Rebeca se lo quedó mirando, aturdida. Por un brevísimo instante, tan etéreo que casi ni existió, había creído ver en él algo del antiguo Riddly. ¿Quedaría algo de lo que había sido, aunque fuese un único átomo, en el interior de aquel espantajo? ¿O ese atisbo fugaz solo había sido una ilusión?

No fue tras él de inmediato. En vez de eso se acercó al Portal, apoyó la mano en el marco y miró más allá. Había un mar de luz detenido, un ciclón de claridad fraguado a base de tempestades.

Cerró la Puerta de un portazo, cogió el fusil pesado de Estuardo, comprobó que estuviera cargado y salió de la habitación.

El Buitre la había tomado con las estanterías. Vacío una balda entera de libros y pasó a la siguiente. Rebeca retrocedió, incapaz de comprender a qué se debía tal frenesí.

—Tiene que estar por aquí —murmuraba—. Pero ¿dónde? ¿¡Dónde!?! ¡No te quedes ahí parada! ¡Ayúdame!

La joven no se movió de donde estaba, aferrada al arma de Estuardo. Por un instante sopesó la idea de matar al Buitre y después matarse ella. Lo dejó correr, aunque no descartó hacerlo más tarde. El hecho de que aquello le pareciera una salida

aceptable se le antojó bastante revelador.

Cuando el Buitre vació la cuarta estantería, uno de los libros de la primera balda no cayó al suelo. Permaneció inclinado en el estante en un ángulo precario. Riddly emitió un gruñido triunfal y tiró del volumen. Una sección de la estantería se abrió con un siseo.

Rebeca fue tras él cuando entró en el pasaje. Era idéntico al que conducía a la habitación de las reliquias, pero mientras que aquel estaba impoluto, en este imperaba la suciedad. La puerta del fondo también estaba protegida por un teclado electrónico. El Buitre lo observó con detenimiento, acariciando los bordes como si contuvieran una pista que pudiera facilitarle la tarea.

Se volvió hacia Rebeca; sus movimientos eran extraños, convulsos, como un insecto al que le estuvieran administrando descargas eléctricas.

—¿Qué código abría la puerta de la otra habitación? ¿Lo sabes?

—Claro que lo sé: H3BXE2 —dijo Rebeca. Su mentor lo había compartido con ella cuando le sustituyó en la estancia vecina—. Pero no creo que funcione. Él no era de los que usaban dos veces la misma contraseña.

—Lo sé, pero seguía siendo un nostálgico. —Sus dedos brincaron como saltamontes por el teclado. Sin embargo, lo único que consiguió fue que el piloto se irritara en un violento bermellón. Con el segundo código tuvo éxito y la luz pasó a verde—. QXE2NF4, claro. El movimiento posterior. —Soltó una carcajada ronca—. Ha llegado la hora de que conozcas a nuestra madre, Rebeca.

Antes de que pudiera abrir la puerta, la joven lo asió del brazo y tiró de él hacia atrás.

—¿De qué estás hablando?

—Tú y yo somos hermanos. Tenemos la misma madre. Y tal vez el mismo padre.

Aquella revelación fue como un golpe en plena cara. Como si la realidad se confabulase para subrayar aquella impresión, de nuevo se oyó aquel portentoso sonido, aquel estruendo brutal. Las paredes vibraron. El polvo se desprendió del techo y el suelo tembló como una bestia a un segundo de saltar.

El Buitre abrió la puerta. Rebeca, aturdida, le soltó el brazo y lo dejó marchar. Se le había secado la garganta y los latidos de su corazón habían adoptado un ritmo extraño. Más lentos de lo acostumbrado, como si se estuviera rindiendo, como si el devenir de los acontecimientos lo estuviera apagando.

El hedor de la nueva habitación era tremendo. Apestaba de igual forma en que apestaba Glozarrax, de igual forma en que hedía el Hombre Muerto...

Rebeca miró hacia atrás. El Buitre se había detenido, indeciso, en el umbral. Había algo dentro de aquella estancia. Algo vivo. Se oía su respiración, un jadeo lento. Rebeca no quería entrar. Aquella sombra le daba más miedo que todo lo que había visto antes.

—¿Mamá? —tanteó el Buitre.

Como si quisiera comprobar el sabor de esa palabra, la repitió, muy bajo; un

murmullo que era, a un mismo tiempo, una oración y la semilla de un grito.

—Soy yo: Riddly.

Dentro estaba oscuro, pero el Buitre golpeó con la culata de su fusil contra el suelo, y una fosforescencia perlada corrió por la empuñadura.

En el corazón de aquel lugar se sentaba un amasijo de carne, una criatura hinchada de casi tres metros de altura. En algún momento debió de haber sido humana, pero esa humanidad había quedado sepultada sobre sí misma. Era un canto a la obesidad mórbida.

Rebeca retrocedió, asqueada, pero Riddly la obligó a entrar. «No, no quiero», pensó ella. Pero no tenía fuerzas para evitarlo.

—Madre —dijo Riddly, con la voz tan quebrada que Rebeca comprendió que se habría echado a llorar de haber podido—. No lo sabía, madre, te juro que no lo sabía... —Se volvió de nuevo hacia Rebeca y la obligó a dar otro paso dentro de aquel horror—. Es mamá. Nuestra madre. Lisa Strongfield...

Lo que había en aquella estancia no era una mujer. Era hembra, eso era indudable, pero no podía ser una mujer.

Era una masa hinchada de carne pálida, plagada de eccemas. Dos piernas enormes, como troncos de árboles, se separaban de un modo grotesco. La abertura entre ellas, maloliente, rezumaba un flujo que formaba un gran charco a medio coagular. Aquel engendro tenía estatuillas incrustadas por todo el cuerpo. Eran cíclopes, decenas de ellos. Daba la impresión de que se los habían clavado en la carne a martillazos. Algunos habían desaparecido absorbidos por las capas de grasa del monstruo. Pero si aquel ser era horrible, el escenario que lo rodeaba le confería una verdadera dimensión de locura al conjunto. Un sinfín de huesos quebrados rodeaban a aquella cosa, y había cuerpos parcialmente devorados aquí y allá. Fetos y bebés a medio roer.

—Lleva años encerrada aquí —dijo el Buitre—. Años pariendo. Años dando luz a monstruos y prodigios. Muchos nacen muertos, y muchos ni siquiera parecen humanos.

Los ojos de Rebeca se pasearon por los despojos. El labio inferior le temblaba.

—El Cerrajero necesitaba saltadores que buscaran reliquias para él —prosiguió Riddly—. Gente a caballo entre los mundos. Pero, sobre todo, te buscaba a ti. La elegida, la niña que completaría el círculo. No fuiste la primera en salir de este infierno, ¿sabes? Hace poco conociste a otro de nuestros hermanos.

—El Hombre Muerto.

El Buitre asintió.

—La voz del tiempo. El Cerrajero intentó usarlo como saltador, pero su primer viaje lo dejó en un estado lamentable. Por lo visto trató de elipsear, pero no es buena idea hacerlo después del derrumbe de realidades. El tránsito lo mató sin matarlo.

—Fue él quien me abrió la puerta a Romegasta —dijo Rebeca. No podía apartar la vista de la mole de carne.

—Ese era uno de sus cometidos, sí. Otro peón más del juego. Los ikari me llevaron a verlo poco después de que me recuperara. El Hombre Muerto me mandó llamar, de igual modo que les dijo dónde encontrarme cuando me abandonaste. Yo todavía no sabía quién era cuando fui a verlo. Él me lo contó. Me dijo lo que el Cerrajero (que no Logan) había hecho con nuestra madre.

La criatura que abarrotaba la estancia fue consciente al fin de que no estaba sola. La cascada de pliegues que era su cabeza se bamboleó en dirección al sonido de la voz. Rebeca tuvo una vislumbre de su boca: dos labios roídos de los que fluyó una larga tira de baba ocre.

La criatura levantó una de sus manos. La piel del antebrazo colgaba como una sábana sucia.

—Dejó de serle útil el día en que naciste —continuó el Buitre, indiferente al interés que había despertado en Lisa—. Pero se negó a darle descanso. La ha mantenido encerrada desde entonces, y ella ha seguido pariendo monstruos. Cuando me encaré con él la otra noche me aseguró que no había tenido valor para matarla, pero me bastó mirarlo para comprender la verdad: decidió mantenerla viva por si podía resultarle útil otra vez. Mírala, Rebeca. Era hermosa, un verdadero ángel... pero él la convirtió en este saco de horrores. Ha sobrevivido durante años alimentándose de los monstruos que ella misma paría.

Se acercó a aquel amasijo de carne y acarició con ternura un muslo varicoso que a él le llegaba más allá de la cintura.

Lisa Strongfield abrió aún más la boca al tiempo que palmeaba torpe e insegura en busca del Buitre. Balanceó la mano en el aire mientras inclinaba su torso hacia Riddly. La boca del monstruo se abrió, y más saliva ocre resbaló de entre sus labios. Lisa estaba hambrienta. Y había alimento a su alcance. Quería devorarlo como había devorado a todos sus hijos desde el día en que Rebeca nació. Dioses fuera de tiempo alimentándose con la carne de sus descendientes.

—Es hora de descansar, mamá —anunció Riddly con la voz tomada—. Hora de apagar la luz y dormir.

No fueron necesarias más palabras. Riddly y Rebeca levantaron sus armas al unísono, apuntaron al mismo lugar y abrieron fuego. Los balazos abrieron una mirada sorprendida en el rostro de Lisa. El monstruo se convulsionó y pataleó. De su boca brotó un sonido inidentificable, una mezcla de súplica y gruñido.

Los hermanos dispararon de nuevo. Y otra vez más.

Y otra.

A Rebeca le costó trabajo no vomitar una vez salieron fuera. Se cubrió los ojos con la palma de la mano y respiró hondo. Una película de sudor frío le cubría la frente.

—Voy a acabar con el Cerrajero, voy a matar a Logan de Noxville —dijo el Buitre. Sonó apático, como si aquella decisión le pareciera intrascendente—. Por lo

que le ha hecho a nuestra madre. Por lo que nos ha hecho a nosotros. Abrió Puertas que no deberían haberse abierto. Buscaba la gloria, llegar más lejos de lo que había llegado nadie, pero nunca se paró a pensar en las consecuencias. Y jamás se arrepintió de nada. Tiene que pagar.

Rebeca contempló a Riddly. Quizá pensaba que asesinando al Cerrajero expiaría parte de su propia culpa.

—¿Y quieres que te ayude?

—Lo que hagas o dejes de hacer es asunto tuyo. Lo único que quiero es que tengas claras mis intenciones y que no te sorprendas cuando ocurra. Fue tu mentor durante años.

—El tuyo también.

—Fue mucho más que eso. Pero no evitará que acabe con él.

Se habían alejado de la segunda estancia, pero el hedor del lugar se le había metido a Rebeca dentro. Tuvo la sensación de que por mucho que viviera, jamás podría librarse de aquella peste.

—¿Eso es lo que vamos a hacer ahora? —le preguntó a Riddly—. ¿Buscarlo para que puedas... podamos vengarnos?

—No hace falta que lo busque. Sé perfectamente adonde se dirige. Al mismo lugar adonde vamos a ir nosotros, la Mansión Infinita. Allí comenzó todo y ahí terminará.

—He tenido un día atroz —le dijo ella al tiempo que apoyaba la espalda contra una estantería—. Así que, por favor, déjate de acertijos y háblame claro.

—La Mansión en sí misma es un enorme Portal —le explicó—. Es el Hysmon, el enigma supremo que los aperimantes han querido resolver desde el principio de los tiempos. Y teníamos al muy cabrón oculto delante de nuestras narices. Vi su reflejo en la realidad donde conseguí el dromón: allí tomaba la forma de una Multipuerta con el Hysmon cerrado a cal y canto en su centro. Cuando comprendimos que ese Portal múltiple era la sombra de la Mansión en el plano de la Madre Máquina, todo quedó claro.

»Cada una de las Puertas secundarias de la Mansión Infinita era una cerradura que formaba parte del sistema de seguridad del Hysmon. Cada Puerta que los aperimantes abríamos era un candado que saltaba por los aires. Con cada acertijo que resolvíamos estábamos más cerca de abrir esa Puerta definitiva. Cuando el Lacre estalló, todas las Puertas que quedaban cerradas se abrieron al mismo tiempo. Pero el Hysmon no lo hizo. ¿Por qué? Porque la Circularidad manda. El Hysmon solo se abriría cuando el círculo se cierre. Y se cierra hoy.

—¿Adonde lleva? —quiso saber Rebeca.

El Buitre se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Y en el fondo, tanto da. Lo que hay tras las Puertas nunca ha sido lo verdaderamente importante; lo crucial es el acto de traspasarlas, lo que nos define y da sentido. El Cerrajero quiere abrirla, y una vez lo consiga escapará por

ella. Lo que el muy necio no sabe es que no podrá hacerlo solo. Hay algo con lo que no cuenta, un detalle que nuestro hermano muerto me reveló el día en' que lo visité: el círculo solo estará completo de verdad cuando tú y yo hayamos regresado a la Mansión Infinita. Y eso es lo que vamos a hacer, hermana. Iremos allí, mataré al Cerrajero, abriremos el Hysmon y cruzaremos al otro lado mientras este mundo termina. ¿No te parece un final hermoso?

Sin esperar respuesta, señaló con un gesto dramático hacia las escaleras. Ella se apartó de la estantería. Sopesó de nuevo la posibilidad de matarlo y matarse ella, más en serio esta vez. Había recuperado el libre albedrío. La parte programada del cuento había terminado ya, por fin era libre. Sus movimientos habían dejado de estar predeterminados por sucesos anteriores a estos.

Hizo una mueca. ¿A quién pretendía engañar?

—Vamos —decidió Rebeca—. Acabemos de una maldita vez con esto.

Se toparon con los primeros ikari dos plantas más arriba. Había cuatro, con sus armaduras de filigrana y las armas a la espalda. Estaban estudiando un montón de libros sobre una de las mesas. Uno de ellos había extendido un enorme mapa donde aparecían decenas de Tierras Alternas.

Sus ojos diminutos, negros, quedaron fijos en ella. Para Rebeca aquellas criaturas habían sido siempre el enemigo, la aberración a combatir, y se encontraban en un lugar que hasta hacía muy poco había considerado su santuario. Verlos allí supuso un nuevo golpe. La sensación de que el destino se había cumplido y de que llegaba el fin de su historia era tan avasalladora que le costaba pensar. Y esa sensación se confirmó más si cabía en la planta inmediatamente superior a aquella. Allí se encontró con Muro.

Estaba sentado en la silla del Cerrajero, con las piernas cercenadas a medio muslo.

—No han sido ellos —dijo Riddly, a su lado—. Ya estaba así cuando lo encontramos.

—¿Qué?

—El Cerrajero necesitaba piernas. Y se las quitó a él.

Tras la silla había otra puerta secreta, camuflada entre estanterías. El pasaje al que se abría se prolongaba más allá de la vista. Por lo visto, el Cerrajero había utilizado aquella salida para escapar del burdel... ¿caminando sobre extremidades robadas?

Rebeca contempló el cuerpo sin vida del mercenario. Lo había considerado un amigo desde su llegada al burdel, alguien en quien confiar. Alguien que haría lo imposible por protegerla. Tampoco se había engañado al respecto: la lealtad de aquel hombre siempre tuvo un precio, pero, como bien le aseguró Muro en una ocasión, «el viejo me paga lo suficiente como para no tener necesidad de considerar otras ofertas. Además tengo carta blanca para follarme a quien quiera aquí. No, tú no estás incluida

en el trato, loca del demonio».

Rebeca siempre había sabido que Muro tendría una muerte violenta, era algo irremediable siendo quien era y viviendo en el mundo en que vivían. Pero siempre pensó que sería culpa de algún ikari. Ni por asomo esperó que fuera el Cerrajero quien lo matara. El corte en las piernas era limpio, justo a la misma altura a la que nacían los muñones del anciano. ¿Había sido siempre ese el final que el Cerrajero había tenido previsto para Muro?

Rebeca le cerró los ojos y murmuró una corta oración. No rezó a ningún dios concreto, fue una despedida y al mismo tiempo una muestra de agradecimiento. Luego se irguió y echó a andar hacia la escalera.

El Buitre iba tras ella. No se quedaba rezagado, a pesar de su cojera, aunque a veces no le quedaba más remedio que ayudarse de los cordajes que el Cerrajero había dispuesto por toda la biblioteca. A Riddly parecía animarlo una energía que poco tenía que ver con el aspecto demacrado de su cuerpo.

Había más ikari en las plantas superiores. Mientras unos estudiaban los libros, otros andaban a la búsqueda de nuevas cámaras. Rebeca avanzaba entre ellos, tensa. Empuñó el fusil con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Aquellos monstruos habían habitado desde siempre en sus pesadillas. Eran unos genocidas, unos psicópatas que escapaban a cualquier tipo de catalogación racional. Y ahora ellos la miraban con reverencia. Sabían quién era. Sabían lo que acababa de hacer al otro lado del Portal, al otro lado del tiempo.

De cuando en cuando se seguía oyendo aquel sonido atronador que convulsionaba la realidad. A medida que se acercaban a la superficie, los efectos de aquellos golpes eran más notables. En una ocasión, el Buitre perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Rebeca tuvo los reflejos de sujetarlo e impedir que rodara escalera abajo. Dos plantas después comenzó a oírse un nuevo sonido procedente del exterior. Era una suerte de soniquete continuo, un ruido de engranajes que rodaban sobre engranajes.

Rebeca había escuchado aquel sonido antes. En Romegasta.

Había otros tres guerreros en la primera planta. Uno de ellos era el ikari más grande que Rebeca hubiera visto nunca, de igual modo que jamás había visto un diseño tan intrincado y hermoso de escamas diamantinas. Por un instante pensó que bien podría tratarse del nuevo síndico de Amalgama.

Se equivocaba.

—Rebeca, te presento a Zurán, el Protector de Colapso.

Aquel ikari era la máxima autoridad de aquel mundo, quien había regido con mano férrea el destino de sus habitantes durante los últimos cincuenta años. La criatura que había sofocado las revueltas de Oriente, la ciudad gemela de Amalgama en el hemisferio austral, por el expeditivo método de exterminar a toda la población. La que había ideado los campos de desmembramiento y le había impuesto a la ciudad de Golán el tributo de carne: la exigencia de matar a un miembro de la familia, seleccionado por ellos mismos, cada cinco años.

Rebeca le dedicó una mirada rabiosa que él no tuvo ningún problema en desdeñar. Aquel monstruo era el heredero directo de Kron el Apóstata, el mítico comandante de legiones muerto en los tiempos de Logan.

—No es seguro salir todavía —les dijo mientras hacía un gesto en dirección al patio. El ikari tenía una voz severa, con una ligera reverberación—. Hay rebeldes apostados en los edificios. Están atacando nuestra posición. Pero no tardaremos en asegurar el perímetro desde el aire. Entonces nos pondremos en marcha.

Rebeca interrogó con la mirada a Riddly.

—Hay revueltas por toda Amalgama —le explicó—. La ciudad ha aprovechado la llegada de la Madre Máquina para alzarse en armas.

—La estupidez de los vuestros es ilimitada —gruñó Zurán—. La muerte que viene del cielo nos alcanzará a todos por igual. Atacarnos ahora no tiene lógica.

—Seguro que tú no se la encuentras —siseó Rebeca—. Aunque estemos a las puertas del Apocalipsis siempre será un placer acabar con vosotros.

—Os dejáis gobernar por sentimientos imperfectos. Odio, amor, furia, nostalgia... Bah. Todo eso os hace débiles. Es lo que os derrota.

Sobre el ruido continuo de maquinaria mal engrasada se oían detonaciones próximas. Había un tiroteo allí fuera.

—¿Sabes quiénes están tras la revuelta? ¿Quiénes han estado financiando y armando en secreto a milicias de las que nadie ha oído hablar? —Riddly no esperó a que Rebeca respondiera—. Los coleccionistas de reliquias. Los excéntricos amiguitos del Cerrajero. No puedo asegurarlo a ciencia cierta, pero diría que esto es también una maniobra suya. Creo que preparaba una distracción para el momento en que fuera a ponerse en marcha. Sospecho que la llegada de la Madre Máquina también lo ha cogido a él por sorpresa. Ya no hay guión, Rebeca. Ha llegado la hora de improvisar.

Se produjo otra explosión hecha de sonido y cinética. Asfixiada, Rebeca retrocedió dos pasos, a toda prisa. El eco de aquel fenómeno le recorrió todo el cuerpo, se transmitió al esqueleto y a los órganos internos, y le hundió los dedos filamentosos en el cerebro hasta acalambrear todas sus neuronas. Se oyó, lejano, un estrépito de edificios que se venían abajo.

Una vez pasó el estruendo, la joven se encaminó a la puerta. Necesitaba ver qué estaba sucediendo fuera.

—¡No! —exclamó el ikari al tiempo que le cortaba el paso. Había verdadera preocupación en su voz, como si de repente fuera víctima de los sentimientos imperfectos que según su criterio tanto debilitaban a Rebeca—. Es demasiado arriesgado salir ahora, humana. Aguarda hasta que aseguremos la zona, y entonces saldremos todos juntos.

Fue entonces, en ese preciso momento, cuando Rebeca comprendió la importancia que el Portal de la Mansión Infinita tenía para los ikari. Y, por ende, la suya propia.

Acto seguido alzó el arma y se colocó el cañón bajo la barbilla.

—Apártate de mi camino o me mato ahora mismo —le advirtió. Los ojos del ikari centellearon. Valoraba si iba de farol. Rebeca miró de reojo al Buitre, quien observaba su maniobra con una media sonrisa—. La Mansión Infinita no es solo nuestra vía de escape, ¿verdad? También es la de estas bestias. Por eso nos necesitan vivos. Sin nosotros no se abrirá.

—Chica lista —contestó el Buitre—. Ahí fuera hay un dragón ciudad cargado con la flor y nata de la civilización ikari. Sus altos aristócratas, sus políticos más corruptos, sus artistas excéntricos, sus hembras de cría y sus damas de placer, sus tecnócratas, torturadores y hechiceros... Más de trescientos mil demonios aguardan a que el Portal se active para huir de esta realidad condenada. Tú y yo somos su plan de fuga.

—Apártate de mi camino —le ordenó Rebeca al Protector de Colapso mientras comenzaba a hacer presión en el gatillo. No iba de farol. En aquel momento le daba lo mismo estar viva o muerta. Lo único que quería era llevar las riendas de su destino.

Zurán se hizo a un lado. Rebeca sonrió ante aquella mínima victoria, abrió la puerta y salió de allí.

La recibió un aguacero frío, una tormenta tan llena de electricidad que cada gota le soltaba una pequeña descarga.

En el patio esperaba una veintena de ikari, parapetados tras barriles dispersos y el cadáver de uno de los bueyes, que hacía las veces de barricada. Disparaban contra los edificios vecinos, desde donde les devolvían el fuego sin contemplaciones. Varios pterodáctilos blindados hostigaban a los tiradores desde el aire. Pero lo más importante, lo avasallador, estaba en el cielo. Allí había miles de ikari, decenas de legiones completas que se congregaban en las alturas. El despliegue era impresionante. Montaban en mantícoras, en cópteros acorazados y en bajeles aéreos de todas las formas, tamaños y pelajes. Rebeca no había visto tantos de ellos juntos. Los tres dragones ciudad también estaban allí; uno, el blanco, proyectaba su sombra sobre media Amalgama desde kilómetros de altura. Los otros dos volaban todavía más alto.

La Madre Máquina estaba al otro lado de la bóveda celeste, como si esta no fuera más que una vidriera coloreada, un ventanal que, además, se iba cayendo a pedazos. Las huestes ikari la atacaban sin cesar. Pero, a pesar de su superioridad numérica, poco podían hacer por contenerla, de igual modo que un enjambre de abejas furiosas poco podría hacer por defenderse de un huracán. Nubes de criaturas metálicas y vibrantes (los zánganos de la Máquina) se enfrentaban a los ikari, tormentas de acero que se abatían sobre los conquistadores.

Varias prolongaciones de aquel coloso planetario se habían abierto paso en la realidad de Colapso: eran ramas descomunales, extremidades arbóreas que parecían tejidas a base de mutilar fractales. La Madre Máquina no era orgánica, y a pesar de lo que hacía indicar su nombre, tampoco era un ingenio mecánico. Más bien se trataba de algo a caballo entre carne y tecnología, un engendro que respondía a leyes que no

tenían nada que ver con las que regían el universo conocido.

Rebeca divisó los garfios que los ikari habían hundido en el cielo durante los últimos días. De ellos emergía una intrincada malla energética que parecía concebida para frenar los avances del monstruo. Por desgracia, no daba la impresión de que la red pudiera aguantar mucho. En algunos puntos colgaba hecha jirones, despedazada por las embestidas de aquella criatura titánica.

Ella había dado por sentado que los ikari habían estado preparando una invasión, cuando en realidad se habían estado preparando para combatir al devorador de mundos.

Pero no había nada que hacer contra aquel demonio. El *Deus Ex Magia* no tenía ni principio ni fin. No había contorno que lo definiera. Lo era todo al otro lado de la bóveda celeste, un segundo cielo tras el cielo.

«Y solo estoy viendo una pequeña porción de ella», comprendió Rebeca. «Eso de ahí arriba solo es una diminuta parte de ese espanto.»

Se la imaginó infinita, eterna, encajonada en los resquicios que quedan entre los mundos, aplastada por la membrana mitocondrial de los universos. ¿Cuántas Tierras Alternas estaban siendo atacadas en aquel mismo instante? La lluvia que caía del cielo no era lluvia, era realidad derretida, fundida... La creación estaba herida de muerte y lo que se precipitaba desde las alturas era su icor.

El dios que moraba en las alturas arremetió de nuevo contra el mundo. Una de sus prolongaciones arbóreas se abalanzó sobre la cúpula celeste y la golpeó desde el otro lado, como una mano que llamara a una puerta inconcebible. La onda expansiva del impacto hizo que los ikari de aquel sector salieran despedidos como si un gigante acabara de soplar sobre ellos. Muchos jinetes se precipitaron al vacío al caer de sus monturas.

La misma Rebeca sintió que estaba a punto de desintegrarse, tuvo la impresión de que hasta la última célula que le daba forma iba a desprenderse de su cuerpo. Un relámpago destelló en fuego blanco allí donde el ser había golpeado. Acto seguido, una enorme porción de la noche se vino abajo.

—La Madre Máquina —murmuró Rebeca.

—El enemigo —le confirmó Riddly. La había seguido fuera, indiferente al peligro. Una bala impactó a escasos centímetros del pie de Rebeca. Ni se inmutaron—. El aniquilador de mundos. Mi padre lo llamaba el *Deus Ex Magia*. —Alzó la cara para recibir en pleno rostro aquella lluvia de realidad licuada; en una gota negra iba prendido el reflejo de una estrella—. Pero en eso también se equivocaba. Esa cosa no es el dios de esta historia, solo es un actor secundario más, otro figurante. Los verdaderos dioses somos nosotros, hermana. Somos quienes le hemos dado forma con nuestras acciones al mismo tiempo que la historia nos daba forma a nosotros. Somos demiurgos más allá del tiempo y el espacio. Rebeca, Rebeca, Rebeca..., ¿qué panteón maravilloso habríamos sido capaces de engendrar tú y yo si mis sueños románticos se hubieran cumplido? Nuestros hijos habrían sido increíbles, querida

hermana. Habrían sido prodigios.

Varios ikari salieron del burdel y cerraron filas alrededor de ambos. Los escudaron con sus propios cuerpos mientras abrían fuego sobre los edificios. Zurán estaba entre ellos. El Protector apuntó con un cañón de madera tallada a una de las ventanas desde las que los tiroteaban y apretó el gatillo. El proyectil salvó la distancia en un suspiro y voló en pedazos la ventana, la fachada y al francotirador.

El combate se recrudeció cuando dos cópteros y otros tres dragones se unieron a la lucha. Uno de ellos escupía vomitonas de fuego. La materia no ardía al entrar en contacto con él, sino que se limitaba a fundirse. El cielo se llenó de alas y hélices. Y más allá, la locura: los ejércitos ikari y la Madre Máquina y sus zánganos, masacrándolos mientras destrozaban el cielo.

—¡Vamos! —ordenó Zurán, y señaló los corrales.

Rebeca y el Buitre atravesaron el patio a la carrera. Zurán iba en cabeza. Dio una voz y alguien abrió el portón del corral. Allí dentro había dos dragones de transporte, ambos convenientemente pertrechados y dispuestos para partir de inmediato. Uno era de un verde idéntico al de Ágata, hasta sus ojos eran del mismo amarillo luminoso; el otro era color pizarra. La joven se encaminó hacia el primero de manera instintiva. En los arneses de las dos bestias había largas bancadas de madera, con rudimentarios apoyapiés.

Rebeca se sentó cerca del cuello del dragón. Riddly se acomodó a su lado. Un ikari les ajustó las cinchas de seguridad antes de sentarse él también. Otros siete tomaron asiento en el arnés del animal. El último en hacerlo fue Zurán, en el extremo más cercano a la cola.

—¡Arriba! —El Protector de Colapso dio una fuerte palmada a la armadura del monstruo—. ¡Vámonos!

El dragón respondió a su orden con un brusco encogerse de alas. Avanzó hacia el patio en una lenta carrera, con su cuello curvándose a izquierda y derecha. Una vez fuera, extendió las alas con una sacudida que sonó a trueno de trapo. Nadie les disparó esta vez: bastante tenían los rebeldes con repeler el ataque masivo que estaban sufriendo.

Rebeca se aferró al fusil de Estuardo mientras veía alejarse el burdel. El viento le desordenó el cabello. Le dolían todas las articulaciones y las encías le ardían, como si se hubiera abierto camino a mordiscos a través de aquella historia disparatada.

Tras el dragón verde volaba el gris, repleto de guerreros. Y junto a ellos, dándoles escolta, tres cópteros blindados. Dejaban a su paso círculos perfectos de magia de impulso.

—¿Dónde están las ruinas de la Mansión Infinita? —le preguntó Rebeca al Buitre.

—Te vas a reír: bajo la cripta de la Catedral de la Desesperanza. —Su respuesta no le sorprendió demasiado—. Ese fue uno de los motivos por los que Logan te mandó con las monjas. La proximidad de la casa sirvió para refinar tu esencia.

Rebeca recordó la puerta que había encontrado el día en que jugaba al escondite con sus amigas, la Puerta que no estaba allí, y las dos arcadas del otro lado: una conducía al verdor y la casa encalada, y la otra a la pirámide invertida. Recordó la sensación de ahogo que la embargaba siempre que intentaba descender a las criptas.

Ahora comprendía el motivo. Su destino la aguardaba allí abajo.

La comitiva se adentró bajo la sombra del dragón ciudad blanco. Rebeca se preguntó si los próceres de la civilización ikari viajaban en ese. Probablemente. El hecho de ser el más alejado de la Madre Máquina parecía confirmarlo. Pero que mediara una gran distancia entre aquel monstruo y el dragón no implicaba que estuviera a salvo, como no tardaron en comprobar. De pronto, las kilométricas alas del monstruo sacudieron el aire en lo que tenía todo el aspecto de una rápida maniobra de evasión.

Todos miraron hacia las alturas. En aquel momento, lo único que se alcanzaba a ver era la armadura ventral del dragón ciudad, sus patas replegadas que terminaban en zarpas, las piezas de artillería de sus flancos y los silos y almacenes que se repartían por la parte baja de su coraza.

La bestia blanca descendió con brusquedad, con excesiva rapidez. No fue un movimiento natural. Algo la estaba empujando desde arriba. El piloto de su propia montura se distrajo mirando arriba, y el transporte dio una sacudida, un estremecimiento gemelo del de su hermano mayor.

Un sector de la coraza del dragón blanco se agrietó y vibró. A continuación, su armadura se quebró, se hizo añicos y una rama de la Madre Máquina la atravesó. La extremidad emergió del cuerpo de la bestia, bañada en retales de vísceras y nubes de polvo y cristal desmenuzados. Varios edificios se precipitaron hacia la ciudad de abajo, una lluvia meteórica escoltada por espirales de sangre. Allí arriba se oía el incesante sonido de artillería, sumado al constante repicar que producía la Madre Máquina. Otra extremidad ramificada emergió del cuerpo del dragón, amputó una de las patas y produjo una nueva explosión de edificios y hueso.

Durante un largo minuto el dragón permaneció colgado de las alturas, empalado en las prolongaciones del devorador de realidades, mientras los cópteros volaban por debajo de su vientre lacerado. Hasta que, de pronto, las dos extremidades se retiraron a la par. El ruido de engranajes se volvió insoportable, aunque ahora venía acompañado de cierto matiz carnoso.

Los ikari contemplaban aquella debacle, inexpresivos. Riddly fue el primero en reaccionar. Gritó y su voz se impuso al estruendo de aquel infierno:

—¡Va a caer! —le chilló al piloto de la otra montura—. ¡Apártate de su trayectoria o se nos llevará por delante!

El dragón caía. Caía sobre Amalgama. Un monstruo desproporcionado cuya envergadura se medía en kilómetros y su peso en millones de toneladas. El transporte varió su rumbo en un intento desesperado por escapar de la mole ruinosa. El bramido de agonía de la bestia ocultó el repiqueteo de la Madre Máquina, y el sonido de los

cañones que trataban de defender lo indefendible.

Muchos ikari se precipitaron al vacío desde el dragón entre cascotes y pedazos de armadura, convertidos en una lluvia vociferante. La coraza se deshacía, y las fortalezas también. La bestia, herida de muerte, bramó otra vez, agitó las alas y consiguió frenar la caída, pero solo fue un espejismo: apenas unos segundos después siguió con su picado suicida. Las alas, ya inútiles, se retorcían en el aire.

El cielo era rojo y blanco, el cielo estaba hecho de carne y sangre. El cielo se venía abajo.

Rebeca tuvo un atisbo de la multitud que abarrotaba Amalgama: corrían aterrados, atropellándose unos a otros mientras intentaban ponerse a salvo. Pero no había manera de huir del espanto que se les venía encima.

El pequeño dragón que montaban escapó de la sombra del monstruo y lo dejó atrás. Rebeca se volvió en la bancada para ver lo que estaba a punto de ocurrir.

Desde su posición fue una testigo privilegiada del momento en que el dragón ciudad impactó contra Amalgama. Fue demoledor. Rebeca vio cómo barriadas enteras quedaron aplastadas bajo el monstruo, entre ellas la plaza del Vicario y el burdel que había sido su hogar. Los barrios situados en la periferia del choque saltaron por los aires como construcciones de juguete, castillos de arena arrasados por un *tsunami*. Una intensa polvareda se irradió alrededor de la zona del impacto, una ola de humo gris que se extendió hacia delante ocultando los edificios y a la gente que huía.

El transporte de Rebeca salió despedido, arrastrado por las ventoleras que había provocado la caída de su hermano. Todo giraba entre remolinos de confusión. Las cinchas de seguridad de un ikari cedieron, y él se precipitó al vacío. El segundo dragón de transporte, el gris, impactó de lleno contra una torre. Lo último que vio Rebeca de él fue que se quedó clavado en su fachada como un adorno.

El dragón blanco todavía no estaba muerto. Su ala derecha permaneció alzada, la bandera blanca de una realidad que pedía cuartel. La izquierda había quedado plana en el suelo, atravesada en algunos puntos por los edificios que habían sobrevivido. El dragón movió esa ala con una energía impropia de su estado, como si contemplara la estúpida idea de incorporarse. Arrancó de sus cimientos los edificios clavados a la membrana, y fue derrumbando todo aquello que encontró en su desplazar ciego.

Uno de los edificios arrancados fue la Catedral de la Desesperanza. Rebeca contempló cómo las torres se desplomaban, cómo el frontal caía barrido por el ala del dragón moribundo. Había cientos de ikari en las inmediaciones. Huyeron en desbandada, olvidada ya toda marcialidad. Rebeca los vio desaparecer entre el polvo y las ruinas, arrastrados también por las convulsiones.

La joven cerró los ojos. Necesitaba un instante de tregua. Pero no había espacio para la calma. El dragón de transporte corcoveó, dio unas sacudidas hacia la derecha y, a continuación, otras hacia la izquierda. Desde una torre cercana habían abierto fuego contra ellos. Rebeca vislumbró dos siluetas acucilladas junto a una

ametralladora de medio calibre. Las balas trazaron un camino en el costado del dragón, perforaron la coraza aunque no llegaron a herir de gravedad al animal. Algunos ikari no tuvieron tanta suerte: los proyectiles los atravesaron y se sacudieron como peleles.

El Buitre se aferró con una mano a las cintas de seguridad mientras se llevaba la otra al costado izquierdo, allí donde un proyectil lo había alcanzado. Una segunda bala le acertó en la cara. Se convulsionó y cayó hacia delante contra las cintas. Un momento después, contra todo pronóstico, se incorporó. El segundo disparo había impactado justo en el centro del ojo derecho; el proyectil, enorme, había quedado clavado en la madera. El Buitre se arrancó el ojo de la órbita y lo lanzó al vacío.

—¿Acaso creías que íbamos a salir indemnes de esto, querida hermana? —le preguntó a Rebeca, resoplando por el dolor.

—Espero que no. Y no me llames «querida». Ni «hermana».

El dragón, con los cadáveres de los ikari colgando a su flanco, volaba sin control. Fue el azar lo que los apartó de la torre y de los tiradores. Rebeca se soltó las cinchas de seguridad, trepó al puesto del piloto, arrojó su cadáver al vacío y tiró con fuerza de las riendas.

El movimiento se tradujo en una caída que los puso rumbo a lo que quedaba de la Catedral de la Desesperanza.

Rumbo al final del cuento.

La última puerta

La joven condujo a trompicones al dragón hacia abajo, en espirales erráticas que en más de una ocasión estuvieron a punto de terminar en desastre. Aquello no era como maniobrar con Ágata.

El aterrizaje fue tan brusco que Rebeca tardó unos segundos en darse cuenta de que seguían vivos.

Estaban en un sótano, un hueco en un amasijo de escombros que se sostenía en pie porque aún no se había dado cuenta de que tenía que derrumbarse. La ola de destrucción había sido tan violenta que la propia arquitectura de la Catedral se había quedado en estado de shock, incapaz de reparar en que ya no había física que la sostuviera.

—Por aquí —les indicó Zurán, el único ikari que había sobrevivido, al tiempo que agarraba un enorme lanzapicas. Lo sostuvo con ambas manos mientras una araña sensitiva a la magia se colocaba como un parche sobre su ojo derecho. A través de los fluidos arcano-sensibles de su opistosoma, el ikari contemplaría la realidad en una forma mejorada y aumentada.

Rebeca sostuvo a Riddly con un brazo mientras empuñaba el fusil pesado de Estuardo en la otra mano, y apoyaba la culata en la cadera para descargar el peso del arma.

Su hermano (todavía le costaba admitir semejante disparate) tenía mal aspecto. La herida del vientre era bastante profunda, y la sangre que manaba de ella, más negra que roja, como si la bala hubiese roto algún órgano vital.

Sin embargo, el Buitre no se dio por vencido. Tenía que seguir adelante. No quedaba otro remedio. Los dos debían regresar al lugar del crimen, al edificio ruinoso donde Rebeca (unas horas antes) y Riddly (más de doscientos años atrás) habían sellado sus destinos. Sin otra alternativa, se internaron los tres en los laberintos subterráneos de la Mansión Infinita. Riddly usaba a Rebeca como muleta y avanzaba paso a paso, derrame a derrame.

Zurán iba delante, abriendo paso. Sostenía su barroca arma ikari en horizontal como una lanza; un destello luminoso en la punta hacía las veces de linterna. Los humanos lo seguían de cerca. Rebeca resopló de cansancio al cargar a su hermano por pasillos abovedados y túneles sin fin, pero aún podía sacar fuerzas de la flaqueza. Aún podía acabar aquel cuento.

—Alto —ordenó el carnicero ikari. Los tres se detuvieron al instante.

Zurán hizo unos aspavientos por encima de su cabeza, como si espantara moscas. Pero allí no había nada; al menos, nada que unos ojos normales pudieran apreciar. Se colocó bien el parche-araña sobre la cuenca del ojo y se agachó, esquivando la cosa

invisible, fuera esta lo que fuese.

—Agachaos donde lo haga yo. —Y aclaró—: Sortilegios de alarma.

Siguió adelante esquivando hilos invisibles hasta llegar a una doble bóveda donde la linterna no era necesaria. Una tenue luminosidad semilíquida manaba de las paredes, como si la supurase el propio entorno. El recinto era grande y redondo, con un suelo irregular situado varios metros más abajo que la desembocadura del túnel. Las paredes estaban cubiertas por jeroglíficos que no contaban ninguna historia, pues se guardaban su lógica para sí mismos.

Pero eso no era lo más impresionante.

Lo que realmente les hizo contener el aliento era lo que había en el centro de la sala, justo bajo el luneto de la bóveda inferior: una herida en la realidad por la que entraba un chorro de luz que no iluminaba, porque en lugar de rebotar contra los objetos y hacerlos suyos, los esquivaba en flujos líquidos, curvándose hasta suprimirse a sí misma. Esa herida, esa Puerta, estaba abierta a otra realidad y a otro tiempo.

El Hysmon se había abierto al fin. Y había gente custodiándolo. Si es que a aquellas cosas se las podía llamar gente.

Riddly exhaló un gemido al reconocerlos. Eran zánganos de la Madre Máquina, los entes fractales que habían estado a punto de liquidarlo cuando visitó las entrañas de la Máquina. Eran al menos diez, y estaban colocados en círculo alrededor de la Puerta. Esperando a que ocurriera algo.

—Miiiiiiiierda —susurró el Buitre, mientras se recostaba contra la pared del túnel. Aún no los habían visto, estaban demasiado atentos a la Puerta como para prestar atención a nada más. Pero Riddly estaba seguro de que se activarían en cuanto entrasen en la sala. Y eso sería el fin. No había forma más horrible de morir que cuando te mataban aquellas cosas, acuchillándote desde cien posibilidades a la vez.

—¿Por qué están aquí? —susurró Rebeca.

—Son guardianes de la Máquina. Me juego lo que sea a que los ha mandado aquí a custodiar la Puerta hasta que ella, o una extensión remota de ella, nos alcance. Hay que liquidarlos —decidió Riddly, y miró las armas de sus compañeros como si les pasara a estos la responsabilidad—. Yo estoy demasiado débil para luchar, pero vosotros podéis conseguirlo. Bajad ahí y abridles el culo.

—Qué fácil suena al decirlo —rezongó Rebeca—. Desde luego, eres un experto en...

—¡VAMOS, YA! —gritó Riddly a pleno pulmón. Acababa de desatar la pelea, hicieran lo que hiciesen los demás. Ya no podían seguir escondidos. No les quedaba más remedio que bajar y enfrentarse cara a cara al enemigo.

Rebeca le lanzó una mirada furiosa, pero no tuvo tiempo de más, porque los diez zánganos se habían activado y estaban marchando en procesión hacia ellos. Eran objetivos poco claros, puesto que al entrar en modo defensivo permutaban de estado en estado, cambiando versiones de sí mismos a una velocidad cegadora. El efecto

resultante era una vibración translúcida, como de niebla de verano, que difuminaba sus cuerpos y hacía doloroso mirarlos.

Al líder ikari no le importó. Esas malditas cosas eran el enemigo, y él solo conocía una forma de tratar al enemigo: triturándolo. Poniéndose en pie, con su cuerpo ocupando prácticamente toda la desembocadura del túnel, abrió fuego con su larga ametralladora lanzapicas. El artefacto combinaba varias ballestas mágicas con detonadores de pólvora común, todo ello detonando al mismo tiempo, mezclando reacciones químicas con arcanas y sortilegios con cinética.

De la parte frontal de su arma surgió un destello de magia en combustión de un metro de largo, y se dispararon centenares de proyectiles híbridos contra los diez blancos. Estos empezaron a explotar, pedazos enteros de su improbable anatomía lanzados por los aires. Pero no todos perecieron: al menos seis de ellos lograron reaccionar a la lluvia letal y entraron en fase rápida, corriendo por las paredes y acercándose al ikari.

Al primero que llegó lo despachó Rebeca. La joven saltó fuera del túnel, encañonó al engendro y lo voló en pedazos. La bala lenta de fusil explosionó e hizo estallar cada una de las realidades posibles del ente, destrozándolas sin piedad una detrás de otra. Al caer al suelo, Rebeca rodó para no hacerse daño y disparó en ráfaga. Segó por la mitad al zángano que había llegado para relevar al caído.

Riddly lo contempló todo desde arriba, desde la relativa (aunque falsa) seguridad del túnel. Y sonrió. Su hermana estaba haciéndolo bien, muy bien. Y el carnicero ikari no se defendía mal. Era posible, quizá, si se atrevían a rezar y confiar un poquito en sus escasísimas posibilidades, que aquella escaramuza acabara bien.

Lentamente, el Buitre se arrastró pared abajo. Dejaba un reguero de sangre a su espalda, rumbo a la Puerta. A su alrededor sucedían cosas, se desataban el caos, la furia, cien tempestades sin nombre, pero no les prestaba atención. Con un poco de suerte, o mucha, los acontecimientos tampoco le harían caso a él: un tuerto que se arrastraba en busca de un lugar donde morir. Rebeca proseguía con la matanza. Ahora empuñaba también su vieja pistola, disparando a dos manos, desatando toda la rabia que había acumulado desde que las fuerzas que manipulaban su destino se habían hecho visibles. Todas las máscaras habían caído, y Rebeca, la joven, bella y dulce Rebeca, la niña que montó dragones, necesitaba arder por dentro para que una nueva Rebeca surgiera de la combustión. Menos feliz, tal vez, pero más sabia. Y más furiosa.

La joven no luchaba sola. Lo hacía en connivencia con Zurán, aunque los separaran más de diez metros. Era como combatir espalda contra espalda con un compañero que no estaba físicamente allí, solo sus ráfagas, su potencial destructivo, que se abría paso como una guadaña a través de la habitación. Sin embargo, hubo un momento en que las tornas del combate cambiaron: un instante terrible y crucial en el que el arma de Zurán se quedó sin munición, sin cartuchos de pólvora ni píldoras de sortilegios que consumir, y su arma se silenció.

Los zánganos que quedaban enteros, solo tres, no desperdiciaron la ocasión. Uno de ellos cargó contra Rebeca. Las fauces del monstruo destrozaron el cañón del fusil, pero no pudieron hacer nada con el revólver de la joven ni contra los cinco disparos que le descerrajó en plena frente. Peor suerte corrió el ikari con los dos zánganos que se lanzaron sobre él sin darle tiempo a recargar o a usar un arma distinta: el resultado fue demasiado atroz como para describirlo.

Riddly no le hizo el menor caso. No miró atrás cuando el ikari cayó al suelo, reducido a un amasijo de órganos triturados. No miró atrás cuando Rebeca, rota la concentración por el chillido de agonía de Zurán, resbaló y quedó con la defensa abierta, el pecho expuesto a los filos del enemigo.

Para Riddly no existía nada en aquel momento salvo el Hysmon. Era una herida, en efecto, un rasguño en la fábrica de lo real por el que sangraba luz de otros días, aire de otro tiempo, calor de otros combates.

Entonces se levantó, gimiendo de dolor, incorporándose lo justo como para mirar al otro lado. Para ver lo que había más allá.

Soltó un escuálido hipido de sorpresa.

La silueta de una persona se hacía grande en aquel umbral a medida que se acercaba, cojeando, apoyada en un bastón. Era el Cerrajero, que andaba en dirección al Portal para cruzarlo. A su espalda, el paisaje que se adivinaba no podía ser más desolador: era el corazón de la Mansión Infinita, en el momento en que explotó y una burbuja de tiempo lento protegió a los dos Logan... y a un jovencísimo Riddly que estaba desmayado, moribundo, en brazos de su padre.

El Buitre se miró a sí mismo en el pasado y boqueó, al borde de unas lágrimas que era incapaz de verter.

El Cerrajero lo miró también a él; los ojos se le abrieron desmesurados cuando atravesó el Hysmon en la dirección del futuro. A juzgar por su cara de pasmo, de incredulidad extrema, estaba claro que fuera lo que fuese lo que esperaba encontrar al entrar por aquella Puerta, no se parecía en nada a aquello.

—¿R... Riddly? —balbuceó—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Miró a su alrededor, consternado. Su cara era la de un hombre que lleva toda una vida aguardando para abrir una caja misteriosa, una caja cuyo contenido lo ha estado obsesionando de la niñez a la senectud, y al hacerlo descubre que está vacía—. ¿D... dónde... cuándo... es aquí?

Su hijo lo miró con un odio infinito.

—La Circularidad, padre. Acuérdate de ella —siseó—. La Magia se cobrará su precio, y en este caso... el precio eres tú. El Hysmon te ha traído hasta aquí para cerrar los círculos que quedaban pendientes.

El Cerrajero trastabilló, y dejó caer el bastón de manera patética. Había perdido toda su fuerza, toda su majestad; ya no quedaba de él más que un anciano a quien la larguísima lista de decisiones que había tomado a lo largo de la vida le estaba pasando factura.

—No puede ser —repetía una y otra vez—. No puede ser. Este no es el secreto final, ¡esto no puede ser lo que había tras el Hysmon! —le gritó al viento, a sí mismo, a los que acudirían después que él—. ¡¡No es posible!!

Riddly sacó algo de su bolsillo. Algo que guardaba allí desde hacía años, desde que era un niño.

Con aire solemne, se lo mostró al Cerrajero.

—¿Recuerdas esto, padre? —El objeto adquirió forma y sentido a medida que lo manipulaba ante sus ojos.

La memoria del Cerrajero retrocedió hasta un momento increíblemente lejano de su propio pasado, aquel día en que aún era Logan, el bueno de Logan, y vivía como invitado en la casa de lord Astrud. Al día en concreto en que, jugando con un eterófono, el pequeño Riddly había resuelto el misterio de su primera Puerta.

Lo que el Buitre tenía en la mano era una púa, una pieza de aquel instrumento que no servía para pulsar cuerdas, ya que el eterófono carecía de ellas, sino para jugar con sus campos magnéticos.

—Lo reconoces, ¿verdad? —murmuró Riddly, mientras paseaba el afilado pedacito de metal por delante de los ojos de su padre—. Lo he guardado durante todo este tiempo, porque sabía que algún día me sería útil para cerrar mi propio círculo. Tal vez no recuerdes lo que me dijiste aquel día, pero yo sí. Palabra por palabra. Te pregunté: «¿Eres un hombre malo?», y tú respondiste: «No, no lo creo. Pero el mundo de los adultos es... muy complejo. Para nosotros las cosas no son blancas o negras. A veces nos ahogamos en matices de gris».

Riddly apretó tanto los labios que se le fundieron en una línea blanca. Su padre no cesaba de parpadear, como si lo que allí sucedía fuera un inmenso error, un bucle en el continuo espacio-tiempo que podría romper con solo descreerlo.

—Matices de gris... —continuó Riddly—. En aquel momento no supe lo que significaba, pero ahora sí. Ahora lo sé. Sí que eres un hombre malo, aunque no siempre lo fuiste. Elegiste llegar hasta aquí. —Le mostró la púa—. ¿Recuerdas este regalito? Siempre supe que algún día me sería útil...

El movimiento que siguió la púa fue veloz y horizontal, contundente como un disparo de Rebeca, solo que a pequeña escala. Pero bastó para lograr lo que Riddly quería: perforar la yugular del viejo y abrirle la garganta en canal.

El Cerrajero perdió la vida despacio, con una tranquilidad tan insensata como aquella con la que había vivido. Tranquilidad para ver a su hijo, a su asesino, ponerse en pie con gran dificultad y quedarse allí sin hacer nada mientras que a él se le escapaban los segundos por la grieta del cuello. Tranquilidad para ver a Rebeca salir triunfante del combate, derrotado ya el último enemigo, y quedarse junto a Riddly con cara de estar haciendo lo correcto. Como si la muerte de aquel anciano, el aperimante supremo, fuera la última y acertada nota en una sinfonía demente.

Luego cerró los ojos, y su alma, o lo que tuviera dentro, susurró al abandonarlo.

—Entonces... ¿aquí acaba todo? —preguntó Rebeca, mientras observaba el cadáver del Cerrajero—. ¿Esta es la página final? ¿La Madre Máquina nos destruye, devora nuestra realidad igual que ha devorado tantas otras, y ya está? ¿Fin?

—No, nunca hay un final —susurró Riddly. Miró la herida en la Realidad de la manera tan intensa con que había mirado el eterófono aquel día de su niñez. Desentrañando sus secretos. Intuyendo sus misterios. Logan se había equivocado: el aperimante supremo no era él. Siempre, siempre fue Riddly—. Ahora toca atravesar el Hysmon. Ahora toca averiguar qué hay al otro lado.

—No hay ningún misterio ahí, Riddly, eso es solo un conducto que lleva al momento en que nació Colapso.

—Te equivocas solo a medias. —Riddly sonrió, apoyándose de nuevo en ella para no caerse. Había perdido demasiada sangre—. Sí que lleva hasta ese lugar y ese momento, pero también a otros sitios. Lleva a cualquier parte y a cualquier momento. El Hysmon no tiene una sola salida, sino infinitas.

—¿Y qué pasará si...?

—¿Si entramos nosotros? —Se encogió de hombros—. Quién sabe. Creo que es la máxima expresión de la Circularidad de la magia: te llevará allá adonde tu propio círculo converja. A Logan lo trajo hasta nosotros porque este era el momento culminante de su historia. Si tú y yo somos las llaves definitivas...

—Quién sabe adónde nos llevará si la cruzamos —comprendió Rebeca, estremecida—. ¿Al final de nuestras historias personales, o a un desenlace conjunto?

Una sonrisa picara embrujó durante un instante la cara de Riddly.

—Averigüémoslo.

Epílogo

Colapsos

Riddly

Trastabilló en la oscuridad. Perdió el contacto con Rebeca justo al mismo tiempo en que una puerta se abría ante él. No era que sus manos se hubieran separado: simplemente, ella había dejado de estar allí.

O tal vez había sido él quien se había desvanecido. ¿Acaso importaba? Estaba solo.

Una corriente de aire cálido lo hizo avanzar hacia el frente. Atravesó el umbral a trompicones y cayó de rodillas sobre lo que parecía una alfombra. El dolor en su vientre repuntó, era como si tuviera el estómago repleto de alambre de espino.

«Me estoy muriendo. He matado a mi padre, he matado a mi madre y ahora soy yo quien se está muriendo.»

El lugar estaba en penumbra; una tiniebla melancólica perfilaba apenas la forma de los objetos. Conocía aquel sitio, lo conocía muy bien. Aun así, le costó situarse, desorientado en un principio por la tremenda familiaridad de aquel mar de sombras. Gimió como un animal herido, como lo que era en definitiva, cuando al fin supo adonde había ido a parar.

Estaba de vuelta en la Mansión Infinita, en un dormitorio que había sido destruido hacía más de doscientos años. Era la habitación de sus padres, la habitación de lord y lady Strongfield. Frente a Riddly, al otro lado del cuarto, se levantaba una pesada cama con dosel que tenía un aire de templete sagrado. Las cortinas blancas ante el ventanal colgaban como fantasmas mustios.

Riddly encontró fuerzas para incorporarse. Lo hizo despacio, con una mano apretada con firmeza contra la herida y la otra alrededor de la garganta. De todos los lugares asombrosos que había visto a lo largo de los años, tanto con sus ojos originales como con los remedos de madera que habían ocupado sus cuencas, ninguno le había impactado tanto como aquella estancia surgida de su pasado. Amanecía en el exterior, y una luz taciturna comenzaba a disolver las distintas oscuridades que poblaban el cuarto.

Alguien dormía en la cama, ajeno a la intrusión.

Riddly se obligó a aproximarse. Lo separaban apenas tres pasos del lecho, pero cada uno de ellos le costó un esfuerzo titánico, cada uno de ellos le dio la impresión de que sería el último, no solo por el dolor sino también por la tremenda carga emocional que implicaba acercarse a aquella cama y a su ocupante. El clarear de la mañana iluminó un rostro que conocía incluso mejor que la habitación en la que se encontraba.

Lisa Strongfield dormía a pierna suelta, al resguardo de las mantas. El corazón se le disparó a Riddly en el pecho, bombeando más sangre hacia la herida. Lisa era aún joven y hermosa, y el toque de la luz de aquel día recién estrenado la embellecía más. Era una visión por la que valía la pena morir. Era una visión por la que valía la pena matar. Y destruir mil mundos.

—Mamá... —sollozó.

En esa misma cama había nacido él, allí lo había parido aquella mujer dormida. El Hysmon lo había devuelto a su remoto pasado. El peón, agotado y maltrecho, regresaba a morir al escaque del que había partido. Riddly boqueó, asfixiado por la pena, por la angustia, por el vacío... ¿Estaría él dormido en la habitación contigua? ¿Acostado en su cuna, con su pijama de seda que olía a lavanda y promesas de tiempos mejores? Por mucho que le tentara la idea de comprobarlo, le faltaban fuerzas para ir allí: dado el estado en que se hallaba, ni siquiera llegaría a la puerta del cuarto.

La idea de que fuera su madre la destinada a encontrar su cadáver le despertó un sentimiento de embarazo, de vergüenza... Y además, ¿no era aquello un sinsentido? ¿No era una de esas paradojas que el propio Tiempo impedía siempre que sucedieran? No, tal vez no. Tal vez estaba escrito. El hecho de que Riddly ignorara que su madre había encontrado un cadáver en aquel cuarto no implicaba que no hubiera pasado. Quizá sus padres habían decidido no contárselo. Tal vez lo tomaron por un aperimante que había perdido el norte o quizá, simplemente, lo aceptaron como uno más de los misterios de aquella casa.

La cuestión era que Riddly estaba allí, muriéndose de pie ante el lecho donde dormía su madre. Recordaba muy bien la comodidad de aquella cama, su blandura dulce, el olor a hogar. Un recuerdo de la infancia lo alcanzó de pronto, una anécdota olvidada: la voz de su padre, que moriría muy cerca de allí durante la llegada de los ikari, diciéndole que dejara de saltar sobre la cama, diciéndole que los caballeros no se comportaban así. Su padre no le gritaba nunca, no elevaba nunca el tono cuando le reñía; por el contrario, lo bajaba, lo hacía mínimo. Había que hacer un esfuerzo para oírle.

«Lo siento, padre. Nunca llegué a ser un caballero. En cambio, me convertí en un destructor de mundos.»

Se sentó en la cama y después, moviéndose con sumo cuidado, se tumbó de costado. Convirtió los gritos en sollozos y se hizo un ovillo junto a su madre. La sangre se extendió por las sábanas. Aquel era un buen lugar para morir, se dijo el hombre que había sido el Buitre en Colapso. Un buen lugar para sacudirse el terrible peso de la existencia y dejar de ser. Contempló a su madre, al otro lado de la cama: parecía insultantemente joven, un ángel sumido en un sueño plácido.

Justo cuando Riddly cerraba los párpados para dejarse ir al fin, la mujer se removió en la cama.

—Astrud —murmuró, perdida en el duermevela. Y entre sueños giró hacia él,

alargó los brazos en su dirección, salvando la distancia.

Su mano le tocó en el hombro, y entonces sucedió un milagro.

El dolor desapareció, se evaporó. Se convirtió en aire, y después, en nada. Toda la angustia se desvaneció como por arte de magia. La mente de Riddly recobró la claridad y fue dueño, ahora sí, de su pensamiento. Seguía muriéndose, eso no había cambiado, pero no había ni dolor ni desesperación. Solo calma. Solo resguardo y sosiego. En la casilla de salida había abrigo.

Aquel contacto mínimo le daba sentido a todo. Si cerraba los ojos podía imaginarse que era un niño inocente, que todas las puertas estaban aún cerradas y que los únicos dragones que existían vivían en los cuentos. Lisa Strongfield se aproximó a él en un movimiento lento, fruto de la ensoñación, y su camión se tinto con la sangre de su hijo moribundo. Riddly no tardó en tenerla junto a él, casi frente contra frente. Su pelo le acarició el rostro. Su olor se impuso al hedor a matanza. Riddly le acarició la mejilla.

—Ma... —dijeron sus labios.

No pudo acabar la palabra. La boca de ella, de forma sorpresiva, casi violenta, se fundió contra la suya.

Su cuerpo reaccionó al contacto: el estar muriéndose no impidió que lo que tenía que alzarse se alzara. Las manos de ella se deslizaron por su pelo, por su cara, por su cuello, mientras su boca continuaba en la suya, voraz y ansiosa. Riddly intentó apartarse, pero no lo consiguió: su mente ya no gobernaba su cuerpo. Y fue entonces cuando comprendió por qué el Hysmon lo había conducido hasta allí. No estaba dormido en la habitación de al lado. No existía. No era nada. No podía detener lo que estaba sucediendo, del mismo modo en que no había podido detener la explosión del Lacre. Los acontecimientos respondían a una necesidad que iba más allá de la vida y del deseo.

Ella lo buscó con su cuerpo, abierta y anhelante. Su boca era tibia. Su saliva hablaba de mundos incompletos, de milagros circulares que empezaban y terminaban en aquel lecho. Las manos de su madre abandonaron las caricias para apartar a golpes la ropa y hacer a un lado las mantas manchadas. Y Riddly, sin remedio, se dejó arrastrar por aquella pasión, por aquella fuerza que lo impelía a concebirse a sí mismo.

«Soy la razón de todo. Principio y final. Puerta y cerradura.»

El aire se le escapaba a sacudidas. La sangre le ardía en las venas. Sentía la piel crepitar como si fuera de papel. Su madre se movía junto a él, y Riddly agonizaba, a golpes, dentro de ella.

«Soy la figurita de madera de la fertilidad. Soy el cíclope.»

No había dolor, ni placer. Era algo diferente, una consumación más allá de la consumación, una marca indeleble en el tejido del tiempo.

Y esta vez no la dejaría morir, se prometió. No permitiría que Logan la convirtiera en un monstruo, Riddly obligaría al cuento a ir por otros derroteros, aunque tuviera

que retorcer el tablero de ajedrez de la Realidad con sus propias manos.

Al final del camino tampoco hubo orgasmo. Solo un estallido de luz.

Riddly se convirtió en una lluvia de estrellas con forma humana, un racimo de luciérnagas que, por un instante, quedó prendido de la mujer dormida. Luego esa nube imposible se coló entre las piernas de Lisa Strongfield, un milagro que buscaba su principio desde su punto final. Y Riddly Strongfield, el Buitre, el mejor aperimante de todos los tiempos, dejó de existir fuera en el mismo momento en que comenzaba a existir dentro.

La puerta del armario se cerró despacio, muy despacio. Las manchas de sangre sobre la alfombra y la cama se desvanecieron, como si nunca hubieran estado allí. No quedó ni una traza de Riddly, ni una prueba de lo que había ocurrido en aquel cuarto.

Lisa Strongfield gimió, todavía alterada por el intenso sueño que acababa de tener. Se volvió sobre sí misma y quedó de costado, con una sonrisa en los labios, apenas a unos segundos de despertar. En su cuello, colgado de una cadenita, una estatuilla de madera que representaba a un cíclope destelló con una tibia luz blanca.

Rebeca

Tropezó en las tinieblas. Perdió el contacto con Riddly en el mismo momento en que cruzó la Puerta. No fue que sus manos se separasen; simplemente, él dejó de estar allí. ¿O tal vez había sido ella quien se había marchado a otro lugar?

Aturdida y desorientada, avanzó a trompicones en la oscuridad.

Perdió la noción del tiempo. Y cuando ya sospechaba que se iba a pasar la eternidad entera caminando a ciegas, un relámpago relumbró a lo lejos, un estallido salvaje que tejió en las alturas un árbol en llamas. Al amparo de su luz, por un momento creyó ver la figura de un dragón ciudad, pero no era más que una nube de tormenta suspendida en los cielos como una montaña ingrávida. Tras el trueno llegó el sonido de la lluvia. Rebeca sacudió la cabeza en un intento de centrarse, y siguió avanzando. De pronto fue consciente de que llevaba algo entre las manos, algo cálido y vivo, como un pajarillo. Era un pequeño rectángulo de luz, una celosía hecha de hebras brillantes, diamantinas...

¿Qué diablos era eso?

La lluvia cayó en picado sobre ella, una lluvia rápida y fragante, una lluvia que hablaba de vida, no de muerte; de génesis y no de finales. Sus pulmones se llenaron con el aroma de la hierba mojada y la tierra húmeda. Alzó el rostro y sonrió bajo el aguacero. Allí en lo alto, entre las grandes masas de nubes negras, se asomaba una luna llena inmensa que parecía recién estrenada, como si no hubieran pasado ni diez minutos desde que alguien la hubiera colocado en los cielos.

Miró de nuevo el objeto que tenía en sus manos, temerosa de que la lluvia pudiera estropearlo. Había ganado en definición, y esta vez pudo identificarlo sin problemas.

Era el Hysmon. Era el umbral que acababa de cruzar con Riddly.

Se volvió. La oscuridad que había tras ella no tenía ningún matiz, era una prolongación de la lluvia y la tormenta. El pasaje que acababa de atravesar ya no estaba ahí. Había desaparecido. Y era lógico que lo hubiera hecho, dado que ahora lo tenía en las manos. Estuvo a punto de soltar una carcajada. El cuento volvía a asestarle una puñalada a la lógica.

—¿Adonde me has traído? —le preguntó al Hysmon—. ¿Qué lugar es este?

Como respuesta resonó un trueno.

A la luz del siguiente relámpago vio siluetas difusas un poco más adelante. Eran rocas de gran tamaño dispuestas en vertical, formando un amplio semicírculo. Parecían centinelas de piedra detenidos en el tiempo, o la vanguardia de un ejército a la espera de ponerse en marcha. Rebeca se dirigió hacia allí, despacio, alerta, preguntándose qué nueva sorpresa le deparaba el destino. El Hysmon había comenzado a palpitar y el ritmo de sus latidos iba en aumento a medida que se aproximaba al conjunto rocoso.

Las piedras relucían. La lluvia caía en cascada sobre ellas, tan rápida y constante que casi daban la impresión de estar recubiertas de espejos. Cada piedra medía cerca de tres metros de altura.

En el centro del semicírculo había una morsa verde vestida con una túnica azul. Estaba arrodillada ante uno de los megalitos, rezándole extasiada. Alzaba las aletas con verdadera reverencia.

—¿Hola? —dijo Rebeca, al tiempo que entraba en el semicírculo.

Al oír su voz, la criatura postrada ladeó la cabeza para mirarla y, sin dejar de orar ni por un momento, le dedicó una sonrisa que a un mismo tiempo daba la bienvenida y pedía calma. Era un ejemplar joven, no como el que había encontrado en su odisea a través de Glozarrax. Y tenía las entrañas en su sitio, lo cual era de agradecer. La morsa, tras sonreírle, volvió a centrarse en sus rezos.

Rebeca intentó distinguir palabras en su oración, pero el idioma en que hablaba le resultaba ininteligible. Un destello en la piedra a la que rezaba la morsa le hizo mirar allí. Se estaba abriendo un hueco en su superficie, un diminuto rectángulo en vertical de diez centímetros de alto por tres de largo: el tamaño exacto del Hysmon.

La morsa dejó de rezar, estornudó y se incorporó con agilidad. La criatura era un poco más alta que Rebeca, pero su postura encorvada las igualaba. Sus iris, de un portentoso azul, trazaban espirales en el centro de una esclerótica negra. Era como si tuviera galaxias en la mirada.

—Has llegado —anunció la criatura, y Rebeca no supo precisar si en su voz había burla o reverencia—. El lugar exacto a la hora convenida. Has llegado y has traído la luz contigo. Bienvenida seas, hija de la paradoja, madre del tiempo.

—¿Dónde estoy? ¿Qué sitio es este?

—El principio —contestó. Su piel aceitunada resplandecía de tal manera que parecía cubierta de estrellas—. El alfa de tu omega. El principio del cuento. El lugar

donde la última Puerta se convierte en la primera.

Rebeca miró hacia el hueco que había en la piedra y luego paseó la mirada por el semicírculo de megalitos. Reconoció dónde se encontraba y, al hacerlo, lo comprendió todo: allí se alzaría la Mansión Infinita, allí se abriría la puerta que llevaba en las manos y que Riddly y ella acababan de atravesar; allí ambos condenarían al universo, a todos los universos, a la destrucción. Y tuvo muy claro qué papel le tenía reservado el destino en esta ocasión. Sintió el mismo vacío, la misma náusea, que había sentido en el momento en que el Lacre había estallado.

Todo estaba escrito.

Todo.

—¿Y si me niego? —le preguntó a la morsa, rabiosa. El Hysmon parecía frágil en sus manos. Si lo estrellaba contra el suelo, se haría añicos. Se preguntó si sería tan sencillo cambiar el destino. Si rompía aquella cosa en ese momento, en el principio, ¿no habría Colapso, no habría Amalgama?—. ¿Y si decido que estoy harta y que ha llegado la hora de cambiar el cuento?

—¿Cambiar el cuento? —La morsa parecía sorprendida—. No, no, no... No se puede cambiar lo que no está escrito. —Hizo una pausa mientras estudiaba a Rebeca con suma atención—. Oh. Ya veo. Ya entiendo —señaló—. Aquí empieza, es cierto. Pero no es tu comienzo. Tu cuento terminó cuando ese círculo quedó cerrado. Terminó en la oscuridad, terminó con una última sacudida, una última convulsión que arrasó incontables universos mientras la Madre Máquina masticaba. —La sonrisa de la morsa tiró de sus colmillos hacia arriba—. Lo que aquí comienza es una nueva historia.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella.

—Coloca el Hysmon en su lugar y lo entenderás —le conminó la morsa—. Es la muerte de tu cuento lo que te ha traído hasta aquí, pero es la vida lo que te reclama.

El latido del Hysmon era tan rápido que se había convertido en una reverberación continua. Le transmitía urgencia, necesidad. Le instaba a ponerse en marcha. La realidad entera parecía estar a la espera de que se pusiera en movimiento. Rebeca cedió.

Se acercó a la piedra, empapada hasta los huesos. Con sumo cuidado introdujo el Hysmon en el hueco de la roca. Y nada más hacerlo el mundo tembló. Hasta la luna y las estrellas parecieron vibrar mal pegadas en el cielo. Rebeca retrocedió un paso, impresionada. Los olores a vida y naturaleza se acrecentaban por momentos. Se cubrió la boca con la mano. La morsa cantaba y se estremecía a su lado, alzaba sus aletas y aplaudía, se inclinaba hacia delante y después se echaba hacia atrás, presa de un auténtico morsamoto.

La luz del Hysmon se transmitió a la piedra. De ahí saltó en rápidos relámpagos a las rocas vecinas. En pocos segundos los resplandores se contagiaron a todos los megalitos del semicírculo. Una fuerza inconmensurable se había dado cita allí. La luz y la lluvia se entremezclaban, los relámpagos tomaron los cielos. La luna, en las

alturas, se cubrió de una telaraña de brillante escarcha. El cielo, negro, parecía más vivo que nunca.

Era magia lo que se estaba derramando ahí, magia viva, magia pura. La magia que ponía en marcha el mundo. La magia del nacimiento.

Rebeca contuvo la respiración.

El resplandor dibujó puertas en la superficie de las piedras. Y comenzaron a brotar más rocas del suelo, piedras rectangulares, pulidas, piedras oscuras que centelleaban mientras los Portales se dibujaban sobre ellas. Los cimientos de la Mansión Infinita estaban puestos, y el mundo, la realidad entera, cantaba. Era una canción furiosa, una canción de vida abriéndose paso a dentelladas desde la oscuridad.

Era increíble.

—Cuando un círculo se cierra, otro se abre —dijo la morsa—. Cuando un ciclo acaba, otro comienza.

Rebeca cayó de rodillas.

Cada una de aquellas puertas conducía a un nuevo universo, a una nueva red de mundos que no tenían nada que ver con los que había abandonado. ¿El Hysmon daba forma a ese escenario, o este había estado allí, inerte, a la espera de que la Magia llegara para darle vida? ¿Acaso importaba? Aquel Portal era una fuerza creadora, era el viento en las velas, era el motor que configuraba y ordenaba aquel cosmos multifacético. Los mundos y las posibilidades se multiplicaban con cada Puerta que surgía, con cada nuevo relámpago, con cada nueva convulsión...

La luna se aceleró en los cielos, cayó en picado tras el horizonte y un sol deslumbrante tomó su lugar para recorrer, veloz, la cúpula celeste. Y le siguió otra luna, y a esta otro sol, igual de vertiginoso, igual de acelerado. El tiempo no tenía sentido en aquel lugar, en el epicentro de la creación.

En el inicio del cuento.

Y la chispa, el origen, estaba ahí, en aquella piedra, en aquel rectángulo de luz que ella había llevado consigo desde un universo condenado.

Rebeca contempló el Hysmon, maravillada. De pronto, en el corazón del resplandor engastado en la piedra nació una sombra mínima, un jirón de oscuridad. Tenía aspecto de insecto y su movimiento era peculiar, se agitaba a sacudidas secas, bruscas, mecánicas... Aquella cosa emergió de la luz y la roca cargada con la maldición de su propia oscuridad.

Era una diminuta Madre Máquina, no mayor de tres centímetros, un pequeño gusano facetado que portaba en su seno la semilla de la destrucción del Multicosmos que acababa de nacer. Rebeca la contempló retorcerse en el aire, insegura, temerosa. Vio como un tentáculo minúsculo palpaba el tejido que daba forma a la realidad. Luego la Madre Máquina, con un chispazo, desapareció en la nada, de camino a su hogar entre mundos, donde permanecería hasta el momento en que su presencia fuera requerida para poner punto y final a aquel nuevo cuento.

—¿Lo comprendes ahora? —le preguntó la morsa.

Rebeca no tuvo más remedio que asentir.

—De las cenizas de tu mundo ha nacido este —continuó su extravagante acompañante—. Tú has traído lo que quedaba de su esencia contigo, y ha sido esa llama lo que ha prendido este nuevo cosmos.

Rebeca, aún en el suelo, miró a la morsa.

—¿Y ahora qué?

—Ahora es el turno de la vida, del azar. Ahora todo es posible. El libro está en blanco, y por lo tanto las posibilidades son infinitas. Y cuando llegue el momento de rematar esta historia, el cuento pondrá nuevos jugadores en liza para que sean ellos los que se encarguen de bajar el telón, de cerrar un ciclo y comenzar otro nuevo...

Rebeca alzó la mirada. El sol y la luna seguían con su incansable persecución en las alturas, tan veloces que solo era visible su rastro: una curva de plata amarillenta en un fondo gris pizarra. La magnitud de todo lo que estaba sucediendo allí era abrumadora, indescriptible.

—Como Riddly y como yo.

—Como Riddly y tú.

El cielo desapareció de su vista, borrado por una oscuridad repentina. Se incorporó despacio. Ahora tenía un techo sobre su cabeza, un techo de cielorraso azul. Miró en torno a ella. Los megalitos ya no estaban. La escena había cambiado, ahora se encontraba en un interminable corredor alfombrado, con puertas en las paredes tan próximas unas a otras que apenas había separación entre ellas. La Mansión Infinita. La Mansión Infinita de este nuevo universo.

La casa se desvaneció de improviso, en un parpadeo, y fue sustituida por una primitiva y tosca torre de madera que se disparaba, hueca, hacia una alta cúpula acristalada donde, dependiendo del ángulo en que mirabas, volaban aves o nadaban peces. Aquí, al igual que en la Mansión, las puertas cubrían toda la superficie de los muros: puertas de piedra gris, puertas ajedrezadas, puertas de hierro negro...

Y el escenario cambió de nuevo. La torre se convirtió en una casa que parecía entretejida en niebla, con puertas de rocío y cortinajes de telaraña. Y otro cambio. Y uno más. Las distintas construcciones se fueron sucediendo una tras otra, fugaces, inaprensibles. Una pagoda de tela, un edificio de agua, una pirámide invertida, un castillo de naipes... Y puertas, siempre puertas.

—Ha llegado el momento, Rebeca —dijo la morsa. A pesar de los cambios de escena, aquella criatura se había mantenido a su lado—. Tu tiempo aquí ha concluido.

—¿Y qué me espera ahora? —Lo preguntó casi con miedo.

La morsa volvió a sonreír. Y Rebeca pensó que había pocas cosas tan inquietantes como la sonrisa de una morsa.

Frunció el ceño al ver como señalaba a la puerta que quedaba tras ella. Era verde claro, de una textura extraña, casi parecía fabricada en escamas. Cuando se aproximaba hacia ella, la morsa la detuvo:

—Espera, te hará falta esto —dijo.

En la aleta derecha sostenía una llave, una llave larga y blanca, repleta de dientes. Rebeca la observó con atención. Costaba mirarla, parecía que no terminaba de estar allí; vibraba, latía, zumbaba... La cogió en la mano y fue como asir un jirón de viento. Cambió de forma ante sus ojos, se convirtió en una larga pluma blanca de manera tan repentina que a punto estuvo de soltarla. La llave volvió a cambiar: se convirtió en una flauta en esta ocasión, con los agujeros ordenados en espiral alrededor del tronco. Y otro cambio: el fósil de un pez alado.

—La llave maestra —le explicó la morsa—. La llave que abre todas las puertas. Eres libre, Rebeca. Libre para ir a donde quieras. Libre para hacer lo que se te antoje.

Y ella no supo si sentirse furiosa o agradecida. ¿Qué le dices al titiritero cuando corta tus cuerdas? ¿Qué le dices a tu carcelero cuando abre la puerta de tu celda? Antes de que pudiera plantearse siquiera una réplica oyó un sonido que no había esperado oír jamás. Dejó de respirar. Su corazón dio dos latidos en falso.

Se encaró otra vez hacia la puerta verde, temblando, con la llave en la mano y la boca abierta.

—No es posible... —murmuró.

—Eres la portadora de milagros, la que da luz a la entropía y al destino. Ya deberías saber que lo imposible no tiene rango ni cabida aquí.

—No puede ser posible —insistió.

Y con mano temblorosa introdujo la llave (un dragón estilizado, con la boca entreabierta y las alas plegadas) en el ojo de la cerradura y la giró.

Un nuevo mundo se abrió ante ella. Una nueva Tierra. Al otro lado había una noche prendida de estrellas, con una luna llena inmensa en los cielos, una luna antigua, una luna que llevaba siglos de ronda por las alturas. El otro lado de la puerta eran dos árboles secos que se curvaban el uno contra el otro en la cima de un acantilado.

Se oía más que verse el rumor del mar, se respiraba olor a sal y vida, a paraísos por descubrir. En la oscuridad, muy cerca del borde del precipicio, centellearon dos ojos amarillos. Se oyó un largo maullido pleno de felicidad y un rápido batir de alas.

Rebeca asintió, miró hacia atrás, le sonrió a la morsa y, con la llave bien sujeta, saltó del acantilado.

Sabía que Ágata la recogería.

Agradecimientos

A Gabriella Campbell, por sus observaciones y sugerencias, por su ojo crítico, por dotar a este delirio de puertas, llaves y dragones de una dimensión nueva.

A Ricard Ruiz Garzón y a Natalia Rodríguez, por confiar en nosotros, por sus consejos y por atreverse a acompañarnos en este viaje de locos.

A nuestras familias, por estar ahí y ser las rocas en las que uno se apoya en este mar de tempestades.



VÍCTOR CONDE (Santa Cruz de Tenerife, 1973) es el pseudónimo del escritor español Alfredo Moreno Santana, autor de obras de ciencia-ficción, terror y fantasía. Ha sido galardonado con diversos premios, entre los que se encuentran el prestigioso Premio Minotauro o el Premio Ignotus, ambos por su novela *Crónicas del multiverso*. Es miembro de la Asociación Española de Escritores de Terror, denominada Noche y compagina su trabajo de escritor con el de guionista de cine y televisión.



JOSÉ ANTONIO COTRINA (Vitoria, España, 8 de julio de 1972), es un escritor español.

Se licenció en Publicidad y Relaciones Públicas, aunque se dedica a la narrativa fantástica y de ciencia-ficción. En el año 1998 quedó segundo en el premio Alberto Magno con "*Lilith, el Juicio de la Gorgona y la Sonrisa de Salgari*". En la edición del 1999 del mismo premio quedó finalista con *La Pirámide* y en el 2000 ganó el segundo concurso de relatos del Melocotón Mecánico con "*Los conejos de la guerra*". Ha obtenido también el Premio UPC de ciencia Ficción en la edición del 2000 —exaequo con Javier Negrete— con su novela corta *Salir de Fase*.

Notas

[1] Truco consistente en usar a las masas de gente (demos) para hacer magia, o para ocultar un rastro. <<

[2] En inglés, cada uno de los puntos de las caras del dado. <<